FONDO BIBLIOGRÁFICO

EJERCITO

REVISTA ILUSTRADA DE LAS ARMAS Y SERVICIOS

NUMERO DEDICADO A

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PRINCIPE DE LOS INGENIOS Y SOLDADO DE

ESPAÑA

D.A.G.S.A.

DEFENSA ANTI-GAS

SOCIEDAD ANONIMA

DEFENSA

Fabricación integramente nacional de material de todas clases para la protección individual y colectiva contra gases y tóxicos aeriformes de guerra e industriales

Fabrica y Oficinas de Segovia, telfs. 308 y 309. apartado nº 20.

ejército

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

Año VIII • Núm. 93 • Octubre 1947

HEMEROTECA

SUMARIO

Milicia y lenguaje. *T. Coronel Vigón.*—**Las malaventuradas aventuras del gran luchador.** *Luis Martínez Kleisser.*—**Génesis y difusión del "Quijote".** *Justo García Morales.*—**Cervantes, militar.** *Walter Starkie.*—**Notas biográficas.** *Capitán Celada.*—**La vuelta mediterránea de Cervantes.** *Comandante Cuartero.*—**La novela que no escribió Cervantes.** *Tomás Borrás.*—**Cervantes y el oficio de la sangre.** *General Bermúdez de Castro.*—**Ejemplario.** *Comandante Munilla.*—**La intención militar del "Quijote".** *T. Coronel González de Mendoza.*—**El alma española.** *Coronel Martín Naranjo.*—**Las dos mitades de Miguel de Cervantes.** *Capitán Martínez Bande.*—**La profesión de las armas en la obra cervantina.** *Comandante Aguinaga.*—**Así murieron dos caballeros andantes.** *Coronel Médico Lamata.*

BPM Pamplona Sisneros

JORGE VIGON SUERODIAZ, Corone de Artillería

NO son éstos ocasión ni lugar para traer otra vez las apologías de nuestra lengua hechas en los mejores años del tiempo viejo que, muy discretamente coleccionadas, andan en tantas manos. Mucho después, en momentos de amargo pesimismo nacional, que las circunstancias disculpaban, pluma tan autorizada como la de D. Julio Casares escribía: *Entre los contados valores nacionales que aún no han padecido, ni dentro ni fuera de casa, la depreciación consiguiente al achicamiento de nuestra personalidad histórica, ocupa el primer lugar el idioma.*

Aquí, sobre un fondo elegíaco, la apología sonaba como una apelación al buen sentido de cuantos estamos obligados a conservar este instrumento de cultura y de cordial inteligencia que sirve a más de cincuenta millones de hombres.

Esta que un inteligente gramático argentino ha llamado *lengua panhispánica*, tiene bien ganado nuestro respeto por su historia, y suscita nuestras mejores esperanzas para el porvenir, apoyadas en la natural tendencia a la universalidad que, de la lengua, como necesidad social que es, señalaba no hace mucho D. Ramón Menéndez Pidal, con el acierto que su autoridad, legítima en estas materias, le asegura.

Esa misma dirección parecía marcar en algún momento el pensamiento de Unamuno, preocupado con la idea de *forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar y capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones.* Quizá esta inquietud y esta momentánea tentación constructiva de Unamuno fueran su reacción natural contra los vaticinios pesimistas de D. Andrés Bello y D. Rufino José Cuervo, que, amparados con su indiscutible prestigio, auguraban la disolución de nuestro idioma, en una docena de embrionarias lenguas que durante el largo período de su formación y perfeccionamiento *reproducirían lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín.*

Don Ramón Menéndez Pidal ha aludido a la polémica sostenida, en el tránsito del XIX a nuestro siglo, por D. Juan Valera y D. Rufino José Cuervo, y acudió, al

hacerlo, a reforzar la argumentación endeble de Valera con el peso de su saber.

Las razones históricas y las presunciones lógicas que aduce Menéndez Pidal aseguran la casi imposibilidad de que aquel temeroso daño se produzca.

Pero el casi deja una grieta por la que pudiera deslizarse un día la voluntad de los hombres, cuya capacidad de producción es prácticamente ilimitada cuando se trata de elaborar insensateces.

Es cierto que ahora, frente a las docenas de sujetos que se desviven, en unos o en otros lugares, por crear supuestos idiomas nacionales para sustituir al español, hay centenares de hombres de buena voluntad y sana inteligencia que se afanan en evitarlo, quizá porque no olvidan que *cuando Dios quiso castigar a los hombres juntos en la Babel altanera, dispersándolos sobre la faz de la tierra, no encrespó las pasiones ni suscitó la pugna de los intereses: le bastó diversificar las lenguas.*

Muy cerca de este punto de confusión que la referencia de D. León Galindo de Vera recuerda, venían a situarse los que, como Unamuno, excitaban *a romper el respeto a la autoridad de una gramática autoritaria y casuística a la vez*, y estos otros que se declaraban en abierta guerra con el *Diccionario*, so pretexto de muchas supuestas, y algunas reales, imperfecciones que pueden señalarse en él; pero más veces, en verdad, porque se deleitan, sin duda, gozosamente administrando con avaricia su propia ignorancia.

Sólo que la conducta de éstos es más intrascendente. Si Unamuno se propuso alguna vez revolucionar la lengua, fué porque entendía que ésta *es la más honda revolución que puede hacerse, sin la cual la revolución en las ideas no es más que aparente.*

Y puesto que él mismo recordaba—y al hacerlo estaba en lo cierto—que en el fondo de todas las cuestiones se tropieza siempre con una raíz teológica, a nosotros, que, acaso sin darnos cuenta exacta de ello, sentimos tanto peso de las armas como de la teología, ha de estarnos bien tomar en esta ocasión, como en todas, la postura a que una y otras nos invitan.

Son la teología y las armas las que han hecho de nosotros profesionales de la disciplina, gentes bien avenidas con el respeto a la autoridad y con la sujeción a la norma. Quédese, pues, para los que hablan de revolución, y más o menos sinceramente la desean, el cuidado de revolucionar la lengua, en cuyo trance, por fuerza ha de padecer ella estropicio y ganar maldad; porque el lenguaje malo engendra también malos pensamientos y no mejores acciones. Y *no se puede contribuir al sostenimiento de los principios éticos del Estado ni propender a la elevación social del país sin la base de una expresión en armonía con los principios de la nacionalidad;* palabras éstas de un agudo gramático argentino, D. Avelino Herrero Mayor, que valen para apoyar en ellas una línea de conducta.

Y puesto que en la materia hay una autoridad con funciones de policía del idioma, garantizada por la calidad técnica de quienes la encarnan, amparada por el Estado y aceptada por general consenso de las gentes de buen juicio, estaremos en lo justo al respetarla y acatar sus códigos. Pero para acatarlos es preciso, naturalmente, tener conocimiento de ellos; el del *Diccionario* de la Real Academia es más frecuente que el de la *Gramática*, sin duda porque su manejo sólo exige atención momentánea; quizá a ello se deba el respeto que suelen merecer sus dictámenes, a pesar de que las censuras y las críticas nada escasas de él han gozado siempre de la amplia resonancia que solían tener entre nosotros los intentos de desacreditar a las corporaciones que empezaban a parecer demasiado respetables.

Puede asegurarse, sin embargo, que el conocimiento de la Gramática tampoco es esencialmente nocivo.

En fin de cuentas, ella enseña a conocer la estructura de la lengua, y no puede tampoco estimarse que sea una consecuencia demasiado pesada de este conocimiento el deber moral de atenerse a los principios que de él se derivan. *Ello significa*—escribía Moneva—*respeto al convenio social por el cual el idioma se hace inteligible y sirve a la comunicación espiritual entre los hombres;* lo que, por otra parte, no podría justificar ninguna transgresión de las buenas normas gramaticales amparada en el pretexto de desconocerlas.

Uno comprende que se trata de un estudio más bien árido y desprovisto de todo aliciente que no sea su final utilidad; pero es difícilmente eludible. Muchas veces se ha dicho, sin embargo, que la mejor lección de gramática no vale lo que la atenta lectura de los autores acreditados; es una afirmación aventurada y siempre bien recibida por la pereza, que gozosamente se siente respaldada por muy respetables autoridades.

No intento—decía, por ejemplo, D. Antonio de Capmany—*graduar de inútil el estudio del arte, si sólo concluir que mientras éste no prometa más luz y otro fruto, lean los que quieran admirar el ingenio, los excelentes frutos y no leyes mal fundadas. ¿Qué preceptos pueden ser preferibles a la meditación de los insignes modelos?*

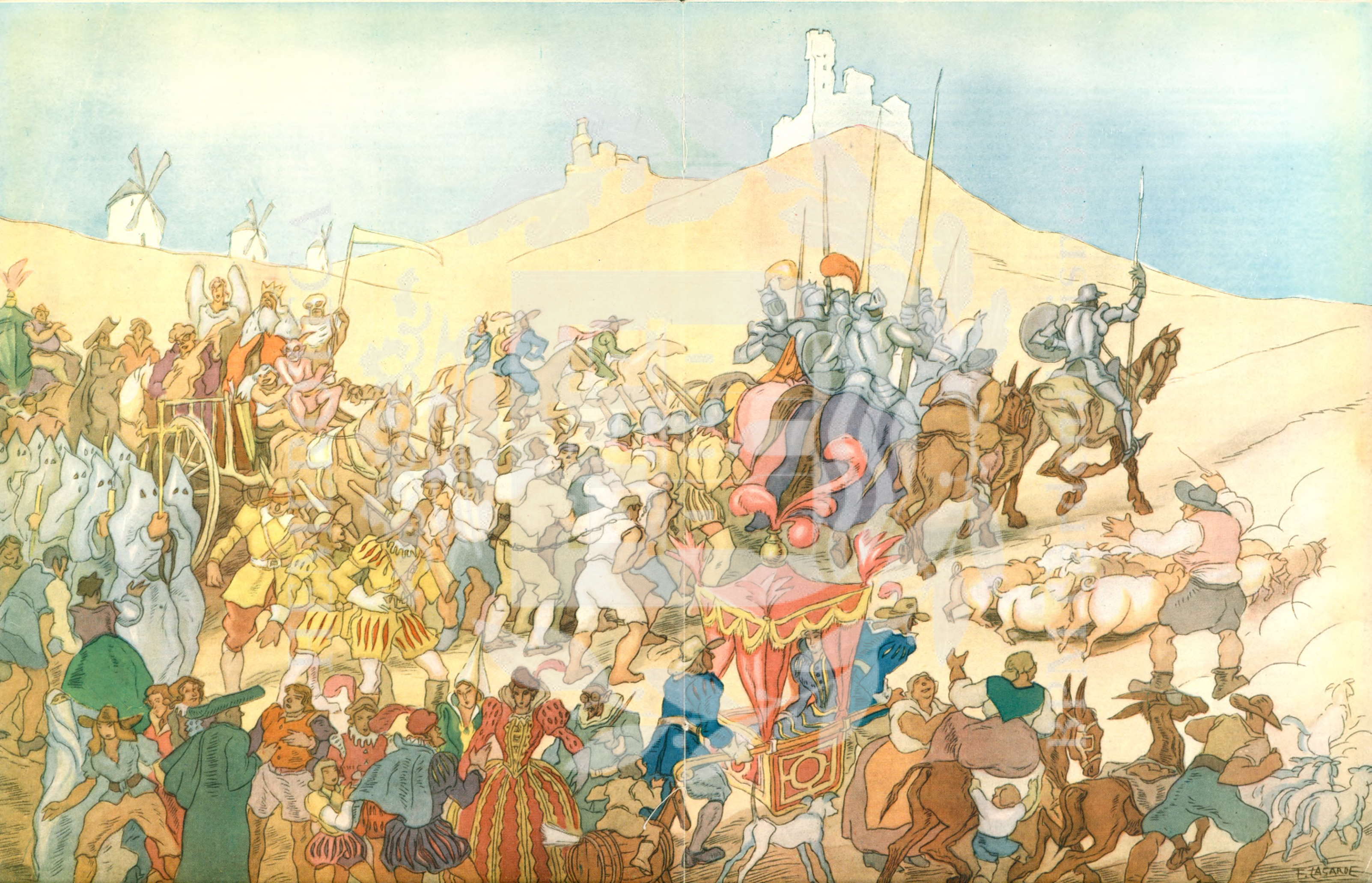
Pero el doctísimo Capmany escribía esto en el último tercio del siglo XVIII y en un tratado de *Filosofía de la elocuencia*. Y esta de la elocuencia es otra cosa de la que también hay que hablar.

* * *

La elocuencia vino a satisfacer una necesidad cuyo origen señala el mismo Capmany. *Después de perfeccionada la facultad de comunicarse las ideas, los hombres cultivaron la de infundirse entre sí sus pasiones.* Y no sólo sus pasiones, sino sus virtudes, su fe y sus creencias.

En el ámbito militar adquirió una importancia de la que pocos dejan de tener noticias; importancia evidente aunque todos maliciemos que en las pulidísimas arengas de Hernán Cortés o del Marqués de los Vélez que han llegado a nosotros, haya mucho más de D. Antonio de Solís y de D. Francisco Manuel de Melo que de aquellos diligentes y afortunados capitanes.

Durante muchos años, popularizada por la litografía, fué una imagen familiar a todos los españoles la de don Juan Prim enarbolando la bandera del Regimiento de Infantería de Córdoba en los Castillejos, y casi todos sabían de corrido la famosa arenga que comenzaba así: *¡Soldados!: Vosotros podéis abandonar esas mochilas porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, que es de la Patria...* Es muy posible, es casi seguro, que lo dicho por Prim en aquella apretada ocasión tuviera menos sabor clásico y una elegancia literaria más moderada; pero lo que es rigurosamente cierto es que cuando Prim no había acabado de hablar, los restos del Batallón del Príncipe, Córdoba y el 2.° Batallón del 5.° Regimiento a pie de Artillería se lanzaban al ataque, rechazaban al enemigo y decidían la batalla, ganando el Batallón de


E. LAGARDE

Artillería a pie la corbata de San Fernando como premio a su conducta heroica.

Si conociéramos las palabras exactas dichas en el trance por D. Juan Prim, tendríamos en ellas un ejemplo de elocuencia militar eficaz, y recomendable por lo tanto. La versión clásica, debida probablemente a D. Pedro Antonio de Alarcón, cuya lectura emocionaba a nuestros padres, hubiera parecido fuera de lugar en la loma que luego se llamó *de las mochilas*.

Por eso uno ha leído siempre sin entusiasmo los modelos retóricos que se ofrecían a la reflexión, y más veces al plagio, en los manuales de elocuencia militar.

Almirante avisaba *(Diccionario Militar, v. Alocución)* de este riesgo y exhibía su radical escepticismo con la claridad de que tenía hábito.

Pero ocurre que esta cuestión, ajena a la actualidad, interesa poco. Y cuando Almirante escribía—poco más que mediado el siglo XIX—: *lo numeroso de los Ejércitos modernos y el uso de la imprenta habían producido la costumbre de dirigir las alocuciones por escrito, incluídas en la orden del día;* manifestaciones literarias de cuya eficacia no es irreverente dudar, y que se conservaron más bien como un rito.

Siempre se producirán, sin embargo, trances en que la elocuencia sea un recurso militar insustituíble; sólo que esta elocuencia necesaria tendrá muy poco que ver con la retórica ni con la gramática; una palabra, una invocación, un ademán acertados, pueden siempre poner a los hombres cara a cara con su deber.

No quiere decirse con esto que sean absolutamente inútiles los estudios sobre la elocuencia militar; el mismo libro de Paniagua (1824), al que Almirante alude sin estimación y con poca piedad, recoge observaciones y avisos que pueden ofrecer interés. En 1878 publicó D. Francisco Barado *La elocuencia militar*, que tampoco es inútil leer.

Ahora mismo, cuando el gusto ha cambiado tanto y el género de elocuencia que se estima difiere formalmente del que en otros tiempos gozó de todo el favor, aparecen reeditadas en Buenos Aires las *Lecciones de elocuencia* de D. Joaquín María López, lo que parece indicio de que se estima aprovechable la experiencia de quienes poseyeron, y de los que estudiaron, el difícil arte de hablar concertadamente.

El librito de Barado puede ser todavía de utilidad a quienes tengan que actuar de fiscales o defensores ante los Tribunales militares, cometidos en los que aún pueden encontrar ocasión propicia los recursos de la elocuencia.

Muy juiciosamente no pretende criar oradores con sus consejos; el orador nace y probablemente no se hace sólo con el estudio; pero aun para el nacido orador puede ser útil repasar las observaciones de Barado, porque de hecho hay, como afirma Vossler, tantos géneros de elocuencia como ocasiones sociales se den: eclesiástica, parlamentaria, académica, forense o comercial; y puesto que también puede haber todavía una elocuencia militar, no le estará de más al que haya de practicarla conocer sus reglas.

Pero lo que hoy sería verdaderamente útil es enseñar y practicar el arte de la conferencia, género de oratoria en tono menor, a cuyo empleo un Oficial puede verse forzado en cualquier momento; y no todos están preparados para ello, pero todos están impresionados dolorosamente por el recuerdo de un número abrumador de sesiones durante las que se han visto forzados a escuchar la monótona lectura de unas cuartillas, sin otro apoyo para la imaginación que el cálculo mental de las que aún le quedan en la mano al conferenciante, que siempre arroja resultados demasiado pesimistas para el sufrido oyente.

Sería bueno que los Oficiales se habituaran a dictar conferencias, no a leer ante un público resignado trabajos más o menos originales. Es un ejercicio que parece exclusivamente de memoria, y sólo lo es de un modo accidental. Lo esencial es la concepción inteligente de la arquitectura que ha de adoptarse para la disertación; el hábito de medirse; el buen juicio para detenerse en lo importante y eludir lo que carece de interés, y el gusto para elegir el tono y las palabras. La eventual sustitución de éstas en el momento oportuno es una cuestión de hábito.

Más difícil es la improvisación. No digo, naturalmente, de esas *improvisaciones* de sobremesa y homenaje, resobadas de tanta preparación. Aludo a ese género de improvisación cargada de responsabilidad, cuyo tipo característico es el *juicio crítico*. Si se ha estado atento al curso del ejercicio o de la disertación que le da origen, el problema tiene aceptable solución, siempre que se tengan claras las ideas acerca del tema que se ventila.

En último término, una conversación no es más que una improvisación cortada por solicitaciones y estímulos a la réplica. La improvisación es un monólogo, estimulado por las propias solicitaciones mentales.

Un buen conversador será casi siempre capaz de una improvisación feliz. Mucho menos frecuentemente lo será un buen escritor.

He aquí una de las razones que deben inducir a adiestrarse en conversar correctamente. *¿Por qué la lengua corriente no había de ser también un arte?*, se pregunta Vossler. Lo que ocurre, en realidad, es que se trata, efectivamente, de un arte, pero de un arte nada sencillo y tan poco frecuente, que si uno intenta ordenar sus recuerdos, pronto caerá en la cuenta de que los que alguna vez, al escucharlos, imaginó diálogos sutiles y maravillosos, no fueron más que el juego de dos monólogos paralelos frágilmente ligados por sus proposiciones más accidentales aprehendidas presurosamente por el interlocutor avezado a este género de diversión.

Pero el arte de conversar, como todos, tiene su técnica y exige adiestramiento; tiene, como hace notar el Sr. Herrero Mayor, su fórmula estética: *sustentada en un fiel que rechaza por igual lo burdo y lo afectado.*

Es un arte que para el militar adquiere una importancia esencial y decisiva; hoy no puede pretender arrastrar en un momento dado a los hombres que manda, sugestionados por la mágica acción de unas palabras vibrantes. Se trata más bien de preparar sus espíritus con tiempo para que en las situaciones difíciles cumplan puntualmente las órdenes que reciban, y cuando les falten, encuentren dentro de sí mismos recursos para suplirlas. El único instrumento eficaz para llevar a cabo esta tarea de educación moral es la conversación; es un instrumento cuyo manejo ofrece tantos más riesgos cuanto más sencillo y desprovisto de complicaciones se imagina.

Pero entre todos los errores que al hacerlo pueden cometerse, ninguno es tan grave y de tan desgraciados efectos como el de caer en la tentación de pensar que ponerse a tono con el auditorio al que uno ha de dirigirse no es tanto decir aquellas cosas que es preciso hacerle comprender, y razonarlas claramente, como expresarlas en su

propio lenguaje habitual, frecuentemente muy limitado y miserablemente incorrecto.

Quien piensa halagar los instintos elementales de sus hombres expresándose a lo plebeyo, probablemente se da más satisfacción a sí mismo que a ellos, porque la posibilidad de expresarse toscamente sólo es dable a quien es naturalmente zafio; los hombres suelen estimar, más de lo que algunos creen, que se los trate con la debida consideración, y nunca verán muestra de respeto en el remedo de su propia ordinariez.

No quiere decirse con esto que haya de utilizarse para el caso, y exclusivamente, el que D. Juan Moneva llama *dialecto académico*. Ni se pide tanto, ni sería deseable tampoco. *La lengua culta y literaria*—ha escrito D. Ramón Menéndez Pidal—*es tan connatural al hombre cuando quiere universalizar sus pensamientos, como la lengua local lo es cuando piensa las cosas más cotidianas y caseras.*

Pero aun para las cosas cotidianas y caseras—cuarteleras, pudiera decirse—el lenguaje ha de ser limpio y cuidado. Apenas hay nada que sugiera una idea tan aguda de limitación mental como una conversación apoyada en muletillas, sin sentido y sin gracia, como cuadra a semejantes estribillos. Nada tampoco da tal impresión de desaseo como el empleo habitual de lugares comunes que, con razón, ha llamado alguien las *rodilleras del lenguaje*. Nada, como no sea el empleo de palabras indecorosas o el uso reprobable de otras, esencialmente limpias, cargándolas, por vicio de una lamentable desviación sensualista, con resonancias deshonestas, que contribuyen a inutilizarlas para su uso normal, con perjuicio del lenguaje, que, en fin de cuentas, es una propiedad común contra la que todo atentado es ilícito.

* * *

Hoy, y probablemente más cada día, el militar, a medida que alcanza grados más altos, tiene más ocasiones de expresarse por escrito que de palabra en sus relaciones oficiales. La humorada del Príncipe de Ligne, que recoge Almirante, carece casi totalmente de actualidad; los que escriben, pasan todos por el cuartel, y los que van al cuartel por haber profesado en la milicia, tienen que saber escribir.

Apenas se trata ya de alocuciones ni de arengas; pero las órdenes, los partes, las comunicaciones, las propuestas, las mociones, deben ser confiadas al papel.

La orden pertenece a un género de composición literaria singularmente facilitado por el hecho de que las líneas generales de su estructura son, por lo general, preceptivas. Ajustada a ellas su redacción, puede ser, sin embargo, desacertada, y una orden mal redactada no puede ser bien comprendida y sería milagroso que fuera bien ejecutada.

Algo semejante habría que decir de las comunicaciones. Y un poco más de las propuestas, mociones y proyectos, en cuya redacción está implícito el propósito de influir sobre el ánimo de la persona a quien van dirigidos; lo que no lograrán si no se ha acertado a darles un punto de interés y de capacidad de sugestión, en el que han de dosificarse adecuadamente el saber, el conocimiento de la persona a quien uno se dirige, el arte y también un poquito de gracia.

Todo ello no cabría de ningún modo en reglas. *El bien hablar*—decía fray Luis de León, y hubiera podido decirlo del escribir bien—*no es común, sino negocio de particular juicio ansí en lo que se dice como en la manera como se dice.*

Pero el mismo Unamuno, que predicaba una suerte de anarquismo literario, ponía un límite a esta libertad del escritor, *límite libre en cuanto es, más bien que impuesto, nacido de la necesidad de las cosas. Este límite es la inteligibilidad de lo que se dice.* Y después, al releer lo escrito, añadió todavía: *es preciso que las cosas que digamos sean inteligibles con el menor esfuerzo posible del lector y además que las lea con agrado.*

En realidad, para esto no valía la pena de escandalizar a la gente con gritos de rebeldía. Era mejor haber tomado, desde luego, el partido adoptado por D. Eugenio d'Ors, muy juiciosamente: el de *los que—¡Dios sabe a costa de qué genial energía!—han logrado introducir disciplina en la turbulencia, fina abstracción en la concreción embriagada, ritmo en la pasión, discurso en el desorden, Academia en el folklore...*

He aquí por qué es preciso acostumbrar a la oficialidad a expresarse correctamente por escrito. Es un propósito que no puede realizarse más que cautelosamente; las correcciones directas e inmediatas son inútiles, porque resultan siempre mortificantes. No es frecuente que nadie se sienta vejado porque se le diga que no sabe tocar el piano, sobre todo si, efectivamente, no sabe tocarlo; pero hay muy pocas personas que admitan, sin graves desgarramientos de su amor propio, una observación amistosa acerca del más disparatado de sus escritos. Esto sería muy consolador, si tal manifestación de amor propio sirviera para que procuraran la enmienda de sus yerros. Pero esto no ocurre nunca, y es preciso tener en cuenta esta particularidad.

Ninguna falta debe dejarse pasar sin corrección; pero la corrección no puede ser ni inmediata ni personal. Es una cuestión de memoria y acaso de un poco de humor.

Pero es inexcusable, no sólo por razón de estética, sino porque muchas veces la forma es indicio revelador del fondo. En general, lo que se expresa oscuramente es porque se ha concebido sin claridad, y lo que se ha meditado poco intensamente, suele exponerse con languidez.

Ya se sabe que nadie se ha hecho un estilo literario con reglas de preceptiva literaria; pero tampoco podrá aspirar nadie a adquirirlo si olvida algunas normas elementales de buen gobierno.

No es fácil escribir con juicio de lo que *no se sabe bastante;* la elección de las voces técnicas o facultativas adecuadas a cada caso exige un conocimiento esencial de las materias de que se trata. Hace ya cincuenta años, decía muy atinadamente Almirante: *por lo mismo que se escribe mucho en el día, hay que ir atando corto a los aficionados a verse en letras de molde; y, so pena de quedar condenado a papel para envolver, es hoy preciso, como en las antiguas pruebas de nobleza, probar, por lo menos, que se conoce el abolengo del asunto que se quiere tratar.* Por descuidar esta advertencia en muchos escritos dados a la imprenta y en otros no destinados a ella, ha de padecer el lector con la introducción de neologismos absolutamente innecesarios y con la aparición de acepciones inusitadas de voces y expresiones con valor y significado anteriores propios y legítimos.

Hace falta, luego, escribir con *claridad*, sin caer en las mañas de aquellos de quienes decía Capmany *que se hacen oscuros por querer ser profundos*, complacidos con el em-

pleo de construcciones equívocas, de frases recargadas y de supuestas agudezas, vedadas también por precepto del *buen gusto*, que huye siempre de lo demasiado sutil, conceptuoso y afectado.

Ya se sabe que con decir estas cosas se adelanta muy poco. Quevedo, con ser Quevedo, no consiguió gran cosa en orden al buen gusto, poniendo en la picota del *disparatario*, de su *culta latiniparla*, la desaforada pedantería de algunos contemporáneos suyos. Pero no está enteramente de más salir por los fueros de una discreta *elegancia* de lo que se escribe.

Entiéndase que si *elegancia* tiene alguna relación con *elegir*, con escoger, escoger no tiene nada que ver con *rebuscar*, operación de la que libre Dios al que haya de escribir.

La justa medida de aquella elección la dió incidentalmente D. Eugenio d'Ors: *entre dos explicaciones*—decía—, *elige la más clara; entre dos formas, la más elemental; entre dos palabras, la más breve.*

Y sobre todo ello, el estilo de un escrito cualquiera ha de ser actual. *Si aun la sintaxis se altera cada cien años para acomodarse al gusto, ¿qué será el estilo?*—se preguntaba Capmany—; *el autor que no quiera pasar por ridículo debe adoptar el de su siglo.*

* * *

Al llegar aquí, uno comienza a tener la sensación de haber gastado el tiempo sin la menor utilidad. Todo lo apuntado no enseñará a nadie a escribir dos líneas bien concertadas, y además estaba ya dicho con un primor que hace casi pecado la glosa.

Sin pasar del prólogo del *Quijote*, hallará quien en trance de escribir lo busque, consejo para su cuidado; le basta tomar el que daba a Cervantes aquel amigo supuesto, "gracioso y bien entendido", que no era *sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzásedes y fuere posile vuestra intención; dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos.*

No vendría mal añadir, para terminar, lo que líneas más abajo escribió el mismo Cervantes: *que si esto alcanzásedes, no habriades alcanzado poco.*

Dibujo del Teniente Aliaga.

LAS MALAVENTURADAS AVENTURAS DEL GRAN LUCHADOR

LUIS MARTINEZ KLEISER, de la Real Academia Española.

DON Quijote, gran soñador de quiméricos idealismos, es un enamorado de la paz. En su famoso discurso sobre las armas y las letras, que tan estrechamente colaboran, dice que las primeras "tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida". Por eso continúa diciendo: "Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad;* y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros*, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno" (cap. XXXVII, parte 1.ª). Pero añade después, en dicho capítulo, que "esta paz es el verdadero fin de la guerra". He aquí, por tanto, cómo pudo pasarse su vida, pletórica de malhadadas aventuras, en lo que pudiéramos llamar continua guerra, siendo tan amante de la paz; luchó por lograrla, por no verla perturbada o interrumpida, que la concordia es equilibrio santo sostenido por la buena voluntad y por el amor a la justicia, y no puede prevalecer sin contienda contra quienes socavan sus cimientos con el azadón de sus ambiciones, el barreno de sus egoísmos y la mina de sus malas artes.

Proclama, en efecto (cap. XXVII, parte 2.ª): "Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su Rey, en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria."

Bien se compenetran, en verdad, a lo largo de tan elevadas afirmaciones, aquel amor suyo a la paz con esta necesidad de la guerra, que dejaría de ser necesaria y de merecer su glorioso nombre, si no enarbolase la bandera de la justicia y no hubiese salido previamente victoriosa de las propias concupiscencias dañinas.

La devoción que a la paz profesa el bienfamado caballero andante, y no los mezquinos intereses humanos, es la que le lleva, como lazarillo de su honor, a empuñar las armas. Es un enamorado del valor, padre del valer y esposo del renombre. No le mueve la codicia sino la santa emulación de los héroes, porque lleva grabada en su corazón aquella máxima puesta por Cervantes en boca del padre del Cautivo: "ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama" (cap. XXXIX, parte 1.ª). Y es, por eso mismo, un heraldo de los prestigios que alcanzan cuantos con nobles fines la practican, no ya sólo por los riesgos que hace correr, sino por los sacrificios que impone, al punto que, como él mismo afirma: "los soldados y los caballeros" cumplen sus altos deberes "no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno. Así que somos —continúa declarando el hidalgo manchego—ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra—con-

cluye—y las a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden", aun cuando no quiera decir con ello que sea "tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso" (capítulo XIII, parte 1.ª).

Hay, sin embargo, en su desprendida determinación del abandono de su hogar, en su voto de buscar los peligros y en su voluntario sacrificio ante las calamidades que pudieran afligirle, un destacado sello de amargura. No quiere, por sí misma, la guerra; ni como pasión desordenada de su espíritu ni como venero de nombradía; se adiestra esforzado en su ejercicio, lamentando que lo hagan necesario las flaquezas y las ruindades de los hombres. Su poética y acibarada elegía, en plática con los cabreros, es todo un poema de tristeza y toda una égloga virgiliana: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y abundantes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra, entretejidas, con lo que iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen" (cap. XI, parte 1.ª). Este canto magnífico que, prendido de su hermosura quise copiar íntegramente, llora sobre la tumba de la envidiable Arcadia venturosa y pregona la necesidad de volver, hasta donde los nuevos tiempos lo permiten, por sus excelencias y virtudes a costa de las crueldades de la lid, que las torcidas conductas y las insanas

ambiciones de los hombres desataron, desde aquellas edades felices, sobre la faz luctuosa de la tierra.

Y sale nuestro caballero al "antiguo y conocido Campo de Montiel" (cap. II, parte 1.ª) en busca de aventuras, "apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer" (cap. II, parte 1.ª), y según eran, en una palabra, las ofensas que por doquiera recibía la virtud de la convivencia, dueña y señora de su espíritu.

Al tardo andar de Rocinante se aleja de su casa y se acerca su mente a la consideración de las virtudes que había de alimentar para ser digno mílite de tan altos designios, formalizando un código de honor tan acabado y perfecto que mereciera ser estampado en los frontispicios de los cuarteles y de las Academias militares: Quien a tales menesteres encamina sus gloriosos pasos "ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla" (cap. XVIII, parte 2.ª).

Deja, en efecto, escrita con sus hechos una historia tan resplandeciente de limpieza en el propósito, como empañada por su adversa fortuna. Hasta treinta importantes aventuras se cuentan en su voluntariado, y en las más de dichas valerosas empresas sólo consigue ser víctima de su temeridad: Unas veces son las veras y otras las burlas; ahora es el fracaso del fin perseguido, y luego la realidad que le despierta de su ensueño; en esta ocasión es la ingratitud y en aquélla el desdén. Acongoja el ánimo seguirle paso a paso, admirando la nobleza de sus ansias, la constancia de sus convicciones, la dignidad de sus ideales y el tesoro de sus sentimientos, siempre derramados a lo largo de su generoso camino, y siempre hollados por la sinrazón, por la fuerza y por la desventura. Porque sus victorias, ¡tristes victorias algunas de las que consigue!, suelen acabar "en punta como pirámide puesta al revés", según dijo él mismo de algunos linajes (capítulo XXI, parte 1.ª), bien a pesar de haberse asentado sobre la sólida y ancha base de una causa gallarda y redentora.

Oye salir de una espesura los lamentos de una voz infantil; acude a socorrer al desvalido, dando gracias al cielo que "tan presto le pone ocasiones delante donde pueda cumplir con lo que debe a su profesión", y halla que Juan Haldudo el Rico, labrador avaro de las cercanías, tiene atado y desnudo de medio cuerpo arriba, para mayor crueldad, a un muchachuelo como de quince años a quien azota sin compasión con una pretina. El pretexto que alega el labrador es el mal comportamiento del azotado, cuyo nombre es Andrés. De ser ciertas sus explicaciones, le sirve de guardar las ovejas, y es tan descuidado que cada día le falta una. El pastorcillo proclama en voz doliente que su amo busca con tal acusación disculpa para no pagarle la soldada. Don Quijote comenta: "mal parece tomaros con quien defender no se puede", y amenaza: "yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo". Hace desatar a la víctima e impone al verdugo el deber de abonar su descubierto, bien que no pueda esto realizarse de presente por no llevar dinero encima Juan Haldudo. Sigue, después, su camino el desfadedor de aquel vejamen, satisfecho de la victoria conseguida sobre la mala fe y el atropello; pero no bien sale de la espesura y se pierde de vista, vuelve a ser atado el rapazuelo y llueven sobre su cuerpo nuevos despiadados azotes, con cuyo regalo y sin el de la soldada, parte, al fin, llorando el pastor-

cillo, mientras queda muerto de risa el labrador. O lo que es lo mismo: quedan victorioso el brazo amenazador del gran hidalgo y derrotado el noble fin en que se había empeñado su espíritu (cap. IV, parte 1.ª). Esta es la triste portada de sus desventuradas aventuras, que parece lanzar un mal agüero sobre las que ha de emprender en adelante.

Otra vez ve venir hacia él un caballero sobre un caballo rucio rodado, que trae sobre la cabeza un yelmo de oro. No es en realidad el vislumbrado sino el barbero de un inmediato pueblo que se defiende con su bacía de los rayos del sol y se dirige a cumplir deberes de su oficio en otra localidad vecina. Pero al soñado soñador se le antoja caballero el menestral y yelmo de Mambrino la bacía, y así, cuando cree conquistar el talismán famoso, queda su loca fantasía vencida y en ridículo (cap. XXI, parte 1.ª).

Poco después contempla cómo avanzan a su encuentro hasta doce hombres a pie, ensartados a manera de cuentas en una gran cadena y con esposas en las manos. Sancho le hace saber que son galeotes o gente forzada del Rey, condenada por sus delitos a cumplir en galeras la pena señalada por la justicia. El inmortal manchego no concibe que, aunque delincuentes, sean llevados por fuerza, o sea sin consentimiento de su voluntad. Se le antojan, al conjuro de la palabra forzados, seres débiles que reclaman su protección. "Aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables", exclama, porque para él la libertad "es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida" (cap. LVIII, parte 2.ª). Se dirige, pues, a los guardas, y por parecerle "duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres", ruega sean servidos el comisario y los guardianes de desatarlos y dejarlos ir en paz. No acceden éstos, como es natural, a una petición tan arbitraria. Embiste contra ellos el mercedario seglar. Los guardianes acuden a defenderse. Los galeotes, entretanto, logran desprenderse de la cadena que los tenía convertidos en rosario y desarman a los guardas, que se ven en la necesidad de huir. El fervoroso enamorado ruega entonces a sus libertos que vayan a poner en conocimiento de doña Dulcinea del Toboso su incomparable hazaña; y como los favorecidos no entienden de tan sutiles delicadezas, acaban pagando el bien recibido con palos sobre las carnes y latrocinios sobre las pertenencias de su paladín, para convertir en aflictivo fracaso sus flamantes laureles. Con razón puede, por tanto, comentar con amargura que "siempre las desdichas persiguen al buen ingenio" (cap. XXII, parte 1.ª).

Descansa en pleno campo. Le despierta un ruido que siente a sus espaldas (cap. XII, parte 2.ª). Parece ser el que llega otro caballero andante con su escudero zafio. Este caballero, que da en llamar del Bosque la puntual historia del nuestro, se confiesa enamorado de la sin par Casildea de Vandalia, que le ocupa en "muchos y diversos peligros". Hace saber a lo largo de su amena narración que ha vencido a muchos caballeros, aun cuando no se precia de ninguna victoria como de la conseguida sobre Don Quijote, a quien hizo confesar ser más hermosa su Casildea que Doña Dulcinea del Toboso. Asombrado el héroe de Cervantes al escuchar tan insólito aserto, niega su veracidad; atribuye la superchería rufianesca no a invención del supuesto rival suyo, sino a obra de malévolos encantadores, y concluye su moderada peroración ofreciendo que, si lo dicho "no basta" para enterarle en la verdad que dice, allí "está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie, o a caballo, o de cualquier suerte" que le agradare. El Caballero del Bosque se aviene complacido a luchar con Don Quijote nuevamente. Demoran el desafío hasta la hora en que mil suertes de pintados pajarillos anuncien con sus gorjeos que la jovial aurora descubre la hermosura de su rostro por los balcones del Oriente. La luz del nuevo día, por fin, les da la señal de subir a caballo y emprender la lucha. Quiere la buena fortuna que Don Quijote derribe a su rival, y se derrota con su fortuito triunfo a sí mismo, puesto que quien yace por el suelo a sus pies no es otro que su amigo el Bachiller Sansón Carrasco, empeñado en el intento de arrancarle de su locura (cap. XIV, parte 2.ª).

Le llevan sus andanzas a ser espectador de una representación con que le regala el Retablo de Maese Pedro. Ante aquel hombre, "todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón", y su retablo, se acomodan cuantos en la venta se hallaban (cap. XXV, parte 2.ª), y el llamado ingenioso hidalgo por su glorioso creador, puede ver reproducida la escena en que Don Gaiferos dió libertad a su esposa Melisendra, que se hallaba cautiva de moros en la ciudad de Sansueña, llamado hoy Zaragoza. Asiste luego a la expedición que organiza el rey Marsilio para salir en seguimiento de la pareja fugitiva. Al ver congregada tanta morisma

el poderoso valedor de necesitados, y al conocer sus intenciones, se levanta en pie y exclama: "No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero como Don Gaiferos. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no conmigo sois en la batalla." Y diciendo y haciendo, desenvaina la espada, se pone de un brinco junto al retablo y, con nunca vista furia, lanza cuchilladas tras cuchilladas sobre la morisma titerera, hasta dar, en menos de dos credos con todo el retablo en el suelo y deshacer todas sus figuras, tras cuyo hecho Maese Pedro llora la cierta ruina de su hacienda, mientras el defensor de Don Gaiferos se felicita de su falso triunfo (cap. XXVI, parte 2.ª).

Pero si tales andanzas entristecen a quienes contemplan con ojos compasivos cómo se tocan y confunden en sus lances el éxito aparente y el desastre real, la efectividad y la ilusión, la sublimidad y el ridículo, dentro del arca sellada donde custodia el cuerdo loco su alma caballeresca e infantil, despiertan sólo íntima satisfacción de conciencia, por la pureza del fin perseguido y la valía del ilusorio bien, logrado con el arresto de su espada y el esfuerzo de su valentía.

De sus treinta renombrados encuentros sólo en uno persigue un fin personal y utilitario, y es aquel en que arranca de manos del barbero, para su propio empleo y protección y para sustituir a la celada que le había maltrecho el Vizcaíno (cap. IX, parte 1.ª) el decantado yelmo "que tan caro le costó a Sacripante" (cap, X, parte 1.ª), y que, según era fama, convertía en invulnerable a quien alcanzaba la dicha de poseerlo. En las veintinueve restantes defiende pleitos ajenos o dictados de sus sagradas convicciones.

No consiente ver atropellada la justicia, y ya se ha visto cómo acude a repararla enfrentándose con Haldudo para que satisfaga sus haberes al pastorcillo Andrés.

Es paladín de la libertad, como queda dicho, en su acometividad contra la morisma guiñolera que persigue a Melisendra, redimida de su cautividad por Don Gaiferos.

Es campeón de la verdad en su afortunado duelo con el Caballero del Bosque, según queda mencionado, por haber asegurado éste, y no ser cierto, que había vencido anteriormente a Don Quijote de la Mancha.

Le mueve la preciosa virtud de la compasión al sentir incautamente las desdichas de los galeotes.

Venga intolerables agravios ante los yangüeses. Ello sucede mientras sestea el caballero. Había dejado Sancho "al jumento y a Rocinante a sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había". "Andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas" de los arrieros dichos. Se acercó Rocinante, con reverdecida juventud, a comunicarse con ellas, y poco corteses las jacas, le recibieron con las herraduras, de tal modo que le rompieron las cinchas y derribaron su silla por el suelo. Los yangüeses, advertidos

del revuelo que había puesto en conmoción su manada, intervinieron con sus estacas y le vejaron a palos. Rocinante no es un ser humano, pero es un ser débil y agraviado por añadidura. Su dueño piensa que la insolente demasía merece castigo, y aun cuando Sancho le advierte que son más de veinte los arrieros y ellos sólo dos, él replica que "vale por ciento" y arremete contra los ofensores, que repiten sobre su cuerpo los excesos cometidos antes sobre su cabalgadura (capítulo XV, parte 1.ª).

Sale a la palestra como adalid de la paz al dirigirse a los "doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas" del pueblo del rebuzno, que salían a pelear con los del pueblo vecino, cuyas burlas pasaban de lo tolerable. "Ningún particular—les dice—puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor." "Vuesas mercedes—concluye su largo y sustancioso razonamiento—están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse." Si la locura le impide considerar su falta de sosiego en otras ocasiones, su cordura fugaz le hace medir en ésta que tomar las armas "por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta..., carece de todo razonable discurso". Y tan grande y generoso se ofrece a nuestra simpatía cuando habla con sensatez como cuando procede con delirio (cap. XXVII, parte 2.ª).

Empuña la espada por la fe religiosa en aquella, tan bufa como solemne, batalla contra huestes de ovejas y carneros. Son ejércitos para los ojos de su demencia. "Este que viene por nuestra frente—hace saber a Sancho—le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo." Se quieren mal—según continúa explicando a su escudero—porque "Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es... cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya". No puede dominar el ímpetu que le acomete de ayudar al católico rey Pentapolín, y se entra por medio del escuadrón de las ovejas para dar testimonio de su denuedo y de los arraigados que se hallan en su espíritu sus amores al dogma (cap. XVIII, parte 1.ª).

Se apresura valerosamente a reparar el honor ofendido de las damas siempre que la ocasión de hacerlo se le presenta, sean ellas personas de carne y hueso, como Doña Rodríguez, o sean creaciones quiméricas de novelones caballerescos, como la reina Maldásima; trátese de sucesos acaecidos o de palabras que se claven como saetas en el buen nombre. Acaece lo primero después de oír, en casa de los Duques, la exposición, que le hace Doña Rodríguez, del desventurado suceso por el que su muy querida y amada hija fué víctima de una "sinrazón y alevosía que un mal labrador la tiene fecha", y de verse requerido para conseguir que cumpla el mancebo la promesa de matrimonio falazmente empeñada (cap. LII, parte 2.ª). Nada importa que a su tiempo el Duque suplante la personalidad del labrador por la de su lacayo Tosilos, ni tampoco cuenta para el caso que termine su siempre infortunada intervención en boda distinta de la pensada, puesto que se formaliza con Tosilos a gusto de todos. El levantado y señorial altruismo de su propósito no sufre mengua por el resultado de sus acciones (capítulo LVI, parte 2.ª). Se tercia lo propuesto en segundo lugar no bien oye malpensar y peordecir a Cardenio "que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Maldásima", porque no sufre la que considera calumnia y, tras defender la honra de la Reina, estalla su cólera en estas palabras vibrantes: "y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender, a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere", reto que ni fué lanzado en balde ni contestado en la forma caballeresca que merecía, sino con un cantazo de Cardenio en los pechos que le tumbó de espaldas (cap. XXIV, parte 1.ª)

Y es también velador esforzado del honor y de la dignidad propias, sin cuyo título no se consideraría digno de pasear su inmaculado nombre por el mundo, ante lo que considera desacato del cuadrillero por llamarle simplemente "buen hombre", sin el debido respeto a su honrosa profesión de caballero andante (capítulo XVII, parte 1.ª).

Y consagra su actividad incansable a exterminar a los malhechores de todo género que pueblan la tierra, para tormento y daño de las gentes pacíficas, cuando quiere aniquilar los molinos de viento, "aunque muevan más brazos que los del gigante Briareo", ya que furibundos gigantes le parecían (cap. VIII, parte 1.ª), y en presencia de los seis mazos de batán que considera como amenaza malsana del otro mundo, sin que basten a detenerle las súplicas dolientes del temeroso Sancho, a quien responde con ejemplar entereza: "no se ha de decir por mí, ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer

lo que debía a estilo de caballero" (cap. XX, parte 1.ª).

Y se conserva, en toda ocasión, fiel, aun con detrimento de sus huesos y de sus carnes, a la memoria siempre viva de su siempre amada Dulcinea, lo mismo con la *princesa* Maritornes en el camaranchón de la venta (donde, amparada por las tinieblas, busca la moza el incontinente y poco refinado afán amoroso del arriero, y topa, en un solo acto, con Don Quijote y su galante repulsa) (cap. XVI, parte 1.ª), que a los pies del ventanuco donde hace a caballo la guardia del *castillo*, y donde otra *princesa*, no que la hija de la ventera, le llama para pedirle una de "sus hermosas manos", otorgada, no sin vacilación, por cortesía, para quedar con la mano, "verdugo de los malhechores del mundo", atada por un cabestro, y suspendido él de ella, después, al escapársele Rocinante de entre las piernas (cap. XLIII, parte 1.ª).

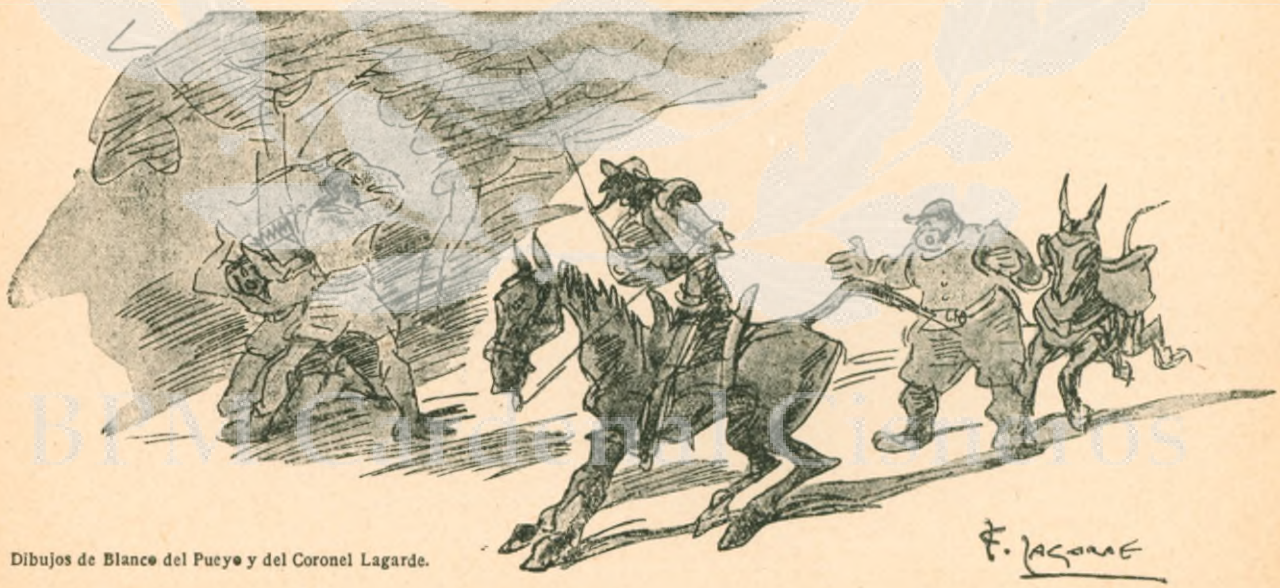
Y es siempre amparo de la debilidad atropellada. Ante la litera de la dama vizcaína, escoltada en su viaje por servidumbre de a caballo, mozos de mulas a pie y, casualmente, por dos frailes de la Orden de San Benito, comitiva cuya presencia le mueve a decir: "aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa", y le hace arriesgarse a una lucha en la que sufre una cuchillada en un hombro para librarla (capítulos VIII y IX, parte 1.ª); al acercársele la "gran multitud de lumbres que no parecían sino estrellas que se movían" en medio de la noche, y que no eran sino sacerdotes acompañantes de un entierro, a quienes se dirigió exigiendo: "dadme cuenta de... qué es lo que en aquellas andas lleváis; que según las muestras, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho, algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fecistes, o bien para vengaros del tuerto que vos fizieron" (capítulo XIX, parte 1.ª); empeñado en combate de pesadilla contra el gigante enemigo de la princesa Micomicona y en contienda de realidad con desangrado pellejos de vino (cap. XXXV, parte 1.ª); derribado por uno de los portadores de las andas donde llevaban algunos disciplinantes a la Virgen, en procesión de rogativa, para impetrar la lluvia, cuando trata de arrancar a la que juzga señora humana del cautiverio en que la tienen aquellos follones (cap. LII, parte 1.ª); dispuesto a rescatar con su espada el rucio de Sancho, espantado y huído al oír el tintineo de los cascabeles de un recitante, vestido de bojiganga, y viajero en una carreta con la compañía de Angulo el Malo, para representar de pueblo en pueblo el auto de las Cortes de la Muerte (cap. XI, parte 2.ª); convertido en égida de Basilio contra Camacho y contra todos, porque la riqueza no puede avasallar al amor (cap. XXI, parte 2.ª); a bordo del barco, por último, que piensa le brinda, en el río Ebro, la ocasión de socorrer a un caballero necesitado, aventura que, como ninguna otra, le hubiera costado la vida, si las varas de los molineros no hubiesen volcado la barca cuando ya se hallaba en trance de hundirse en las gargantas de las aceñas, y si, salvados como náufragos, no llegaran a salir de las revueltas aguas "más mojados que muertos de sed" (capítulo XXIX, parte 2.ª), es siempre, a nuestros ojos, la inflamada pasión de hacer el bien, la intención pródiga, la mente alta, el corazón desprendido, la voluntad franca y la espada valiente.

Porque aquel gran soldado del ideal había de ser ante todo valiente, para ejemplo de cuantos guerreros pueblan el mundo. Varios de sus hechos de armas,

mirando a los heroísmos que se propuso realizar. ya que no a las nimiedades en que se convirtieron, serían galardonados en nuestros días con la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando. Hazañas que, de ser ciertas, despertarían de modo perdurable asombro entre los hombres, fueron la de ordenar que abriesen la jaula de los leones en medio del campo (capítulo XVII, parte 2.ª); aquella otra de su descenso a la cueva de Montesinos (capítulos XXII y XXIII, parte 2.ª), y su extraordinario viaje por los aires, a lomos de Clavileño, como medio de librar a la condesa Trifaldi del encantamiento, que para mengua de sus encantos había poblado de barbas su rostro (capítulo XLI, parte 2.ª).

Don Quijote despierta en nuestro espíritu admiración, afición, cariño y respeto. Le respetamos más cuanto más despeñado le vemos en las simas de sus fracasos, desde las elevadas cimas de sus sueños. Repetida y donosamente burlado por los Duques, gustosos de saborear el deleite de su locura; corrido por los del pueblo del rebuzno; molido por los yangüeses; descalabrado por el cuadrillero de la Santa Hermandad (cap. XVII, parte 1.ª); apedreado por los pastores (cap. XVIII, parte 1.ª); robado por los galeotes en recompensa de haberles redimido (cap. XXII, parte 1.ª); tullido por los disciplinantes (cap. LII, parte 1.ª); arañado cruelmente por el gato, que a los ojos de su extravío es un maligno encantador (capítulo XLVI, parte 2.ª); despreciado por el león, que, tras no dignarse luchar con él le vuelve olímpicamente la espalda (cap. XVII, parte 2.ª), y pisoteado por los toros, cuya loca carrera desafía con jamás igualada temeridad (capítulos LVIII y LIX, parte 2.ª), merece bien que Altisidora le llame, al final de sus días, como pudiéramos llamar a todos los fracasados idealistas de la tierra, "don vencido y don molido a palos" (capítulo LXX, parte 2.ª).

Pero, aun cuando siempre parece vencido, resulta eternamente vencedor. Su cuerpo sufre los reveses propios de la temeridad o de la mala fortuna. Su espíritu, en cambio, eternamente victorioso, triunfa de todas las miserias, de las concupiscencias insanas, de las bajas pasiones y de los insaciables egoísmos que suelen apoderarse, como invencibles dictadores, del corazón humano. Es Don Quijote un símbolo inmortal. Su postrer aventura, epílogo de una vida, gloriosa en fines y significados, nos le muestra hollado innoblemente por una piara de seiscientos cerdos. Son los cerdos de la mezquindad, del materialismo y de la torpeza, humillando bajo sus infamantes pezuñas el ensueño, el sacrificio, el honor, la pureza, la virtud, la heroicidad y la entrega pródiga de sí mismo. Podrá írsenos el estómago vil tras los puercos inmundos que nos ofrecerán el sustento y el regalo. Bien al contrario, el corazón no dejará nunca de contemplar estático la colosal figura del gran Luchador. A la postre, la piara de aquellos inmundos animales, justamente llamados *de la vista baja*, es conducida camino del matadero, mientras el aparentemente hollado por ella, imagen de la Patria que le vió nacer, perdura en mármoles y en bronces y pasea por el mundo los resplandores de su gloria.



Dibujos de Blanco del Pueyo y del Coronel Lagarde.

Génesis y Difusión del QUIJOTE

JUSTO GARCÍA MORALES, de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional.

CON razón podemos ufanarnos los españoles de poseer en nuestra riquísima literatura la obra profana que más se ha reimpreso y traducido: el *Quijote*. Por ello creemos que el mejor homenaje que debemos brindar a la inmarcesible memoria de Cervantes, en este cuarto centenario de su nacimiento, es enumerar y divulgar, siquiera sea brevemente, algunas de las particularidades que coincidieron en la génesis y difusión de su inmortal novela.

¿CUANDO Y COMO SE ESCRIBIO EL "QUIJOTE"?

Una curiosidad muy natural nos incita a conocer las circunstancias que rodearon la concepción de todas las grandes obras artísticas. Queremos penetrar un poco dentro de ese maravilloso halo de luz que envuelve al genio en el momento de su máxima exaltación espiritual. La mayoría de las veces resulta vano este empeño. El tiempo y el olvido, unidos a la indiferencia de los contemporáneos, ponen inabordables barreras a nuestro propósito.

¿Cuándo y cómo escribió Cervantes su *Don Quijote?* Trataremos de satisfacer la curiosidad del lector, exponiéndole las pocas e inconexas noticias que sobre este particular poseemos.

Al comenzar el siglo XVII, Cervantes sentía acercarse la vejez. Cincuenta y tres años son muchos años cuando se ha vivido intensamente. Su espíritu, sereno y equilibrado siempre, se había templado como el acero en las amargas aguas de la ingratitud y del desengaño. Su heroísmo, sorprendente aun en aquella época esplendorosa, no había recibido la recompensa que merecía. Y no fué esto culpa de nadie, sino de su mala estrella, o quizá inescrutable designio de Dios, que sabe los secretos de la maravillosa alquimia que transforma el dolor en virtud o en belleza. Tres graves heridas, largos años de cautiverio, varias comisiones militares reservadas y difíciles no merecieron otro premio que modestos cargos subalternos. Por entonces, el insigne manco se encontraba sano en Sevilla, antesala de las Indias y rico emporio donde se entremezclaba y confundía cuanto de bueno y de malo ofrecía la abigarrada España de los Felipes: riquezas, arte, religiosidad y picaresca. ¡Buen escenario para un espíritu observador y comprensivo como el de Cervantes, que de los inútiles afanes del mundo hacía pura obra artística! Su ironía suave, piadosa como un bálsamo, limaba las duras y descarnadas aristas de la realidad y la ennoblecía con una delicada y casi imperceptible filosofía.

En aquellos años, Cervantes se ganaba la vida como encargado de hacer acopios de víveres para nuestras armadas. Aun en los cargos administrativos, su vida estuvo unida siempre a la suerte de los Ejércitos españoles, pues en realidad desempeñaba un papel muy semejante al de los actuales miembros del Cuerpo de Intendencia. Tarea ingrata y poco brillante que le ocasionó innumerables disgustos, pero que le puso en contacto con la realidad palpitante de la vida nacional. Tenemos una abundante documentación de aquella época, en que su nombre glorioso aparece unido a miles de arrobas de aceite, de fanegas de trigo y de cebada, a los vulgares apellidos de arrieros, molineros, carreteros, bizcocheros, alguaciles y demás gente de este jaez.

Los escasos días de reposo que su inquieta profesión le permitía, Cervantes los dedicaba a cultivar la amistad de los hombres de letras, frecuentando no las academias cultas y elegantes de los consagrados, sino los círculos modestos y un tanto tabernarios de los poetas hampones y apicarados. Nunca se había extinguido en él la afición por la literatura, que se inició en su adolescencia, se desarrolló en el ocio del cautiverio y culminó a su regreso de Argel entre la alegre gente de la farándula. Las dos grandes ilusiones de su vida fueron la milicia y el teatro. Ni la una ni la otra se le lograron: en la primera tropezó con el rigor de su menguada fortuna; la segunda, porque en el momento en que se iniciaba su carrera dramática surgió "el gran Lope de Vega", a quien él también llamaría el *Monstruo de la Naturaleza*, y al "alzarse con la monarquía del Teatro" anuló a todos los que para él escribían, y entre ellos a Cervantes.

Esto y otros motivos poco o nada conocidos que debieron de existir originaron la fría amistad o enemistad encubierta que hubo entre el *Fénix* y el *Príncipe* de nuestras letras, y que tuvo no pequeña parte en la génesis del *Quijote*, lleno de terribles ironías contra Lope, hasta el punto de que todos los versos preliminares de nuestra gran novela son una constante y finísima sátira de los extravagantes y fogosos apasionamientos de Lope de Vega. Puede asegurarse—y no somos los primeros en mantener esta opinión, que han compartido con nosotros muy eruditos críticos—que muchas de las locuras del ingenioso hidalgo, incluso su exaltación amorosa por

Don Quijote, según el genial pintor español Ignacio de Zuloaga, una de las más bellas figuraciones del Ingenioso Hidalgo.

Dulcinea, no son otra cosa que una ridiculización de los defectos del *Fénix*, unida a una más amplia parodia de la absurda literatura caballeresca, por la que entonces el pueblo sentía una desmedida afición.

Tales eran las ocupaciones y preocupaciones de Cervantes cuando entró el año 1602 en la Cárcel Real de Sevilla a causa de no haber rendido unas cuentas de las muchas en que intervenía por sus comisiones y apremios.

La cárcel de Sevilla era el más pintoresco y a la vez espantoso lugar de la abigarrada España de entonces. En ella convivían repugnantes criminales con personas como Cervantes, a las que su *mala estrella* conducía a tan inmunda Babel. Los presos eran innumerables; el escándalo, continuo. Se jugaba en tablas alquiladas, se bebía y comía en sus cuatro bodegones, alternando los cantos báquicos con los lamentos de los condenados a muerte. Aquel fué el escenario que rodeó a Cervantes mientras escribía el *Quijote* por ahuyentar sus negros pesares, y quizá por preparar unos miserables recursos para cuando saliera de tal infierno "donde toda incomodidad tenía su asiento y donde todo triste ruido hacía su habitación".

LA EDICION PRINCIPE DEL "QUIJOTE"

Cervantes, al salir, por fin, de la Cárcel Real de Sevilla, debió de pensar en buscar algún dinero con que atender a sus más perentorias necesidades. Allí estaba el cartapacio de su novela a medio concluir, con el que creyó que quizá conseguiría varios centenares de reales. En Toledo o en Valladolid, donde a la sazón se hallaba la Corte, remató la *Primera Parte*, y algún tiempo después se la entregó a su amigo y paisano el librero (editor diríamos ahora) Francisco de Robles. Nada sabemos de la cantidad que percibió por la venta de la propiedad del *Quijote*, aunque es presumible que no fué mayor de los 1.600 reales que cobró por sus *Novelas ejemplares*.

El primer problema bibliográfico que presentan las impresiones del *Ingenioso Hidalgo* es el precisar la fecha en que apareció su edición príncipe. Se ha querido asegurar que fué en 1604, y no en 1605, cuando vió por primera vez la luz, porque en un libro registro que por entonces llevaba la Hermandad de libreros, y en un asiento que comienza aquel año de 1604, figuran "2 Don Quixotes, a 85 pliegos". Por otra parte, se habla ya del famoso héroe en unos versos de *cabo roto* que preceden a la novelita *La pícara Justina* (compuesta en 1604); y Lope de Vega, en cierta carta de fecha insegura, aunque atribuída al mismo año, dice malignamente de nuestro autor: "... De poetas no digo. Muchos en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*." A pesar de todo esto, parece seguro que fué en los primeros días de 1605 cuando vió la luz la más reproducida de las novelas que se han publicado.

Los ejemplares de la que actualmente se considera edición príncipe (en los que ha creído hallar variantes el bibliógrafo D. Homero Serís) escasean mucho, y ya en 1912 adquirían un precio de 1.460 libras esterlinas. La causa de esta rareza la atribuyó D. Francisco Rodríguez Marín al gran número de ejemplares que se enviaron a América (unos 1.500 antes de 1606), y que, por las circunstancias climatológicas de aquel Continente, se han perdido en su mayoría.

En cuanto al aspecto material de los primeros ejemplares, puede asegurarse que nada dice en ellos la magnífica estrella con que nacieron al mundo de las letras. Su papel es malo, amarillento; sabemos que procedía de los molinos de El Paular; sus tipos redondos, grandes y desgastados (caracteres conocidos técnicamente con los nombres de *atanasios*, los del texto, y *cursivos de lectura*, los de los epígrafes); las iniciales, toscas y emborronadas. Abundan las erratas y hasta la foliación está equivocada. Si acaso hay en él algo pomposo y opulento, son los barrocos títulos del magnate a que van dedicados, y que tan mezquinamente se portó con Cervantes. Quizá nos hable algo del maravilloso destino de la obra el anchuroso escudo tipográfico que aparece en la portada con su leyenda: *Post tenebras, spero lvcem*, a la que tanto partido se le ha querido sacar, aunque ya en 1592 la usaba el tipógrafo madrileño Pedro de Madrigal. En cuanto al impresor Juan de la Cuesta, que tuvo el honor de fijar por primera vez el texto del *Ingenioso Hidalgo*, poseemos referencias de que era un modesto tipógrafo segoviano, que en 1599 vino a Madrid a regentar el taller de María de Quiñones. Su imprenta, una de las cuatro que había entonces en Madrid, se hallaba en la calle de Atocha, aunque luego se trasladó al próximo callejón de San Eugenio.

El texto de la primera edición aparece dividido en cuatro partes, aunque luego el mismo Cervantes, al publicar en 1615 su verdadera *Segunda Parte*, prescindió de esta división, por lo que no se sigue en las ediciones modernas. También ha extrañado a los bibliógrafos que el *Quijote* apareciera sin algunos de los requisitos que solían llevar las obras de entonces: la licencia del vicario, la aprobación o censura eclesiástica y la civil o del Consejo Real. En cuanto a las numerosísimas erratas que afean el texto, no pueden atribuirse todas a descuido del tipógrafo, pues hay omisiones de pasajes enteros, como aquel en que se habla de la pérdida del rucio de Sancho; más creemos que se debieron a la forma en que Cervantes componía sus libros, sin un ambiente propicio y tranquilo. Desde luego no corrigió las famosas pruebas de su inmortal obra (pruebas que creyó haber encontrado fantásticamente un editor, y cuyo supuesto hallazgo hizo trasladarse precipitadamente de Madrid a Palencia a D. Marcelino Menéndez y Pelayo), primeramente porque entonces no se solían corregir, y después porque Cervantes no se encontraba por entonces en Madrid. Las erratas del *Quijote* han sido continua obsesión de sus comentaristas, que hubieran dado cualquier cosa por poseer ese manuscrito que con frecuencia buscan en nuestra Biblioteca Nacional algunos lectores poco enterados.

EXITO Y DIFUSION DEL "QUIJOTE" EN EL SIGLO XVII

Pocas obras de la literatura española, y aun extranjera, han tenido un éxito tan rápido y definitivo como el *Quijote*. En el mismo año de su aparición se hicieron ya siete ediciones distintas: dos en Madrid, por Juan de la Cuesta; tres en Lisboa, por Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeech, y otras dos en Valencia, por Pedro Patricio Mey. El gran favor que este libro mereció del público lo comprueba además el hecho de que, dos meses después de su aparición, dos tipógrafos lisboetas se decidieran precipitadamente a reproducirlo, aprovechando la circunstancia de que la obra sólo tenía privilegio para Castilla y no para los otros reinos que formaban entonces la nación española. Esto obligó a Cervantes a dar poder a Diego de Alfaya y a Francisco de Mar para querellarse contra los que en Lisboa habían reimpreso el *Ingenioso Hidalgo*.

Pero, aunque rápido, no fué un éxito efímero el del *Quijote*, y nuestro autor pudo ver impresas, en los once únicos años que le quedaban de vida, catorce ediciones castellanas, una inglesa y dos francesas. Por cierto que, a propósito de la popularidad que alcanzó en Francia este libro, cuenta el licenciado Márquez Torres, en la aprobación de su *Segunda Parte*, que varios de los caballeros que formaban parte de la comitiva del embajador extraordinario Duque de Mayenne mostraron deseos y lograron ver a Cervantes en su pobre buhardilla de la calle de Francos, donde le demostraron su devoción y entusiasmo por su obra. ¡No pequeño consuelo para el insigne alcalaíno, en medio de las amarguras e ingratitudes que acibararon su vida!

En la centuria décimoséptima se hicieron ya setenta y siete ediciones distintas del *Quijote:* veintinueve castellanas, veintidós francesas, doce inglesas, seis alemanas, cinco holandesas y tres italianas. Nuestros hermanos los italianos no se distinguieron entonces, ni tampoco después, por su entusiasmo por la inmortal novela, no obstante los innumerables lazos de religión, gustos y raza que nos son comunes.

Las más notables de estas traducciones se deben a Tomás Shelton y a J. Philips, las inglesas; a César Oudin, F. de Rosset y Filleau de Saint-Martin, las francesas; a Basteln, las alemanas; a Lamberto van den Bosch, las holandesas, y a Lorenzo Franciosini, las italianas.

Las primitivas impresiones aparecieron desprovistas de toda clase de láminas e ilustraciones. Unicamente en la portada llevaban pequeños grabaditos de surtido, de los que solían mostrar los libros de caballerías. En 1618, Blaunte adornó la portada de una de las traducciones inglesas con cierta pequeña lámina en que por primera vez aparecen, de forma extraña por cierto, las figuras de Don Quijote y de Sancho. Treinta años más tarde, un dibujante alemán desconocido se atrevió a dibujar cinco estampas quijotescas, en que se representa muy joven al héroe y muy cabezudo a Sancho. Pero es en Holanda, tierra de grandes pintores y grabadores, donde en realidad se hacen las primeras ilustraciones del *Ingenioso Hidalgo*, muy reproducidas cier-

Magnífica ilustración de Gustavo Doré, de la edición francesa Hachette de 1863. Doré hizo un largo viaje por España para documentarse.

tamente en aquellos años: a Salomón Savry y a F. Bouttas se debe la discutible gloria de haber iniciado, con poco acierto en verdad, la interpretación plástica de los personajes cervantinos. Un pésimo grabador y dibujante español, Diego de Obregón, calca mal y algo añade por su cuenta, en la edición madrileña de 1673 ó 1674, a estos dibujos iniciales. Todavía un inglés que firma con las iniciales J. P., adorna con un frontispicio muy impropio la impresión inglesa de Tomás Hodgkin (1687).

El *Quijote* fué recibido por las gentes contemporáneas como una obra extraordinariamente regocijada, en la que un loco estrafalario seguido de un criado necio y glotón hacía mil divertidos disparates. No calaron más hondo. Nada vieron en él simbólico ni trascendental. La actual manera que tenemos de ver y comprender el *Ingenioso Hidalgo* es hija del siglo XIX, y más concretamente del romanticismo. La anécdota incierta, pero muy repetida, que cuenta cómo Felipe IV, viendo un día desde los balcones de Palacio reír a carcajadas a un estudiante que leía un libro, aseguró primero y logró cerciorarse después de que la obra que tenía entre sus manos no era otra que el *Quijote*, comprueba este concepto bufonesco que mereció entonces nuestra más profunda novela. Todavía las gentes sencillas que se deleitan con el *Ingenioso Hidalgo* no admiran en él otra cosa.

La gran popularidad que consiguió el *Quijote* en la primera centuria de su aparición no la testimonia sólo el crecido número de reimpresiones que de él se hicieron, sino las repetidas imitaciones que mereció y su influencia reflejada en todas las artes. Músicos, pintores y dramaturgos compitieron en el honor de seguir a Cervantes: Shakespeare, Calderón, Guillén de Castro, Alarcón..., entre otros mu-

Facsímil de algunas ediciones exóticas.
Arriba: *Noruega (1916).*
Abajo: *Turquía (1933).*

chos, toman de él argumentos para sus obras. La escuálida figura del buen manchego se paseó por plazas y calles públicas, en festejos populares como mascaradas, estafermos, juegos de cañas, etc. Lo mismo en los blancos y recientes poblados de las lejanas Indias, como en los señoriales castillos de la Europa central, desde un principio las gentes se acostumbraron a ver de carne y hueso los héroes fantásticos de Cervantes.

EL "QUIJOTE" EN EL SIGLO XVIII

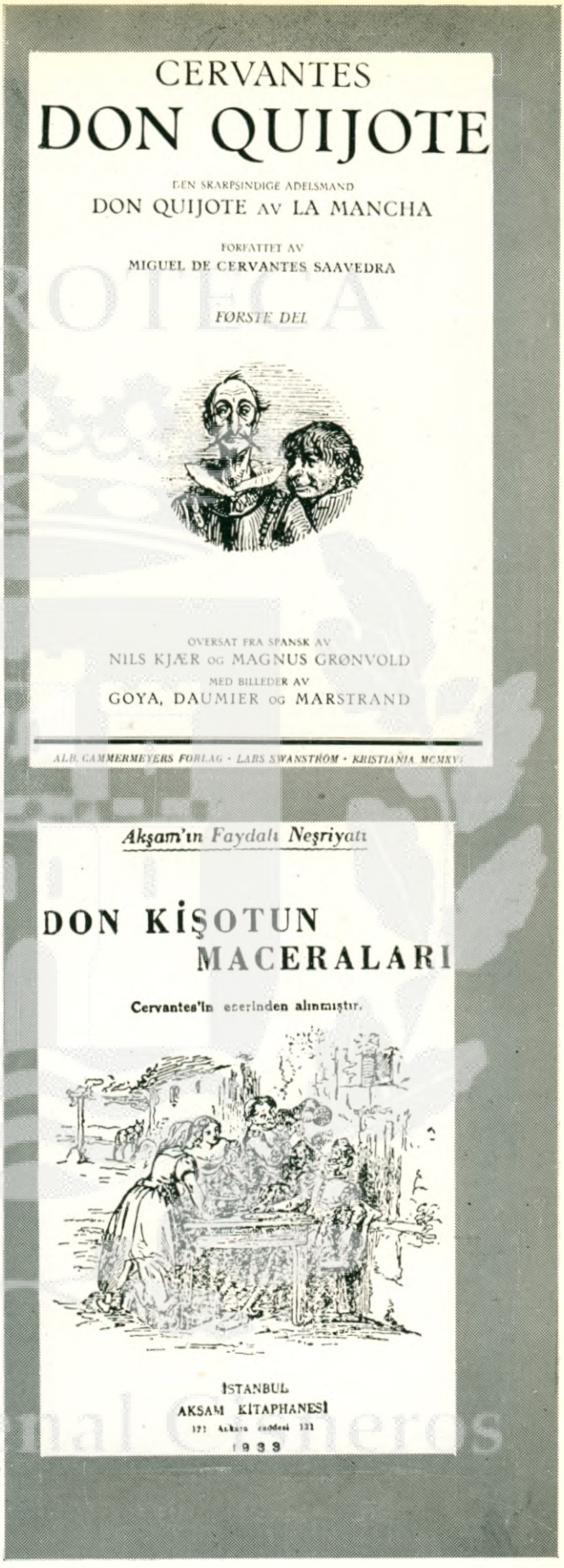
Debemos al siglo XVIII la adecuada valorización del *Quijote*, y en los primeros intentos en la interpretación y anotación de su texto, a la vez que dos documentados estudios de la vida y de la obra de Cervantes. En él se hace doble número de ediciones que en la centuria anterior (ciento cincuenta y cinco), enriqueciéndose la bibliografía cervantina con dos versiones rusas, debidas a N. Osipov; una danesa, hecha por Teodora Biehl; otra polaca, de autor que se encubre con las iniciales F. H. P. K. M., y una, en fin, portuguesa, de traductor anónimo.

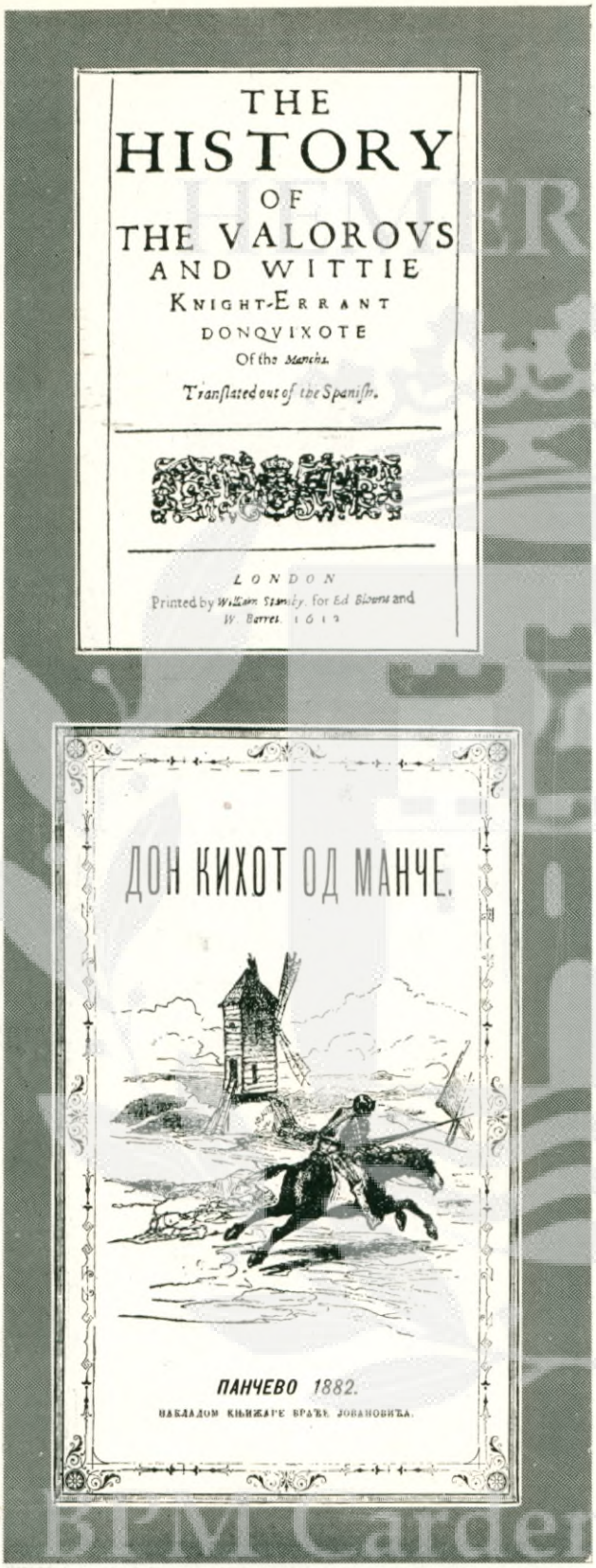
Las primeras impresiones del siglo XVIII poco ofrecen de particular: la parte tipográfica es ordinariamente mala; van adornadas con las primitivas ilustraciones, y a veces llevan estrambóticos subtítulos y preliminares como los que puso Torres Villarroel a la edición madrileña de 1730. Y así hasta que en 1738 aparece en Londres una impresión castellana patrocinada por el Barón de Carteret, precedida de una meritoria biografía de Cervantes escrita por el insigne erudito Mayans y Siscar; va ilustrada con sesenta y ocho magníficas láminas de Vanderbank. Poco después empiezan a reproducirse en España los grabados de Coypel, y como curiosidad indicaremos que la primera impresión en que la palabra Quijote se escribe con *j* y no con *x* es la de Madrid, Manuel Martín, 1765. Quince años más tarde, el célebre tipógrafo madrileño D. Joaquín Ibarra publica una excelente edición corregida por la Real Academia Española, y acompañada de una interesante vida de Cervantes compuesta por el Teniente Coronel D. Vicente de los Ríos; la impresión es magnífica, y aunque no tan notables las treinta y una láminas que la ilustran, obra de seis dibujantes distintos (Carnicero, Castillo, Barranco, Brunete, Gil y Ferro), presentan el interés de ser el primer intento serio de interpretar plásticamente el *Quijote* en España. También avalora esta impresión un mapa de los parajes por donde anduvo el Ingenioso Hidalgo.

El año de 1781 es célebre en los anales cervantinos por haber visto luz en Salisbury el primer comento del *Quijote*, hecho por el inglés John Powle, comento que aun hoy día es preciso consultar.

También merece especial mención la impresión de D. Gabriel Sancha (Madrid, 1727), muy cuidada y adornada con láminas de Camarón, Ximeno y Paret, y sobre todo valiosa por las notas y estudios de D. Juan Antonio Pellicer sobre el *Quijote*.

Los ingleses en el siglo XVIII extreman su entusiasmo por el *Ingenioso Hidalgo* hasta el punto de





Facsímil de algunas ediciones del Quijote extranjeras.
Arriba: *Primera edición inglesa (1612).*
Abajo: *Serbia (1882).*

reproducirlo cuarenta y nueve veces, trece más que en España, y lo enriquecen con láminas de Vanderbank, Hayman, Wale, Riley, Corbould y Kirk, comentando su texto y publicando la primera edición de lujo de la novela cervantina. P. Motteux, Ozell, Jarvis, Smollet, Kelly y Wilmont son los mejores traductores anglosajones de este siglo. Como anécdota curiosa nos referiremos a la pasión con que el general inglés conde de Peterborough se entregaba, en Valencia, con descuido de sus ocupaciones castrenses, a la lectura del *Quijote*, durante la guerra de Sucesión.

No son literariamente muy notables las cuarenta y siete versiones francesas del *Quijote* que se hacen en este mismo siglo, obra de Vacquette d'Harmilly y del caballero Florián, pues modifican y arreglan el original a su sabor. Antoine, Arrewyn, Bonard, Coypel, Demeuse, Tresmolier, Le Bas, Cochin fils, Boucher y Julien son los mejores ilustradores de la época.

Los alemanes hacen once ediciones en este siglo (traducciones de Bertuch y Tieck, ilustraciones de Chodowiecki), y cuatro los holandeses.

Conviene hacer notar que una de las primeras veces que se emplea la palabra *romántico* va unido este vocablo a la novela de Cervantes. Aparece en los versos que acompañan una lámina quijotesca publicada en cierta edición de 1774. No es una mera casualidad esto, sino un indicio seguro del prerromanticismo que se inicia a finales del siglo XVIII, y que ha de dar toda la trascendencia que hoy día tiene a la inmortal novela de Cervantes.

APOTEOSIS DEL "QUIJOTE" EN EL SIGLO XIX

Las grandes obras artísticas, y entre ellas los buenos libros, cuanto más tiempo trascurre adquieren más mérito y solera. Esto sucede en el caso del *Ingenioso Hidalgo*, y lo evidencia más que nuestra apreciación personal el hecho de que en el siglo XIX casi se cuadruplique el número de las impresiones de la centuria anterior (aproximadamente unas quinientas setenta y cinco). El *Quijote* llega a su apoteosis. Los pensadores alemanes lo consideran un libro sublime en el que se compendia la eterna epopeya de la Humanidad, siempre fluctuando entre el ideal exaltado del buen Alonso Quijano y el prosaico realismo de su escudero. En España se inicia una concienzuda labor de anotación y comentario textual, desde las notas sueltas y rudimentarias de Ideler hasta la sólida investigación biográfica del marino Fernández de Navarrete, sin olvidar, claro está, las magistrales anotaciones de D. Diego Clemencín, padre de los estudios cervantinos; ni las de Arrieta, F. Sales A. M., Ochoa, Hartzenbusch (que tuvo la caprichosa idea de trasladar a Argamasilla una imprenta para imprimir allí nuestra novela); de Cuesta, Janer, del olvidado cuanto meritorio León Maínez, de Tárrego y de Asensio.

La interpretación gráfica del *Quijote* adquiere una gran perfección. Muy buena en este sentido es

la edición de Gorchs de 1859, en que colaboran nueve dibujantes distintos, entre ellos Madrazo, Espalter y Fluyxench. También merecen citarse los dibujos de Zarza, Urrabieta, Barneto, Narváez, Puiggarí y Pahisa. La invención de la litografía y de la técnica tipográfica del color nos permite disfrutar de las láminas de Apeles Mestre, De los Ríos (aguafuertes), Pellicer, Balaca, Seriná, Barráu y Moreno Carbonero. Nuestras impresiones tampoco desprecian los dibujos de artistas extranjeros como Cruikshank, Johannot, Staal, Nanteuil (magníficas de colorido), David, y sobre todo las maravillosas de Gustavo Doré, que para hacerlas con toda propiedad se trasladó y viajó por nuestra Patria. Mediado el siglo, el Coronel López Fabra hace la primera edición facsímil de la inmortal novela, con extraordinaria perfección.

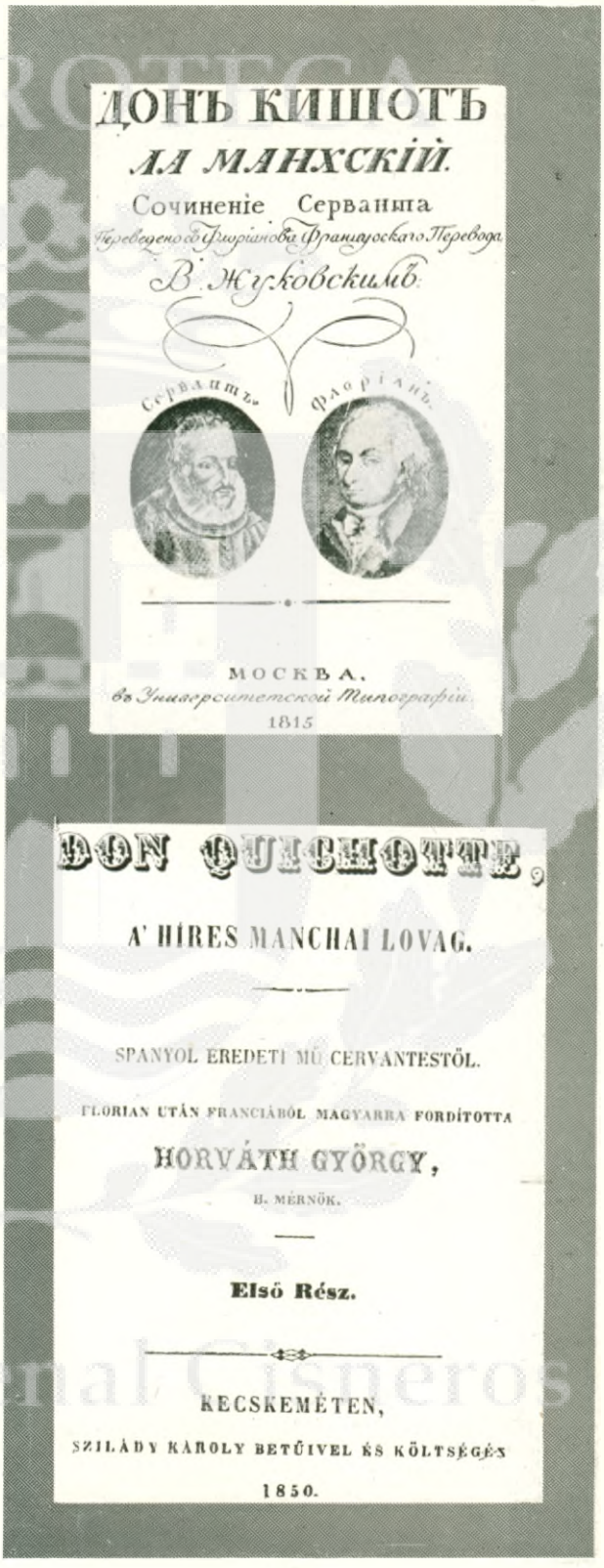
A mediados de este siglo, el insigne erudito D. Adolfo de Castro, gran conocedor del lenguaje de nuestros clásicos, cayó en la indisculpable tentación de falsificar una obra de Cervantes, *El Buscapié*, diciendo que la había encontrado después de estar varios siglos olvidada. Tal libro, del que se había hablado de forma vaga, y que era una especie de reclamo editorial a la moderna del *Quijote*, originó una terrible polémica, en la que intervinieron numerosos escritores, hasta que D. Bartolomé José Gallardo y D. Cayetano Alberto de la Barrera demostraron con mucha gracia y erudición el carácter espurio del *Buscapié*.

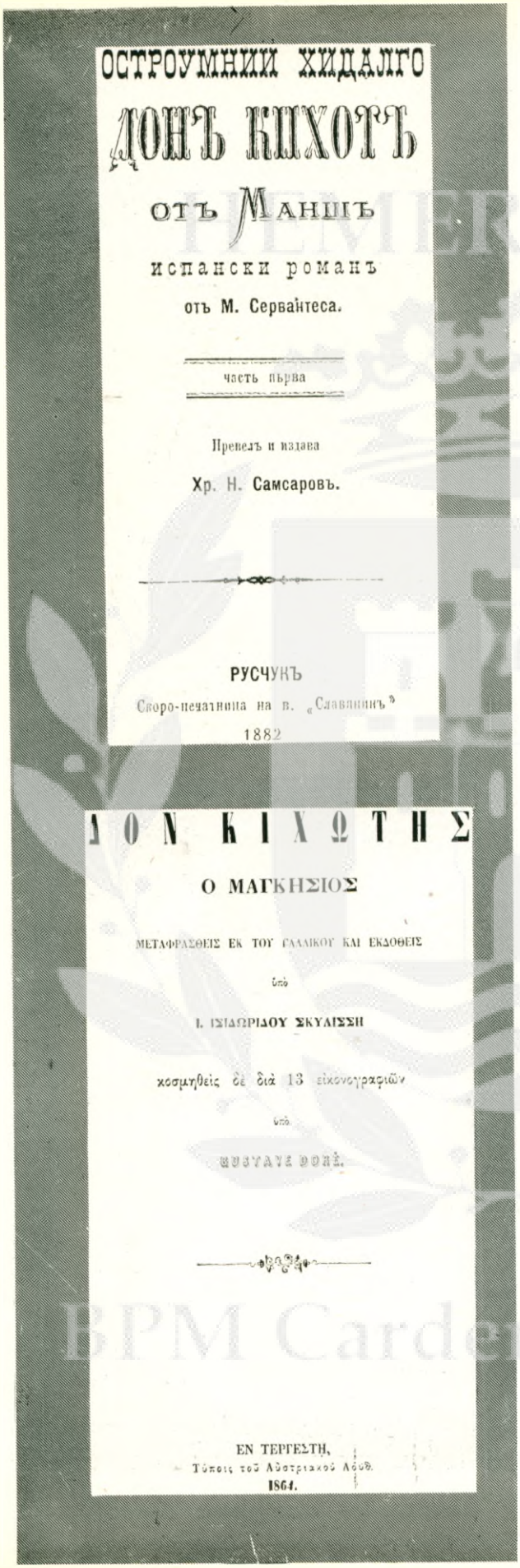
La travesura de D. Adolfo de Castro quizá dió lugar a que varios literatos del siglo XIX sufrieran la peregrina ilusión de creer que el *Quijote* estaba escrito en forma simbólica o en clave, y que en su texto Cervantes encubre terribles ataques a las más respetables personas e instituciones de su época. Fueron muchos los autores que sostuvieron tal teoría, aunque nunca se pusieron de acuerdo en los detalles. D. Nicolás Díaz de Benjumea, en sus obras *La estafeta de Urganda*, *El correo de Alquife*, *El mensaje de Merlín*, y en otras por el estilo, mantuvo sus hipótesis con gran habilidad e ingenio.

En el Extranjero disfrutó el *Quijote*, en la centuria décimonona, de mayor éxito que en España si cabe, aun cuando en cuanto a su número vuelven a recuperar en este siglo la supremacía las impresiones castellanas sobre las inglesas y francesas (ciento noventa y siete españolas contra ciento treinta y dos francesas y noventa y tres inglesas). Nuevas lenguas pueden ufanarse de haberse enriquecido con traducciones de nuestra obra: la catalana, la latina, la sueca, la húngara, la bohemia, la rumana, la griega, la turca, la servia, la finlandesa, la croata y la búlgara. Con una tirada poliglota se inician en esta época las ediciones raras cervantinas de bibliófilo.

Francia, que en la época neoclásica había considerado el *Ingenioso Hidalgo* como una obra de mero pasatiempo, en el siglo XIX la sublima y la compara con la *Ilíada* (Bouchon), y a propósito de ella Auger asegura que nuestra lengua "es la más hermosa que se habla bajo el cielo desde que la griega no suena". En francés se hacen numerosas y algunas muy perfectas traducciones, entre las que citaremos las de Bouchon, Launoy, Viardot, Lejeune, Damas Hinard, Furne, Remond, Biart y Thery.

De arriba abajo: *Edición polaca (1815) y húngara (1850).*





De arriba abajo: *Búlgara (1882) y griega (1864).*

Quizá no hay país en el que el *Quijote* se ilustra tanto como en Francia. Más de cincuenta dibujantes distintos interpretan sus escenas; con mucho acierto lo hacen Dusalchoy, Deveria, Vernet, Lamie, Johannot, Dumoraine, Nanteuil, Janet-Lang, Grandville, Girardet, Forest, Gustavo Doré (mejor que nadie), Telory, Roux, Geffroy, Lalauze, Guerin, Henri Pillé, etc.

En Inglatera hay menos variedad de traducciones en este siglo, pues suelen repetirse las anteriores de Jarvis y de Smollet; sin embargo, son estimables las de Smirke, Duffield, Ormsby y Watts. De gran importancia son los estudios cervantinos de Roscoe, Lockhart y Ormsby. Tampoco faltan excelentes ilustradores como Stothard, Jones, Banks, Shelley, Thurston, Uwins, Smirke, Westall, Cruickshank (aguafuertes), Gilber, Hougthon, Dalziel y Brangwyn.

Los alemanes del siglo XIX, como hemos dicho, sintieron una profunda admiración por el *Quijote* y por su autor; los más grandes artistas, como Heine y Hoffman, se complacen en estudiar y prologar esta novela. También hay gran cantidad y variedad de traducciones, contándose entre las principales las de Soltau, Förster, Müller, Keller, Zolter, Lanckhard, Seifart, Wolzogen, Braunfelds y Hübner. Sus dibujantes, sin embargo, no sienten gran predilección por ilustrar el *Ingenioso Hidalgo*, no obstante ser muy aceptables las láminas Rosmaesler, Löffler, Offerdinger y Zweigle.

EL "QUIJOTE" EN LO QUE VA DE SIGLO

¿Qué es lo que ha aportado el siglo actual a la interpretación y difusión del *Quijote?* Por lo pronto, los trabajos de erudición e investigación sobre el *Ingenioso Hidalgo* se han perfeccionado y sistematizado notablemente, adquiriendo un riguroso carácter científico. Las figuras máximas de nuestras letras han consagrado gran parte de su actividad al cervantismo, y más concretamente al *Quijote*, Menéndez y Pelayo, Navarro Ledesma, D. Juan Valera, Cortejón, Givanel, el P. Mendizábal, Menéndez Pidal, y sobre todo Rodríguez Marín (el mejor conocedor de la inmortal novela) han casi agotado, hasta lo que es humanamente posible, su estudio. Por otro lado, nuestros más eximios pensadores contemporáneos se han esforzado por sorprender en todos sus matices las ideas trascendentales que se encierran en las páginas del *Ingenioso Hidalgo:* Unamuno, Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Madariaga, Azorín, así lo han hecho, entre otros. Se ha intentado, y se ha conseguido en muchos casos felizmente, una verdadera interpretación psicológica. Unida a esta tendencia explicativa hay otra muy característica de la época científica actual, que se enlaza con ella: el estudio médico o biológico de los personajes del *Quijote*. Goyanes, Gómez Ocaña, Juarros son algunos de los médicos que han seguido esta corriente. El motivo ocasional, y como ocasional efímero, de los centenarios cervantinos ha contribuído a divulgar la obra del gran Manco Sano.

Las ediciones del *Ingenioso Hidalgo* han conseguido una belleza y perfección extraordinarias. Insignes artistas como Sorolla, Jiménez Aranda, Urrabieta Vierge, Bilbao, Muñoz Degrain, Collaut Valera, Ricardo Marín y Segrelles han interpretado de manera muy original y acabada sus páginas.

En el Extranjero, el amor por Cervantes y por su libro no se han extinguido; antes se va aumentando y convirtiendo en idolatría. Las más lejanas y exóticas tierras pueden ufanarse de poseer ediciones de nuestra obra excelsa: en China, Japón, la India y Palestina se leen ya sus páginas incomparables

Aguafuerte de William Strang, perteneciente a una colección de estampas publicada en Londres en 1902 por el editor Mac-Millan. Representa a la Duquesa platicando con sus dos huéspedes y ofrece el anacronismo de que la Duquesa parece arrancada de un cuadro de Velázquez.

Aguafuerte de Goya. Parece que con este dibujo pretendió expresar el espíritu oculto de combate que encierran las páginas del Quijote.

Casi todos los hispanistas han consagrado gran parte de su actividad al estudio y divulgación del *Quijote*.

¿Seguirá así, en forma ascendente, la fortuna de nuestra novela? De esta manera lo esperamos y nos atrevemos a vaticinarlo. Por lo pronto, ya es un motivo de legítimo orgullo el saber que en cualquier parte de la tierra suena siempre unido el nombre de Don Quijote, máxima creación del espíritu humano, al inmortal de España.

CERVANTES MILITAR

Profesor WALTER STARKIE, Director del Instituto Británico en España.

EN este año del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, todos rinden homenaje a la memoria del Gran Manco de Lepanto. En todos los países hay conmemoraciones especiales, la mayor parte de ellas dedicadas a su obra inmortal, "Don Quijote de la Mancha". Porque si existe en la literatura universal un libro que sea el símbolo de su país, éste lo es el "Quijote" con respecto a España. Hasta tal punto ha llegado a conseguir su deificación el "Quijote", que muchas veces, para muchos, el héroe es más inmortal que su autor mismo. Hay grandes escritores, como Unamuno, por ejemplo, que han discutido el valor de Cervantes como hombre y que no comprendían el milagro de que este hombre escribiese semejante obra y crease un tipo como don Quijote. Yo creo que es ya tiempo de dirigir los pensamientos al hombre mismo, a Cervantes en persona, porque si Cervantes no hubiese escrito una sola línea de su "Quijote" o de sus "Novelas Ejemplares", hubiera sido igualmente un hombre merecedor de vivir en el recuerdo eterno de los españoles por su vida misma. Y de las tres ideas fundamentales, una es que el "Quijote" es la pintura de toda la maravillosa ilusión de España en el mundo; otra, que es el sueño de este hombre idealista que fué Cervantes, y la tercera, que es el sueño de la masa humana representada por Sancho, la humanidad caballerosa que quiere elevarse y que solamente puede hacerlo debido a la inspiración del Gran Caballero.

Para mí es importantísimo destacar lo que fué Cervantes en su vida misma. Los de mi generación en Inglaterra, que hemos soportado dos guerras mundiales, que hemos visto dos veces alzarse la idea de crear un mundo digno de vivirlo, con toda esa ilusión que hemos acariciado, nosotros vemos a Cervantes como uno de los más grandes ex combatientes que jamás hayan sido. Y entre todas sus cualidades, quiero yo destacar lo que fué Cervantes como militar. Hay una escena en la segunda parte del "Quijote", cuando el Caballero de la Triste Figura y su escudero se dirigen hacia El Toboso para ver a Dulcinea, encuentran a un mozo gallardo y con brío que viene por el centro de la carretera cantando alegremente, con su espada y con su uniforme militar al brazo, para que no se empolve con la marcha; va a Cartagena a embarcar para las guerras. Este es el retrato de Cervantes joven, un Cervantes de veinte años, pleno de esperanzas en el futuro, con el júbilo del soldado que sirve a su patria. No hay nada en él de la niebla que más tarde ha de empañar sus horizontes. Es interesante ver cómo este joven lleno de sed de ideales sobrevive en el viejo Cervantes, cuando en Valladolid apoyaba su mano inútil sobre el papel, escribiendo a toda prisa los últimos capítulos de la primera parte de su "Don Quijote" en el año 1603. Al lado del hombre desilusionado, melancólico, que conoce dónde van a parar todas las ilusiones del mundo, está la semblanza del muchacho alegre, el joven soldado, hecha por un viejo soldado que ha sufrido todas las vicisitudes de muchas campañas.

Una de las cosas que más me emocionan en el primer capítulo de la obra, es la descripción de la casa, con unos palmos de tierra en su entorno. Es el hidalgo español que vive de modo ascético, como discípulo de Séneca, pero que todo lo que tiene no empece para soñar. Vestía sayo de velarte, calzas de velludo; pero no le impedía tener un lebrel y un rocín—más huesos que carne—, lanza en astillero y adarga antigua. Su existencia se basaba sobre la historia, la tradición: los sábados duelos y quebrantos, lo que, según los académicos de Argamasilla, quería decir el "salón" de una oveja que los pastores aseguraban había muerto el viernes y de la que sólo presentaban al amo la piel. Pero, atendiendo a Rodríguez Marín, significaba muy otra cosa: el chocolate de la Mancha, o sean torreznos y huevo. Y no olvidemos algún palomino, por añadidura, los domingos.

Cervantes nació a la sombra de la Universidad de Alcalá, a seis leguas de Madrid. Era el gran centro de la vida de trabajo y también de algazara estudiantil. Otro contemporáneo de Cervantes, Quevedo, en "La Perinola", nos hace una descripción del viaje de la Corte a Cómpluto. Nació Cer-

Don Quijote sale al camino.—Pintura moderna española, cuadro de Moreno Carbonero.

vantes, pues, en una atmósfera de frailes, corchetes y capigorrones y, de vez en cuando, algún rico estudiante con su hato. Esta atmósfera la encontramos en Lope de Rueda, el cómico que fué para Cervantes una de las primeras glorias. Pero el joven Cervantes sintió pasión por las armas. En toda su obra apreciamos el espíritu militar, y muchos envidiosos de su gloria se lo reprochan como una especie de quijotismo ridículo. Don Quijote, con su estrafalaria armadura, llevando en 1605 la rodela de 1250, empieza siendo un figurón de comedia, casi un fantasma; pero poco a poco gana las simpatías y el loco se convierte en cuerdo, el libro evoluciona hasta ser una autobiografía inmensa del Gran Manco, que había luchado a las órdenes del Caballero Andante del siglo XVI que fué don Juan de Austria. Así, el libro llega a ser como un símbolo de las aspiraciones de la raza española.

No sólo encontramos rasgos militares en don Quijote, sino también en otras obras, como "El Gallardo Español", que es Fernando Saavedra, el cual capturó él solo un navío turco frente a la costa de Orán. Es un hombre que ha matado a cien semejantes en batalla y siete en duelo. Cuando Cervantes llegó a Roma, pasó poco tiempo como cortesano, porque bullía en él su sangre guerrera, y así se enroló como soldado contra los turcos y tomó parte en la batalla de Lepanto. Don Juan de Austria es el héroe de la cristiandad, es hermoso, generoso, de nacimiento real. La batalla fué realmente una cruzada del Papa, los venecianos y España. Es interesante ver cómo Cervantes pasa de estudiante a soldado, y hay que recordar que se ha dicho que no hay mejor soldado que los que han abandonado las letras por las armas.

Servía en el navío "La Marquesa", y el día de la batalla de Lepanto, 8 de octubre, sufría fiebre. Cervantes estaba abajo en su cama; pero cuando vió los preparativos de la batalla se levantó como pudo y corrió a su puesto de combate. El Capitán le mandó a la cama, y así también se lo rogó uno de sus amigos, Mateo de Santisteban. Pero Cervantes gritó que hasta el momento había servido como buen soldado, y que estando enfermo, mejor valía morir combatiendo por Dios y su rey, que ponerse a buen recaudo. Recibió cuatro heridas y perdió la mano izquierda. Súbito el viento de la batalla sopló favorable para los españoles como en una especie de milagro. Y en el mástil de la galera de don Juan se colgó la ensangrentada cabeza del almirante enemigo, Alí Bajá. Cervantes habló de modo emocionante de toda esta batalla, que le quedó grabada en su mente, y, sin duda, de esto salió uno de los más prodigiosos capítulos del "Quijote", aquel en que el Caballero de la Triste Figura hace su discurso sobre las armas y las letras. La descripción que Cervantes hace de la vida del soldado resulta tan de nuestros días como de aquel tiempo, y nos muestra cómo sólo un guerrero como él, de alma noble, ha podido escribir unas palabras de significado tan universal y de todas las épocas. Estudia la pobreza del estudiante, que él había conocido muy bien viviendo entre los capigorrones de Alcalá, para decir después del soldado que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y añade que su desnudez es tanta, que en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del tiempo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, debe salir frío contra toda naturaleza.

Y describe los peligros de la batalla, recordando los por él sufridos, diciendo el que supone el embestirse dos galeras por las proas, no quedándole al soldado más espacio que el que concede dos pies de tabla del espolón; viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, y que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno. Y lo que más es de admirar es que apenas uno ha caído donde no podrá levantarse hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar.

Y hablando de los endemoniados instrumentos de la artillería, hace quizá la reflexión más noble cuando dice:

"Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos."

¡Qué hubiera dicho el Gran Manco de los bombardeos de hoy y de los efectos de la guerra atómica! No podría emitirse un juicio en palabras más nobles que las que él escribió en 1605 acerca de las guerras de entonces. Y por si no fuera esto bastante prueba de su grandeza de alma, de su austeridad senequista, tenemos los días terribles de su cautiverio en Argel. En este elevado temple moral juega siempre importante papel su sentido religioso, de resignación cristiana, que le ayuda

a soportar los rudos golpes que el Destino le asesta, en el preciso momento en que parecía iba a obtener el éxito. Así, por ejemplo, ocurre cuando vuelve a España, con las cartas de recomendación de don Juan de Austria, en el navío "El Sol", que es capturado por los turcos del cojo Dali-Mami. En vez de la recepción que los documentos que traía le hubieran proporcionado, encuentra el negro porvenir de un largo cautiverio en Argel. Gracias a las cartas, le trataron como a caballero principal, si bien esto no dejó de perjudicarle, porque hizo que elevasen el precio del rescate. Pero Cervantes nunca perdió su ánimo de luchador, de guerrero, e incesantemente, contra todo y contra todos, intentó huir. Es extraordinario ver que cuando sus intentos de evasión fallan, se hace en absoluto responsable de su acto, le encadenan, le amenazan, ve salir libre a su hermano camino de España, y él sólo sabe decir: "Yo declaro que nadie entre los cristianos es culpable, y yo solo soy el que los he animado a huir."

Cuando, al fin, llega el día de la liberación, por los monjes trinitarios, vuelve a España. ¿Y qué es cuando vuelve a la patria? Un tipo que nosotros los ingleses admiramos y hemos aprendido a conocer: el viejo soldado, herido, mutilado, que no tiene dinero y vaga de empleo en empleo; el ex combatiente—"ex-serviceman"—pobre y sin carrera. Treinta y tres años tenía; su padre, muerto; la madre, enferma; su hermano, en el Ejército; todos sus amigos, desaparecidos en busca de fortuna. Más tarde se casa y entra de lleno en la literatura. Otro nuevo tropiezo: aparece la estrella de Lope de Vega en el teatro. Se ve obligado a buscar empleo, y por él llega a ser Comisario de Víveres para la Armada Invencible. A causa de su cargo, empieza un éxodo por tierras de Andalucía y la Mancha, atacado por los campesinos, que no quieren dar su grano al precio que se les fijaba. Para, en fin, en la cárcel por deudas. Y le perdemos de vista unos años, de 1598 a 1603.

Don Quijote sale al camino.—Ilustración del dibujante español Pahissa, de la edición española Segui (1897).

Sabemos únicamente que creó el "Quijote" en la cárcel, en palabras del propio Cervantes, ese hijo suyo, "seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación."

Le imaginamos más tarde en su pobre casa de Valladolid, viviendo con su esposa, su hija natural Isabel, sus hermanas y su sobrina, en sólo dos habitaciones: una cuadrada, con techo de vigas, y la otra una especie de cocina. Las mujeres bordan y cosen los vestidos para la Corte, y éste constituye su medio de susbsistencia. Y vemos al Gran Manco, apoyando su mano maltrecha sobre el papel, terminando febrilmente su obra inmortal. No habían acabado sus infortunios, porque una noche surgió una grave contrariedad. Acertó a caer mortalmente herido a la puerta de su casa el caballero Gaspar de Espeleta; Cervantes acudió a socorrerle, y esta y otras circunstancias motivaron que la Justicia culpara a él y a su familia del hecho. Después le vemos ya en Madrid, en una casa de la calle de la Magdalena, no lejos del convento de la Trinidad. La última visión que nos queda es la de su viaje de Esquivias y su encuentro con un estudiante. Viajaba Cervantes con dos amigos, a caballo, de Esquivias a Madrid. Toparon con un joven "estudiante pardal"—siempre el estudiante—que, montado en una borrica, hacía el mismo camino. Al oír que uno de los viajeros mencionaba como al azar el nombre de Cervantes, el joven se apea de su cabalgadura, "cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo", corre a él y, asiéndole de la mano izquierda", le dice: "Sí, sí; éste es el manco

Don Quijote sale al camino.—Ilustración de la edición francesa de Miomandre (1935), del dibujante Mahn, que recorrió la ruta de Don Quijote para documentarse, y es un notable pasajista cervantino.

sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las Musas!" A lo que Cervantes le replicó, "abrazándole por el cuello, donde le echó a perder de todo punto la valona": "Ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las Musas ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra y caminemos en buena conversación lo que nos falta de camino." Cervantes le habló de su enfermedad y el estudiante le dió sus consejos. Cervantes le contestó: "Yo me voy tranquilamente y, según mi pulso, el próximo domingo dejaré de vivir." Se separaron en el Puente de Toledo. Poco después Cervantes pedirá por última vez la pluma y los papeles; pondrá punto final a lo que ya tenía escrito, y con trazos desiguales, en la triste alegría de esta primavera en que se acaba su vida, escribirá su postrer adiós a las cosas y a los hombres. "A Dios, gracias; a Dios, donaires; a Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida."

Semanas después vistió el sayal de San Francisco y vino a morir el 23 de abril. ¿Qué soldado hubiese podido morir más noble y cristianamente? Por todos estos rasgos de la figura gigantesca de Cervantes, vengo yo a rebatir a los que han dicho que como hombre no estaba a la altura de su obra. La grandeza de su libro inmortal corresponde a la alteza de su corazón y a la nobleza de su alma. Su ejemplo es un consuelo eterno, no sólo para los españoles, sino para el mundo entero.

Don Quijote sale al camino.—Del dibujante francés Albert Guillaume, en una edición francesa abreviada publicada en 1900.

Don Quichotte se remet en route (page 312)

El Quijote en la pintura moderna española. Cuadro de Lizcano

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

NOTAS BIOGRAFICAS

ANTONIO CELADA, Capitán de Infantería. (Notas de la Redacción de Ejército.)

SU PATRIA

Desde hace muchos años hay entablado litigio entre ocho diversas poblaciones españolas que se disputan la cuna de Cervantes; hoy, la certidumbre, casi incontrovertida, considera a Alcalá de Henares como la patria cierta del autor del *Quijote*.

El examen de las razones presentadas por las ciudades que aseguraban ser cuna de Cervantes lo hace así D. Luis Ricardo Fors, de la manera que resumida presentamos a continuación (1), entre los lugares que lo han pretendido: ESQUIVIAS lo hace sin más fundamento que haber calificado Cervantes de famoso este lugar, no echando de ver sus sostenedores que el mismo Cervantes explica en otro pasaje de sus obras el corto significado y alcance de tal calificativo.

También SEVILLA ha terciado en la contienda, basándose en la opinión del célebre humanista D. Nicolás Antonio, fundado en que los apellidos Cervantes y Saavedra son nombres de familias sevillanas y que nuestro personaje vivió en sus cortos años en Sevilla, donde vió representar al afamado Lope de Rueda. Todo esto se destruye con el hecho de que tales apellidos son también de lugares extraños a Sevilla y aun a Andalucía. Además, sobre no estar probada la permanencia de Cervantes en Sevilla durante los años de su infancia, hace poco tiempo encontró D. Narciso Alonso Cortés, entre los papeles de la extinguida chancillería de Valladolid, un pleito entre Lope de Rueda y el Duque de Medinaceli, sobre el pago de cincuenta mil maravedises, litigio que por las fechas en que se desarrolla prueba acabadamente que aquel célebre comediante tampoco estaba en Sevilla, pues se dedicaba a recorrer las ciudades y lugares de Castilla en los primeros años de Cervantes.

LUCENA no aporta en su pretensión sino una tradición admitida por sus habitantes, pero que no se funda en hecho alguno concreto ni en documentos fehacientes.

En cuanto a MADRID, que también se ha presentado por alguno como la cuna de Cervantes, no existen más datos que la opinión de Lope de Vega (*Laurel de Apolo*, silvas 1.ª y 6.ª) y otros contemporáneos, y que Cervantes la llamó su patria en *El viaje del Parnaso* (capítulo I, terceto 44); mas no se ha tenido en cuenta para tales supuestos el significado que da el poeta a la palabra patria, cuando finge despedirse de ella, suponiendo que parte con rumbo a la corte de Apolo; además, el mismo Cervantes especifica y aclara el concepto, hablando de Madrid en otro terceto (cap. I, terceto 39), sin llamarle entonces su patria.

Todavía con más débiles argumentos se ha pretendido también por algunos que el gran escritor nació en CONSUEGRA (1), y por otros, aunque pocos, en TOLEDO (2) y CÓRDOBA; pero con muchas más apariencias de verdad se sostuvo con empeño, y aun en nues-

(1) Nota de la Redacción.—*Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos.* Barcelona, s. a., pero debe de ser 1881. Dirigió este libro el conocido cervantista Díaz de Benjumea.

(1) Publicó por primera vez una partida de nacimiento de un Miguel, hijo de Miguel López de Cervantes y de María de Figueroa, vecinos de Consuegra, D. Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, imprenta Real, 1819), pág. 556.

(2) Andrés de Claramonte y Corroy, en la *Letanía moral* (Sevilla, Matías Clavijo, 1613), pág. 482, dice, refiriéndose a Cervantes: "Dignísimo poeta español, autor de *Don Quijote*." "Pero Leocadia, ya al son — del Tajo en arenas de oro — un Cervantes y un Chacón — vierten del pico sonoro — dulzura y admiración."

tros días se sostiene, que ALCÁZAR DE SAN JUAN, en la Mancha, fué la verdadera patria de Cervantes. Fúndanse los que tal dicen en cierto asiento del libro de Bautismos de la parroquia de Santa María la Mayor, de aquella villa, correspondiente al año 1558, y en el cual se lee lo siguiente: "En nueve días del correspondiente mes de noviembre de 1558, bautiza el Licenciado Alonso Díaz Pajares un hijo de Blas Cervantes Saavedra y de Catalina López, que le puso nombre Miguel, fué padrino de pila Melchor de Ortega, acompañado de Juan Quirós y Francisco de Almendros y sus mujeres de los dichos.—El Licenciado.—*Alonso Díaz.*" Al margen de esta partida y en letra mucho más moderna se ha escrito: "Este fué el autor de la historia de Don Quijote." Este documento se ha reputado falso del todo desde el año 1893, en que tras reiterados y prolijos exámenes se puso de manifiesto la rotura de las hojas y la intercalación fraudulenta del asiento manuscrito en el libro parroquial de Alcázar de San Juan (1).

El pleito entre las ocho ciudades pareció en tiempo ganado por Alcázar; pero se ha fallado después en definitiva contra todas ellas, en virtud de haberse descubierto en el libro parroquial de Santa María la Mayor, de la ciudad de ALCALÁ DE HENARES, la verdadera partida de bautismo de Cervantes, cuyo texto a la letra es como sigue: "En domingo, nueve días del mes de octubre, año del Señor de 1547, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo Carvantes y de su mujer Leonor; fué su compadre Juan Pedro, bautizóle el reverendo señor Bachiller Serrano, cura de Nuestra Señora; testigos, Baltasar Vázquez, sacristán, y yo, que le bauticé y firmé en mi nombre.—*El Bachiller Serrano*" (2).

Lo primero que salta a la vista es la variante del apellido Cervantes por Carvantes, dando motivo a que alguno niegue fuerza probatoria a tal documento; pero harto se ve que Carvantes es una incorrección de escritura en los tiempos en que esto era tan común, hasta el extremo de que el propio Cervantes, cuando escribía, firmaba unas veces Cervantes y otras Cerbantes.

En el libro de la *Redención de cautivos de Argel*, en el *Expediente de Sevilla* y en *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, él mismo declara ser de Alcalá.

Su linaje es castellano genuinamente, y el solar de este linaje radica en Cervatos, cerca de Reinosa. El sobrenombre o apellido de Cervantes venía probablemente del mártir San Servando (1).

La historia de la familia comienza con el abuelo del autor, Juan de Cervantes (n. en 1430). En 1456 este Cervantes es juez y gobernador de las tierras del Conde de Ureña, en Andalucía. Su hijo Rodrigo, casado con doña Leonor de Cortinas, ejerce en Alcalá de Henares la cirugía mayor. Hijo de este matrimonio fué Miguel, cuyos hermanos se llamaron Andrés, Andrea, Luisa, Rodrigo, Magdalena y Juan. Andrea y Magdalena vivieron siempre con el poeta. Luisa se hizo monja, y Rodrigo, siendo soldado, cayó al mismo tiempo que Miguel en poder de los turcos, y libertado antes que Cervantes, murió en Flandes cuando era alférez.

INFANCIA Y JUVENTUD

Se ha sostenido que probablemente nació el día 29 de septiembre, festividad de San Miguel, y esto se funda en la antigua costumbre de imponer al neófito el nombre correspondiente al santo del día de su nacimiento, y además, porque en lo que se sabe desde el primer ascendiente conocido de Miguel, ninguno lleva tal nombre. En contra de esta teoría, llena de lógica, está otra también exacta, la cual supone que no debió nacer ese día 29, porque siguiendo los preceptos de la Iglesia no se podía retardar el bautizo de un recién nacido más de tres días después del alumbramiento.

El mismo da a entender (prólogo del *Viaje del Parnaso*, comedias y *Don Quijote*), que fué de ingenio despejado, observador, estudioso, aficionado a la lectura, hasta el extremo de leer los papeles que encontraba rotos por las calles, aficionadísimo a las comedias y comediantes de aquella época, y desde sus tiernos años amante de la poesía. Parece indudable (aunque no está probado) que, nacido en Alcalá, allí aprendiese las primeras letras. Fuera de dudas está que entre los años 1563 y 1564 Rodrigo Cervantes, acompañado de su esposa Leonor de Cortinas y de sus hijos, se trasladó a Sevilla, tras una breve estancia en Valladolid. Miguel en Sevilla acudió a estudiar latín al colegio de los padres Jesuítas, de los cuales dice palabras laudatorias en el *Coloquio de los perros*. Posteriormente unos creen sin ningún fundamento, que estudió en la Universidad de Salamanca y otros en la de Alcalá, pero su nombre no figura en los registros; también se ha supuesto gratuitamente que pudo asistir a la de Sevilla. Por entonces parece que en una ciudad u otra vió representar las comedias de Lope de Rueda.

CERVANTES, SOLDADO

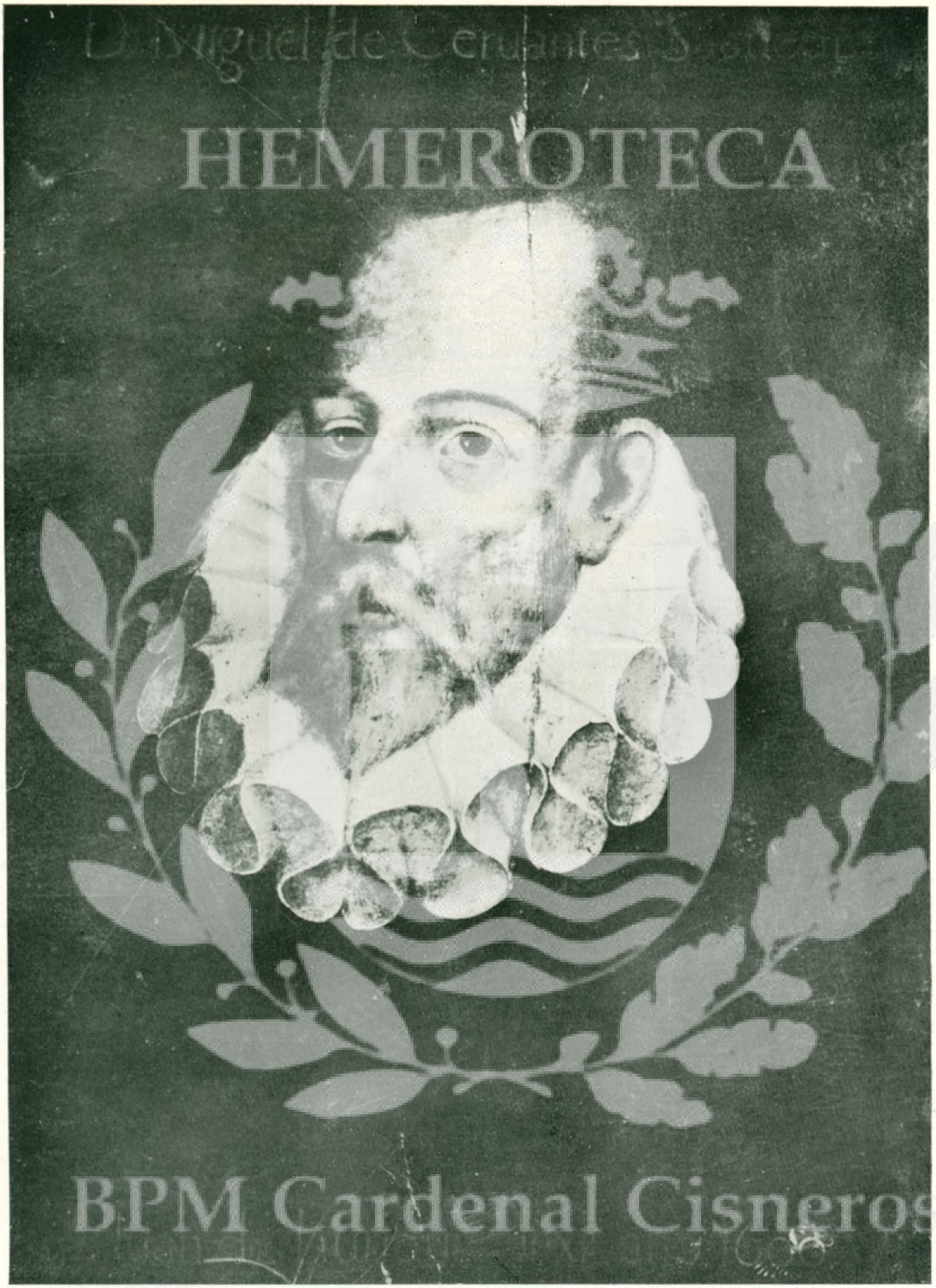
Vuelto a Madrid, con su familia, asiste a clases de Humanidades del maestro López de Hoyos, el cual le llama "mi caro y amado discípulo". En 1569 Cervantes se da a conocer como poeta. A la muerte de la mujer de Felipe II, Isabel de Valois, el Padre Hoyos fué

(1) Esta partida de Alcázar fué una broma que el señor Cura de Santa María, de Alcázar, quiso dar a D. Blas Nasarre, que estaba empeñado en que Cervantes era manchego. Según ella, Cervantes nació en 9 de noviembre de 1558, por lo que hubiera tenido que batirse en Lepanto el 7 de octubre de 1571, a los doce años. El primero que reprodujo esta partida fué D. Manuel de Foronda en su opúsculo *Cervantes en la Exposición históricoeuropea*.

(2) El primer investigador que dió a conocer esta partida de nacimiento de Cervantes fué D. Agustín Montiano y Luyando en su *Discurso sobre las tragedias españolas* (Madrid, 1753, tomo I, página 10).

Montiano Luyando pertenece a la pléyade de investigadores que siguieron al primero de todos, que fué D. Gregorio Mayáns y Ciscar, el cual, por encargo del hispanófilo inglés barón de Carteret, escribió la primera biografía del glorioso manco en marzo de 1737. La investigación de Mayáns la continuaron después el P. Martín Sarmientos, León Máinez, Montiano Luyando, Jerónimo Morán, el Marqués de Molíns, Pellicer, Fernández Navarrete..., hoy todavía continúa la lista.

(1) Las armas de los Cervantes eran "Dos ciervas en campo verde, — la una pace y la otra duerme, — la que pace, paz augura, — la que duerme la asegura."



La verdadera efigie de Miguel de Cervantes no ha podido hasta hoy, desgraciadamente, ser establecida por los investigadores de una manera indudable. La tabla que reproducimos en esta página, propiedad de la Real Academia Española, y la de la página 37, propiedad del Sr. Marqués de Casa-Torres, parecen ser pinturas de Juan de Jáuregui, hacia el año 1600. A las dos atribuyen eruditos de acreditada autoridad la autenticidad del personaje que representan, y de las dos es negada por otras autoridades.

encargado por su protector, el Cardenal Espinosa, de hacer la *Relación verdadera, felicísimo tránsito, etc.*", y en ella intercala el maestro Hoyos un soneto, cuatro redondillas y una elegía en tercetos de Miguel, que tanto como discípulo suyo debía de ser su pasante.

En el año 1569 aparece Cervantes sirviendo como paje y camarero del Cardenal Julio Aquaviva. Es probable que al venir a España dicho Cardenal, legado del Papa, para dar el pésame a Felipe II, Espinosa le enseñase sus poesías, y bien por impulso propio o por intercesión de aquél, Cervantes ingresase en el séquito del Cardenal. También se cree que la causa de este viaje fué cierto proceso en que se vió envuelto, bien decepciones literarias o los amores con la que después fué su mujer (1). Poco tiempo estuvo en su nuevo empleo, y así le vemos en el mismo año ingresar en el Tercio que mandaba D. Miguel de Moncada, teniendo por Capitán a D. Diego de Urbina (2). Se cree que antes militó también algún tiempo bajo las banderas del Pontificado (3).

El día 7 de octubre de 1571, fecha de la batalla de Lepanto, Cervantes, embarcado en la *Marquesa*, está enfermo de calenturas. Sus Jefes y compañeros lo quieren hacer retirar; pero él, herido en el cuerpo, pero con espíritu sano y valiente, se niega, diciendo "... que más quería morir peleando que entretenerse en curar su enfermedad...". Y pidiendo a su Capitán el puesto de mayor peligro, se batió como un bravo, recibiendo dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda. Es trasladado al hospital de Mesina, y por su honroso comportamiento se le subió el sueldo tres escudos de oro mensuales (4).

Cervantes, en 1575, no tiene más categoría que la de un humilde soldado (5). Se ha batido en Lepanto y ha recibido tres heridas que todavía sangran, cuando de nuevo le vemos en la vanguardia de los combatientes, en los sitios de Modon, Navarino, Túnez y la Goleta (1). Acaba la campaña contra los turcos· tiene títulos y piensa hacerlos valer en España. Con cartas que le recomiendan, una del heroico D. Juan de Austria, embarca en la galera *Sol*, en Nápoles, hacia su patria. La nave pierde el contacto con los otros dos navíos de la escuadra y es atacada, cayendo Miguel y su hermano en poder de Ali Mami el Turco, el cual, creyendo por las cartas que halla en Miguel que es un gran caballero, le pone especial vigilancia.

EL CAUTIVERIO

Había sido hecho preso el 26 de septiembre de 1575 y no recobra su libertad hasta casi los cinco años, en 19 de septiembre de 1580. Se ha escrito mucho sobre las tentativas de evasión de Cervantes, pero si el objeto inmediato de éstas era "reconquistar uno de los dones más preciosos que a los hombres dieron los cielos", todavía Don Quijote soñaba con empresas más altas. Dice el Padre Haedo, en la *Topografía de Argel:* "Si a su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban a menos sus intentos." Le faltó la suerte. Por cuatro veces urdió los planes, y en las cuatro no faltó el traidor o el menguado que los descompuso. No importa. Era Don Quijote el prisionero. A él y sólo a él se le podía ocurrir, estando cargado de cadenas y rodeado de pobres y míseros cautivos, urdir intentos para conquistar el reino poderoso de quien eran esclavos. La libertad, con la huída, era el pensamiento de todos. Cervantes necesita un reino y no había de renunciar a tan magnífica quimera por todos los turcos y todas las cárceles que le aprisionaban.

El Padre fray Juan Gil hubo de hacer una información para desvirtuar los manejos del doctor Blanco de Paz. "Ha hecho tales cosas en este cautiverio..." —decía el P. Diego de Haedo, en su *Historia general de Argel*, refiriéndose a Cervantes—, que de sus hazañas se pudiera hacer una particular historia" (folio 185 de la obra citada).

Poco tiempo llevaba en Argel cuando logró convencer a un moro para huir con él y otros por tierra a Orán; mas habiendo caminado alguna jornada, los abandonó y fué obligado a emprender el regreso, con la certeza del castigo y de mayor esclavitud.

Al año siguiente, 1577, los padres de Cervantes lograron reunir algún dinero, que fué empleado en rescatar a Rodrigo, el hermano menor, porque la cantidad allegada no es suficiente para rescatar a ambos y cede su derecho de primogenitura. Con Rodrigo sale una epístola poética para Mateo Vázquez, secretario de Felipe II. En la carta va un plan para apoderarse de los 20.000 esclavos cristianos y de la ciudad. Pero además de esta carga sobre los molinos de viento, Rodrigo lleva la misión de buscar una barca, que espere en las costas de Argel para traerlos a España. Llega la embarcación en septiembre, cuando Cervantes ha conseguido juntar a varios españoles en una cueva, y lo que es más, alimentarlos durante seis me-

(1) En 15 de septiembre de 1569 se da orden de prisión contra un Miguel de Cervantes "por haber dado ciertas heridas a Antonio de Ligura, andante en esta Corte"; pero realmente nada prueba que se trate de nuestro Miguel.

(2) El Tercio de D. Miguel de Moncada tenía a sus órdenes las Compañías mandadas por D. Jerónimo de Gris, D. Marcos de Isaba, D. Pedro de Torrieras, D. Rafael Puig, D. Rafael Ruiz Terradas, D. Enrique Centelles, D. Rodrigo de Uriba, D. Melchor Avezuela, D. Jerónimo de la Cuadra y D. Diego de Urbina, en la cual entró Cervantes.

(3) Empezó la vida militar de Cervantes en el año 1569, según se desprende de un memorial suyo dirigido a Felipe II solicitando destinos vacantes en América y de la información promovida en Madrid por su padre en 1578, tratando de conseguir el rescate de su hijo.

Seguramente comenzó por militar entre las tropas de Pío V, bajo el mando del General Pontificio Marco Antonio Colonna, y dejó las tropas pontificias para entrar en las españolas en la organización que hizo D. Juan de Austria en agosto de 1571, en el puerto de Mesina, para emprender la expedición contra los turcos con las escuadras reunidas de España, Roma y Venecia.

(4) Entre los papeles del Archivo de Simancas figuran varios documentos, por los que se sabe que en 15 y 23 de enero, y en 9 y 17 de marzo se le conceden socorros extraordinarios para curar sus heridas, y veintidós ducados por considerársele benemérito. De su heroico comportamiento en Lepanto hay constancia en el interrogatorio que se evacuó en Madrid en 1578 ante el licenciado Ximénez Ortiz.

(5) Sin embargo, consta que en la batalla de Lepanto mandó una escuadra de doce soldados, peleando junto al esquife.

(1) El 29 de abril de 1572 había vuelto Cervantes al servicio activo, ingresando en el Tercio de Lope de Figueroa y Compañía de Ponce de León, tres meses antes de reunirse la escuadra de la Liga en Corfú, después del período de indecisión que siguió a la jornada de Lepanto.

Cuadro atribuído a Jáuregui, propiedad del Sr. Marqués de Casa-Torres, y que, con razones muy atendibles, sostienen bastantes críticos que representa a Miguel de Cervantes.

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

ses; pero descubierto el bajel y apresados los tripulantes, poco tardan en saborear los esclavos las hieles de la traición. Descubiertos y cautivos, Miguel toma sobre sí todo el peso de la culpa. En la aventura cambia de amo, porque Azán Bajá decide comprar y vigilar a tan peligroso esclavo (1).

Nuevo intento cinco meses después. Azán Bajá intercepta una carta de Cervantes al General español de Argel. Ejecuta al correo y manda dar a Miguel dos mil palos. Pero por segunda vez queda sin cumplir la sentencia de muerte, y aún debía de fracasar su último intento a fines de 1579.

Se compró un barco, se avisó a otros cautivos. Traición de nuevo: el doctor Blanco de Paz impide la fuga. Y nuevamente se entrega caballerosamente Cervantes para evitar la muerte de quien le encubría (2).

No tuvo tiempo de preparar otros ardides. El 19 de septiembre, pocas horas antes de que Azán Bajá saliese para Constantinopla con sus cautivos, el Padre fray Juan Gil, que por entonces realiza una segunda redención de esclavos, consigue rescatar a Cervantes por 500 escudos de oro de España. Así, o en términos parecidos, relata la *Información de Argel* el rescate de Cervantes. Sus padres habían suplicado vanamente ayuda a las autoridades, en 1577 y 1578, para redimir a Miguel. Por fin, allegando los recursos que pudieron, lograron reunir un puñado de oro que entregaron al mercader valenciano Hernando de Torres, para obtener la libertad del hijo prisionero; pero esto no llegó a llevarse a cabo. Conocieron después los padres de Cervantes el proyecto de la Orden Trinitaria, y Dios sabe a costa de qué sacrificios entregaron el 31 de julio de 1579 a fray Juan Gil, y al segundo redentor fray Antonio de la Balla, "los 250 ducados de doña Leonor de Cortinas y los 50 de doña Andrea de Cervantes, vecinos de Alcalá y estantes en la corte, para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, hijo y hermano de las susodichas, que está cautivo en Argel". En el recibo se detalla que Miguel es "de treinta y tres años de edad, manco de la mano izquierda, barbirrubio..." Hasta el mes de septiembre permanecieron los Padres Redentores en Madrid, recibiendo limosna del Rey, de una fundación hecha por Francisco de Caramanchel—dineros que sirvieron precisamente para completar el rescate de Cervantes—, del obispo de Lugo, del Consejo de Indias y de alguno más. Después de recoger las grandes limosnas, mendigaron por el camino hasta llegar a Valencia, recogiendo 400.000 reales, que llevaban, parte, en monedas de oro y plata, y el resto en paños, bonetes, perlas y confites, teniendo estas mercancías un doble fin: venderlas para lucrarse con la diferencia de precio y captar voluntades con el obsequio y agasajo.

Salieron los Padres de Valencia en las galeras *Santa María* y *Santa Olalla* el 22 de mayo de 1580 y llegaron a Argel el 29 por la noche o el 30 por la mañana, después de una azarosa travesía, que aun el mar puso dificultades para el rescate. Del cautivo se preocupaba mucho fray Juan Gil, pero encontró el precio inaccesible a su bolsa: pedía Azán Bajá por el "estropeado español", que ni de galeote podía servirle, mil escudos. El dinero que su familia había entregado era muy corto, y las ordenanzas de la Orden prohibían gastar mucho dinero en el rescate de un solo individuo. El 3 de agosto salían para Valencia 108 rescatados. En los meses sucesivos se logró la libertad de 153 y un relicario famoso con una espina de Jesús. Quedaba Cervantes en situación desesperada, por cuanto Azán Bajá quería partir para Constantinopla para el mes de septiembre. Fray Juan, escaso ya de dineros, puso en obra toda su ciencia de rescate, empleando con Azán tanto los recursos de la caridad como los de la astucia. Consiguió, por fin, que accediese a vender a su cautivo por los 500 escudos en que lo había comprado. La familia de Cervantes, con sus trescientos ducados, había puesto por encima de las tres quintas partes de la suma; el Padre Gil añadió algo más de treinta escudos de la limosna general, y del dinero reunido para otros rescates prestó a Miguel hasta 500 escudos, sin más garantía que su palabra.

El caballeroso Cervantes jamás olvidó a sus libertadores, y si bien es verdad que nunca pudo pagar la cantidad que les adeudaba, jamás dejó ocasión de enaltecer cuanto le fué posible la gloria y virtudes de esta humilde Comunidad.

EL RESTO DE SU VIDA

Vuelto a España, estuvo en Argel y Orán en una misteriosa misión secreta (1). Posteriormente es posible que asistiese a la expedición militar de las islas Terceras. Durante su estancia en tierras portuguesas tuvo amores con una comedianta, de la que resultó una hija natural. Mucho se ha fantaseado alrededor de quién pudo ser la dama en cuestión, pero hoy está fuera de dudas, pues su hija, la propia Isabel de Saavedra, declara "ser hija de Miguel de Cervantes y de Ana Franca".

En 1584, vuelto a Madrid, escribe *La Galatea*. Entonces conoció a Gálvez, a Montalvo, a Rufo, a Padilla, a Góngora, a Maldonado, a Espinel y quizás a Lope. Poco después se representaron en Madrid, con éxito, sus comedias *Numancia*, *Los tratos de Argel*, *La batalla naval* y *La confusa*.

El 12 de diciembre de 1584 se desposa Miguel con doña Catalina Palacios Salazar y Vozmediano, del pueblo de Esquivias, a pesar de la oposición de las familias. En 1587 sale para Sevilla con una comisión de cobranzas reales primero, y después como comisario para el acopio y comisión de víveres destinados a la Armada. Estos viajes sirvieron a Cervantes para estudiar el carácter y modo de ser de los personajes, que luego presenta en el *Quijote*.

Mucho se ha dicho acerca de la pobreza de Cervantes, pero algo se ha fantaseado, pues desempeñó un cargo de verdadera autoridad, como comisario de víveres en Sevilla y cobrador en el Reino de Granada de

(1) En este intento de fuga fué traicionado por un renegado español llamado el "Dorador", natural de Melilla.

(2) Las vejaciones, sufrimientos y penalidades están descritas por Cervantes en la *Historia del cautivo*, y su exactitud está comprobada por las *Memorias del cautivo en la goleta de Túnez*, en las *Memorias de Diego Galán* y en la *Topografía e historia general de Argel*, del obispo Haedo, corregida por su sobrino fray Diego de Haedo, abad de Fromista.

(1) Tenemos noticia de ella por una doble Real Cédula de 21 de mayo de 1581, expedida en Tomar (Portugal), en que se manda pagar a Cervantes cincuenta ducados, parte de la ayuda de costa para la comisión que llevaba a Orán.

Una fantasía del dibujante alemán HASEMANN, en que pretende representar el espíritu de Cervantes. Pertenece a una colección de láminas en boj, publicadas en 1922 por el editor Behers y Feddersen, de Berlín.

las alcabalas, y por ello percibía "doce reales diarios libres de gastos y botica", lo cual no era insignificante, atendiendo el valor de la moneda en la época (1).

Sus diligencias, recaudaciones y negocios particulares le producen serios sinsabores, entre ellos varios encarcelamientos, uno o dos en Sevilla, otro en Castro del Río y otro en Argamasilla de Alba, este último por los años 1601-03, según tradición que designa la llamada casa de la cueva de Medrano, como lugar de encarcelamiento y verdadero sitio en que Cervantes produjo el *Quijote*. Don Clemente Cortejón, en su obra *La cohartada*, deshace la tradición argamasillesca, demostrando que Cervantes en 1601 se hallaba en Sevilla, y en 1602 estaba preso en la misma ciudad (2).

Se cree que Miguel fué inocente en todos estos procesos. El detalle de que el propio Rey nombrase a Cervantes para el mismo cargo, después del encarcelamiento, es un dato que puede probar su inocencia; por lo demás, él mismo hablaba de su estancia en la cárcel, sin sonrojos, y que Avellaneda no hiciese blanco en Cervantes por su estancia en ella, son otros tantos detalles que no se deben olvidar (3).

Deshecha la leyenda de Argamasilla, se supone que el *Quijote* fué planeado en las mazmorras de Argel y redondeado en sus viajes por la Mancha y Andalucía (4).

En 1603 se establece en Valladolid, nuevo punto elegido para la Corte. En el año siguiente hace dos viajes: uno a Esquivias, por la muerte de su suegra, y otro a Toledo, donde debió de estar con Lope. Por entonces, el manuscrito original y las copias de la primera parte del *Quijote* empezaron a ser conocidas y comentadas.

El 26 de septiembre del mismo año se le concedió real licencia para la publicación de su obra. Si bien es verdad que el *Quijote* no enriqueció a Cervantes ni le sacó de apuro, le dió tal fama que sólo en 1605 se hicieron seis ediciones, sin su consentimiento cuatro de ellas. El libro estaba en todas las manos y Cervantes subió de pronto a la altura de los más grandes literatos de la época.

Desde 1603 se supone a Cervantes en Valladolid, acompañado de toda su familia. Vivieron en el barrio del Matadero o Rastro, y se tuvo que dedicar a escribir y tratar de negocios para hacer frente a su carga familiar.

(1) El año 1587, el 13 de junio, entró Cervantes en el servicio de S. M. como comisario para el acopio de víveres para la Armada Invencible que se preparaba. En el desempeño de esta comisión, muy complicada y difícil, que duró unos seis años, en varias poblaciones de Andalucía sufrió excomuniones, prisiones y disgustos sin cuento, y fué encarcelado varias veces, una de ellas la más grave, en Sevilla, por encontrar dificultades para justificar una partida de 43 arrobas y cinco libras de harina. En aquel momento le debía el Erario doscientos ochenta días de sueldo, a razón de doce reales diarios. Varios documentos nos acreditan las comisiones que también Cervantes desempeñó en el Reino de Granada para la cobranza de los atrasos de las tercias y alcabalas, entre ellos una Real carta de 25 de agosto de 1594.

(2) En aquellos tiempos el encarcelamiento preventivo era mucho más corriente que en la actualidad y no siempre significaba indicios de culpabilidad, sino precaución que se tomaba durante el desarrollo de las averiguaciones, por si acaso resultaba culpabilidad.

(3) Avellaneda sólo alude a la prisión o prisiones de Cervantes en la siguiente frase de su prólogo: "... pero disculpan los yerros de su primera parte en esta materia el haberse escrito entre los de una cárcel, y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos". Juega malévolamente con las palabras *hierros* y *yerros*.

(4) La opinión más autorizada sobre la concepción del *Quijote*, defendida por el insigne cervantista Rodríguez Marín, es que esta inmortal novela se empezó y se escribió en gran parte en la Cárcel Real de Sevilla hacia 1602. Debió de ser concluída en Valladolid, donde a la sazón estaba la Corte, o en Toledo.

Un caballero principal, D. Gaspar de Ezpeleta, cae mortalmente herido en la noche del 27 de junio del año 1605 frente a la casa que habitaba Cervantes. A los gritos acude a asistirle la familia, y Ezpeleta muere dos días después. La Justicia, arrastrada por suposiciones fantásticas, manda a todos a prisión, y aunque salen de la cárcel al poco tiempo declarados inocentes, el pueblo y algunos poetas hablan de ciertas relaciones entre el muerto e Isabel de Cervantes Saavedra. Esta historia consta en un manuscrito que posee la Academia Española. Lo que pasó fué que, al parecer, Ezpeleta tenía relaciones con la mujer de un escribano; éste tomó venganza en el caballero, y en el proceso surgió un alcaide que, llevado de malevolencia, quiso cargar sobre Cervantes el peso del crimen.

En la primavera de 1606 consta que escribió *La española inglesa*, y de 1607 a 1608 vuelve a Madrid con motivo del traslado de la Corte y vive en la casa que hace esquina a las calles de León y de Francos, la cual ostenta hoy un medallón, en recuerdo de haber habitado allí Cervantes. Se cree por algunos que en este año corrigió la tercera edición del *Quijote*, pero hoy está demostrado que esta corrección no se hizo.

El 17 de abril de 1609 es recibido en la Congregación de los Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento, y en 10 de enero de 1610 ó 1613 profesa como hermano en la Orden Tercera de San Francisco. En el año 1611 pierde a su hermana, y en 1612 ingresa en la Academia Selvage, donde reanuda sus relaciones con Lope.

A favor de D. Francisco de Robles firmó Cervantes en 9 de septiembre de 1613 los documentos para la impresión de las *Novelas ejemplares*, recibiendo a cuenta 1.600 reales y 24 ejemplares por el manuscrito. Fueron las novelas dedicadas al Duque de Lemos; las imprimió el mismo impresor del *Quijote*, Juan de la Cuesta, y cuéntase que fueron felizmente acogidas; mientras Lope veía cómo el público miraba con indiferencia sus obras en prosa. El mismo declara la superioridad de Cervantes en la novela, superioridad que reconocieron todos sus contemporáneos, manifestando Tirso que era el Bocaccio español, sin fijarse en que nuestro compatriota había superado al italiano, en fin moral y en lozanía de imaginación y de lenguaje.

En 1614 publica su *Viaje del Parnaso*, impreso en Madrid en la oficina de la viuda de Alonso Martín y dedicado a D. Rodrigo de Tapia. Le acompaña una segunda parte, llamada *La Adjunta al Parnaso*.

El falso *Quijote*, llamado de Avellaneda, salió en el mismo año de la prensa de Felipe Robert, en Tarragona, sin que hasta la fecha se haya podido identificar al verdadero autor.

A principios del mismo publica sus comedias: *Los baños de Argel*, *La Gran Sultana*, *Doña Catalina de Oviedo*, *El Gallardo español*, *Laberinto de amor*. *La casa de los celos*, *Las proezas de Reinaldo*, *El rufián dichoso*, *Cristóbal de Lugo*, *La comedia entretenida* y sus ocho entremeses. Seguramente el *Quijote* no habría salido en su segunda parte, a no ser por el aguijón de la publicación de Avellaneda, pues entonces estaba ocupado escribiendo *El engaño de los ojos*, *El famoso Bernardo* y *Las semanas del jardín*, obras que se han perdido.

SU MUERTE

Aquejado, ya hacía tiempo, de hidropesía, síntoma, según unos, de fuerte afección cardíaca, y según otros, de arterioesclerosis, según pretende Rodríguez Ocaña, los médicos le hacen pasar una larga temporaña en el pueblo de Esquivias, adonde se traslada en la semana de Pascua de 1616, y no logrando el alivio que anhelaba, regresa a Madrid a las pocas semanas, y allí termina o casi termina su obra póstuma. Esta fué *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, para la cual escribió la famosa dedicatoria al Conde de Lemos, que comienza con estos versos: "Puesto ya el pie en el estribo y en las ansias de la muerte, gran señor, esta te escribo...", participando a su egregio amigo haber recibido ya la extremaunción. Poco después despídese de los suyos, con las memorables palabras: "Adiós, gracias, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros, presto y contento en la otra vida."

Pocos días antes, el 2 de abril de 1616, profesó solemnemente en la Orden Tercera de San Francisco, en la que había entrado ya como hermano en Alcalá en 1613. Por aquellas fechas ya se podía asegurar hablando de Cervantes que "era viejo, soldado, hidalgo y pobre". Mas pertenecer a la Orden Terciaria, a la Esclavonia y a las demás Congregaciones religiosas, significa una exaltación de su fe muy arraigada y no el deseo tardío de buscar en su vejez un consuelo. Su compañero de cautiverio en Argel, el doctor Sosa, nos lo muestra "componiendo versos en alabanza de nuestro Señor y de su bendita Madre y del Santísimo Sacramento y de otras cosas santas y devotas". Nació como cristiano, hizo para vivir esta vida con fe lo que pudo y murió como católico fervoroso, en una clara mañana madrileña, la del 23 de abril de 1616, acompañado de su esposa, de doña Constanza de Figueroa, de doña Isabel de Saavedra y del clérigo D. Francisco Martínez Marsilla. Lope de Vega, al saber la muerte del autor del *Quijote*, fué a rezar un responso ante su cadáver.

Así dice la partida de defunción de Cervantes: "El 23 de abril de 1616 murió Miguel de Cervantes Saavedra, calle de León, recibió los Santos Sacramentos de manos del licenciado Francisco Martínez, que vive allí."

Los hermanos Terciarios amortajan el cadáver, con el hábito de la Orden, según disposición del difunto.

Fué llevado a la iglesia de los Trinitarios, sin más acompañamiento que el de los hermanos Terciarios y dos licenciados oscuros y humildes: Luis Francisco Calderón y Francisco de Urbina. Cervantes había muerto en la misma fecha que Shakespeare, pero no el mismo día, pues como en Inglaterra no se había aceptado aún la corrección del calendario gregoriano, resulta la muerte del escritor inglés ocurrida el 3 de mayo.

Al día siguiente, que era domingo 24, los frailes Trinitarios oficiaron en el altar, puesto que siendo ellos los que habían libertado aquel cuerpo de las mazmorras de Argel, justo era que lo redimiesen de esta para mejor vida. Terminado el oficio, dióse sepultura al cuerpo. Cubierto por la tierra, rojos ladrillos taparon la fosa. No se colocó lápida ni inscripción alguna, y así, la posterioridad ignora aún dónde se hallan los restos del autor del *Quijote*. DESCANSE EN PAZ.

LA VUELTA MEDITERRANEA DE Cervantes

MIGUEL CUARTERO LARREA, Comandante de Artillería.

HEMEROTECA

HACIA EL PRINCIPIO

1547. Nació un insigne Capitán que se llamaba Juan y un ingenioso hidalgo que se nombraba Miguel; allá en el alemana Ratisbona y acá en la española Alcalá vienen al mundo los capitanes de las armas y las letras; la Providencia ha querido que sus vidas tengan un amargo paralelo; uno alcanzará larga vida, otro dejará la tierra a temprana edad; pero en la última década que vivió el Austria fué, a la sombra de su nombre precursor, cuando nuestro ingenioso príncipe formó su espíritu mediterráneo; mares y tierras, tercios y galeras, capitanes y corsarios, mujeres de la libre Italia y cardenales del Renacimiento, todo cuanto tiene vida va elaborando en el cerebro del inmortal escritor el maravilloso archivo con que su pluma reflejará después el agridulce de la vida, la alegría del triunfo victorioso y la amargura de la eterna falta de valimiento: Juan la sufrirá de su escurialense hermano; Miguel, ante el secretario de su Rey; y durante este período, ¿qué pensamientos, qué proyectos se elaboraron en la mente de estos hombres y cuál pudo haber sido su fin de cumplirse su voluntad? Juan quería un reino en Berbería; Miguel, una capitanía en sus Tercios; el Destino lo dispuso de otro modo, juzgó cumplida la misión del señor don Juan, y su postrera intervención flamenca será el triste final de un gobernante; pero aquí, en nuestro mar, algo faltaba a Miguel por conocer, podemos decir que la mitad de ese mismo mar, el reverso de sus costas, el foco de donde surgían hombres capaces de enfrentarse con un Bazán; y como a su agudeza no podía escapar el mérito allá donde apareciese, hemos de ver en sus narraciones cómo, desde el fondo de su espíritu quijotesco, admira en todas partes a los espíritus fuertes, y puede escribir objetivamente una guerra turquesca vista desde los dos frentes.

Su biografía podría decirse, en lenguaje de hoy, que constituye un rítmico guión cinematográfico, en el que en ningún momento se pierde una línea general, su formación mediterránea; nada importa, a nuestro juicio, su vida oscura en Alcalá, Madrid o Sevilla, la del interior de España, porque aunque en la Mancha se agigante después Alonso Quijano, no dejará de serlo sobre un escenario de mar en tierra; para su biógrafo Navarro Ledesma, *la llanura cría los grandes valores, los arrojos ciegos, las fes inextinguibles*, y ninguna llanura como la del mar que vivió en su época de soldado; la reproducción manchega será el traslado terrestre a Poniente, en la calma de la vejez, de las tormentas que durante diez años azotaron su juventud en el Levante marinero.

HACIA EL NORTE POR EL CAMINO DE ANIBAL

Es a los veintiún años cuando Cervantes se asoma al Mediterráneo en su ventana valenciana; pero su admiración reflejada en el "Persiles" *la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de su contorno y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa...*; nada dice del mar, es una impresión ambiental terrestre; ve el mar, pero aún no lo comprende; se halla militarmente como Aníbal ante Sagunto; su mentalidad es aún continental cuando pasa por Villarreal, Castellón y Tarragona, y es en Barcelona donde *... el mar alegre..., la multitud de galeras que estaban en la playa, el tráfago incesante del puerto, los cañonazos del Montjuich...* le hacen ya volverse hacia Levante; pero aún habrá de seguir con Acquaviva su viaje costero: Perpiñán, Languedoc y los Alpes. ¿Qué piensa Cervantes? Por ahora, sólo aspira a ver con curiosidad; no hemos de achacarle divagaciones ni consideraciones políticas o estratégicas cuando ni lo artístico llega a producirle impresión, y, sin embargo, algo extraña a su observación: la diferencia que este itinerario costero ofrece de alegría y vivacidad al compararlo con el seguido en el interior hispano, aún no es Alonso Quijano, es tan sólo el licenciado Vidriera, que canta *... la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías..., la libertad de Italia...*; pero ya va aprendiendo Geografía psicológica; pasa por Luca, donde *son bien vistos y recibidos los españoles y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante...*, y por fin Roma; gracias a su servicio con Acquaviva, conoce las interioridades del Vaticano, las artísticas y las humanas; aquello resulta grande, pero frío como sus mármoles; el estatismo arquitectónico no va a su dinámico temperamento, y el probable nombramiento cardenalicio de su señor le induce a cambiar la servidumbre eclesiástica por la de la espada.

En la compañía de Diego de Urbina, del maestre Moncada, de guarnición en Nápoles, toca a nuestro genio el hacer sus primeras armas. Autores hay que discuten si Cervantes formó antes en las tropas pontificias, pasando a las españolas al concertarse la Santa Liga; ello explicaría más fácilmente los viajes de ese período oscuro de su vida: de Roma a Ancona, y su primera travesía hacia Venecia, la ciudad que, a creer a Vidriera, ya admira exclusivamente por hallarse construída cara al mar: *... estas dos ciudades* (Venecia y Méjico) *se parecen en las calles, que son todas de agua...; su riqueza es infinita..., su sitio inexpugnable* (ya se aprecia al militar); *... su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras con otros bajeles que no tienen número...*

HACIA LO QUE NO FUE

En nuestro itinerario mediterráneo *no se sabe*—escribe Fitzmaurice Kelly—*si Cervantes tomó parte en la expedición que contra Chipre realizaron tres escuadras unidas... en 1570...* La falta de narraciones sobre las acciones de este período, en quien tan aficionado fué a escribirlas sobre las posteriores, parece indicar su ausencia; por otra

BPM Cardenal Cisneros

parte, las primeras descripciones de la molesta navegatión en ... *aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas...* corresponden a la travesía tirrénica de Nápoles a Génova, en la concentración para la segunda campaña de la Liga.

La historia española se llena con el nombre de Lepanto; pero con rara unanimidad, salvo en los eruditos del mar, se tiende un difuso velo sobre los acaecimientos anteriores y posteriores; y para entender el Mediterráneo de Cervantes, habremos de repasar, aunque él no acudiera a la expedición del 70, aquella extraña asociación de enemigos que luchan frente a los que deben ser sus amigos, cosa no tan rara ni extraña para los que en el siglo XX hemos presenciado el difícil juego de coaliciones de la segunda guerra mundial.

Hubo entonces, como hoy, una lucha de ideales religiosos: de una parte, el Turco; de otra, el Occidente cristiano; pero en este bando los intereses son antagónicos. Pío V, el Papa santo, quiere formar una Liga de todo el Orbe cristiano, que asegure no se repetirá la peligrosa acción contra Malta; Venecia rechaza la propuesta, porque, potencia comercial que trafica con Levante, no quiere romper con el Turco, lo que pondría en riesgo su Imperio colonial, que se considera débil para defender, y además... la ruptura de España y Turquía elimina competidores en el comercio con los Estados mahometanos; todo aconseja confirmar en 1567 el tratado de paz con Selim II.

Del lado español, razones totalmente dispares llevarán al mismo resultado; Felipe II, por inspiración del Duque de Alba, juzga peligrosa una Liga que los Estados alemanes pueden creer ha de volverse sobre ellos, y no se quieren resucitar guerras religiosas que compliquen el problema de Flandes.

Frente a los móviles de este bando, Selim acaba de dominar en Egipto y le son precisas las comunicaciones de Constantinopla con Alejandría; Chipre en manos de Venecia es un obstáculo a su expansión militar; en otoño de 1569, una aparatosa explosión en el arsenal veneciano hizo creer a los informadors turcos en la casi total destrucción de las galeras de Venecia; la realidad fué muy inferior; pero todos los hechos externos dieron lugar a que Selim estimara oportuna la ocasión para romper con La Señoría, y su embajador hizo conocer al Senado que, caso de resistencia a la inmediata cesión de Chipre, sería ocupada por las fuerzas preparadas en los Dardanelos; la República no puede hacer otra cosa que aceptar la guerra y solicitar la ayuda española, pero no directamente, sino a través de la Santa Sede; así se confiaba poder contener las temidas e imaginarias apetencias achacadas a España sobre la absorción de Venecia en sus Estados italianos.

Coincidía la ruptura turcovéneta con una aparente solución del problema de Flandes, y enconándose, por el contrario, la lucha con los moriscos españoles, alimentados por sus relaciones con Argelia; Felipe II creyó poder resolverla con la naciente Liga; así, por distintas coincidencias en el tiempo, surgió una coalición frente al Turco, donde, para que el Papa pudiera intervenir directamente en las Escuadras, la República cedía doce cascos de galeras, que había de mandar el General pontificio Marco Antonio Colonna.

Hermoso proyecto; pero en la Liga no hubo ni habrá acuerdo, ni en la teoría estratégica ni en la del objetivo; para Venecia, todo se subordina a Levante, mientras España se limita a Berbería; para aquélla, la solución rápida de la lucha es vital a su porvenir comercial y a la conservación de sus posesiones, amenazadas por una flota organizada, y se requiere una inmediata actuación ofensiva; en Poniente se podía dilatar la intervención con aisladas acciones defensivas, suficientes a cubrir la costa de los irregulares ataques de naves corsarias. Las consecuencias de este desacuerdo estratégico las veremos en las tres campañas de la Liga.

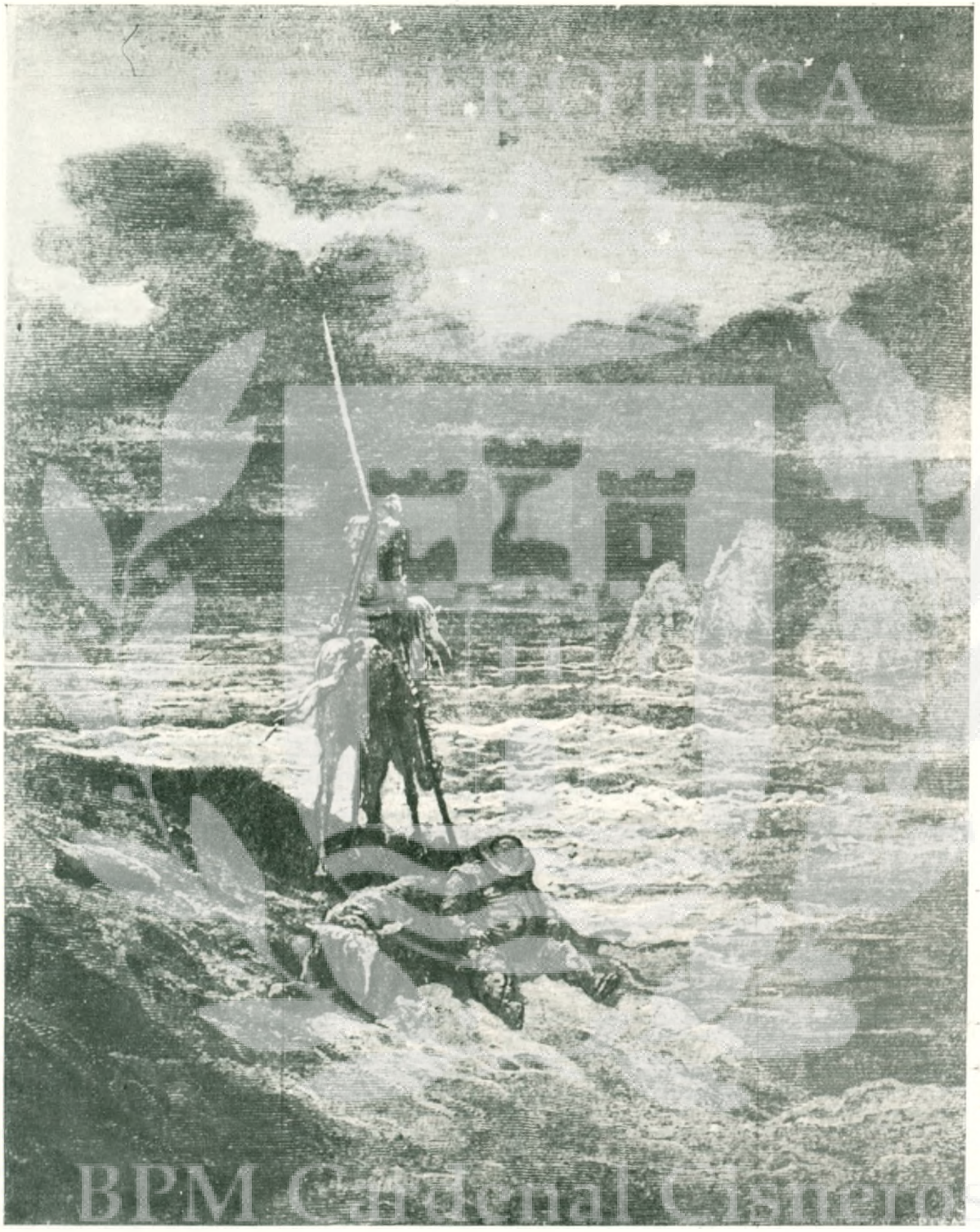
La aportación militar de España estaba constituída por las galeras contratadas de Juan Andrea Doria, las napolitanas de Bazán y las sicilianas de Cardona; todas bajo la jurisdicción del primero, que no aceptaba de buen grado el mando supremo pontificio, pero menos aún el arriesgar en Levante unas galeras que constituían todo su patrimonio. De parte veneciana se calcularon en 140 las naves concentrables; pero la reunión se hizo con excesiva calma, lo que Stirling Maxwell *se explica únicamente por la esperanza de la República de que el Turco pidiese la paz o se retirara de Chipre al conocer que España se aliaba contra él.*

El 30 de marzo de 1570, cerca de 60 galeras, al mando de Jerónimo Zanne, salían de Venecia para Zara; en abril, el Turco atacaba a Chipre, y, por orden del Senado veneciano, Zanne continuó a Corfú y Candía, donde hubo de reducirse el número de galeras en servicio, por falta de soldados y vituallas para cubrir las necesidades combativas. El 31 de agosto se reunían con Colonna y Doria, y éste apreció el deficiente estado de la flota de Zanne; al estudiarse la posibilidad del auxilio a Chipre, todos los mandos, salvo el veneciano, opinaron en contrario, proponiéndose una acción secundaria sobre Asia Menor, que obligara al Turco a levantar el bloqueo; así se proyectó la acción sobre Rodas por 180 galeras, 11 galeazas y 16.000 soldados; en la marcha se tuvo conocimiento de la caída de Nicosia; la desmoralización que produjo, junto con unos temporales que hundieron 13 galeras venecianas y dos pontificias, hizo volvieran todos a Italia sin ninguna acción de provecho y sufriendo Zanne las sanciones de su Senado, que lo encerró en una prisión, donde pronto acabó sus días. Y así terminó la malograda expedición en que no sabemos si intervino Cervantes.

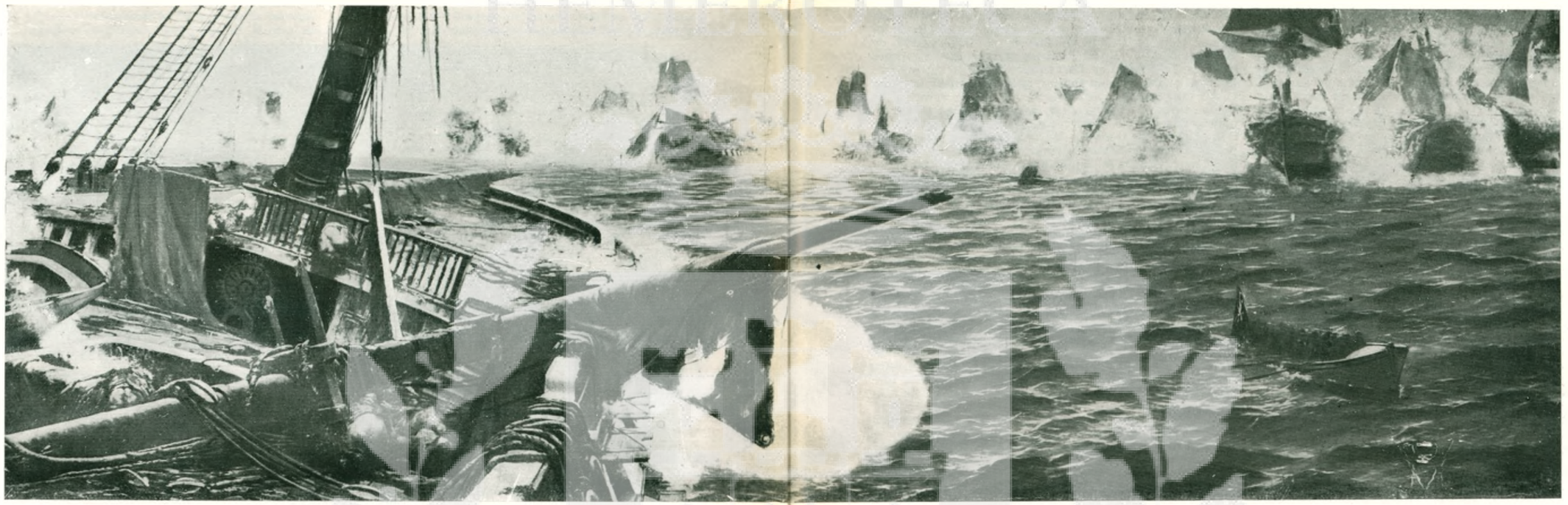
HACIA EL ESTE, POR LA RUTA ALMOGAVAR

La caída de Chipre y el martirio de Bragadino fueron el elemento que catalizó la Santa Liga; se juzgaron los momentos muy difíciles, y, ante el peligro islámico, Roma pudo allanar diferencias entre El Escorial y San Marcos. Don Juan es ya el Capitán de la Liga y parte de Barcelona un 20 de julio, precediéndole, en la llegada a Génova, las galeras en que han embarcado parte de los Tercios de Figueras y de Moncada. ¿Veremos aquí a Cervantes? Según Fernández de Navarrete, *se completaron en Nápoles aquellos dos Tercios con los soldados nuevos..., y así fué cómo la Compañía de Urbina quedó incorporada al Tercio a que correspondía...*, y como en la narración cervantina, *... trasnochados, mojados y con ojeras llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova...*; admitiremos su presencia en esta ciudad anfiteatro y un viaje marítimo desde Nápoles, anterior a la vuelta del 6 de agosto, cuando don Juan recogía el Gran Estandarte; entramos ya en el período más conocido de la vida militar de nuestro ingenioso: su servicio en *La Marquesa*, la galera de Juan Andrea, la que había de figurar en el grupo del veneciano Barbarigo durante el momento de la Gran Batalla.

Las mismas complicaciones de la anterior campaña se reproducen en la de 1571; hasta el 2 de septiembre no se reúnen en Mesina los tres aliados, y el 16 parten, por fin, para Levante, hacia el lugar de los ducados aragoneses que fundaron los almogávares. Ya tenemos a Cervantes navegando hacia Corfú, donde llega el 30, y seis jornadas más tarde a Cefalonia, en el escenario de los nombres mitológicos; pero toda la espiritualidad hubiera quedado ahogada por el mareo, las asfixia y la grosería de *una vida en la galera* (que) *déla Dios a quien la quiera*, sin una excitación febril que, en lugar de apagarlo, enardece a nuestro hombre, y así llega la más grande ocasión que



Gustavo Doré.—"Barcelona duerme encerrada en sus murallas y Don Quijote resuelve esperar al nuevo día en la desierta orilla del mar, mientras Sancho descabeza el primer sueño de su vida arrullado por las olas." Esta estampa es un ejemplar expresivo de la época romántica.



Batalla de Lepanto, según un cuadro de Ruiz Luna. (Pintura moderna española.)

vieron los siglos; de lo que vieron sus ojos, de lo que sufrió su cuerpo y de lo que sintió su espíritu, no hemos de hablar, es de sobra conocido; sólo mencionaremos su *Batalla Naval*, la obra escrita que el Tiempo no quiso legarnos; la Providencia pretendió así unir también en la Historia el infortunio de estos hombres; la *Batalla Naval* del Ingenioso Hidalgo tenía que desaparecer, al perderse la *Victoria Naval* del señor don Juan; el Gran Milagro que Dios hizo posible en Lepanto, la incomprensión y la desidia de los hombres lo derrochaba.

HACIA EL REVERSO DE LEPANTO

Vueltos a Italia para la invernada, Cervantes desembarca para pasar al hospital de Mesina; seis meses emplea en su curación, y durante este tiempo, don Juan ha visto algo superior en Miguel: *aventájese a este soldado con tres escudos sobre su paga ordinaria y cuídesele y atiéndasele muy bien, dándome noticias de su curación*. No fueron vanas palabras: el doctor Gregorio López, el médico del Emperador, dará salud a nuestro héroe, y los fondos privados de Juan alimentarán su bolsillo en tres ocasiones. Setenta y dos escudos en total, ¿es mucho o poco para su época? Comparémoslo con las pagas asignadas, no siempre sobradas, de los tercios del siglo XVII: 500 escudos al Maestre General y 60 al de los Tercios; 80 y 44 a sus Capitanes de arcabuces y de picas; 40 y 18, los alféreces, y 6 y 4, los soldados.

El 29 de abril tenémosle de alta para el servicio, como soldado aventajado del Tercio de D. Lope de Figueroa, el mejor hombre de tierra que pudo llevar don Juan; el que trajo a España la noticia del triunfo, el preparado por el Gran Duque para general en Flandes, el que sirvió a Bazán en Levante y las Terceras, el que retrató Calderón en *El Alcalde de Zalamea;* a sus órdenes iba Miguel a iniciar la nueva expedición de la Santa Liga.

Si la tardía concentración del 71 había retrasado la victoria e impedido el aprovechamiento estratégico del éxito táctico, el mismo error iba a producir en la tercera campaña efectos desastrosos; Francia se prepara para atacar a España y es aliada del Turco; el corsario Uluch Alí ofrece al francés la ocupación de Argel como base mediterránea, y las galeras de don Juan son absolutamente imprescindibles. El Rey Felipe da órdenes reservadas a su hermano, obligándole a dilatar la salida hacia Levante, con la consiguiente desesperación de Venecia, que ve atacadas sus posesiones de Corfú, Cefalonia, Cerigo y Zante; para calmarlos y evitar un total rompimiento, ofrece don Juan 22 galeras españolas con Gil de Andrade, en las que embarcan 6.000 soldados, y entre ellos nuestro Cervantes; los venecianos, bajo el mando de Foscarini, que ha relevado a Veniero por su carácter rebelde, y todos dirigidos por Marco Antonio Colonna, que enarbola el estandarte de la Liga en ausencia de don Juan. El 7 de julio salen de Mesina; el 15 llegan a Corfú, con orden de no aventurarse en lugar alejado al que no pueda prestarse auxilio desde Sicilia; pero el ambicioso General pontificio ansía, para él solo, una victoria brillante y parte para Candía, aun conociendo, desde el 21, que don Juan sale para reforzarlo y debe esperarle en Corfú. Hacia Cerigo quiso Colonna entablar combate; pero el ágil Uluch Alí decide no aceptarlo mientras figuren en la línea las artilladas galeazas venecianas; el plan otomano consiste siempre en esta campaña, en buscar su alejamiento y sorprender a Colonna antes de la reunión con la flota española; en algún momento está a punto de conseguirlo, y los coligados llegan al convencimiento de la necesidad de la unión con don Juan. Resuelto el regreso, salen de Cerigo para Zante, donde encuentran a D. Alonso de Bazán con cartas para Colonna y Andrade, y la del último dice así: *Hame parecido cosa que en ninguna manera pudiera caber en mi consideración, que esa armada se haya partido para pasar tan adelante como he entendido sin dejarme en esta isla* (Corfú) *una fragata con cartas avisándome del designio que lleva, adónde he de aguardar o adónde me había de esperar la dicha armada...*

Malos auspicios para una buena empresa: hubo dimisiones, resquemores, temporales de mar y tempestades del espíritu. Primero, don Juan debe buscar a Colonna; después, éste a aquél, y la realidad es que nada se hace hasta el 1 de septiembre, que se reúnen todos en la capital de Corfú. Habían llegado noticias seguras de hallarse la flota enemiga en aguas de Morea, y se decide atacarla en Modón y Navarino, que es donde ya se presumía había de acogerse. El 7 de septiembre salieron para esta operación combinada del siglo XVI 20.000 soldados (8.000 españoles, 4.361 alemanes y el resto italianos); 72 piezas de sitio, y como dato curioso, 130 caballos, que tenían por misión penetrar en Grecia, recorrer sus tierras y sublevar el país. El propósito naval era interponerse entre las dos fracciones adversarias que se refugiaron en Navarino y Modón; pero descubierta por Uluch Alí la presencia cristiana, se concentró en la segunda de estas bases; venecianos y pontificios intentaron la batalla a que don Juan se negaba, temiendo alguna estratagema, y según Cervantes: ... *La ocasión... allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los leventes y jenízaros que en ella venían tuvieron por cierto que los habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado de nuestra armada; pero el Cielo lo ordenó de otra manera...*

Quedaba la flota enemiga bloqueada, y creyó don Juan que Uluch Alí intentaría presentar batalla para forzar la salida; pero el corsario argelino confió a las borrascas de otoño la eliminación de la flota cristiana; supo del valor de una base naval y, comprendiendo que al fin los de la Liga intentarían atacarle combinadamente por mar y por tierra, recurrió a desarmar parte de su flota, defendiendo la base con 400 cañones y llamando en su auxilio a todos los jinetes de la Morea, que se presentaron en Modón en número de casi 20.000, en el plazo de tres días —maravillosa organización de la cobertura del litoral y de la situación de reservas—, cuando don Juan pensó en el ataque, ya la ocasión se había perdido: había que preparar nuevos medios, avituallar las naves, pedir a Corfú la artillería de sitio y reforzar las tropas con núcleos que habían de trasladarse desde Zante, y mientras, era preciso mantenerse en observación.

Los aprestos se reunieron; pero el Consejo de Generales ya no se decidió a lanzar el ataque, si bien, acosados por los venecianos y como una acción indirecta más política que militar, se resolvió el golpe contra Navarino, que se juzgaba más sencillo que el de Modón, por creerla menos guarnecida después de la salida de Uluch Alí, conservándose alguna remota esperanza de que esta acción atra-

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

jera al corsario a una lucha en mar abierto. Al anochecer del 2 de octubre desembarcaban los 8.000 soldados españoles y 12 piezas, a las órdenes del Príncipe de Parma, efectuándose el salto sin incidentes; al rayar el día se empezó a progresar para ensanchar la cabeza de desembarco; en principio todo marchaba bien, gracias a la sorpresa inicial; pero pronto despliega la Caballería turca, que contiene a los cristianos—era fama de ser la primera de Europa, como en Infantería lo era la española—; el terreno pedregoso y la falta de madera complicó la instalación de artillería, que no alcanzaba a la plaza, y para colmo, ya de noche, una horrorosa tempestad de agua y viento sorprendió al Ejército sin tiendas ni defensas, impidiendo el auxilio desde el mar; el enemigo recibe refuerzos desde Modón, mientras disminuían los medios del de Parma, y, vista la inutilidad del intento, hubo de pensarse en el reembarco, que se realizó magistralmente de noche, bajo la dirección de Farnesio, que supo eludir el fuego de la artillería turca; fué una muestra de lo que sería capaz el futuro sitiador de Amberes, pero la operación había costado 750 muertos.

Se vuelve a meditar sobre la conveniencia de un combate naval, que se cree aceptará el adversario después de la suerte de sus armas en las anteriores jornadas, y así amaneció el primer aniversario de Lepanto, cuando don Juan vió salir de Modón a 21 galeras que perseguían a una aislada nave cristiana; se ordenó a Colonna que con una escuadrilla les sirviera de cebo; a retaguardia seguirían Bazán y Cardona para cortarles la retirada; pero Uluch Alí no es fácil de engañar, y dispone el repliegue al canal antes de que lo ocupe Cardona; sólo pudo conseguirse la liberación de 220 esclavos, en la rendición que narra Miguel por boca del Cautivo: *en este viaje se tomó la galera que se llamaba "La Presa", de quien era Capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada "La Loba", regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido Capitán D. Alvaro de Bazán.*

La campaña tocaba a su fin; el 8, de vuelta en Zante, y el 26 de octubre, en Mesina; hacia marzo se supo de las maquinaciones del obispo de Aix y del embajador de Francia, Noailles, y de la paz separada de Venecia. La Liga había quedado rota cuando nuestro Felipe esperaba reunir una fuerza de 300 galeras y 60.000 soldados, y, en consecuencia, habrá de buscarse un objetivo limitado: la ocupación de Túnez.

HACIA EL SUR, POR EL CANAL DE LOS PUNICOS

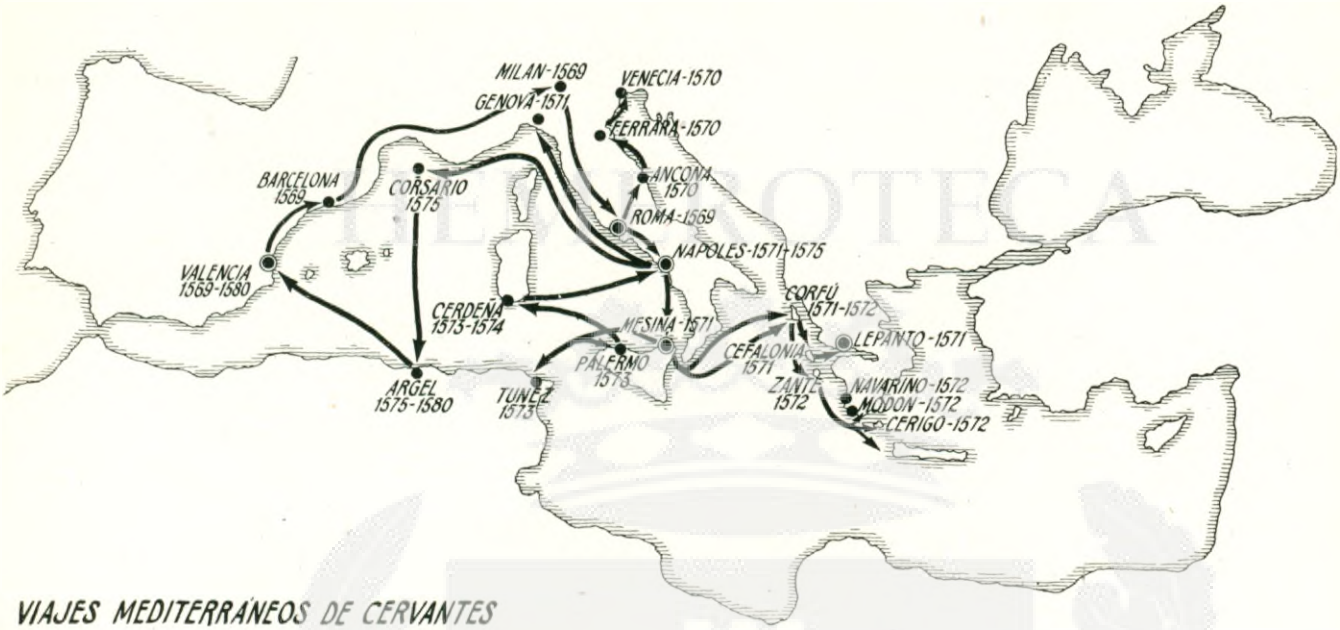
Túnez representa para el hijo del Emperador revivir la historia de su padre, y el día de la Merced de 1573 sale don Juan de Mesina con 104 galeras, y en ellas, otra vez Cervantes; desembarcó en La Goleta el 8 de octubre —los aniversarios de la fecha grande ejercen un influjo en nuestros héroes, sin olvidar que ya antes, en un 9 de octubre, recibió el bautismo Miguel—. La ocupación de Túnez es un verdadero paseo militar; los 3.000 turcos y los 40.000 moros de Muley Hamid han huído; se piensa en la conveniencia de ocupar la base de Bizerta, para alejar toda vecindad peligrosa; pero su alcaide, Horrus, se ofrece espontáneamente al príncipe cristiano; la obediencia es absoluta; ¡qué ocasión para crear un reino español sobre el solar de la vieja Cartago!; el trampolín desde donde arrancaron los Barcas para venir a Iberia, desde donde Genserico pasara a Italia y gentes de otros mundos habrán de emplear siglos después para atacar "la fortaleza europea"; pero las órdenes del Rey eran claras y tajantes: hubo de darse posesión del trono a Muley Hamed y dejar a D. Pedro Portocarrero para defender el honor de las armas españolas, el apellido que ya conocían en España las hermanas de Cervantes.

El 24 de octubre regresaba don Juan a Palermo, y a primeros de noviembre desembarcaban en Cerdeña las 14 Compañías del Tercio de don Lope; su misión es invernar, estableciéndose en Cuerpo de Observación de Berbería o de la voluble Francia; para los investigadores literarios, allí nació en Cervantes la idea de su *Galatea;* pero en nuestra visión militar hubo de pensar también en las indecisiones políticas y en los errores estratégicos de una tropa de reserva sin su flota de transporte, sin un mando responsable, unas veces con orden de supeditarse a la voluntad de Génova—Marcelo Doria—y otras a Nápoles—Duque de Sessa—, mientras al verdadero Jefe, al señor don Juan, se le alejaba hacia Lombardía; así pudo, con exceso de facilidades y traiciones, apoderarse Uluch Alí de todo lo conquistado: ... *perdióse, en fin, La Goleta; perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados 75.000, y de moros y árabes de toda la Africa, más de 400.000, acompañando este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos gastadores, que con las manos y a puñados de tierra pudieron cubrir La Goleta y el fuerte. Perdióse primero La Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían...; ¿y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando los cercan enemigos resueltos y porfiados, y en su misma tierra?...* Todo esto escribió Cervantes pensando en una pasividad que no llegó a resolver la desesperada salida de don Juan con las pocas naves y soldados que pudo reunir en Nápoles y Sicilia; la adversidad de los malos tiempos hizo inútil el empeño; en Trapani se supo ya del desastre, y el Ejército y la Armada entraban tristes en Nápoles el San Miguel de 1574. La desintegración se acerca. Don Juan marcha a España para averiguar la razón de sus desventuras; su leal Figueroa va a convalecer de sus heridas; Miguel conoce los progresos cortesanos de su antiguo compañero Mateo Vázquez, y si al General, para hacerse entender, le es necesario presentarse ante la Corte, con más razón habrá de hacerlo un pobre soldado que, a los veintisiete años, no dispone de blanca. Es la tiranía de la Capital, que desde el momento de su creación filipina se empieza ya a notar y habrá de persistir durante los cuatro siglos que se conmemoran; se había olvidado por completo el aforismo imperial de Carlos: *que para conquistar y adquirir nuevos Estados le convenía residir en Italia, para conservar los que tenía en Flandes y para perderlos en España.*

HACIA LA BASE CORSARIA, POR LA RUTA LLAMADA AZUL

Tres galeras, *La Higuera, La Mendoza* y *La Sol*, componen la expedición que parte de Nápoles el 20 de septiembre de 1575; en la última van los hermanos Cervantes; todo parece tranquilo hasta el día 26, cuando, a la altura de las bocas del Ródano, les alcanzan cuatro galeotas del Arnaute Mami y una de ellas se acostó al lado de *La Sol*, y sucedió, según la narración del Cautivo, que ... *encomendándome a mí el castillo de popa..., sólo diré que, después de habernos combatido dieciséis horas y después de haber muerto nuestro Capitán y toda la gente del navío, al cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente...* Se ha cortado el viaje a España, y para que el conocimiento del Mediterráneo pueda ser completo, Cervantes habrá de apreciar sobre su propia desventura la influencia y el valor de la transversal azul, que hoy se llamará Tolón-Mazalquivir; pero entonces, más claramente, Francia y el Corsario; que ya hablaron de estas cosas de Selim a Uluch Alí: ... *y si tal fuere que se puede tomar tal empresa* (el apoyo a los moriscos), *pediré los puertos necesarios al Francés...*

Ya el Emperador y la Católica Reina propugnaron tiempo atrás la empresa africana, y no les faltó razón;



VIAJES MEDITERRÁNEOS DE CERVANTES

pero los que debieron ser ejecutores de su estrategia no la llegaron a comprender: creyeron era tan sólo un afán de conquista lo que allí podía llevarles, cuando era algo más, la imperiosa necesidad de dominar las bases de una costa, que así sería frontera, en vez de serlo nuestro propio litoral. Bien lo entendieron, en cambio, los de la costa africana, el Barbarroja del tiempo de César y Uluch Alí de los días de Cervantes; no pensaban mal el Emperador y su hijo Felipe cuando intentaron atraerlos a su servicio; mercenarios por mercenarios, tal vez hubieran sido más útiles los de Argel que los de Génova; con ello se ganaba una gran flota que perdía la Sublime Puerta, y se afirmaba la continuación de un feudo español en Berbería; quién sabe si la lenidad de Doria en Lepanto y la fácil escapada del argelino no tuvieron algo que ver en ello.

No, no eran tan enemigos de España los corsarios argelinos; tal vez lo fueran más del tirano turco, y desde el fondo de su alma sintió Cervantes simpatía y admiración por ellos; así lo expresa claramente al hablar de Agi Morato, de Muley Maluc, el virrey destronado de Fez; pero, sobre todo, de Uluch Alí, al que ni Dorias ni Colonnas fueron capaces de vencer: ... *bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y a más de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe, y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino a ser rey de Argel y después a ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nación, y moralmente fué hombre de bien y trataba con mucha humanidad a sus cautivos...*

Ciertamente, las costas españolas venían sufriendo el azote de la piratería; pero la enfermedad del bandolerismo marítimo no era exclusiva de los berberiscos, era una lacra de la época, si bien en nuestro mar llevaron ellos la primacía; todos los puertos de Levante sufrieron sus depredaciones y llegóse a dejar de labrarse los campos costeros en una profundidad de cuatro a cinco leguas tierra adentro; en Cullera, de un solo golpe se llevaron 150 cautivos; en Barcelona aparecen en presencia del mismo Emperador; famoso es el ataque a Reggio, en la Calabria, cuando la bella Julia Gonzaga hubo de escapar, casi desnuda, al galope de su caballo; en los preliminares de la Liga tuvo lugar la sorpresa de las cuatro galeras de Malta, cuando en la *Santa Ana* fué hecho prisionero D. Diego Brochero, el futuro organizador del Rey Felipe III; pero en los días de Lepanto, la flota de Argel cuenta ya con 50 galeras, que pasan el Estrecho, apresan barcos en Sanlúcar y llegan a Canarias y saquean Lanzarote: ... *se atreven a pasar el Plus Ultra de las Columnas de Hércules y a acometer y robar las apartadas islas que por estar rodeadas del Mar Océano pensaban estar seguras, a lo menos* (alusión a otros piratas europeos), *de los bajeles turquescos...* Ya no se trata de acciones esporádicas de piratas, son expediciones organizadas por la marina de Berbería.

La victoria de Lepanto hemos visto no fué suficiente para eliminar al Turco, y precisamente fué la flota de Uluch Alí la base del renaciente poder naval otomano; tal era la situación cuando Miguel llegaba a Argel y el Corsario había proyectado erigirse en rey de todo el Africa del Norte, lo que no pudo realizarse porque en una famosa batalla (Alcazarquivir, 1578) los resultados favorecieron la política de Turquía; las aspiraciones de un fuerte Estado quedan truncadas, y en lo sucesivo, los herederos de Uluch Alí volverán a la piratería.

Luego leeremos de la cautividad, de los sufrimientos y humillaciones de los apresados; fueron grandes; pero con serlo mucho, los espíritus fuertes vencían de ellas, como vencían también ante otras justicias nórdicas de las salas de tormento; no olvidemos que Brocheros, Figueroas, Toledos y otros nombres famosos regresaron a su Patria; mucho más terrible que el cautiverio en los "baños" era el que sufrían los galeotes a flote: *la vida del galeote*—dice Mateo Alemán—*es propia de infierno: no hay diferencia entre una y otra, sino que la una es temporal y la otra eterna;* contra la injusticia de esta vida se rebeló nuestro hidalgo en la conversación con Ginés de Pasamonte, y en toda la obra cervantina se respira odio para turcos y judíos, pero no para los berberiscos.

HACIA EL OESTE POR EL MAR BALEAR

Las incidencias de la cautividad en Argel y los intentos de evasión los creemos conocidos de nuestros lectores; sólo anotaremos una fecha, 24 de octubre de 1580; luego

de cinco años de permanencia en Argel y justamente siete después del retorno de La Goleta, regresaba Miguel hacia su punto de partida, en el reino de Valencia. El Capitán de Lepanto hacía ya dos que faltaba de este mundo terrenal, y también le volvieron a su España, pero en un macabro viaje.

HACIA LA CAPITAL DEL MUNDO

La vuelta mediterránea ha terminado, y aún hemos de seguir a nuestro hombre en su viaje hacia otro mar; lo verá desde el hermoso balcón que proporciona Lisboa, la que Cervantes conoció en su momento más grande, cuando era española sin dejar de ser portuguesa, cuando era el puerto de todas las Españas, que es como decir la capital del Mundo.

Se prepara, desde el Tajo, la expedición contra otra piratería más peligrosa que la mediterránea, y en dos Santiagos sucesivos el triunfo de Santa Cruz en las Terceras. En estas jornadas, algunos biógrafos pretenden ver a Miguel, pero los más lo ponen en duda (Fitzmaurice-Kelly, Galiano, Schack, Navarro); según nuestro criterio, no pudo estar allí; vió, sí, al Duque de Alba, a sus viejos Capitanes Bazán y Figueroa; pero faltaba alguien sin el cual Cervantes no podía combatir; así se explica que aquel mar oceánico se tornara en su mente brumoso y vengativo; en el Atlántico no caben alegrías, humorismos ni trances de caballería, y el hidalgo no quiso saber nada de él, ni de los cantábricos puertos, ni de los barcos que van a Flandes; por eso deja su interpretación y su espiritualidad literaria a otro ingenio, al Fénix Lope de Vega, el que sí estuvo en las Terceras, el que vendrá en la Invencible, el que cantará al Bazán del Océano: ... *en la Tercera, el Francés, y en todo el mar el Inglés, tuvieron de verle espanto; Rey servido y Patria honrada dirán mejor quién ha sido, por la Cruz de su apellido... y por la Cruz de su espada.* Lope, el que discrepará de Cervantes porque uno es el ingenioso meridional mediterráneo y otro es un verdadero atlante, "el Monstruo de la Naturaleza".

HACIA EL FINAL

¿Qué pasaba, mientras, en el mar de Cervantes? Por suerte para el Imperio, si los duques de acá son desdichados en su gobierno, los del virreinato de Nápoles alcanzan su edad de oro, y son sus galeras las que actúan en nombre de España. En 1601, el Marqués de Villafranca ataca triunfante a los turcos sobre el mar de Levante, mientras una escuadra de 70 galeras con 10.000 hombres había de caer sobre la indefensa Argel; pero... las mandaba el receloso Juan Andrea Doria, el fracasado en Los Gelves y en Lepanto, el del *bel fuggire*, y esta última indecisión le costará, ¡ya!, la Capitanía General de la Armada. Desde este momento, de 1609 a 1620, Fajardo, Pimentel y el segundo Alvaro de Bazán sostienen ininterrumpidamente la serie de triunfos que tienen nombres que vengarán las desgracias del tiempo de la Liga. La Goleta, Navarino, Túnez, Argel y los Querquenes; Rodrigo de Silva enriquecerá El Escorial con la biblioteca árabe de Muley Cidan, sultán de Marruecos; pero el momento culminante se alcanza cuando Francisco de Rivera, con sólo seis galeones, derrota a 55 galeras turcas en Cabo Calidonia, sobre la misma Chipre; ocurre esto en el año 1616, para que nuestro Cervantes pueda morir tranquilo de la gloria de sus armas.

Las enseñanzas de Lepanto y el conocimiento de su mar no habían sido inútiles, y el hombre que desde Nápoles aconsejaba tal política, que es también estrategia, es el secretario del gran virrey Duque de Osuna, el tercero de los ingenios del Siglo de Oro, D. Francisco de Quevedo y Villegas, para el que la taimada Venecia no será tan loable como para el licenciado Vidriera; leámosle en su Consejo al Rey: *Venecia, Señor, es el chisme del mundo y el azogue de los príncipes; es una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar; es mayor de lo que convenía que fuese y menor de lo que da a entender..., más dañosa a los amigos que a los enemigos...; busca la paz con la boca y la guerra con los dineros...; siempre procurará la inquietud de los reinos de Vuestra Majestad..., y yo sé que si Brindis se navega, que Venecia se ahoga... De Génova... a V. M., a sus Reinos y Ministros es de más útil que las Indias* (porque) *de las Indias sólo se salvan aquellas barras que cobra Génova...*

HACIA LA INMORTALIDAD

En compañía de nuestro Ingenio, y en un largo camino, hemos hablado con los Capitanes de Mar y Tierra; visto combatir a Dorias y Colonnas, Barbarigos y Venieros, Siroccos y Uluchs Alís, a Farnesios y Figueroas, en campo abierto y en castillos; hemos conocido cardenales y políticos, lealtades y traiciones, y cruzado en Lucha Santa toda la extensión del Mar latino; cuando alguien aduce que el hidalgo alcalareño fué más hombre de letras que de guerra, sólo pensamos que su mejor y gigantesca obra es una canción de hechos de armas al servicio de la Justicia, que él no siempre encontró; en sus obras se encierra todo el tratado de Moral, que por el hecho de serlo, será también militar, y en determinados pasajes una muestra de lo que pudo haber sido Cervantes, y con seguridad lo fué plenamente, como cronista de guerra; con su agudeza, memoria y talento, el testigo de Lepanto tuvo que expresar en sus obras perdidas, por los ejemplos conservados de otras acciones menores (Navarino, Modón, La Goleta), un juicio de aquella "ocasión" que excede de la limitada visión de un soldado en *La Marquesa*, y para el gran periodismo que es la Historia, escribir algo grandioso bajo los atractivos nombres de esas comedias perdidas: *La gran turquesca*, *La Jerusalén* y *La batalla naval*, que constituirían la trilogía épica del *Momento sin par*; nuestra ilusión lo quiere creer así..., porque sin ellas y con las solas armas del Caballero Manchego, marcha desde hace cuatro siglos hacia la INMORTALIDAD.

El Quijote en la pintura moderna española. Cuadro de Benedito

HEMEROTECA
BFM Cardenal Cisneros

La Novela que no escribio Cervantes

Por TOMÁS BORRÁS.

I

YA se daba a ver Esquivias, los alegres rojobarros de las tejas, los filos de los bardones corralizos untados de clara de sol invernal, sol membrillo que se desleía en marea de nubes; el campo pasmado de muerte, húmedo de la lluvia de aquella tarde, sordo de silencio; vides en esqueleto desnudadas de la lujuria pampanosa; olivos en procesiones rectas, humildes y doctrinos; allá, tierra tendida, aterronada y barbecha, tiritando de desamparo; en el aire frío, no los infantiles gritos de las cogujadas o totovías, ni de pájaros azorragos y terreros, sino el croaj de los grajos de luto, unidos en compañías cerradas contra el párpado adormecido del horizonte.

El hidalgo, en posta de carromato, envuelto en su capeja negra que tiraba a parda, tenía el cántaro y el jarrillo a la mano, y en los vaivenes se le derramaba al beber: hilos de aguaplata entremezclándose a los hilos de plata de la barba. Su mirar hurgaba entre el adusto caserío de adobe con afeites de cal, y la orla de las puertas y ventanas de almagre; casas ellas menores (de entrar abajada la cabeza), con cillas y graneros, trascorrales, cuadras y porquerizas; algún edificio noble de dos pisos, balcón y escudo, las señoreaba.

Si el rostro del hidalgo descaecido en mal color y rechupado por las barbas era macilento y triste, en los ojuelos burlones aún brincaban chispeos alegres y de travesura. Mas era invierno en el hidalgo, como en el paisaje. Esquivias, destacándose ante las masas de nube que se fundían en acero cárdeno de atardecer, parecíase desierto; mas, si el ojuelo présbite no le mentía, el hidalgo avizoraba al comedio del lugarón, en la calle principal anchurosa, tal figura de dama que se estaba quietamente esperando del lejano camino; y el esperado era él, mediohidalgo y sotacaballero, que hacía la jornada en carro a falta de coche, buen tema para una letrilla. El maldito maldiciente de Góngora se la hubiera disparado, y le parecía sentirla: "Tal prestancia de tuteo—vino a parar en voseo—de camín.—¡Poco hay de ruin a rocín!" Que siempre le dieron vaya a su presunta hidalguía y nunca vistas ejecutorias, refregándole por la cara que no era sino retoño de un sacaemplastos y meteayudas, y soldado churrullero hi de ruin, para abajar sus humos y copetes de caballero de suposición. El hidalgo, que sus enemigos pelaban dejándole en puro algo, suspiró bajo la capa raída, dándole un tiento al agua fresca.

El carromatero cantaba, un pie tras otro, la seguidilla o gañanada manchega, de la niña que se fué a Sevilla a pierna desnuda y volvió, eso le sucedía por hermosa, con traje de telas de reluz y delantal de lujo: "Y ahora,—porque se le ha rompido,—la niña llora..."

II

Oyéronse ires y venires dentro de la casa pulida y relimpia, aunque no subieron a sonajas de alborozo. La dama acercóse a la carroza de mula con asno de encuarte y le dió la mano al viejo medio manco, desembozado, con un "Bésoos las manos, mi señora doña Catalina" cumplidor. Después, a hurto de la voluntad de ella, que le huían sus rubores, le tomó de la cintura y depositó en las mejillas de su mujer sendos besos de labios secos y barbas mojadas. A la puerta asomóse un cura orondo y redondo que al ver a su cuñado torció la vista; y empinándose detrás del cura, aparecía el rostro pícaro de una mencigüela, dueña, doncella, criada, malcriada, repostera y espolique: el paratodo de la casa.

Hiciéronse saludos y diéronse plácemes de bienvenida, y traspuesto el zaguán, sosegaron la conversación en el estrado; que doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano usaba de él, y arrellanóse en los almohadones del suelo, a lo morisco. Su esposo, Miguel de Cervantes Saavedra, quedóse en pie, a lo galán. El cura empujó a la curiosa lavaplatos, y ambos salieron con un "¡El azotacalles!" del clérigo, y otro responso de la mencigüela: "¡Pux, pux, del señor, que llega bien espiritado!"

Veía doña Catalina lo acabada y rendida que estaba la fortaleza de aquel cuerpo, curvándose a la tierra más por falta de savia que por la pesadumbre de hombros que siempre tuvo, desgallardía de nacimiento; y veía las piernas flacas y las manos ahiladas (marfiles amarillos), y el alongamiento también del rostro, en el que vivían, niños y sutiles, los ojos, asomándose el ánima jovial. ¡Cómo había minado la enfermedad de la hidropesía a su marido! La sed de la boca era como la gula de vivir de los ojos muchachos: insaciable.

Y el esposo a la esposa la miraba en su declinación de oros otoñales con vislumbres canosos, pacata y hosca; la figura desvanecida antaño en el rincón de su recuerdo, cobraba cuerpo y bulto, estándose ante él, leyéndole su ruina, replegada, asustada de la melancólica aparición; las facciones vulgares, el talle sin gracias. Cerrando los párpados, Cervantes encerróse en sí mismo para mirar y ver en el espejo de la memoria. (¿Dónde estarás, aquella Ana Franca, comedianta alegre, flor de bocasonrisa, música de parlar donaires, jácara viva, sal de los besos?) Al alzar las pestañas, los ojilindos de Cervantes ardían con vivaz relumbre.

Doña Catalina de Palacios se está queda y callada sin acertar cómo dar dulzura y giro amoroso al coloquio. ¡Aquel figura de estantigua es el soldado, aventurero, cautivo, poeta y viajador de antaño, derecho como una vira, no obstante sus espaldas en cuesta, el que aceptó por esposo porque le vió desgraciado, y si tenía un brazo con lisiaduras y en el pecho otras dos heridas, se consumía entusiasmo y fiebre heroica de Lepanto, y estaba dispuesto al mundo, y era el famoso alegre!...

Tartamudea el marido una súplica:

—¡Si me... me hicieseis merced de un vidrio de a...gua!

En obediencia, doña Catalina se levanta con alguna torpeza de miembros y procura para su dueño el vidrio y un búcaro.

III

Cada tarde después de la siesta se salía el hidalgo a pasearse por las haldefueras de Esquivias hasta dar y encontrar con su amigo el arroyo, bodega de su hidropesía. La crudeza y asperidad del terreno de Esquivias, mezclado de tierras migosas de pan llevar, viñas y majuelos a marco real, se apagaba en la tristeza desnuda del invierno: vidueñas secas junto a cuadros trigales que aún no brotaban y moteado de plantones encenizados, rasero de aire de navaja; nacer del día con luz líquida y lenta, ocaso de desfallecer inacabable. Y eran apagadas y moderadas asimismo las gentes de la toledana Esquivias, museo de vulgares copias: ciertos caballeros de luto, rosario en mano; clérigos de olla; pícaros trashumantes; recuas de carreros; pobres pelgares; labradores consumidos; mozas agrillas y menudas a lo melocotón; pegujaleros de ovejas y artesanos laboriosos, cintura fina y cuero cordobán la piel; todos de poca habla, y la habla entremetida en sabidurías desengañadas de refranes.

Allí rememora Cervantes, frente a los cerros de alcaén y oyéndole sus confidencias a la fuente y arroyo de Ombidales, la variedad de la vida que corre tumultuosa por los pulsos del mundo, y que él, poeta y soldado, ha conocido y resaboreado en su azacaneo: Italia, Grecia, Argel y La Goleta, Sevilla, la Corte de Valladolid y Madrid, Portugal... España es señoril, entonada, heroica; su humor ascético la impide darse a la *vita buona*. ¡Qué diferencia el vivir apartado, penitente y severo de la España de Felipe, y la vida libre de Italia, gozadora y ruidosa! ¡Qué encontrada la galantería retórica, la devota afición, la ceremoniosa reserva, la altiva y desdeñosa dignidad de estas damas, con la ternura fácil y el sentimental lirismo de las de la jugosa Lisboa! Con saudades de las orillas lusitanas, con ansias de Nápoles, al que se ha prometido volver para estarse y entregarse a su oleaje y marea humana, Cervantes sigue curso de días en Esquivias sin sorpresas, lisos; iguales entre sí, idos y venideros, pues los que anuncian son los mismos pasados. Esquivias es sepultura al aire libre para las almas arrastradas por la imaginación en cetrería. Y la tierra somera renunciadora de Esquivias se levanta en carne de doña Catalina de Palacios, que lee y medita las "Horas de Nuestra Señora"; mujer digna y estéril, tierra de Esquivias, con verdor encanijado en ascetismo, tal que sus olivos y cepas, que no se hinchan de jugo por voluptuosidad gozadora, sino por cumplimiento del deber de dar fruto, aunque en las entrañas de la esposa no se hizo estío de cosecha.

Cervantes le agradece su parvo amor y su resignación casta. El amor en la dama es precepto, y sus besos, níspero insípido. ¡Doña Catalina, recatada, timorata, piadosa! Tomóle por bendición sagrada y firmas de escrituras para tener señor a quien honrar y obedecer, y por consejos familiares, no por empuje de la sangre ni locura del albedrío. Pronto la disgustó la afición a los cómicos de aquel ahidalgado, sus arranques de poeta, su expectación de lo raro, inesperado y maravilloso, su inclinación a los modos italianos de disfrutar golosamente de la golosina de esta vida y a los modos de elegante dejadez de los lusitanos sintiendo la vida en lírica añoranza después de su paso amable.

A solas en el anchuroso y despoblado campo invernizo con plomo de nubes oprimiéndole, Cervantes paladea el gusto de la secreta y deleitosa figura femenil y se repite: "¡Oh Ana Francisca, remate de los desmayos de égloga de Portugal; oh fresca lozanía rebosante!" Siquiera le dejó una niñita, Isabel, que ya es señora y dueña de hogar honrado; aunque otra punzada le hiere al recordar sus desavenencias con la hija; y más le hiere el dolor de sus hermanos muertos: ¡su doña Andrea, la de ingenio pronto y valor de corazón para afrontar, riendo, la adversa fortuna!

Alrededor del hidalgo no hay sino desamor y frío. La doña Catalina que casó con él, no casa con su gallardía para las determinaciones, ni con sus ansias de vivir vida y aun vidas intensas, ni con su espíritu perenne que relumbra como espada nueva en puño joven. A Miguel de Cervantes, adolecido, ante lo pardo y verdesombra de la llanura, barbecho cereal, olivo cigarral, cristianos resignados, le sigue doliendo la dualidad, el tremendo dilema en que siempre se opusieron sus íntimos caminos, que ésa es la chirinola de su historia: o doña Catalina de Salazar, idénticos momentos contados tediosamente en reloj de arena, o Ana Franca y las Anas Franciscas de su aventura venturosa en la Europa y en el Africa, rayos de fuego irrumpiendo en su corazón, y calentándole, alentándole y alegrándole. Mas ya la vejez ha puesto contestación a la pregunta que tantas veces se dirigió en sus cortas visitas a Esquivias. Ya no hay ocasión de elegir entre el resignarse somero, oscuro e inútil junto a doña Catalina sin fruto, o la diversa y gozosa existencia junto a la Ana Franca de cada año, quizá fecunda, de seguro novelesca.

Un como sollozo remata las meditaciones del escritor soldado. La sed le aprieta, el corazón se le desboca, los meses son cortos y la nieve empieza a acaer sobre su desencanto. Bastantemente sufrió al atreverse a cruzar lindes prohibidas. Imposible es Ana Franca o cualquiera de sus hermanas de natural amante para la voluntad bien regida; imposible apasionar a doña Catalina; imposible de soportar el aldeón yerto y su mediano pasar que es antemorir; imposible gozar la teatrada de ciudad en ciudad, que las fuerzas no lo consienten... Ni amor, ni vida, ya: dos imposibles. La vida de ahora es de estrecheces, soledad, renuncia y fracaso; y él la soñó, y la sueña, y procuró, alta, ardiente, gloriosa; y aún su buen ánimo natural, no envejecido, espera del vivir la inmortalidad de la fama como escritor, si se le negó la señera vida como tal hombre. Dícese a sí mismo que de Lepanto a Esquivias, de doña Ana a doña Catalina, el camino fué como la pendiente del gollizo por donde rueda el arroyo Ombidales, derrumbadero. Allí está él, caído y derrotado. Adiós el premio y banda de capitán, que se los hurtó Arnaute Mamí; adiós la fama y reverencias del mundo, en que le suplantó Lope; adiós la galantería y alegre cortesanía de Nápoles, que le robó Argensola; adiós también al amor de Ana Franca, que le sustrajo Alonso Rodríguez.

Ennochecido el ánimo, bajo luna tras cendales que fisga y hurta el ojo, callados los grajos, serenadas en paz las tierras, Cervantes camina dirigiéndose al cobijo de hogar que no es suyo y de una esposa que no es más suya, sino por indiferencia y precepto. El gozque de la casa le sigue la rutina con pereza.

IV

Estaban a manteles levantados, después de las masitas en figuras, a las que ayudó a pasar el vino de Esquivias, vino ni tan dulce ni tan áspero. Cervantes arrimó a sí el jarro de Talavera con la frescanza, remedio de su sed. A la empanada de conejo y la estofada perdiz le habían hecho solemnes honores al recibirlas sus seis dientes; con grandes salvas al esquivias, por el color y el sabor cardenal de los mostos. Enfrente de él se miraba el coranvobis del cura, y a su derecha la esposa, la de voz y movimientos pautados en compás de digna mesura. El velón les pintaba sus oros amarillos o les corría manos de sombra por las faces.

—De lo que nos decís—dijo el clérigo, ya en tabla rasa—vemos que aún no habéis perdido del todo las esperanzas. Vuesa merced, a saliros con la suya, que no ha sido por de juro la de doña Catalina: poeta dijisteis, y a escriborrear se ha dicho, aunque vengan hambres en plaga y padecimientos en pedrisco. ¡Buena gálima la de vuestras historias y comedias! Eso se llamó en vuesa merced dejar por lo dudoso lo cierto, y no me calificaréis de ensañado.

—Es vuestra cancamurria, mi señor don Francisco, bordoncillo y sonsonete que ya es por demás sufrirle—le respondió Cervantes con una punta de cólera que enganchaba más su lengua en tartumudeo—. De mí no se puede decir nada manchoso. Verdad es que por la mayor parte grande es la miseria de los poetas, y yo no he sido excepción; pero no puede ser negro más que sus alas el cuervo, como sentencia mi Urdemalas. O sea, que en cualquiera ocupación o empleo me hubiera perseguido la misma adversa estrella y negádoseme el hado favorable; que yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terreno de donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna.

—¿Pues teníais más sino estaros con sosiego en vuestra casa, amar a vuestra mujer, cuidar de vuestra hacienda y daros buen tiempo con tan venturosos regalos, voto a nuestra patrona Santa Bárbara, ella me perdone?

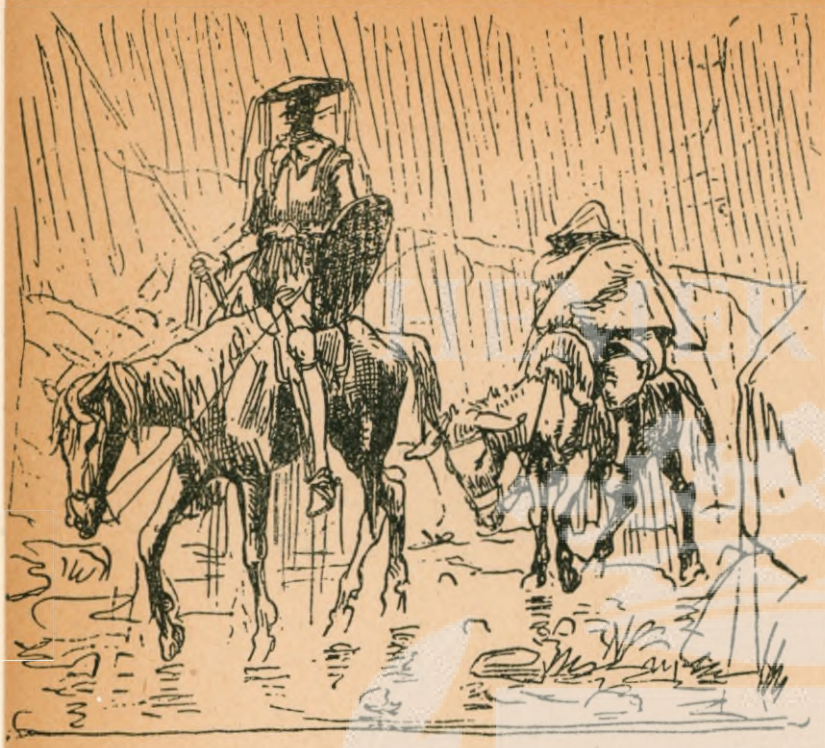
—El camino agudece y son preferibles los tartaleos de la fortuna a sestear en la quietud como cordero modorro. Ventura la halla el que se muda, y preferible es percancear por las anchurosas anchuras del hermoso mundo y verle, admirarle y gozarle con sólo un bodigo de pan por todos bienes, y aun descalzo, que estrecharse y amortecerse en hábitos de mediohidalgo de aldea, rapaterrones; mejor ensanchar el cuajo que engurruñirse. Yo, señor don Francisco, tuve ánimo de verlo y saberlo todo, corazón resoluto y corta suerte. Lo que yo puse en el envite era lo mejor, y si me ha fallado el destino la primera baza, aún espero el desquite de la vida, y a la postre su recompensa por amante y leal, que es ganar a dos manos.

—Vuesa merced, señor don Miguel, es amigo de la nómada vida del campar, de la diablesca y vivir rufo con representantes, soldadesca y gentualla de cárcel y briba, y el creeros otro Lope os tiene levantada la mollera, cuando tan sólo dos autores, Pedro de Morales y Tomás Gutiérrez, os tomaron y cultivaron los frutos de vuestra vida franca; quizá por aquello de franca, y yo me entiendo.

—Y yo también os entiendo, seor hermano—terció la hasta entonces silenciosa doña Catalina—, y te pido que no vuelvas el agua pasada a molino que ya no muele, como suele decirse. Yo soy contenta de doña Isabel de Saavedra, mi ahijada, y de esto no se hable; con más que somos abuelos.

Anublado el sereno rostro y descaecida la sonrisa, que con sólo su sereno sonreír paraba y desarmaba los asaltos de su cuñado, Cervantes se alzó a besar la mano morena de la

Dibujo del Coronel Eduardo Lagarde.



esposa, la cual le miró con enfado afectuoso o amorosa ojeriza, y aun le dió lástima del derrotado viejo.

—Te digo, Catalina mía, que entre mis muchas macas no está la de ser ingrato. Yo sé que hiciste...

—Hice lo que debía, como buena cristiana y esposa que os guardó el decoro. Casé contigo, y veinte años me pasé en Esquivias sin saber más de ti que andabas divertido y a tus anchas por la vida tunesca que te ilusiona, desde que de mí te desgarraste. Y sabe que si el banquete fué para ti hartazgo, a mí no me dejaste más que migajas y caspicias. Pero yo soy señora y enseñada en la religión del decoro, y he cumplido mis deberes para con Dios y para contigo, y también lo que pide la condición noble.

—Salvo de mi hermana doña Andrea, que Dios haya, ¿de quién he sido amado? Digo mejor, ¿de quién he sido comprendido? Pues en la verdad de mis sentimientos y en la entraña de mis deseos considero que amar es entender, y que si hubieses sabido, Catalina, cuántos tesoros de elevados y nunca oídos y sublimes pensamientos encerraba mi imaginación, pidiendo ser puestos en obras, hubieses creído en mí, amándome al conocer los subidos quilates de mi mérito. No te asomaste al pozo claro de mi alma, y te repugnaron mis ensueños. De este principio se derivó el mal. Mas no te lo reprocho, y no por ello dejo de agradecerte tu amistad.

—Esos pensamientos pudiste poner en pliegos y aun formar con los pliegos una torre, acudiendo a la vez al reparo de tu casa y esposa; que con tu diligencia llegaras en la Corte a señor, a más de poeta, como tantos que lucen y con escribir llenan sólo los ocios.

—Yo no sirvo para la Corte, que, como mi licenciado Vidriera, no soy bueno para los palacios, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear, y tampoco para zamparme en una covachuela y ser de los comepapeles y gusanos de oficina. Sería no nada y menos que nada la vida sin un punto de locura.

—Acójome a la locura, que es el sagrado—voceó don Francisco—, y con decir tal sinrazón, pata. ¿Yo abandoné a mi mujer, yo desdeñé mi casa, yo rompí con el honor, yo estuve en la cárcel, yo me veo empapelado y entre corchetes, yo he lucido amantes, yo soy un pobrete? Sepan vuestras mercedes que es por poesía. Y pues se me dió en mérito un grano de locura, me está permitido convertirle en montaña de disparates.

—De los cuales tan solamente vuesa merced tuvo provecho—le replicó Cervantes con bríos de mozo—, que cuanto era herencia entre hermanos, más la dote de mi esposa, lo mismo majuelos que casa, muebles o ropas y cédulas de débitos, todo lo han engarrafado vuestras uñas, al socaire de mi ausencia. Con lo que deberíais estarnos agradecido a mí y a mis locuras, excelentes para vuesa merced; que pocas o ninguna vez se cumple la ambición si no es a costa de tercero, y a mí me habéis desnudado.

—¡Precaución ha sido poner a salvo de vuestro desorden la hacienda de mi hermana, manirroto tanto como manigafo! Sin mi desvelo para salvar los bienes de doña Catalina estaría ella echada al sendero, con vuesa merced, a pedir por las ánimas. Así vuesa merced sólo se ha dañado con las que llamáis locuras de vuestro vivir, vistiendo vuestras acciones con vocablos decentes. Vagamungos, y musarañero, y pícaro lo sois so capa de poeta.

Quedóse absorto Cervantes, sin atender a los insultos, representándósele las juveniles locuras y lindas sorpresas de sus colmados días. Aquel recordar era su único tesoro.

—Los poetas, lo dice Platón, somos los intérpretes de los dioses—opuso con mirar errátil.

—Buen poeta sois pesial mismísimo Apolo—le picó el cura, más y más amohinado desde que Cervantes le descubriera sus rapiñas—, que añadís a vuestra carencia de quilates subidos la hiel de vuestra inquina al mundo porque no os reverencia. ¿O creéis que yo no sé leer lo que va por debajo de lo impreso? Vos, a lo hipócrita, encubierto en las apariencias de la retórica, no hacéis sino morder, roer y reducir a polvo, como la polilla. Con predicar el abatimiento de los soberbios y el ensalzamiento de los humildes, urináis la Monarquía, minándola, pues infundís descontento al empobrido y alarma y odio defensivo al poderoso. Con mañas y veladuras de disparate quijotil, y en otras obras, los enfrentáis para que mutuamente se hieran y destruyan. Y no hay oficio ni ocupación que no debeléis con mordaces críticas, compuestas con ferocidad impiadosa, aunque os salís con el subterfugio de salvar a los oficiales buenos entre tanta canalla digna de bancos de galera. Grandes señores, ministros, religiosos, alguaciles, escribanos, capitanes, venteros, duques, estudiantes, viejos, dueñas, doncellas, cuadrilleros, artesanos, labradores, ¿a quién no alcanza vuestro látigo? Eso sí, con sorna, fingiendo que son elogios y encarecimientos los escozores; tal las ortigas, que rozan y hasta que pasa un tanto de tiempo no mortifican. ¿Y vuestra desvergüenza al pintar tan a lo crudo operaciones del estómago o liviandades que no quiero decir, y ahí está *El viejo celoso?* Pues sois piedra de escándalo. Y ya no hay más, sino vuestra disimulada burla de la Iglesia, que me dais en la nariz por lo menos a tufo de erasmista. De todo ello recogéis el estar solitario, sin amigos y rodeado de enemigos; pues no se sufre vuestro maldecir e intención solapada ni la constante acerbidad de vuestra palabra y de vuestra pluma; aunque dañáis más al género humano con la pluma, pues hacéis reír a vuestros leyenderos y leyentes con los visajes de quien asesináis; burlas las vuestras, digo, emponzoñadas.

Estúvose el cura un momento callado por ver si le respondían a tan larga y furiosa arenga. Y como doña Catalina, inclinada la vista a la tristeza de mirar sus posadas manos, por disimular, no diera señales de tomar partido, y Cervantes limpiara sus antiparras con tranquilo desprecio de don Francisco, éste se levantó y fuése a su cámara concomiéndose:

—Pensóse don Simeque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dío, contrecho soy de un lado...

V

Asustada y pesarosa quedó doña Catalina de la rota de su sosiego después de aquel desafío, más que torneo con arma de palabras. Ambos, hermano y marido, tenían cada cual razón en sus razones, anuncio de mal componer! y era ella víctima del uno y del otro, resignada a tragar pan acedo de por vida, que tal fué la voluntad del Altísimo.

—Disgustoso cerró el día—la habló, halaguero, Cervantes—, mas tengo la esperanza...

—De ella vives—lánguida y suspirona le respondió la dama—, y en mi conciencia te digo que más que de la esperanza deberías mantenerte de la duda.

—La duda es una con la esperanza, pues sin esperanza ella no es duda, que es certeza. Mira, esposa mía, que yo estoy semidifunto, y es bueno a los ojos de Dios que nos despidamos en paz del largo camino. Camino es el vivir, y yo al camino he amado, por el cual pasan todas las figuras y alegorías de los humanos seres. Ahora estoy, mi Catalina, con más lozana invención, en la que siempre fuí fertilísimo y agudo, y con tanta facilidad de pluma que no la puedo detener; a más de la experiencia en estos estudios en que soy doctor: la asignatura del mundo. Ahora es cuando voy a dar cosecha próvida y que admire a los que me zahieren y motejan de basto y bueno sólo para pajes y gente de mollera y gusto rústicos. Ya sabes el sonado suceso de mi *Don Quijote:* las comedias y entremeses he logrado imprimir, no todas, que conservo para el tablado las dos mejores, una de las cuales, *El engaño a los ojos*, no se la cedo a Lope. Y no acabo en las hojas de fuera, que falta el cogollo. Sabe que tengo tres manuscritos que son mi canto de cisne; que yo, como el cisne, subo mi arte a semidivino a la presencia de la muerte. Y son esas obras, botadas a la fama, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que mal año para el *Quijote: Las semanas del jardín*, que oscurecerán a las *Novelas ejemplares*, género, la novela, que se me debe en España; y el *Bernardo*, en que logré las más de las excelencias que te digo. Y espero cumplir mi gusto y deber para que mi señor el conde de Lemus pueda tener ante sus ojos la segunda parte de *La Galatea*, a que es tan aficionado. La Providencia me concederá treguas para servir a tan gran señor en lo que es mi mayor deseo. ¿No adviertes cómo mi esperanza es fundada?

Con dejecillo zumbón le contestó la esposa:

—Aunque no lucré nada de tus segundas aventuras, las librescas, quizás porque tu musa es generosa demasiadamente y se da sin pedir, o porque jamás le recordaste que me convidara a refresco cuando llovía oro sobre tus renglones, no dudo de que ese *Persiles*, esas *Semanas* y ese *Bernardo*, más la nonata segunda *Galatea*, pasmen y asombren y aun te den para ruar en coche, y para que te pinten caballero de Ordenes. Mas hasta ahora escribir te tuvo encerrado en límites de vida no de poco más o menos, sino de menos en todo; plegue a Dios que la opinión se mude y mi hermano sea desmentido por tus hechos.

—Pues ¿qué más dice, o maldice?

—Que allá se van tus historias con las del montón de los olvidados.

Cervantes, apacienzado, sonrió a su amargura.

—Esposa: sabe que Apuleyo, en una fábula, convirtió a un hombre en asno, el cual volvería a su forma si comiere una rosa.

—No entiendo de habla retorcida; soy mujer castellana, de las del al pan, pan, y etcétera.

—Muchos asnos-hombres podrían ser hombres cerca de ángeles, si alimentasen su espíritu con la belleza: si comieren rosas. Tal es el sentido del apólogo.

Doña Catalina fué a un condesijo ó alhacena y sacó un candil de barro; encendióle en el velón y de seis soplidos apagó las seis mechas de éste.

—Ya es hora de que reposes la fatiga de tanto beber, Miguel, que estás con jadeo de perro en canícula. Toma tu letuario, y a la cama; mañana mañanaremos, y será lo que Arriba dispongan.

Al removerse Cervantes, rechinó el sillón.

—Bien sabes que mi afición y sueño dorado eran las armas, y más desde lo de Lepanto, dejando el escribir para diversión; ahora se me ha hecho él solo oficio, por necesidad; que si me viera mandando compañías de armas, como era mi deseo, no buscara las compañías de carátula, y tú serías señora de título. Pero el cristiano propone y el turco dispone...

Le escuchaba sin oírle doña Catalina, a pico de oreja, que era en él ese tema machaconería.

—... aunque las pensiones del conde mi señor y del señor cardenal no me dejan pasar necesidad que me ahogue, pues por el placer que tienen con mis libros me favorecen con sus dádivas, y de las sobras de su castillo se mantiene mi real. No serán, según esa muestra, mis letras tan despreciables y para poco. Yo tengo mis libros así considerados: no son manjar para todos papos, aunque para la generalidad de las gentes los escribí. Y a mi señora doña Catalina, ¿qué le parecen esas mis historias y comedias?

—No las he leído, mi señor don Miguel.

Ibale alumbrando con el candil de barro, que en la alcoba hacía la veces de lamparilla; con lo que, traspuesto el corredor, en la alcoba entraron y se acercó Miguel a un arcón barreado y, abriéndole, sacó un grueso mazo de hojas cosidas.

—Este es el *Persiles*.

Le miró acercándosele como présbite.

La mujer le preparaba el embozo, doblando la sábana sobre las pesadas frazadas; después le hizo beber la medicina. Acostóse Cervantes, y doña Catalina, arreglándole y mulléndole las almohadas, contemplábale a la penumbra del candil alentar exprimiéndosele la poca vida. Sintió íntima calidez.

—Como un niño...—rezó.

Puso un beso en la frente de Miguel, que se disponía con los anteojos a repasar el *Persiles*; salióse de la alcoba a paso quedo.

—Casamiento, cansamiento—dióse a reír el hidalgo con risa sofocada.

VI

Estaba un gran silencio con él en la espaciosa estancia, dejándole oír las voces interiores. A medias sentado, con respaldo de almohadas, el hidalgo sentía correr su sangre,

De la edición Cassirir (1931) Berlín.—Su dibujante, Walser, hace una representación infantil y prescinde deliberadamente de toda realidad.

a par de la imaginación, en busca del otro vivir siempre ansiado: Nápoles fácil y su alegría. Ya rezó sus devociones de hermano de la Venerable Orden Tercera. El rosario moteaba los pliegos del *Persiles*, las manos amarilleaban, como su barba y cabellera argentadas, la lamparilla adormecía misteriosa luz. En la pared, estampa de santo arrodillado ante la Santísima Virgen: tal Don Quijote ante Dulcinea. Arañó la puerta el gozque por entrar, y desengañado se iba.

Limpió Cervantes los anteojos, de los que Lope se burlara por ser turbios, infamándoles de "huevos estrellados". ¡Lope todo lo tenía! No pudo emularle como galán, que la tartamudez era tara con las mujeres; ni emularle junto a los grandes señores por altivo, pues él, Cervantes, era incapaz de doblar la raspa y de celestineos. ¡Extraña vida de saberse capaz y poseer un campo rico, arar y sembrar perlas y no coger más que guijarros! Siempre a sombra de tejado, corrido y maltrecho, aunque su fuerza espiritual pudiera torcer el eje del mundo.

A nadie compungía su dolor; en su genio nadie creía. Flojo y desmazalado, el corazón batiéndole, era soldado caído en el asalto, que peleó bien y escucha en su instante postrero tambor de triunfo para los camaradas. Se había desahogado escribiendo sus quejas, amarguras y humillaciones, mas como se le esquivó la vida, le rehuía la gloria. Cumplió, ya había cumplido existir de personaje de acompañamiento en la comedia, el cual habla su parte y se despoja tras de la estera de peluca y galas, y nadie jamás recordará ni su dicho ni su rostro, reservada al héroe la inmortalidad del perpetuo aplauso. Y aun todas las cosas pasan (él lo había escrito tal vez), las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados...

Por distraer la corma y peso moral que le afligía, abrió a capricho el limado y acariciado *Persiles*, y dificultosamente leyó:

"A lo que dijo Constanza:

—Luego, señor Periandro, ¿dormíais?

—Sí—respondió—, porque todos mis bienes son soñados."

Sintió Cervantes un vaguido de cabeza y dejó de leer o intentar leer, que tan cenizosa era la luz de la lamparilla, y volvió a los repasos que le escarabajeaban en el magín. ¿Estaría en lo cierto doña Catalina, su esposa? ¿No sería él, más que émulo y superante de los que tenían méritamente granjeada gran fama, soberbioso y embelecado quimerista? Con arrogancia lanzara el reto en la segunda parte de su *Quijote*, donde certificó que en Portugal, Barcelona y aun Amberes multiplicábanse las ediciones del mismo, y juró que aun se le traslucía que no habría nación donde no se tradujera. Asimismo, en prólogos, dedicatorias, *Viajes del Parnaso* y mechados en su prosa clamaba pregonando su propia valía, superior a la de los contemporáneos suyos, redundando que él podía hombrearse y hablar de tú con tú a los antiguos de más renombre.

Y la verdad, mirándola sin tapujos: entre los grandes no era ni segundón ni tercerón siquiera, sino pobre escudero que se queda en la antesala de la gloria.

De angustia sudaba; tanto era el pavor que le hacía en los mineros del alma pensando que los fieros y bravatas de sus escritos eran voces de chiquillo que espantaba miedos cantando valentías, y que sus novelas, comedias e historias eran juzgadas por el juicio general como parto de los montes. Si su vivir fué (ya se llamaba a sí mismo semidifunto) equivocado y estéril, doña Catalina, símbolo del buen sentido y de la cordura, tenía sobrados argumentos para desdeñarle como lo hacía; y la razón de su desdén se correspondía con la razón de cuantos le dieron de lado, considerándole ridículo pretendiente, sin méritos, al cetro de Apolo.

Limpióse el sudor y miró la semioscuridad, despavorido. ¿Qué era la vida? ¿Qué fué su vida? ¿Por qué tantas esperanzas y anhelo? Con el alma présaga dejóse empapar por la amargura. "No los he leído, mi señor don Miguel." Y en cuanto se muriese, "no sabemos quién fué, ni qué hizo, ese don Miguel", contestaría la Humanidad con voz de doña Catalina. Sí; se había equivocado. Pudo gozar la felicidad de la paz y de lo que Dios le concediera en Esquivias; pudo embriagarse de rebosante dicha en el ardiente Nápoles. ¿A qué buscar, sacrificando esas venturas, botín desmesurado con inacabable desdicha? La cuenta era: ni Esquivias apacible, ni Nápoles colmado, ni los Campos Elíseos.

—¡Oh, su aspiración horaciana, *non omnis moriar*, no morir del todo, revivir, vivir en su obra perennemente!... Por ella cambió la realidad halagadora. Trasudaba Cervantes agonioso, empujado todavía al acometer y a la victoria, por el corazón que redoblaba a rebato, y preso en la flacura y languidez de sus fuerzas, que le imposibilitaban acudir a la llamada heroica como otras veces.

—Quizá en las ilusiones de ese breve momento de la acción y del ataque esté la única ventura de los que aspiramos a escalar el recuesto—sentenció.

En un repente irguióse, que el mayor pecado es el de la desesperación, por ser pecado de demonios, pensaba apretando en su puño el Cristo del rosario. Si no mundificar el alma, que lo aitanero de su ímpetu, lo ferviente de su ambición, lo enérgico de su deseo de renombre se lo impedían, sí podía consolarse merced a aquel natural suyo, orientado a la ironía y a la serena templanza y equilibrio que le confirmaron era la actitud suprema sus maestros griegos. Brotó en él su lozana facultad de mirar con tolerancia, pesar con prudencia, cubrir con el donaire la úlcera.

—El diablo supo más que yo, tentándome con lo ilusorio; mas yo sé un punto más que el diablo, porque sé sonreír —exclamó, oyéndose satisfecho.

Suave y confortativa emoción emperezó sus maquinaciones, calmándolas. Cerró los cansados ojos. El silencio le anegaba en su estanque quieto; alguna alegre memoria acariciaba sus labios sonriéndoselos, confortándole. Así le salteó un sueño profundísimo.

Dibujo del Coronel Lagarde.

VII

Oyó que gritaba una voz conocida: "¡Don Miguel! ¡Don Miguel!", y al abrirse la puerta, la doncellita de negro, condecorada con la Gran Diadema Blanca y la Banda del Delantal Blanco, dejó paso al señor Montesinos y cerró.

—¡Vamos, vamos, despabile!

Se acercaba alegremente a su lecho el señor Montesinos, mirándose en la articulación de la mano la ruedecilla de la Fortuna regida por el Tiempo.

—¡Son las ocho!

Lo dijo con alegría de jardín, en el que entra el sol como si llegar a las ocho fuera tomarse una caña en el mismísimo escudo de Sevilla.

Cervantes abrió los ojos y vió su cuadrilátero de hotel en uniforme de cama, armario, mesilla, butaquita y percha; y al fondo, el cuarto de baño todo níquel, porcelana y cristal, con la serpiente de la calefacción domesticada y arrollada en dócil simetría por el faquir del hotel.

—Levántese usted. Mientras se viste, le leeré el programa.

Montesinos, tan viejo, pero recortada su barba canísima, que la primera vez que le vió en la cueva le pasaba de la cintura; tampoco tenía el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia de entonces, ni hablaba en puntuado tono de discurso. En la solapa del traje claro un estallido de pétalos de clavel; sus zapatos charolaban los reflejos del día.

—Verá usted qué ajetreo: "A las diez, desfile de los niños de las escuelas ante la estatua del Príncipe de los Ingenios, en el Retiro. A las once, inauguración de la Exposición Cervantina en la Biblioteca Nacional. A las doce, solemne sesión en la Real Academia Española, seguida de recepción de los representantes de todas las Academias de Habla Cervantina en el mundo. A la una, banquete en Palacio a los poetas y literatos universales premiados en el concurso para conmemorar el 350 aniversario de la muerte del Manco Inmortal. Sigue lectura de un capítulo del "Quijote", a las dos, en cuarteles, asilos, navíos, institutos, universidades y talleres. A las tres, la Mujer hará ofrendas a Dulcinea en la capital de cada nación. Inmediatamente, la Aviación trazará en el cielo la palabra CERVANTES con cien escuadrillas de caza. A las cinco, manteamiento en Argamasilla de un pelele representativo de Avellaneda, acto retransmitido por televisión. A las seis, reverencia a Sancho Panza por todos los cocineros de Madrid, con desfile de carrozas alusivas a las bodas de Camacho, detrás del actor que simbolice a Sancho Panza, el cual irá montado en su borrico. A las siete, salve en la Catedral por el alma de Cervantes y sermón panegírico. A las ocho, reproducción de la batalla de Lepanto en aguas de Alicante. A las nueve, liberación de presos en memoria del cautiverio de Argel y del capítulo de los galeotes. A las diez, representación de un arreglo de "El Curioso impertinente", en el teatro Español. A las once, gran retreta en todos los pueblos de Hispanoamérica; rondallas, academias y justas en honor, respectivamente, de Altisidora, Marcela y Dorotea. A las doce, torneo de cervantistas, unos contra otros, a la usanza del siglo XVII, y encamisada de la Pedantería Cervantesca."

Esto lo leía Montesinos en uno de los grandes espejos que se abren y retratan el espectáculo del día pasado y anuncian el espectáculo del día por venir, en un periódico.

Cervantes, medio erguido sobre un codo, protestó:

—¿Y por qué festejan tan sólo el "Quijote"? Aunque usted figure en él, amigo Montesinos, sabe que no es mi mejor obra.

—A usted le ha perjudicado mucho escribir el "Quijote". En cuanto se inserta la opinión mostrenca en el carril de la rutina, no se puede dar marcha atrás.

—Pero el "Persiles", el "Bernardo"..., mi Teatro...

—No se pueden lanzar discos de soles a la atmósfera y que quede uno más cercano a los hombres que los demás, porque ese sol cercano les deslumbra y los otros soles se convierten en estrellas invisibles.

—¿Y eso pasa con el "Quijote"?

—Sí. Es el que está más cerca de los iletrados, de la mayoría. Con su resplandor ígneo no deja ver la constelación de sus restantes obras, que son para minorías. Lo repito: escribir el "Quijote" le ha fastidiado a usted. Pero del mal, el menos.

La Pausa, con su cuchillo, cortó en dos la conversación.

Sonó el "¡Brr!" de Cervantes debajo de la ducha, y su pijama se desrrumbó fláccido sobre la banqueta, fantasma vacío.

Don Miguel ya estaba metido en sus cuatro tubos negros, unidos al chaqué de etiqueta.

—Demasiado bien vestido para ser invisible—le objetó Montesinos.

—No sé por qué—le sonreía Cervantes con su sonrisa de siempre, bonachona y puntiaguda— los trasgos y los endriagos no han de tener guardarropa apropiado a cada trance.

—Celebro que no haya usted perdido su celebrado humorismo.

—¿Yo? ¿Qué es humorismo?

—La manera moderna de tener miedo a reírse.

Por los pasillos del hotel los dos iban cogidos del brazo como un caballero jovial que apareciera doble.

—Dígame, Montesinos, en confianza: ¿Cuál es el misterio de su cueva? ¿Era verdad o mentira?

—Es. Mi cueva es la cuarta dimensión. Ya ve usted con qué naturalidad nos paseamos por el año 1966.

Los niños ya estaban alineados en el paseo y sobresalían de ellos los maestros como gigantones; llevaban banderitas españolas que los más chiquitines creían que eran de dulce.

Marcharon los niños entre el verde de los árboles rasgueando en el asfalto con los zapatos un risrás de rasgueo de guitarra.

En medio de la avenida, allá enfrente, un descomunal Cervantes escultórico con un infolio a cincel que era quizá el "Quijote" de la Edad de Piedra esculpido para el hombre neolítico.

La ciudad estaba embanderada con febriles brazos de colores llamando desde los mástiles al azul para que la embebiera en su mar de júbilo de cielo.

En el pecho de las mujeres y sobre el corazón de las chaquetas, minúsculos Cervantes lucían su barba, su gorguera y el aire de notario falso que tiene Cervantes en el recuerdo de las efigies.

La letra C estaba de moda, y el segundo premio era la Q, ese guarismo del alfabeto que es la O coja o el esquema del pato. ¡C, Cervantes; Q, Quijote!

La gente alborotaba al caballo flaco: "¡Ahí va Rocinante!"

El humilde asno tenía ínfulas de Cabalgadura Especial de Su Majestad desde que el Libro de los Libros, como le calificó un orador de levita, había magnificado en él a los silenciosos asnos españoles, unidos por el tozudo trabajo y el sufrimiento poético a las tareas menestrales de la patria y guías de todos sus caminos de hombre y burro.

Las telarañas de la Radio se hacían y deshacían constantemente en la atmósfera, saltarines en su red pescadora los gritos de conferenciantes y locutores, con la gran Ballena del Topicazo echando surtidores de vulgaridad entre los pececillos minúsculos.

Cervantes lo captaba todo, lo visible y lo invisible, y su amigo Montesinos le metía por cualquier parte para que se informara de su influencia en el Universo, pues Cervantes corría por las venas del Universo como su mejor sangre escarlata.

En la Biblioteca Nacional examinó las 876.425 ediciones de "El Ingenioso Hidalgo" en todos los idiomas, dialectos y ruidos conocidos.

Pintores, ilustradores y grabadores de 1.200 generaciones habían colaborado en la plástica del "Quijote" extrayendo de sus escenas todas las posibilidades de escorzos, símbolos, expresión y evocación, agotándolas. También los tipógrafos compusieron y tiraron en innumerables tamaños "Quijotes" infinitos, secundados en su afán por los delirantes, que imprimieron el "Quijote" en encaje, en vidrio, en pétalos de magnolia, o hicieron los ejemplares únicos: aquel de en cada página una sola letra o el de todo el texto en un grano de arroz.

Después de las cataratas de ediciones, vió los diluvios de obras de los Cervantinos: los que remedan, completan y vuelven a escribir el "Quijote"; los que lo ponen a la lupa, al cuentahilos y al microscopio para explicarlo y analizarlo; los que investi-

gan y sacan a relucir papelotes y documentos; los que encuentran su sentido teosófico, cabalístico, balístico, ocultista o filatélico, y los que lo redactan poniendo al revés todas sus palabras y letras de la última a la primera, y se encuentran con que la novela de Setnavrec "Etojiuqnod" es mucho mejor que la derechera.

Un apartado de la Exposición era la iconografía de Cervantes, y éste y Montesinos se reían a carcajadas al advertir que el retrato de un tío de Juan de Jáuregui pasaba por ser el auténtico de Cervantes, y que había todos los Cervantes posibles, gordos, jóvenes, tuberculosos, ceñudos, afeminados, tiesos, vejestorios, en rosbif o cara de pasa, menos el que se le pareciera.

Cervantes estaba como el maestro de geografía que tiene el planisferio delante y les da lección a los discípulos, señalándoles con imperio esto o lo otro, porque le pertenece en propiedad.

—¿No opina usted como yo—le preguntó Cervantes a Montesinos—que se ha equivocado España? ¡Proclamar héroe nacional a don Quijote, que no es más que un estafermo, en vez de buscar el símbolo racial en un ser vivo definidor de la vida histórica del país y triunfante! Fernán González, antes del "Quijote", representaba nuestro ideal; o, desde mi siglo, hubiera podido ser el Español prototipo el Gran Capitán, Hernán Cortés, Elcano o mi amadísimo don Juan de Austria. Pero encarnar un pueblo poderoso en un figurón literario, ridículo, carcomido y fracasado, no me lo explico.

Montesinos estaba en ese secreto, como en todos.

—A los españoles les gusta burlarse de sí mismos, para poder burlarse de todo. Han elehido a don Quijote para verse en él, precisamente para faltarle al respeto. Así se consideran con derecho a no respetar nada.

A Cervantes le hubiera afligido la respuesta si no estuviera en sólo tenuidad y reflejo de ánima: en eco.

Las mujeres, más prácticas, se burlaban de don Quijote, y disimuladamente se iban detrás de don Juan, el de los veinticuatro años, el que no divagaba. Ellas celebraban la fuerza de la pasión, lanza que hiende la roca y hace manar de ella los dolores y los júbilos de la vida, y miraban con sorna la estampa de don Quijote, famélico de amor, que le idealizaba y superferoliticaba porque (ésa es la verdad) no podía con el yelmo. El número del programa de las ofrendas a Dulcinea fué un fracaso; las mujeres no la llevaron más que el pésame.

—Amigo Cervantes—comentaba Montesinos—, usted mismo, con su conducta, demostró estar muy de acuerdo con la opinión de estas señoras.

—Pero el amor ideal, el amor idealizado...—empezó a decir Cervantes.

Montesinos, que era como el figurín de la más elegante revista de sastrería para vejete conquistador, sacó una bocanada perfumada de su pitillo.

—¡Eh, que le conozco! Usted ofrece la sombra de un escrúpulo huidizo por la pared, una Entelequia, y nada como contrapeso al artificio literario. En su obra hay mujeres de adorno, pero no está la Mujer. O sea que usted es un misógino y un escéptico de lo femenino; eso sí, disfrazado de superplatónico y ultrapetaquista. ¡Buen truco exaltar a la Mujer hasta un punto tan delgadísimo que la diluye! A eso le llamo yo despreciarla.

Se rió, malicioso, Cervantes.

—¡Metafísico estáis!

—Es que no amo.

No le gustó a Cervantes ver en la pantalla de la televisión el manteamiento de Avellaneda, su zoilo y plagiario.

—A mí, se lo diré en secreto, me gusta el "Quijote" de Avellaneda, aunque chocarrero y de paño burdo, porque tiene el espeso sabor de esta tierra, que yo también hube de dar a muchas de mis obras. Es "Don Quijote" escrito por Sancho.

—Siempre hizo usted buenas definiciones.

—¿Y quién fué Avellaneda? Dígamelo, Montesinos, que a su vista de lince de trasmundo no se le escapa nada.

—Avellaneda fué la Envidia.

—¡Ah! Por eso me era simpático, aunque yo le retruqué, para sacar partido de su envite, como el mejor leguleyo. Dios se lo pague a Avellaneda. Si enfurecí a la Envidia, es que mi obra resultó trascendental. Resalta mi magnitud. Ahora veo que he sido injusto con Avellaneda, válvula de escape de la Envidia, testimonio de escribano de mi categoría e influjo.

—Los comprueba usted en esta conmemoración.

El mundo era, en efecto, un carrusel alrededor de Cervantes con luces de semáforo que repetían G-E-N-I-O.

Era el nexo y conexión que unía los tiempos y los espacios, creando con un poco de barro pobre de la Mancha el ámbito a la vez real e ilusorio, pasado y futuro, desengañado y esperanzado, donde se refugiaban los anhelantes de nutrirse de lo esencial.

Hizo que Castilla la Alta, la del Aire Alto, y Castilla la Baja, la de la Baja Tarea, fuesen el principio y el fin de los periplos que recorre el hombre para descortezarse poco a poco al detenerse en cada venta del camino y llegar a la muerte hechos un poco Dios. Primum me circundesdite me, también del Espíritu.

En el último número, para desahogarse de etiquetas y empaque, celebróse la encamisada y torneo de la Erudición, esa yedra frondosa que se abraza a las creaciones, prolífera de su savia, y las ahoga.

Los eruditos, encamisados en pergamino, salieron en gran número, desbordante número, pululante número, innúmero número.

Todos llevaban gafas de vista cansada de paleografía y el memorión que les resaltaba en lobanillo. Todos tenían los dientes verdes.

El primero por cronología quiso cervantear un discurso cervantista que dejara estupefactos a los cervantófilos con su cervantonomatopeya. A las dos frases, le cortó otro erudito:

—¡Ha puesto usted mal la coma de la frase tercera izquierda!

El primero por cronología le lanzó: que él sí que había tergiversado un acento al corregir en su edición "pésome" por "pesóme", delito de lesa majestad que merecía la horca colgado de la letra F.

Terció otro y los llamó sinalefas.

Porque los eruditos se insultaban con los vocablos peores, los intolerables, los irreversibles y sin absolución.

Epilépticos por picadura de tábano, todos los eruditos sacaron sus "definitivas" y "príncipes", y salivándose el dedo con furor, volvían las hojas para mostrarse los supuestos errores y recriminarse por interpretaciones y datos no verificados en el irrecusable documento.

El erudito que descubrió que "cometa" no era falsa versión de la edición de 1793, refregaba el tomo en las narices del que afirmó, en 1824, que no era "cometa", sino "tracoma".

Callaban, sigilosos, los plagiarios de notas y reediciones, los que pusieron punto y aparte al acabarse el capítulo XX, copiándolo de Juan de la Cuesta, que ya puso ese punto y aparte, y "Crisóstomo" con ese, que también copiaron.

Alguno aludió a Luis Vélez de Guevara y a otros preclaros, y fué la de Troya.

—¡A lo suyo, que es Cervantes, y deje en paz a Vélez!

—¿Quién es usted para aludir a Calderón, que tengo en exclusiva?

—¡Lope es mi coto cerrado, ya lo sabe usted!

Porque los eruditos se apropiaban de un cadáver cada uno y no permitían que le acometiera otro gusano.

Quevedo era propiedad del erudito que se lo había adjudicado a sí mismo y ponía el grito en el cielo si algún otro eruditómano intentaba echarle el lazo.

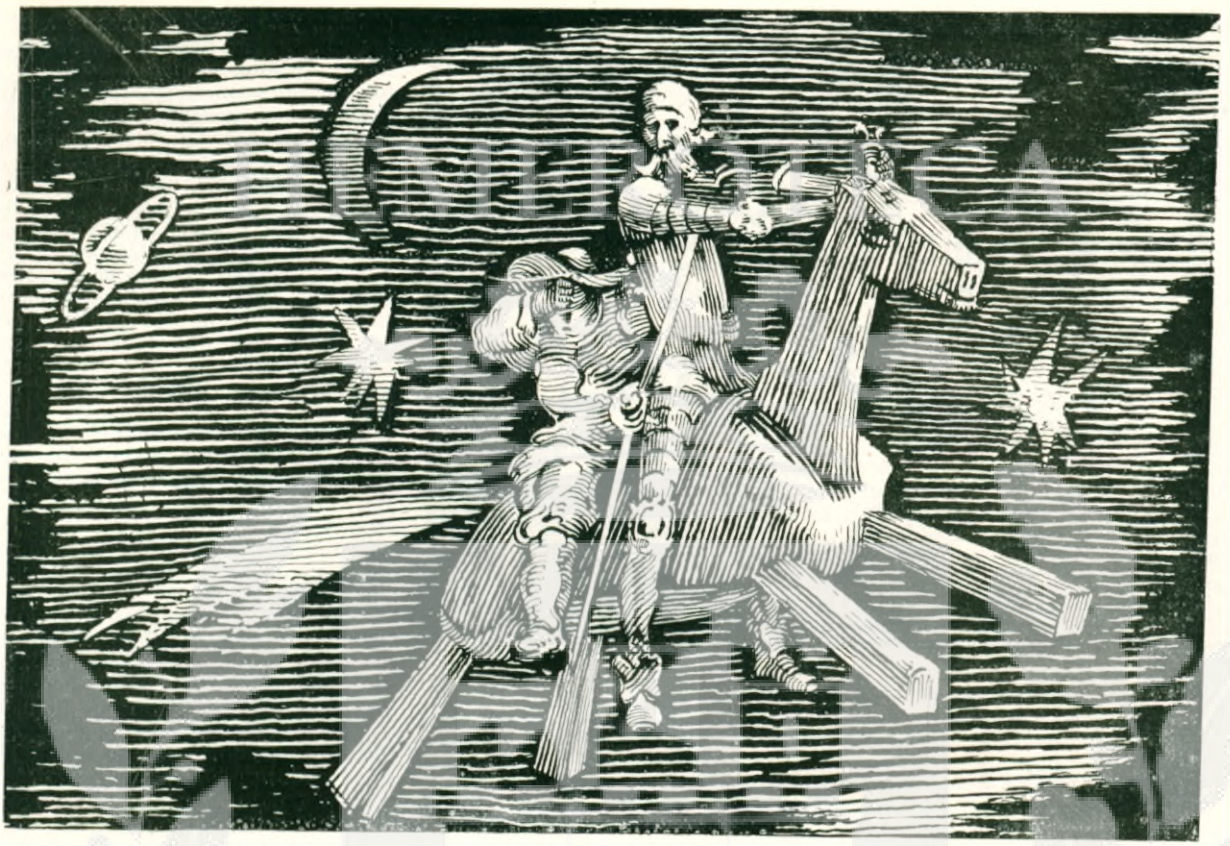
Otro exhibía en vitrina al Arcipreste; otro encerraba bajo siete llaves a Góngora; quién acaparaba a Gracián; monopolizaba esotro a Moreto; y de los otros esotros, alguno ponía muralla de exégesis alrededor de Hurtado de Mendoza... Cada ingenio, propiedad industrial y marca de fábrica.

Así, en la disputa, agarraban en allo los eruditos a su exclusivo y se pegaban de muertazos célebres hasta aplastarse.

Para hacer cesar a los eruditos en su escándalo y vituperios, les arrojaron un incunable, y todos, convertidos súbitamente en polillas, se pusieron a devorar.

Así terminó la mojiganga.

De ella recibió Cervantes sanos regocijos, harto de que le cortasen los eruditos los pelos en el aire y le descubriesen sus



Dibujo de Castro Gil.

enredos con buenas mozas, y aun de que le rectificasen a sí mismo, demostrándole que el 12 de agosto de 1598 no se había comprado jubón nuevo, cuando fué él mismo a mercárselo con sus doblones. Pero los empedernidos eruditos le refutaban "que él qué sabía de sus asuntos", más papistas que el Papa del Siglo de Oro.

Llevó Montesinos a Cervantes a las afueras por calles con letreros de neón de colores, en que vibraba en luz el apellido sacro: Cervantes. La sinfonía de la noche, repetidora de ese "leit motiv", multiplicábale en todos los escaparates, convertidos en escaparates de joyería, porque en el centro centelleaba el Libro-Joya.

Emanaba de la ciudad, viéndola desde lejos, claror, clamor resplandeciente, hoguera frenética que levantaba las manos de llama del entusiasmo. Sobre la curva de aurora boreal saltó la síntesis de la conmemoración, Clavileño, galopante de espacios, cabalgadura del hombre en asunción a lo ilimitado, alígero celeste y lunático; sobre él, don Quijote y Sancho, con fe de ojos vendados. Y detrás arremetió, elevándose en bramido, Zezenzusko, el toro ibérico de fuego, detonando centellas de pólvora viril, energía a la española, cortar viento y dominar: inseparable de Clavileño idealista, el que conduce al ilusionado al lecho de la estrella.

VIII

Era entre gallos y albores y entraba en el aposento del hidalgo su esposa, madruguera, que cumplía el precepto de oír misa cuando se levantaba el sol a par de la Forma divina; ya estaba Cervantes sentado a su mesa, escribiendo con prisas y alborozo a la miserable luz del candil. Un ¡Jesús! se le cortó a doña Catalina en la boca, del susto asombrado.

—¿Acaso te sientes peor, Miguel?

Alzó el afanado los alegres ojos, que la ancianidad y achaques respetaban aquellas dos ciertas señales de la mocedad de su espíritu.

—Nunca me sentí con más vigor que ahora, ni me tuve por tan dichoso, pues se me han dado señales ciertas que confirman mis esperanzas.

Levantóse, tomó de las manos a doña Catalina y la hizo sentar en una jamuga frontera a su sillón. Estaba Cervantes en camisa y calzas, envuelto en una frazada que sacó del lecho; el pelo alborotado; las barbas ya no taheñas, sino entreplateadas, en borrasca; los anteojos, balanceándose en la nariz; pero con tan vivaz aire de contento y tan animoso, que su regocijo y animación eran bastantes a que no se parase mientes en lo ridículo de su figura.

—¿Qué buena nueva o suceso te pone tan fuera de tino?

Hízole el marido a la esposa, mientras le comunicaba su secreto, espejeos y garatusas de galán, con mayor pasmo de la honesta dama.

—Dios es derechurero, mi señora doña Catalina, y para empezar por el final, he de decirte que acabo de borrajear ciertos apuntes debajo del título de *Dar la vida por vivir*, que son los primeros rasguños y bocetos de lo que será, si me sigue favoreciendo el favor de la Providencia, el más famoso libro, extraña historia, misteriosa filosofía, entretenida novela y, finalmente, mi obra alta, insigne, grandilocua, magnífica y verdadera, sin rival en los siglos pasados ni en los venideros.

Y al decir estas altisonantes palabras, el hidalgo besó extremadamente las manos de doña Catalina, apretándolas después contra su pecho.

—Acabáramos, que no empezáramos. Pensé que te había caído del cielo algún nombramiento, o que cualquier gran señor de los que ven en ti otro Séneca te enviaba en sonan-

De una edición española de 1733.

tes albricias los rebojos de su bolsa, por la buena noticia de cualquiera de tus romances; pero la burra se te va al trigo, como acostumbra, y con mi don Miguel no hay tus tus, y para mí bien dicen que hay un castigo al pensé qué.

—Es el caso que dormía, y al dormir soñaba—empezó su relato Cervantes sin picarse de la burla, que sus trabajos le hicieron perdonero—. Mas ¿se puede llamar sueño a la verdad? Veía la verdad en sueños, que soñar no es sino vivir de otro modo, o mejor, trasvivir. Pues trasvivía soñando, viendo en mi sueño la verdad, y lo que vi era esto: pasados años y siglos, en un tiempo lejano, del futuro, mi universal gloria y el total rendimiento de los hombres al mérito de mis escritos.

—Ta, ta; por supuesto que sí, que está en tus libros tu fortuna a manta de Dios. En ti encaja como de molde el refrán: por su mal le nacieron alas a la hormiga. ¿Y cómo eran esos siglos que vistes y no vistes?

—Extrañamente cambiados. Sabe que en las ciudades todo se hacía por máquina; habitaciones en eras, con sus asientos y personas aposentadas, corrían sobre ruedas por la superficie de las calles tanto como por los campos, y aun bajo tierra por toperas largas; había, o sea habrá, pájaros gigantes, hipogrifos de metal que vuelen con el vientre repleto de pasajeros, como ahora las carrozas; y todos esos ingenios no tenían caballos ni mulas que los arrastrasen, ni águilas que los elevasen, sino que lo hacían con la fuerza propia de su mecanismo.

—A nadie relates tus embelesamientos y arrobos; no den contigo en el hospital de Sevilla. Sólo a mí, que yo los ocultaré debajo de la halda de mi sayo, y así no me pesará oírles a los cuerdos: ¡al loco, al loco!

—Ignoras, Catalina mía, las maravillas que la mano mágica de Dios (si está bien aplicado el epíteto) solapa a nuestro mirar; tales, que entreverlas ponen el alma hecha ascua encendida. Yo vi y viví lo que intento pálidamente y en resumen comunicarte, y si fué o no fué, no ha de estar a mi cuenta, ni ha de correr por mí, o sobre ello, morena. La verdad de Dios hablo, y El me sacará verdadero. Prosigo enseñándote que en aquellos años y tiempos por venir se habla, mediante algunas otras máquinas, a distancias grandísimas, y los interlocutores se contestan con su voz natural, que traspasa mares, desiertos y todos espacios; y la luz del sol se mete en diminutas botellas, que se cuelgan en las estancias en lugar de candiles, y de noche luce la luz del sol dividida en millones de solecitos diminutos, nada más que con apretar una clavija; y si no la quieres natural, hay luces de todos los colores.

—¿Y qué más, señor zahorí?

—No acabaría la lista de cosas peregrinas y fantásticas (a nuestro alicorto parecer según la vida que llevamos), que me asombraran sobre el mismo asombro, si a la vez no las encontrase explicablemente naturales; que no se han de detener en nosotros los regalos celestes. Y no hay que poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos. Aunque tú no tienes fe en mí, ni en mis obras, ni en lo que busco ni en lo que digo; y en ello se declara el comienzo de nuestro mutuo dolor, como ya en otras ocasiones te he dicho, si bien se mira.

—Si bien se mira—se le agrió la dama—, de todos los ilusos e iludentes que he conocido, tú te llevas la palma y te coronas; que por loco, menguado y mentecato has vuelto locura inútil tu vida, y la mía, abandonado y apenado sentimiento.

Sintió Cervantes que los ojos se le arrasaban.

—¡Oh desdicha, estar cerca y tan lejos, hablarse y no comprenderse la habla, como si habláramos lenguas bárbaras y desconocidas la del uno al otro!; ¡oh la mayor desgracia y tristeza, ser intraspasables, duros y cerrados los seres que querríamos ofrecernos blandos y porosos como vaso de barro formándose en manos del alcaller, y que los vasos que quisiéramos empapar en nuestra agua de vida, también sean de pedernal sin resquicio! De lo que tú, como yo, somos ejemplo, y bien nos pesa; que por contrario modo, el corazón y el deber nos llevan el uno al otro, empujándonos, y así somos sin ser, y ni podemos aborrecernos ni confortarnos.

Levantóse con altivez doña Catalina de su jamuga, que estuvo sentada como jueza, y dió la sentencia en pie, dejando en la frente de Cervantes su beso frío, por costumbre.

—Voy a la misa, que ya toca, y tú prosigue con tus boberías y cosas de sueño, mal año para nuestros bienes, que menguaron a compás de tus imaginativas; y no te canso, que sería predicar en desierto, pues Dios te hizo sorbedor de vientos y papador de musarañas, que no comedor de cosas conservativas y sustanciales, y así seguirás hasta el suceso de pala y azadón.

—Ven aquí, mujer—se puso Cervantes a su lado—, y pensamiento malo en piedra caiga—. Teniéndola abrazada, le decía: —Yo no soy ningún echacuervos, ni caballero de mohatra, ni ese embaidor y sin seso, alma de cántaro y visionario loco entremesado de lo mismo que tú pintas, ni otro al que me empezca, sino hombre sentado y en sus cabales, discreto y agudo, que por agudo y discreto me tengo; mesurado y entendido en mi oficio, de buena condición y consejo; aunque, por el querer inexcusable de los hados, y por ser poeta, hijo de Apolo y hermano de las musas, me sucedieron y suceden cosas que van fuera de los términos ordinarios. De esta de anoche quiero que sepas que en cuanto le hable a mi amigo el librero Francisco de Robles del sujeto de mi nueva historia, esa de *Dar la vida por vivir*, que así ha de titularse, como te dije, tal sujeto es, y tan nuevo, que el librero no dejará de adelantarme dos mil reales a cuenta del privilegio, con que te obsequies en los genoveses de la calle Mayor con el más lucido brinquillo que hubiere y fue-

re de tu gusto. Así, pues, mi doña Catalina, mirándome, desarruga ese nublado ceño, y el buen día mételo en casa, pues mientras se ríe no se llora.

Le miró, en efecto, doña Catalina, sin saber si reírsele o llorársele, y se decidió por reír, aunque con risa de conejo; pues viéndole sumiso e imbele como muchachuelo, no tenía ímpetus para regañarle, y viéndole a la par empedernido y tozudo en la para ella su sinrazón, tampoco perdonarle podía. Con lo que echó por el medio, que fué desgajarse del abrazo de Miguel, extraño galanteador en frazada y alborozado vejete, y dándosele una higa de sueños, pesadillas, zarandajas y fantasmagorías de musas, apolos y años lueñes, irse santamente a su misa.

IX

Apenas sonó la puerta y se perdieron los pasos de doña Catalina por el corredor, Cervantes, con temblorosas manos, buscó en su amadísimo *Persiles* la señal:

"A lo que dijo Constanza:

—Luego, señor Periandro, ¿dormíais?

—Sí—le respondió—, porque todos mis bienes son soñados."

Arregló las hojas con garabateos de su letra gallarda y, terciándose la frazada, se puso a declamar su contento, hecho bululú de alcoba:

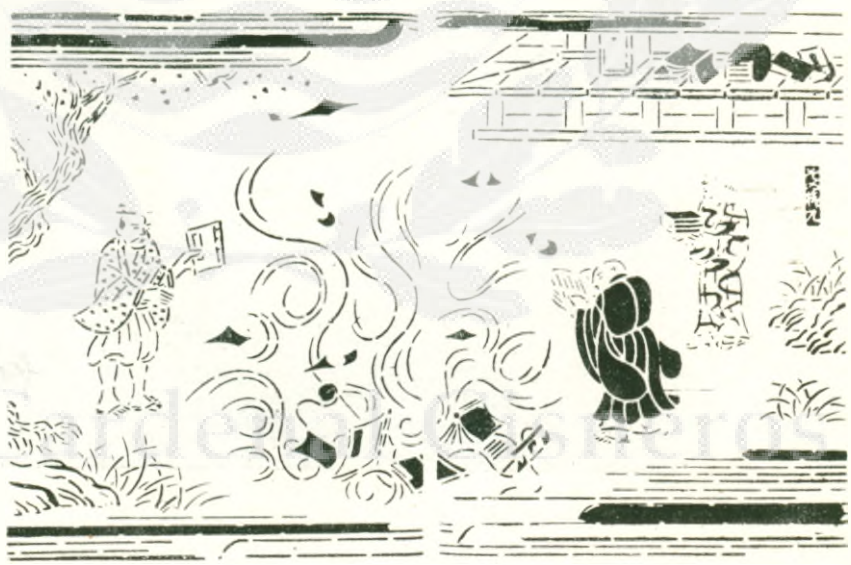
—Aquí está el secreto escondido, y la razón y el porqué tras de los cuales nos desvivimos durante el transcurso de nuestra vida por explicárnosla y arrancar el velo que la encubre; aquí, en mi verídica y asombrosa historia, que aunque mía alcanza a todos, intitulada propiamente *Dar la vida por vivir*. Yo padecí, auditorio ilustre, ese torcedor que atormenta a los nacidos cuando en su acaso declinan los postreros rayos de su luz, cayéndoles el existir tras el horizonte de la muerte: ¿qué es la vida?, ¿qué fué mi vida?, ¿con cuál objeto se nos muestra la cumbre iluminada, inaccesible? También yo, senado insigne, creí que había errado en la elección por mi albedrío y que me había perseguido sin tregua, estrechándome en inacabable desgracia la malicia de algún encantador. Entre el vivir sosegado y apartado de Esquivias, con mujer apacible y hacienda suficiente, o el peligro de los viajes y la aventura, tomé la espinosa senda y el azar de lo inesperado, y entre la vida muelle y de sentidos ahitos o el misterioso llamamiento de lo desconocido, dime también al mar proceloso y sin brújula, con navegación indecisa y forzosa arribada, a incógnitos puertos. La pobreza y aun la miseria, el cuartel, el combate y la guerra, el ferocísimo cautiverio, el hospital, la fullería del pícaro y la apicarada, los negocios, la Corte, los pueblos, las razas bárbaras, las anchas libertad e independencia, la prisión, el amorío, el teatro del universo mundo y el teatro de manta y tablado, la intriga, la dulce ternura femenil, el miedo, la lucha, la búsqueda de renombre, la envidia, las molestias serviles del pretendiente, el campamento de gitanos, el sagrado del templo, Africa, Portugal, Italia, Madrid, Sevilla, Grecia, favores y disfavores, aspereidad de montañas y elegancia de rúas, la venta de pan y vino y los recamados del palacio, el delirio de la calentura y la medicinal risa, la caricia y la herida..., por todo pasé, todo lo vi, sopesé, sufrí, gocé, gusté y encarné en mi carne y almé en mi alma; por cualesquiera estados y lugares atravesó este cuerpo asendereado y bataneado por sucesos de innúmera clase, y esta infatigada curiosidad mía de ver y de saber.

Enfadado de oírse el tartajeo, que si cómico hubiese sido otro Angulo, el malo, sentóse en su sillón frailero y prosiguió el soliloquio, meditativo:

—Cuando me creía, a lo postrero, derrotado, por enfermo, viejo y sin blanca, menos que poeta, en séquito de Lopes y Quevedos, objeto de risa para los míos, inexistente para los ajenos, y tan sólo bueno para el desprecio, se me revela la verdad: que el todo de mi vida ha sido aprendizaje. Los sucesos de ella fueron tan abundantes, completos y diversos, porque en ellos conociera la infinita variedad de estados en que hormiguea la muchedumbre de gentes, y la escala del sentir y los abundantes pensamientos, acciones y humores de los hijos de Adán y de las hijas de Eva, en sus multiplicados colores y condiciones; tal un desfile de cabalgata, en el que no faltase ni uno de los géneros del infinitamente diverso género humano. Yo di en el quid: ventura la halla el que se muda. Y fué por mi amor al camino, por donde pasan todas las maneras y alegorías de los seres de carne y hueso. Así me hice doctor en la asignatura del mundo y tengo la cátedra a mucha honra. Mi vivir fué la trama; en ella los acontecimientos de los años pusieron el bordado de tantas y tan encontradas figuras y sucesos. Me creí último en el reparto de la comedia por no intervenir en su enredo, y el autor hizo esa dejación para que, sin preocuparme yo de partes principales, las que absorben potencias y horas, hubiere tiempo de observar y anotar el derecho y el revés de la escena, sus contrastes, la ilusión de su verbo, el argumento y el encadenamiento del mismo, el cimiento y la moraleja, además del carácter de cada uno de los que salen a hacer de reyes, caballeros, menestrales, damas y desvergonzadas o villanos. De ese modo, conducido por mano hábil, iba enriqueciéndome cuando parecía empobrecerme, y si nada poseía, hacíase inagotable mi tesoro. Bendita mano, que me apartaba lo que iba a alcanzar y con ello henchir mi ambición, en el instante de agarrarlo, para que me mudase de lugar y compañeros, ganando en el trueque la ganancia de leer otro capítulo del libro vivo. De Lepanto a Esquivias no rodé por derrumbadero, que recolecté en bancales de arriba abajo la variedad de los frutos. He de alabar a Dios, que me infundió el impulso del ánimo y me azogó los pies, tanto que en parte alguna paraba y no quise desconocer ni las Indias...

Fué a su jarrillo y humedeció sus sedes hidrópicas.

—He sido alquitara que destiló en arte el vivir ardiente. El dolor es maestría y acicate, y enseña tolerancia de lo aje-



El escrutinio de la Biblioteca visto por un dibujante japonés (Kioto, 1936).

no e ironía propia. Con esa lección y mi trabajo de destilar esencias exprimidas por mi propia mano, creé mi Humanidad en espejo. ¡Gracias doy asimismo al que me enseñó que por las asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento, y que a ella no arriba quien declina, volviéndole la espalda! Y los que declinan son los del aquietarse regalados, los mimados de la suerte y boquimuelles. A otros, a otros, los reluces del triunfo, los poderes mundanales, el renombre de títulos, la riqueza, los cargos y los honores; que son esclavos de su señorear y por lucir y abastecer la tabla de la vida que gozan con excesivos manjares, humo los soberbios y olvido, a los postres, pierden el beneficio único y la única sabiduría que la vida ofrece, que es recorrerla y entenderla.

Dió una gran risada y palmeó los pliegos del *Persiles*.

—El clérigo don Francisco se ríe de mí, y yo me río de él y de su risa. Cuando lea mi nueva historia, quedará corrido y se avergonzará en secreto, que no ha de llegarse a rendirme satisfacciones, bellaco frión. *Dar la vida por vivir*, declarará su contenido a él como a todos porros, en el título. Yo cambié como moneda la ventura, la comodidad, el respeto de mis compatriotas, la riqueza, el sosiego y la salud de mi vida, y hasta las deliciosas, las sabrosísimas Anas Francas, por obrar la creación que me haga vivo aun después de muerto. La dulce espina de la vida es dar a entender lo contrario de su realidad. Yo me vi en calabozos, desdeñado, reo procesado, triste, solo, traicionado, necesitado, y era por llegar al Cervantes de mi sueño. Caído en la infelicidad cuando quise el primero subir la escala como capitán, a otros sin mérito vi empinados en las andas del aplauso. Ironía, ironía digo, que ellos pagaban su desaparición total en la tiniebla con la fugacidad de su relámpago, mientras que yo, el desconocido don nada, era cuidado en la tiniebla para no morir todo y perseverar en eterna luz. *Non omnis moriar*, consuelo mío, prudente Horacio. Vivir o desvivirse y pervivir: elija el hombre.

Tomó la pluma de blancura de nácares y perfilaba aquel *post tenebras spero lucem* de su *Quijote*.

—Será una corte de héroes el alcázar donde habitan en lujo cegador los grandes señores despreciativos del oscuro existir y la cabaña de un ermitaño... o quizá de un soldado viejo..., posada humilde en apariencia, y por dentro... Y el alcázar edificado con humo...

Levantóse, que no le consentía su exaltación el reposo, y se paseaba por la alcoba.

—Los hombres tendrán ante sí la verdad y se la deberán a mis sufrimientos y a mi instinto, que en el leño de náufrago me sostuvo sobre el pavoroso piélago, mirando la claridad de la altura... La batalla del ángel, sí, contra la sutilidad del demonio... Tal es el centro del laberinto. Es el demonio quien ofrece estados de relumbrón, y destacados y magníficos puestos, eminentes y halagadores de la vanidad; es el ángel quien encamina por las asperezas de la inmortalidad al alto asiento... Mas hay que buscar que sea corporal y de bulto, y sacado de lo común, el protagonista como el antagonista de mi *Dar la vida*, y que sus cuadros sean corrientes y molientes, aunque con su sentido... ¿O mejor le estará al sujeto el fondo vagoroso, extraño y poético de la alegoría?.....

Pensativo, gusta el agua que reclama ansiosa la sed de sus labios. Apaga el candil y abre los postigos. El sol radia suave en su rostro, dos puntos brillantes sus ojos, amarillento de piel y gesto joven.....

.....

El Toboso (Foto Valmitjana).

BPE Cardenal Belluga

CERVANTES Y EL OFICIO DE LA SANGRE

LUIS BERMUDEZ DE CASTRO, General de División, Director del Museo del Ejército.

CUMBRE la más alta de la literatura española, Miguel de Cervantes y Saavedra se enorgullece más de haber sido soldado que de ser el autor de sus obras inmortales; considera la batalla de Lepanto como la ocasión culminante de todas las batallas habidas y por haber en los tiempos pasados y venideros, no porque creyese que ninguna otra habría de igualarla, sino porque, siendo aquel excepcional combate la liberación de las civilizaciones europeas y de la Cristiandad, abatía el gran peligro de los turcos, y suponía, con razón y fe de buen cristiano, que nunca volverían a estar en mayor riesgo que entonces las naciones europeas. No podía imaginar que andando los siglos se repetiría otra ocasión semejante y peor. Poderoso y temible era el Islam; venía de Oriente a destruir los cimientos de una sociedad en que el espíritu cristiano se sobrepone al materialismo y frena con la religión los malos instintos de la raza humana. Más todavía, aquellos feroces soldados del Sultán eran creyentes; el peligro de ahora, que se acerca y se le siente llegar, nunca fué soñado por Cervantes; no podía entonces el sublime manco suponer que se diera otra mayor ocasión que la que vieron los siglos en la batalla naval dirigida por Don Juan de Austria.

En los libros y obras escénicas de los grandes escritores del Siglo de Oro palpita un sentido militar, forjado en el tiempo en que sus autores sirvieron a su Patria con las armas en la mano; los más fecundos Lope de Vega y Calderón, revelan en sus obras el fondo de un sentir adquirido en la guerra, profesan el culto al honor después del que a Dios rinden y consideran y estiman sobre todas las cosas terrenas de la vida las virtudes militares, cimentadas en la veneración, el valor personal y el puntillo de honra; pero ninguno como Cervantes estiliza, labra y adorna estas virtudes que subliman las aventuras del loco caballero de la Mancha, y ninguno las esparce tan próvidamente por todo el haz de la tierra en un libro que, como ninguno otro español ni extranjero, fué traducido a tantos idiomas y divulgado con tan extrema profusión.

No favoreció, ciertamente, la fortuna al autor del Ingenioso Hidalgo; con frecuencia los que Dios elige para dotarles de un superior espíritu van acompañados durante su vida de pobrezas, trabajos y disgustos, como si estuviesen destinados a llenar de luz los entendimientos ajenos y a no recibir la luz de la gloria hasta después de muertos; las miserias del vivir pobre les siguen como la sombra al cuerpo y, atenazados siempre por el dolor, llégales la muerte sin haber gustado jamás un momento de tranquilo bienestar.

Posiblemente sin el largo y penoso cautiverio en Argel, Lepanto para Miguel de Cervantes habría sido el principio de una carrera militar brillante, porque el creador de las "Novelas ejemplares" tenía hechura de soldado y al sentar plaza en su Tercio de Infantería no lo haría seguramente con la intención limitada de asistir a una sola batalla. ¿Qué causas le impidieron satisfacer su vocación? Porque de que la tenía muy honda no cabe dudar después de leído el discurso que en boca de Don Quijote pone acerca de las Armas y de las Letras. Tal vez percibió un germen de descomposición de los Tercios de aquella época y ésta fuese una de las desilusiones de su vida y la que después de su cautiverio en Argel le retrajo de vestir el coleto amarillo de los Tercios, si no eran otras las razones íntimas que a veces en la vida no se pueden vencer y arrastran a tomar caminos que no son del propio gusto.

No eran, en verdad, los tiempos del Rey Prudente los mismos para el Ejército que los del Emperador Carlos V, arcabucero de la primera Compañía del señor Antonio de Leyva; había muerto el Emperador, mandaban los hombres de "aldas negras y largas" y no los Maestres de Campo; los soldados, a menudo descalzos, andrajosos, sin pagas y hambrientos, tenían que recurrir a vergonzosos motines para alcanzar unas migajas de lo mucho que se les adeudaba; del tiempo de Cervantes era el desengañado Capitán Marcos de Isaba, autor del famoso libro titulado "Cuerpo enfermo de la Milicia española", y no menos desengañado aparece Cervantes en el mencionado discurso, pero no por eso se desprende de su alma la afición al oficio de las Armas, porque en ese mismo libro del "Quijote", impregnando las varias filosofías que desarrolla y las homilías del Ingenioso Hidalgo, brilla la filosofía militar que el autor siente profunda y arraigada porque es en él innata predisposición. En su diatriba sobre el estado y situación de los Tercios es el más discreto de todos los críticos de aquella situación y en las palabras elogiosas del oficio de soldado se trasluce la queja propia tanto como el dolor por los sufrimientos de sus antiguos compañeros de armas.

En el mismo instinto que le impulsa a olvidar la fiebre en el día de Lepanto para abandonar la litera en que yace y acudir a la pelea a medio armar; subiendo presuroso a la cubierta de la nave convertida en liza, se advierte su vocación militar; allí pelea cuerpo a cuerpo y dan fe de su arrojo la eterna manquedad de su destrozada mano izquierda y la herida en el pecho que él cita pocas veces porque el destrozo de la mano le trae de esta herida perpetuo recuerdo, ya que los dolores no le abandonarán a lo largo de su azarosa existencia.

En las páginas del libro inmortal estampa siempre con marcial estilo pensamientos más propios de soldado que de literato; es un soldado quien escribe, que por los puntos de la pluma va destilando la esencia

de la profesión de las armas como el agua cristalina fluye de un manantial. Cervantes, Capitán o Maestre de Campo, de empinarle la suerte a las cumbres de la Milicia, habría seguido siendo el escritor, porque en él también eran vocación las letras; pero, posiblemente, sin sentir los acucios de la necesidad, las letras habrían sido entonces algo borradas por las armas y España hubiera perdido la gloria cervantina a cambio de unos cuantos laureles más logrados en la guerra, que son los grandes Capitanes muchos más en número que los grandes escritores cuya fama llena el mundo. Cierto es que, como dice el mismo Cervantes, nunca la pluma embotó la espada ni la espada la pluma, pero es más verdadero que si no se embotan ambos instrumentos, algo se entorpecen, pues el tiempo que se tarda en combatir no puede emplearse en escrituras.

El Ejército español no ha sido ingrato con la memoria del soldado de Lepanto; otorgóle las insignias coronelas en las filas de los gloriosos mutilados por la Patria, y en el Templo de las Glorias Militares, que es el Museo, en una de las salas dedicadas a la Infantería tiene Cervantes una efigie suya, la que, en medio de las discusiones aún no resueltas sobre este punto, entiendo yo como la verdadera y auténtica. Encuadrada en damasco de su época, a modo de hornacina, y sobre la adamascada mesa que sostiene el retrato, un talaverano tintero, una espada del tiempo cervantino y un ejemplar antiguo del "Quijote" abierto por las páginas donde se contiene el famoso discurso de las Armas y las Letras; una luz a manera de lámpara votiva ilumina la figura ya envejecida, la pálida faz y el cansado busto del que puede considerarse por derecho propio Rey de la Literatura española.

El retrato—acertadísima copia del original pintado por Jáuregui, contemporáneo y amigo de Cervantes—concuerda exactamente con el que de sí mismo y con su pluma hizo el propio don Miguel al pedir públicamente que algún artista decorase con su efigie la portada de alguno de sus libros, como era uso y costumbre de los escritores del Siglo de Oro. Decía así Cervantes en el prólogo de sus "Novelas ejemplares":

"Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo), excusarme de escribir este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi "Don Quijote" que quedase con ganas de secundar con éste.

"Desto tiene la culpa algún amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado, antes con mi condición que con mi ingenio; el cual amigo bien pudiera, como es costumbre y uso, grabarme y esculpirme en la primera hoja deste libro pues le diera mi retrato el famoso D. Juan de Xáuregui, y con esto quedara mi ambición satisfecha y el deseo de algunos que querrían saber qué rostro y talle tiene quien se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo, a los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies."

Por esta descripción puede colegirse que cuando escribió Cervantes sus "Novelas ejemplares" existía ya el retrato pintado por Jáuregui, que concuerda absolutamente con los detalles y facciones de su autorretrato escrito, y como no faltan arbitrarios retratos del excelso escritor tal vez realizados con arreglo al que acabo de insertar, quiso el Museo del Ejército poseer el auténtico, pidió y obtuvo del Marqués de Casa-Torres poseedor del retrato que considero verdadero, una copia que el pintor Izquierdo ejecutó fielmente. Posee también el Museo otro retrato de Cervantes en la época de su juventud, sin que pueda asegurarse que es verdadero.

Los siglos, al pasar, van disminuyendo, en las generaciones sucesivas, el interés por conocer los rasgos fisonómicos de las grandes figuras de la antigüedad, pues lo que más les interesa es la importancia y luminosidad de la estela que dejó su genio y la influencia que ejercieron sus obras; pero cuatro centurias de año no son mucho teniendo en cuenta la futura edad del mundo para que no se experimente la justificada curiosidad de saber cómo eran talle y rostro de aquel que nos admira cada vez más con su talento. La vida de Cervantes, gracias a la laboriosidad y el acierto de muchísimos investigadores atraídos por la gigantesca figura, tiene ya pocos velos que nos impidan conocer hora por hora los infortunios del eximio escritor; pero no sucede lo mismo con su efigie, porque diversos dibujantes y pintores han producido fantásticas reproducciones, llevados más por el ansia de glorificarle que por la exactitud en el retrato; parece lo más seguro que el pintado por Jáuregui, del Marqués de Casa-Torres, sea el único verídico, y en este sentido es el aceptado por el Museo del Ejército.

Como el Ejército es el espejo de las virtudes de un país y las de don Quijote fueron virtudes esencialmente militares, no es difícil deducir que el sublime loco sigue siendo exponente del verdadero carácter español.

La universalidad del "Quijote" consiste no solamente en su arquitectura literaria, que nunca puede apreciarse en las traducciones a idiomas extranjeros, aunque las traducciones fuesen aceptables, sino porque la interpretación del libro no es ni puede ser única; cada lector da a la psicología de los personajes—y, sobre todo, a la del Hidalgo Manchego—un aspecto moral distinto, según la formación espiritual de cada lector, y su juicio y hasta su profesión; es decir, que don Quijote, visto y oído por un soldado, no puede parecerse en nada al que examina un legista o un negociante; los lectores que ríen o sonríen ante las des-

El altar dedicado a Miguel de Cervantes en el Museo del Ejército.

venturas del Desfacedor de Entuertos no comprenden el dolor que causa a las almas delicadas las burlas y las desgracias que tanto hicieron sufrir al pobre loco las gentes soeces y aun aquellas que por su alcurnia y su educación debieron no burlarse de él, sino admirarle y compadecerle, pues, al fin, el desgraciado era Caballero de un ideal de amor y de justicia. La bellaquería de que don Quijote se declaraba enemigo a muerte le rodea y acosa a lo largo de todas las páginas del libro; bellacos los venteros y, como es lógico, las mozas de partido; bellacos los yangüeses y galeotes; más bellacos que todos los duques y su doncella Altisidora; bellacos todos, si se exceptúan, por su intención buena, el Bachiller Sansón Carrasco y el Caballero del Verde Gabán, por su hospitalaria delicadeza y su hidalga cortesía.

Entiéndase que la bellaquería era figura de delito en tiempo de Cervantes, aunque no siempre se castigara, y la pena correspondiente era de galeras, o de azotes, según los daños.

¿Quiso Cervantes sentar una jurisdicción moral acerca de los muchos bellacos por el mundo esparcidos? ¿Intentó demostrar que en aquella sociedad tan cumplidora del honor eran más los bellacos que los caballeros? ¿Se propuso definir la hidalguía como norma de la vida y costumbres, o probar que en este mundo, para ser caballero entonces, era preciso estar loco, como el inigualable protagonista de la obra?

Muchas cosas encierran las aventuras del casto enamorado de doña Dulcinea del Toboso; tal vez la menos profunda sea la de combatir aquella desmedida afición a los disparatados libros de la caballería andante, que no estarían tan divulgados como ahora las novelas policíacas, tan absurdas o más que las páginas de "Amadís de Gaula"; un libro destinado expresamente a tal nimiedad no habría conseguido la mundial difusión que conserva y conservará eternamente el Ingenioso Hidalgo de la Mancha; es mucho más profundo, y sobre todo más cristiano y caballeresco, melancólico y triste, en medio de sus regocijantes episodios; la moral; ahí está la verdadera medula, ahí la razón y causa de la universalidad de "el Quijote", para cuya lectura y comprensión detenida se necesita bondad de sentimientos, pureza de alma, educación del espíritu y alguna experiencia de la vida. Cervantes, en la suya, recibió piedras, palos, olvido, ingratitudes y maldades, como todo aquel que marcha con la conciencia limpia y el corazón en la mano; su libro es un reflejo.

A los que entiendan el simbolismo del "Quijote" les darán sus capítulos mucho que pensar; aquellos que no lleguen al fondo de la obra no podrán, sin fatiga muy grande, leerla de corrido, siendo de tantísima lectura, por su desmesurado desarrollo y volumen; este obstáculo no escapó seguramente a la perspicacia del autor, aunque la dividiese en partes, como para que los lectores tuviesen un respiro. Por eso, y en descanso del pensamiento sometido a tan dura prueba de constancia, intercaló Cervantes entre los capítulos algunas novelitas cortas, como cuentos, argumentadas de amor, de celos o de otras pasiones; las cuales novelitas contienen una moraleja sencilla y casi siempre acaban bien, poniendo de relieve ocasiones generosas determinantes de felices finales, con arrepentimiento de los que no se condujeron con arreglo a la más pura moral y caballerosidad. Estos paréntesis, en algunos asistiendo de presencia el insigne trastornado mental, tienen un encanto y un candor exento de las gotas amargas que salpican todas las aventuras del Andante Caballero, la ruta del cual por los campos de España va dejando un rastro de altísimas ideas, que embellecen la enorme sátira del libro, como si su autor quisiera arrojar a voleo las semillas del bien en los caminos más trajinados por los hombres.

Sorprende y avasalla el ánimo el variado conjunto de materiales que el Manco heroico acopia, ordena y entrelaza; de los libros de caballería que le dan pretexto para escribir, la crítica de toda una Humanidad, toma los endriagos, los encantadores, los gigantes; de las realidades de la vida recoge las personas vivas, con sus defectos muchos y pocas virtudes; amasa este revoltillo imaginario y verdadero alrededor de un cerebro desequilibrado, pero angelical e infantil, y lo encarna en un jinete flaco y un rocín esquelético, tocando la perturbada cabeza con un casco de cartón o una bacía de barbero; el propósito es arreglar el mundo, limpiarlo de malandrines y follones; hacer que la ancianidad sea venerada, respetadas las doncellas, amparadas las viudas, repuestos los desposeídos, los perseguidos libertados, los indefensos defendidos; y con sucesos lógicos y naturales, demostrar que ello es tan imposible como enhebrar en una aguja de zurcir un calabrote de navío.

Nada más que el genio de Cervantes podría concretar en letra de imprenta una queja tan formidable de las injusticias del mundo; pero es una queja silenciosa, invisible y tan discreta, que apenas se nota; el mundo pasa por el tamiz del crítico sin que se libre la aristocracia, ni el pueblo ni el Ejército, ni la Justicia, ni aun aquello que quería ordenar y moralizar la briosa española Santa Teresa de Jesús, que dice el Gran Cervantes en sólo seis palabras: "Con la iglesia hemos topado, Sancho."

El instrumento con que el autor acompaña el épico romance del "Quijote" es una prosa cristalina, musical, varonil, limpia de adjetivos inútiles, directa y certera hacia el objetivo como una bala, robusta y tierna a la vez, sin lirismos sensibleros, tallada en el idioma castellano cual en una piedra de granito, y que suena como debieron sonar las trompetas de Jericó.

Si nos sirviéramos los españoles de medida para apreciar el mérito de la inmortal novela quijotesca, de las más conspicuas obras de los más notables autores extranjeros, habríamos de proclamar, en justicia, que a Cervantes no le llegó ninguno, y que a la grandeza de su "Don Quijote de la Mancha" hay que añadir la de que Cervantes era español en cuerpo y alma.

Cuadro de Moreno Carbonero: «...la del alba sería...»

EDUARDO MUNILLA GOMEZ
Comandante de Artillería.

EJEMPLARIO

A todos los comentaristas del *Quijote* les llama la atención la abundancia en dichos y refranes que, escaqueados a lo largo del libro, dan vigor a sus razonamientos, amenidad a su lectura y jugosidad a las pláticas. Son cerca de los cuatro centenares los que pueden leerse en tan ejemplar libro, siendo ligeramente más abundante en la Segunda Parte, pues en el capítulo XLIII de esta Segunda Parte son no menos de 24.

Cervantes, como buen soldado y como reminiscencias del oficio, los emplea abundantemente. Se palpa en ellos la lógica del veterano, que a cada cosa le pone un remate sentencioso, en el que hay siempre un consejo prudente a los menos hechos, a los más impetuosos o a los más novatos.

Ayudado en gran parte por el trabajo antológico de Sainz de Robles, he de presentar tan sólo algunos de los más interesantes para los que vestimos uniforme. En cierto modo, todos merecen ser incluídos dentro de la más escrupulosa selección; sólo la restricción de espacio me ha llevado a tamizarlos para que resultasen separados dentro de algunos grupos coherentes.

* * *

1 Para todo lo que supone sociedad, la convivencia es básica. En el Ejército, en que todo se somete al acuerdo y concordancia del Regimiento, en que la Unidad principal se llama Compañía y los escalones más inferiores llevan el nombre aglutinado y compacto de Pelotón o expresan la necesidad de unirse a otros al llamarse Piezas, se percibe con nitidez la necesidad de las ideas de amistad y solidaridad que, unidas y mejoradas, dan origen al *compañerismo*.

Todos tenemos defectos, tantos, que al querer librarnos de unos caemos insensiblemente en los opuestos, pues *tanto es lo de más como lo de menos* (capítulo IV, 2.ª parte); la existencia de tales defectos no nos debe hacer renegar de los demás y encastillarnos en una posición erizo individual. Con todas las pegas que al compañerismo queramos poner en su realización práctica, por muchos fallos que presente, es insustituíble; tanto como para exclamar: *Viva la gallina, aunque sea con su pepita* (V, 2.ª).

No todo se puede esperar de los demás. Ni que nos resuelvan siempre una situación apurada, ni que encontremos en ellos una cosa que precisemos, ni que falten malos modos a la hora de corresponder a una petición nuestra. Hay que estar prestos a poder resolver por nuestra actitud y esfuerzo las papeletas que se nos presenten. *Con lo mío Dios me ayuda* (VII, 2.ª). Y de no poder con lo nuestro, entonces solicitaremos la ayuda ajena, no antes. Es muy cómodo esperar pacientemente a que las cosas maduren con otros soles, al estilo de aquellos alumnos que comienzan su examen escrito cruzándose de brazos sin leer el enunciado, esperando e incor-

diando para obtener la "chuleta" salvadora. En buena doctrina, en todo compañerismo debe existir reciprocidad. *Hoy por mí y mañana por ti* (XLIV, 2.ª). No el hoy, el mañana y el pasado por mí, que suele ser la acepción que del compañerismo tienen más de los que parece. ¿Por qué la falta de compañerismo se invoca a las ayudas que no recibimos y jamás a las que no prestamos? Actitud bien sospechosa y prevenida cuando se dice: *El pan comido y la compañía deshecha* (VII, 2.ª). Bueno será que no queramos todo, que arrimemos un poco el hombro, a pesar de que no existe proporcionalidad entre lo poco que hagamos en ocasiones y lo mucho que recibamos. *Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla* (IV, 2.ª).

La vida, que nunca engaña, nos advierte que lo mejor se encuentra siempre entre los de nuestra misma especie. Bien cierto que tendremos desengaños, mas siempre muchos menos que si alternamos con otros de distinto rango o profesión. *Cada oveja con su pareja* (XIX, 2.ª), pero como tal pareja. Es demasiado boba la oveja que pretende parecer león por mucha melena que se deje. *Por la uña se saca al león* (XVII, 2.ª), y mal vivirá entre leones quien no tenga uñas; y feliz vivirá el cordero si se conforma con el encanto que le da su mansedumbre.

Si el egoísmo o una fugaz incomprensión zancadillasen a quien obra rectamente, no se debe amilanar: *Donde una puerta se cierra, otra se abre* (XV, 1.ª). Todas son puertas, y, sin embargo, unas son deformes como los moradores que cobijan y otras abren en su amplitud luminosos caminos.

* * *

2 Cervantes, que supo presentar el contraste entre el espíritu y la materia, los dos polos entre los que acontece todo lo humano, nos vino a enseñar que hasta en esto existe un ecuador donde se reúnen una mayor cantidad de ventajas. Su justeza le llevó a ponderar de forma razonable la importancia de la *comida* como carburante humano. En su pobreza, en sus andanzas y en su cautiverio, debió de sentir alguna vez su estómago vacío. Quizá ello le dió, más que cara enjuta, un idealismo exento de grasas y de sobrante, un idealismo puro y destilado.

Aunque sufrido, en todo soldado español hay un poco de Sancho. El jolgorio y un yantar bien regado entran dentro de sus aspiraciones y necesidades. Sabe amoldarse a todo, lo que no quiere decir que le guste ser frugal, y refunfuña todo lo que le lleva en sentido restrictivo: *Tripas llevan a pies, que no pies a tripas* (XXXIV, 2.ª). Esto por lo que respecta simplemente a la acción de llevar, porque si se trata de llevar bien, entrará la cabeza sin remedio, y serán las tripas y la cabeza reunidas las que lleven nuestros pasos por el camino apropiado.

Buen ejemplo de lo dicho lo tenemos en que es un caso insólito el encontrar que quien se preocupa de la comida no tenga ganado el aprecio de sus subordinados. Es más, muchas indisciplinas no son sino exteriorizaciones de este estado especial que crean los estómagos vacíos o a medio llenar. No es una casualidad el que las concordias surjan a la hora de los postres y no a los entremeses. Una tropa bien cuidada mejora su rendimiento. *Donde no hay tocino, no hay estacas* (X, 2.ª).

Por lo muy golosas de las mercancías que entran en cada minuta, es necesaria una fiscalización—prevista en nuestro Régimen Interior—en lo que a cocina se refiere. La simple vigilancia todo lo mejora. No hará falta recordar que no todo el arte estriba en comprar barato. *El que compra y miente, en su bolsillo lo siente* (XXV, 1.ª). Y mucho más sentido debe ser si el bolsillo no es suyo. Si siempre el estar a cargo de estos menesteres fué cosa delicada y propicia a copiosos quebraderos de cabeza, hoy, en los tiempos de las escaseces, los racionamientos y los sustitutivos, es de verdadero delirio. Nada más propenso que esto al engaño. *Dios está en el cielo, que ve las trampas* (XXX, 1.ª); los hombres sólo ven unas pocas. La cosa no suele quedar aquí; son muchos los que procuran amistar con furrieles y rancheros, buscando sean espléndidos en dar o repartir desigualmente lo que no es de ellos. He aquí el por qué una escrupulosa vigilancia debe existir desde el principio al fin de esa cadena por que pasan los alimentos. Con frecuencia hasta *de la mano a la boca se pierde la sopa* (XXII, 1.ª).

No faltará quienes piensen que la comida no es todo, siendo yo uno de ellos. Lo que no cabe duda es que la comida debe ser una auténtica preocupación. Cierto que habrá muchos que, a pesar de ser bien nutridos, no mejoran un ápice ni en valor ni en resistencia; cierto que nos dolerán los desvelos que por ellos tuvimos; mas cierto también que ya estamos prevenidos de tal posibilidad al reconocer que *no es la miel para la boca del asno* (XLII, 1.ª).

* * *

3 Don Quijote, que con lanza y adarga salió contra los muchos malandrines que por el mundo caminan, es en sí un foco de ejemplaridad. El quiere ante todo "desfacer entuertos", llevar la luz y la verdad, ser un manantial de enseñanzas. *Su misma posición de prototipo moral le hace aparecer loco.* Son muchos los que desde los tiempos de Jesucristo participan de análogas imputaciones por caminar según una línea recta. Uno de sus muchos comentaristas se pregunta: "¿No es desconcertante que el mundo los acoja (a los sentimientos de Don Quijote) con risas estrepitosas, haciendo escarnio de su modo de ser y comportarse, que, en lo fundamental, no hace más que acoger las enseñanzas prodigadas en todas las partes por los educadores antiguos y modernos?"

El, aun a sabiendas de que lo único que hacía era *predicar en desierto* VI, 2.ª), continúa testarudamente. Le obsesiona mejorar el mundo, sin encontrar colaboración—que generalmente obtienen los que practican el mal—. La hilaridad que sus palabras provocan no nacen de la pretendida exageración de las mismas, sino de que la risa es como la cortina de humos que utilizamos para ocultar lo que no nos conviene ver.

Nadie nace enseñado (XXXIII, 2.ª); por eso, dar enseñanzas es obligación de todos los que están en condiciones de darlas, que, dentro del Ejército, es la labor ejercida por todos y cada uno de los Man-

Una bellísima interpretación de la escena de los batanes, del pintor español José Segrelles; fué publicada en una colección de gran lujo con varias composiciones quijotescas del mismo autor en EE. UU.

dos. En nosotros está un complemento de la escuela, lo que algunos han llamado *la segunda escuela*. El tiempo que el soldado permanezca en filas no puede ser desaprovechado. Es la última ocasión para enderezarle si crece torcido: su temple ardoroso todavía lo permite; unos años más, y su cuerpo y su alma quedarán modelados para siempre; entonces, cualquier esfuerzo será inútil; no se puede *majar en hierro frío* (VI, 2.ª).

En toda enseñanza es necesario un orden; he aquí el por qué de los planes de instrucción, de los programas y de las normas: de no llevar este esquema general organizado y meditado, de fiar con creces en la improvisación, todo sale cojo y con soluciones de continuidad; equivale a *mezclar berzas con capachos* (III, 2.ª). Mas una vez hecho el plan, todo es comenzar; es la primera piedra lo que cuesta más de colocar. Con unos principios, por leves que sean, los conocimientos progresan geométricamente. *Sobre un huevo pone la gallina* (VII, 2.ª). Quien aprende la primera lección está muy cerca de conocer la segunda.

Las incitaciones del hombre moderno le llevan, en su apetito de mejorar, a considerarse insatisfecho con lo que posee. Nada tan innesario como el viejo principio pedagógico *La letra con sangre entra* (XXXVI, 2.ª). Hay otras muchas maneras de obligarla a entrar. Para unos es disfrazarla de otra cosa y hacerla entrar insensiblemente; purga sigue siendo el aceite de ricino con trazas de naranjada, y se prefiere considerar que fué naranjada lo que tomamos. Para otros es ofrecer premios, motivos de necesidad o menciones honoríficas el mejor aliciente de todo aprendizaje. Unos y otros vienen a corroborar que *si al palomar no le faltan cebos, no le faltarán palomas* (VII, 2.ª). Con adecuados cebos, a casi todos se les puede hacer reaccionar hacia las directrices a las que aportamos nuestros desvelos; por muy alta que sea la meta, podrá ser lograda con perseverancia. *De los hombres se hacen los obispos* (XXXIII, 2.ª).

Inglaterra.— De la edición "The life and explcits of the ingenious gentleman Don Quixote de la Mancha", con 16 láminas de W. H. Robinson. Esta escena es: La llegada a la Venta.

4 Mucho se ha discutido si Don Quijote lleva en sí un *espíritu combativo*. Por sus muchas acciones, parece que sí, y por el denuedo con que a ellas se lanza, también; pero si entabla combate es porque encuentra que es el único medio efectivo de ir hacia los "agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar". Ha sido y sigue siendo verdad aquella frase de nuestro Gracián, en su "Oráculo Manual": *Milicia del hombre contra la malicia del hombre*. Y es por ir contra esa malicia por lo que él se arma caballero.

Gloria y recompensas, pocas pudo nunca lograr, pues, como tan acertadamente reconoce Ortega y Gasset, él lleva en sí *el vencido esencial*. Obra demasiado a las claras, y esto es un gran lastre. Son más los que practican el abuso de la fuerza, y en lugar de pensar que *de los enemigos, los menos* (XIV, 2.ª) prefieren llevar como consigna: "de los enemigos, los pequeños" y aplastarlos a placer; o, al igual que muchas mentalidades esclavas del momento actual, *no pidas de grado lo que pudieras tomar por la fuerza* (XXI, 1.ª). Pero *Dios es grande* (XXII, 1.ª), y a los débiles les da apoyos que niega a los poderosos. Hay momentos en que la indignación y la exaltación de los altos ideales presta lo que falta a los medios materiales; es entonces cuando *las cañas se vuelven lanzas* (XII, 2.ª), y lo que contaban tener en la cazuela se sale y les escalda a ellos mismos. *Muchos van por lana y vuelven trasquilados* (VII, 1.ª).

Grave responsabilidad la de los poderosos que emplean su poder sólo para su medro, con lo que pierden la mejor coyuntura que se les puede presentar cual es la de servir de apoyo y guía a los que menos pueden. Siempre he creído que quien mucho posee consigue más a la larga dando que quitando un poco. Cuando quien dirige se guía por el *allá van leyes do quieren reyes* (XLV, 1.ª), no le han de faltar trastornos, que en un corra la bola llegan hasta

Sin que ello quiera decir que todos puedan serlo; serán muchos los que deben conformarse con menos, pues no se pueden *pedir cotufas en el golfo* (III, 2.ª), o, si se prefiere, no se deben *pedir peras al olmo* (XL, 2.ª).

el último de los que de ellos dependen. *Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen* (II, 2.ª).

Antes de entrar en guerra o pendencia piénsese mucho, pues si normalmente *tanto se pierde por carta de más como de menos* (XVII, 2.ª), aquí hay muchas más cartas que perder. Siempre que se pueda, que la cosa quede en amenazas; una advertencia, una intimidación a tiempo, puede ser de excelentes resultados; es el *hombre apercibido, medio combatido* (XVII, 2.ª). Y si la cosa sobrepasa los límites de provocación o gravedad tolerables, no debemos entretenernos demasiado esperando que se nos dé el golpe definitivo y contundente. Que *¿quién ha de llevar el gato al agua?* (VIII, 1.ª). Nosotros, si es preciso; no en vano *el que luego da, da dos veces* (XXXIV, 1.ª).

Especialmente preside nuestro pensamiento el que *Dios bendijo la paz y maldijo las riñas* (XIV, 2.ª).

* * *

5 En cuanto se reúnen un conjunto de hombres o mujeres en algún descanso de su labor, la *murmuración* comienza. Creo que no nos acostamos ningún día sin haber caído en ella. El Ejército tampoco se emancipa de la murmuración, que por corriente no reparamos casi nunca en ella (aunque sean las Ordenanzas las primeras en querer abrirnos los ojos), como no nos preocupamos de esas pequeñas nubes que a intervalos nos tapan el sol, aunque dentro de sí llevan el germen de las tormentas. Si aceptamos que *de la abundancia del corazón habla la lengua* (XII, 2.ª), habrá que pensar si también las restricciones llegaron al corazón.

Justo que muchas veces todo proviene, más que de una deliberada intención de hacer daño, de un hablar por hablar; mas si al comer por comer nos vamos hacia el mejor plato, no veo por qué al hablar lo hemos de hacer hacia el más dañino. Para los casos de duda, el silencio; por algo *al buen callar llaman Sancho* (XLIII, 2.ª). De enfrascarnos en la crítica adversa, no pararemos nunca por falta de materia, pues cuando parezca agotada, alguien habrá juzgado que *aún falta la cola por desollar* (II, 2.ª).

Al hablar, casi nadie lo hace desinteresadamente. Esta falta de objetividad la reconocemos cuando al dar un consejo comenzamos: "Yo en su caso haría...". Las palabras suelen ir adheridas a las personas como la piel a la carne, y desligadas del individuo, no tienen auténtico sentido; son como de quien vienen: *Pon lo tuyo en Concejo: unos dirán que es blanco, otros dirán que es negro* (XXXVI, 2.ª). Los que hablaron buscaron, más que ver un color, distinguir el que más les convenía ver. *La verdad siem-*

La llegada a la Venta, de Moreno Carbonero.

pre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua (X, 2.ª); lo difícil es distinguirla cuando alguien se ha preocupado de agitarla y emulsionarla.

Tendamos a ser objetivos; y mientras no se estirpe el mal—al que debemos hacer por combatirlo dentro de nosotros mismos—, no nos acaloremos por según qué juicios. ¿Qué no han de decir de nosotros, si también *de Dios dijeron?* (XXV, 1.ª).

* * *

6 Y tratándose de Don Quijote, que con su admirable locura quería hacer entrar en razón al mundo, no puede dejar de hacer frecuentes alusiones a las *recompensas y castigos*. Ambas son empleadas en la mayoría de las colectividades, y aunque necesarias, son siempre muy criticadas en su puesta en práctica. Para algunos, en el Ejército sólo debieran existir los castigos, dado que las recompensas se adjudican por un exceso y esmero en el cumplimiento del deber, y esto en realidad no debe tener límites para el militar. Yo no comulgo en la misma opinión, aunque sí creo que su concesión, en bien de la misma recompensa, debe estar muy restringida.

No menos de una docena de refranes hay en el *Quijote* sobre el particular, aunque, para mi gusto, las mejores palabras son las que se pueden leer entre los consejos que da a Sancho para el buen gobierno de la ínsula Barataria, y entre los que transcribo estos dos:

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez rígido que la del juez compasivo.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Entre los refranes, unos nos advierten que el superior debe quedar encima:

Si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro (XX, 1.ª).

Entre dos muelas molares nunca pongas tus pulgares (XLIII, 2.ª).

Otros, lo difícil de castigar justamente:

Pagan a las veces justos por pecadores (VII, 1.ª).

No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato (X, 2ª).

Otros, lo mucho castigable:

Hay más mal en el Aldegüela que se suena (XLVI, 1.ª).

El diablo no duerme (XV, 1.ª).

Por su mal le nacieron alas a la hormiga (XXXIII, 2.ª).

A pecado nuevo, penitencia nueva (XXX, 1.ª).

Por el hilo se saca el ovillo (IV, 1.ª).

Dios sufre a los malos, pero no para siempre (XL, 2.ª).

Otros, el saber perdonar:

Quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda (XVIII, 2.ª).

Y, finalmente, otros un conformismo a la hora de recibir recompensas:

Mientras se gana algo, no se pierde nada (VII, 2.ª).

* * *

De no existir el peligro de extenderme más de lo que ya lo he hecho, podría continuar con los otros muchos refranes que nuestro Cervantes incluyó sobre conceptos tan nuestros como son: el mando y la disciplina, la lealtad, la limpieza y la buena presentación; el sacrificio; el morir heroico; laboriosidad, rapidez y sorpresa....

Quise ofrecer simplemente, a modo de un avance de lo mucho que podemos extraer para nuestra buena marcha en tan memorable libro, los que hemos hecho de la milicia profesión y vida, intentando por otra parte, con mis palabras mancas en demasía, asociarme al universal homenaje cervantino.

El encuentro del rucio, de Gustavo Doré.

LA INTENCION MILITAR DEL QUIJOTE

(Caricaturas del dibujante francés Caran d'Ache.)

Por ANGEL GONZÁLEZ DE MENDOZA Y DORVIER
Teniente Coronel de Estado Mayor

CERVANTES, escritor y soldado; príncipe de los ingenios y glorioso mutilado; poeta y héroe de Lepanto; novelista y cautivo; genial y glorioso, y enterrado de misericordia; hidalgo y miserable; provinciano y universal; paradoja viviente y total, estudiada en todos sus aspectos, y más grande cuanto más se le estudia en su doble condición de soñador y práctico, de loco—como su ingenioso hidalgo—y de sensato. ¿Qué puede decir de él, en su cuarto centenario, un profesional de la milicia sin más título que éste, que coge su pluma, en tal coyuntura, más para honrarse que para honrar a quien ya alcanzó el pináculo del reconocimiento de la posteridad?

Y, sin embargo, es tal la gratitud que aún deben los soldados todos a quien al hermanar las armas y las letras puso con éstas tan alto el nombre de aquéllas, que aunque no sea más que por darle la razón, nos creemos obligados, sólo por soldados, a tomar la pluma: "Ca ciertamente, bienaventurado príncipe..., la ciencia non embota el fierro de la lanza, ni face floxa la espada en la mano del caballero", diríamos al glorioso manco con frase de otro gran escritor (1) del siglo XV.

La natural dificultad de elegir un tema que antes no haya sido apurado con más conocimiento y autoridad, nos ha decidido por uno de los matices de la obra cervantina que creemos de los menos estudiados. El de Cervantes, escritor militar y, más concretamente, la intención militar del *Quijote*.

Sobre la principal y preeminente que presidió la génesis del inmortal libro de Caballería que eclipsó a todos los que pretendía satirizar, ya quedan hoy pocas dudas. Está generalmente admitido por los más autorizados críticos que la causa determinante de la decisión de Cervan-

(1) Don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana. Prólogo de *Los proverbios*.

tes de escribir el *Quijote*, en sátira de los libros de Caballería, fué la obra titulada *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Felipe, hijo del Emperador D. Carlos Quinto Máximo, desde España a sus tierras de la baja Alemania: con la descripción de todos los estados de Brabante y Flandes*. Escrito en cuatro libros por Juan Cristóbal Calvete de Estrella. En Amberes, en casa de Martín Nucio, año de 1552. Un volumen en folio.

Este libro, cuyo autor es probablemente un familiar del Príncipe, está dedicado al Emperador, y parece deducirse de su texto que tanto éste como sus cortesanos sentían desmedida afición por la práctica, *simulada*, de los ritos de la caballería andante.

En efecto, recoge, entre otras circunstancias de análogo orden, un memorial que los caballeros errantes de la Galia Bélgica presentaron al Emperador en la ciudad de Bins, haciéndole presente que un encantador de las cercanías llamado Norabroch, enemigo de la andante caballería, estaba dedicado a toda suerte de fechorías contra los nobles caballeros de la provincia; y amenazaba extenderlas a las limítrofes, y aun al Extranjero, si Su Majestad no proveía el remedio. Añade el memorial que el encantador tiene su morada en el castillo Tenebroso, guardado por la isla Venturosa, a la que conduce el Paso Afortunado, a su vez guardado por la Torre Peligrosa, que hay que pasar a viva fuerza, y que para destruir al tal Norabroch hay que batir primero a los caballeros de éste, que guardan los pasos, para lo que piden la venia de Su Majestad los caballeros de su corte.

Según la Memoria referida, parece que el Emperador concedió el permiso, y al día siguiente empezó la aventura de la Espada encantada y del Castillo Tenebroso, en las que durante varios días pelean los caballeros uno a uno, pero todos quedan cautivos por Norabroch, hasta que el Príncipe Felipe destruye al gigante y los pone en libertad.

Estas y otras que hoy nos parecen extravagancias, se repitieron en Bruselas y otras ciudades, con el beneplácito del Emperador. Y el deseo de ridiculizar los disparatados libros que las cultivaban e inspiraban, sin duda, llevaron a Cervantes la idea de escribir su *Don Quijote*, en sátira de tan perniciosa literatura y defensa de las verdaderas virtudes militares y de la profesión de las armas, tan poco atendidas por los Gobiernos de la época. Nos proponemos probarlo aduciendo citas del *Quijote* y de otros autores que con análoga intención escribieron, recogiendo los mismos conceptos fundamentales.

Esta intención del glorioso soldado de Lepanto se puso muy de manifiesto en la prolija discusión que se mantuvo alrededor del famoso *Buscapié*, que se le atribuye, y que tan vivas polémicas suscitó entre letrados.

En 1864, D. Adolfo de Castro publicó, como se sabe, atribuyéndolo a Cervantes un librito titulado *Buscapié*, en la edición de Sáenz de Jubera, y lleva incluídas las aprobaciones de censura. En la del doctor Gutiérrez de Cetina, fechada en Madrid a 27 de junio de 1605, se aprueba la publicación "del muy donoso librillo, llamado *Buscapié*, donde demás de su mucha erudición y excelente doctrina, se declaran aquellas cosas escondidas y no declaradas en el ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*..., que puede ser muy de provecho para los que tienen el cerebro lleno de mil locuras y vanidades de las que andan por los libros de caballerías, y... se le podrá dar a Miguel de Cervantes, vecino de Valladolid, licencia para ello..."

En la de Tomás Gracián, en Valladolid, a 6 de agosto del mismo año, se propone también la publicación porque... "será útil y provechoso para los que quieran desterrar del mundo la vana lección de los libros de caballerías".

En el prólogo del autor dice textualmente: "Lector amantísimo: Si por tu mala fortuna eres de rudo entendimiento (hablando con perdón) y no has desentrañado las cosas escondidas en mi ingenioso Manchego, flor y espejo de toda la andante Caballería, lee este *Buscapié*."

Como este folleto de Adolfo de Castro ha sido tachado de apócrifo, hay que pensar que el verdadero se ha perdido, dado que notables eruditos afirman su existencia, como vamos a ver.

"El *Buscapié* que vi en casa del difunto Cando de Saceda habrá como unos diez y seis años, dice D. Antonio Ruidiaz en carta fechada en Madrid a 6 de Diciembre de 1775, dirigida a D. Vicente de los Ríos, y leí en el corto

HEMEROTECA

BPM Cardenal Cisneros

El Quijote en la pintura moderna española. Cuadro de Moreno Carbonero

Dibujo de Castro Gil.

espacio de tiempo que me la confió aquel erudito caballero porque se le prestó para el mismo fin con igual precisión (ignoro quién), era un tomito anónimo en 12.° impreso en esta Corte, con solo aquel título (no tengo presente el año ni en qué oficina); su grueso como el de unos seis pliegos de impresión, buena letra y mal papel. De su asunto referiré sustancialmente lo que me ofrezca mi limitada memoria.

Presupone, pues, o finge nuestro autor, que aunque había ya algún tiempo que se publicó un libro intitulado (vierte toda la portada de la primera parte de su *Quijote)*, no le había leído, así porque se persuadió a que sería una de las muchas novelas que se publicaban, como porque no tenía el autor por ingenio capaz de inventar cosa de grande importancia; que en este concepto estuvo perezoso (como los más) en comprar y leer la obra; pero que al cabo hizo uno y otro por mera curiosidad; que leída la primera vez le quedó deseo de volverla a leer ya con más gusto y reflexión; que entonces se aseguró de que era una producción de las más ingeniosas que hasta entonces se habían dado a luz, y una sátira llena de instrucción y de gracia, contraída con la mayor oportunidad y destreza para lograr el destierro de la preocupación que dominaba en general a la nación, y principalmente a los grandes y demás nobleza, procedida de la continua lección de los extravagantes libros de caballería, y que las personas que se introducían en la obra eran de mera invención, y con el fin de ridiculizar a todos aquellos que estaban encaprichados; pero no tan imaginarias que no tuviesen cierta relación y representasen el carácter y alguna de las acciones caballerescas que se aplaudían en un campeón con quien estuvo indulgente con los elogios la fama, y en otros paladines que le procuraron imitar; como también las de otras personas que tenían a su cargo el gobierno político y económico de una región, la más vasta y la más opulenta del mundo en otros tiempos. Prosigue parangonando los sucesos, y aunque procuró desfigurarlos con arte, se traduce, no obstante, que tuvo por objeto varias empresas y galanterías de Carlos V, porque la mayor parte de las comparaciones son de este héroe, las cuales no puedo puntualizar por la razón que llevo expresada, y lo mismo me sucede en cuanto a los otros personajes. Finalmente, concluye diciendo

que, para satisfacer en parte a su autor el agravio que le hizo en el primer juicio, contribuir al desengaño de los preocupados, y que pudiesen hallar el tesoro que se ocultaba debajo de aquel supuesto, se propuso echar un *Buscapié* que pusiese en movimiento a los embobados (que eran todos o los más de los españoles) y que los alentase a tomar en la mano y leer la obra, bien persuadido de que con solo una vez que pasasen por ella los ojos, apreciarían lo que hasta entonces habían tratado con menosprecio (como a él le sucedió) antes de haberla visto."

Otro testigo muy docto, D. Agustín García de Arrieta, académico y autor de *Historia analíticocrítica a la vida y escritos de Miguel de Cervantes*, dice en carta fechada en París en 20 de diciembre de 1831, y dirigida a D. Joaquín María Ferrer, el editor de la admirable edición miniatura del *Quijote* de 1832:

"... *Buscapié*, que realmente ha existido y desaparecido por desgracia, como lo ha probado hasta la evidencia el Sr. Ríos en su *Vida de Cervantes y análisis del Quijote*.

Yo, por mi parte, puedo añadir en su apoyo la noticia que me dió en 1807 la difunta Condesa viuda de Fernán-Núñez, de haber tenido en sus manos el ejemplar de aquél, que el señor Conde, su esposo, adquirió siendo embajador por la Corte de España en la de Portugal..."

Pero si antes de seguir con el análisis de la intención del *Quijote* nos detenemos un momento en la afirmación del *Buscapié*, que dice, hablando del *Quijote:* "Por cierto que este libro que vuestra merced llama de novedades y de locuras, es libro de dulce entretenimiento y sin perjuicio de tercero, y de muy lindo estilo y donosas aventuras, y que debiera su autor ser premiado y ensalzado por querer con discreto artificio desterrar de la república la lectura de los vanísimos libros de caballerías que con su artificioso rodeo de palabras ponen a los leyentes melancólicos y tristes; cuanto más que su autor está más cargado de desdichas que de años, y aunque alienta con la esperanza del premio que esperar puede de sus merecimientos, con todo eso desconfía al contemplar al mundo tan preñado de vanidades y mentiras, y que la envidia suele ofrecer mil inconvenientes para no dejar de oprimir a los ingenios y que anda en los siglos presentes muy valida por los palacios y las cortes y entre los grandes señores"..., queda bien probada nuestra afirmación de que el principal objeto del inmortal libro fué satirizar la afición a las fantásticas aventuras y encantamientos, y llamar la atención de los Poderes sobre la que debían prestar a la verdadera profesión de las armas.

Porque no está en nuestro ánimo terciar en la polémica de la existencia del *Buscapié*, que de manera tan definitiva niega el escritor y crítico gaditano León (1), cuando dice: "Uno de los primeros biógrafos de Cervantes, el señor D. Vicente de los Ríos, tal vez el que ha contado más consejos y anécdotas al ocuparse del gran autor, habló de cierta obrilla escrita por Cervantes a los pocos meses de publicada su primera parte del *Quijote*, en que tenía por objeto despertar la atención sobre su libro y declarar por medios ingeniosos la tendencia que entrañaba..."

"... para la verdadera crítica la existencia del *Buscapié* ha sido, desde casi los primeros momentos de haber escrito Ríos, materia de evidente falsedad o convencional anécdota que nada explica ni a nada conduce, pues ni el *Quijote* necesitaba de libritos que excitasen la atención pública..."

"Conociéndolo así, indudablemente, un literato tan erudito y docto como D. Adolfo de Castro, quiso, sin embargo, aparentar lo contrario de lo que pensaba y demostrar las fáciles galas de su inventiva, escribiendo un *Buscapié* (2), dándolo como hallazgo precioso y como producto de la pluma de Cervantes."

Pero sea cualquiera el juicio definitivo que haya que formar sobre la existencia del *Buscapié*, o mejor, sobre su autenticidad o carácter apócrifo, lo cierto es que en todo caso se desprende, tanto de la polémica como de los escritos que la representan, la intención cervantina de salir por los fueros de la verdadera profesión de las Armas.

La fama inmortal que ha alcanzado el iniqua-

(1) Ramón León Máinez. *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Cádiz, 1876, cap. XXI, pág. 158, nota.

(2) La Academia y la crítica solvente no admiten hoy que el *Buscapié*, aunque haya existido, deba atribuirse a Cervantes.

lable *Discurso de las Armas y las Letras* bastaría a probarlo así, si no se creyera por muchos que es más bien una digresión en el relato general de la obra que la tesis fundamental de ella. A nuestro entender toda la primera parte del *Quijote* está escrita con el solo objeto de sentar la prioridad del ejercicio de las Armas y de hacer la crítica de los libros de Caballería que distraían indebidamente de él.

Y prueba de todo ello es también que, cuando un escritor militar del siglo XIX, Ibáñez Marín, quiere salir de nuevo por los fueros del Ejército (1), lo hace al amparo del nombre del Ingenioso Hidalgo—siquiera se contrae a la glosa del *Discurso de las Armas y las Letras*—insertando párrafos como los siguientes, hablando de la intención del *Quijote*:

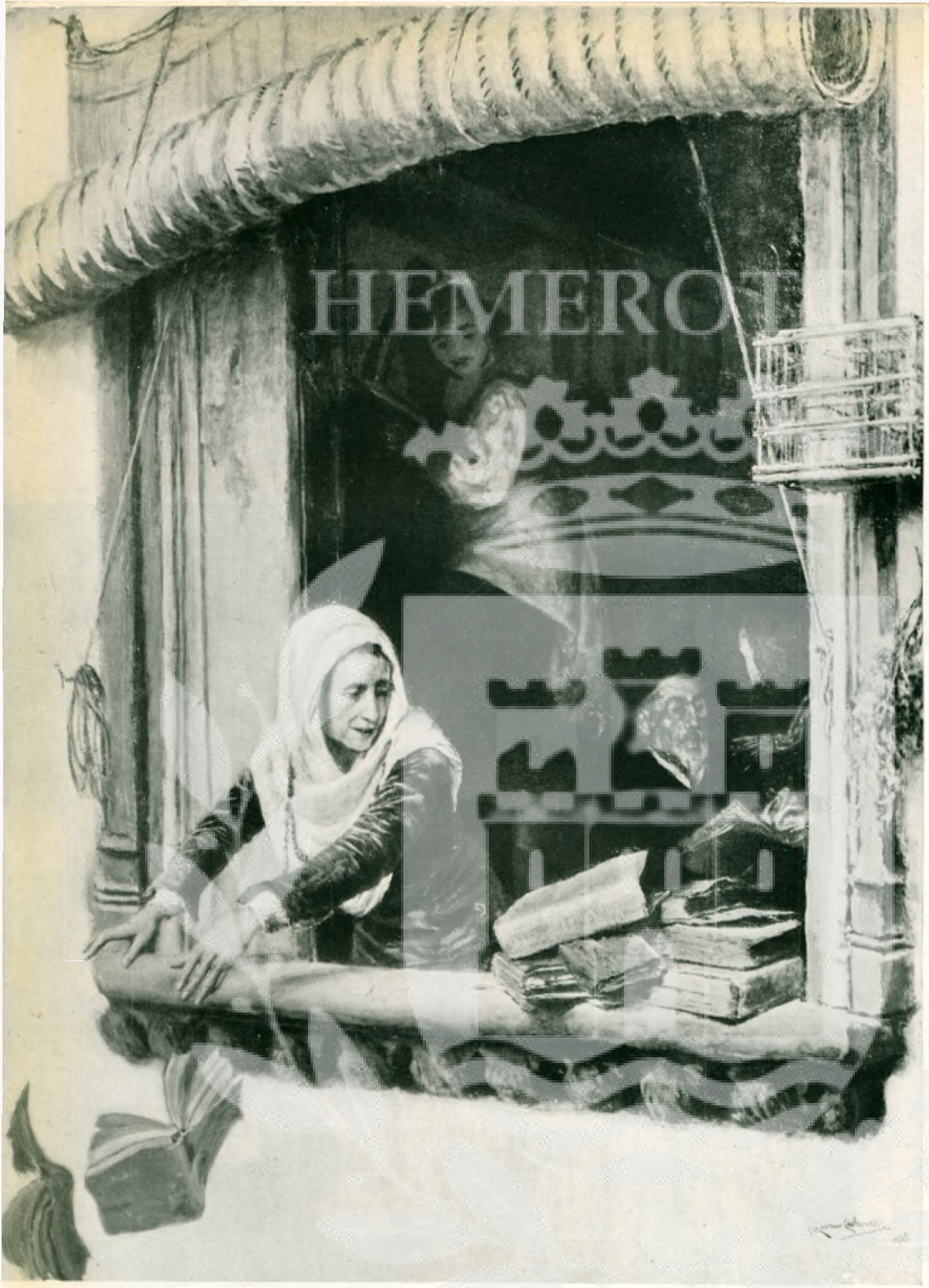
"La hermosa doctrina..., que estaba en la sangre de las huestes dominadoras del mundo, lleva la sanción de los ingenios más claros y peregrinos de la época, cual Colonna, Don Bernardino de Mendoza y el gran D. Diego Hurtado de Mendoza, caudillos calificados que por haber puesto mano en los fragores de la campaña rasa, en los mandos de Tercio o de Ejército, en el Gobierno de Virreinatos y en cometidos políticos y diplomáticos bien intrincados, representan alta y suprema autoridad, lo mismo para castrenses que para civiles."

Más adelante añade: "Un camarada de Cervantes en el Tercio de Moncada, Marcos de Isaba (1), y el mismo, Miguel en la segunda parte de su *Don Quijote*, nos van a llenar la medida en esto de las lacerias que ya carcomían al Es-

(1) *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho.* Compuesto por el Capitán Marcos de Isaba, castellano de Capua, acabado por el Teniente Miguel Guerrero de Caseda, a cuyo cargo estuvo el castillo de la ciudad de Capua. El cual desea el servicio de Su Majestad, la quietud y reposo de sus súbditos y vasallos y el acrecentamiento y reputación y buena disciplina de esta valerosa nación. Madrid, 1594.

(1) José Ibáñez Marín: *Don Quijote y las Armas*. Madrid, 1905.

De una edición holandesa con ilustraciones de Hann (1930).



Cuadro de Moreno Carbonero.—El expurgo de la librería de Don Quijote.

tado militar del Católico Rey, y en lo de la vida guerrera y hazañosa de las huestes, hasta entonces, y aún en mucho tiempo después, invencibles."

Terminando con frases como las siguientes: "Grande, excelso peón castellano, eternizado por *Don Quijote*, tu glorificación cabal y bizarra... ¡No has muerto!..., porque tu alma, el alma buena del soldado Miguel de Cervantes Saavedra, vivía dentro de tu ser, devorada ahora como entonces por el ruin desencuadernamiento del cerebro directivo.

Vives tú y vivirás eternamente para gala del nombre español, si logras nutrir tu medula con el sentido común y el patriotismo, con la doctrina, la nobleza y la virtud que campean en todos los discreteos del clarividente *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*."

Han querido ver algunos, sin embargo, una contradicción de esta intención cervantina en el estribillo del paje (1): "A la guerra me lleva —mi necesidad, — si tuviera dinero — no fuera, en verdad."

Esto no debe considerarse sino como una ironía más, como luego veremos, pues en los Tercios de Flandes sirvió el Duque de Pastrana a las órdenes del de Parma y con un hijo de éste, ambos con su pica en la Infantería; en Portugal, "con plaza de cuatro escudos", el Duque del Infantado, y en Barcelona, también como soldados, el Marqués del Vasto y el de Pescara, que no tenían la menor necesidad

(1) Segunda parte, cap. XXIV.

de una paga que no se cobraba nunca. El mismo autor antes citado dice a propósito de ello: "Si el mancebillo volaba acuciado por el hambre a la pelea, allí, en el seno del viejo Tercio, trocaba su villanía por el humillo de clase, realzado y abonado siempre por el heroísmo de las personas, no regateando jamás riesgos, sacrificios, esfuerzos, sangre y vida."

Y también dice Londoño en su famoso *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Bruselas, 1587: "Porque entre la infantería española anda siempre mucha gente noble y principal, no se les debe impedir, a lo menos, que por cada cien soldados haya doce caballos en que puedan caminar los tales..."

Es decir, que hay que aceptar que se trata de establecer que el que se alistaba pensando en la paga, iba camino de la desilusión, si no fuera porque se dejaría prender en el juego, y seguiría en él sin volver a pensar en el beneficio. Y prueba de ello es que dice a continuación: "... tenga a felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente y luego a su Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honras que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las Armas a los de las Letras, con un sí se qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es morir..., más bien parece el soldado muerto en la batalla que salvo en la huída; y tanta alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler a pólvora que a algalia, y que a la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no se la podrá menoscabar la pobreza: cuanto más que ya se va dando orden cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir..." Conceptos, todos ellos muy semejantes a los del *Discurso de las Armas y las Letras*.

La atención de los glosadores y comentaristas se ha fijado generalmente en este *Discurso de las Armas y las Letras*, de intención y expresión puramente militares. Pero hay muchos más pasajes en que se advierte claramente la intención del autor.

Empezando por el famoso "escrutinio" de los libros de Caballería (1), es indudable que de lo que se trata es de condenar para el público—y más especialmente para lo que pudiéramos llamar público militar—la lectura de tales libros, que distraen de los verdaderos estudios militares, y si se salva Amadís de Gaula por ser el primero (2) y aún más por ser "el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto", la verdadera amnistía sólo se concede a los relatos épicos de verdaderas campañas. Y así, de *La Araucana*, de Ercilla; de *La Austriada*, de Juan Rufo—dedicada al primer don Juan de Austria y con un relato en dieciocho cantos de la guerra de la Alpujarra contra los moriscos—, y de *El Monserrate*, de Cristóbal de Virnés, se dice: "Todos esos tres libros... son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos...; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España." Aunque deja en duda si debieron ir al fuego, *La Carolea* y *El león de España*, con los hechos del Emperador, "compuestos por don Luis de Avila", se obtiene la impresión de que el beneficio de la duda deriva de que Cervantes no los conocía bien, pues según Rodríguez Marín hay dos obras tituladas *La Carolea:* una de Jerónimo Sempere (Valencia, 1560) y otra de Juan Ochoa de la Salde (Lisboa, 1585), y aun-

(1) Primera parte, cap. VI.

(2) No es esa la opinión de Menéndez y Pelayo, que en su introducción a los *Orígenes de la novela* dice que de Amadís de Gaula no se conoce edición anterior a 1508, y que los libros de Caballerías más antiguos de que tienen noticias los bibliógrafos son: *Tirant lo Blanch*, Valencia, 1490, y *Baladro del sabio Merlín*, Burgos, 1498.

que ninguna es por D. Luis de Avila, opina que Cervantes debió querer referirse a la primera, por estar escrita en verso. En cuanto al *León de España*, dice que es un poema en veintinueve cantos, por Pedro de la Vecilla Castellanos (Salamanca, 1586), de donde infiere se trata de un error de Cervantes que, trascordado, debió querer referirse al *Carlos famoso* de Luis Zapata (Valencia, 1566), en cincuenta cantos, muy medianamente versificados (1).

Otra tesis que aparece con frecuencia en el *Quijote* es la de la pobreza del soldado, que en realidad transparenta en toda la obra cervantina. Ciñéndonos al *Quijote*, tanto en el *Discurso de las Armas y las Letras* (primera parte, capítulo XXXVIII) como en la *Historia del cautivo* (primera parte, cap. XXXIX), por no citar otras en que se insiste, es el pensamiento predominante. Y es ello tema en que insisten la mayoría de los tratadistas militares. El Marqués de Santa Cruz de Marcenado (2) dice a este respecto: "Deberá considerar el Príncipe que el más pobre hombre de cualquier oficio gana más salario que un soldado, está donde quiere, duerme en su cama y no arriesga su vida; sólo al soldado y al marinero faltan estas ventajas."

Y no se piense, por ello, que Cervantes y estos otros escritores buscan el beneficio personal y material. Trataban de llamar la atención de los Poderes sobre la que debían prestar a la Institución militar, pues si aún no conocían—por no formulada—la sentencia epigramática de Ayala: "Aquí, para vivir en santa calma, o sobra la materia o falta el alma", sí querían con Platón: "Dar fuerza a la razón y armas a la moralidad", como hemos tratado de probar al comentar el caso del mancebillo que "a la guerra llevaba la necesidad".

Por eso pudo decir luego Muñiz y Terrones a fin del pasado siglo (3): "Algunos han pretendido hacer otra distinción más entre el *oficio* y la *profesión*, comprendiendo en el primero a los que contemplan la milicia como un medio de hacer fortuna y arrostran el peligro de los combates sólo por el deseo de lucro, como el pizarrero se sube a un tejado; y en la segunda, únicamente a los que sienten en su alma el amor a los trabajos que lleva consigo la vida militar y los aceptan con fe y entusiasmo; pero esta distinción, más metafísica que real, es inadmisible, por cuanto saben todos que de la carrera militar nadie puede esperar ya el medro que fácilmente lograría en cualquier otra, y el que la sigue no es sino por aquel entusiasmo y aquella fe que hace amar los peligros."

Cervantes estaba orgulloso de su condición militar, pues respondiendo a Avellaneda, que le había motejado de viejo y manco, dice (1): "Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes y esperan los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años."

Entrando ahora en el *Discurso de las Armas y las Letras*, y no para su análisis, tantas veces hecho por plumas privilegiadas, sino para comparar su doctrina con la de otros escritores militares, empecemos por la afirmación (2): "Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las Armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas.

Tratando sobre el mismo tema, decía Ba-

(1) Don Luis de Avila y Zúñiga es autor de *Comentarios* a las batallas de Carlos V (Venecia, 1550), y tal vez a esto se refería Cervantes. *(N. del A.)*

(2) *Reflexiones militares*, lib. III, cap. III.

(3) *Cartas a Alfonso XIII*. Carta 2.ª, VI.—De la Institución y la profesión militar.

(1) Segunda parte. Prólogo al lector.

(2) Primera parte, cap. XXXVII.

Del gran caricaturista francés Daumier.—No se refiere a escena alguna determinada del Quijote. Representa la vela incesante del espíritu.

nús (1): "Entre cierta clase de gentes, que por haber leído algo, quizá sin provecho, y por conocer algunos términos técnicos que, a veces, ni aun saben aplicar, se consideran sabios, corre muy valida la opinión de que el militar es el representante genuino de la ignorancia, unida a la fuerza bruta. Si estuviéramos aún en la Edad Media, en que para ser caballero era preciso poseer las fuerzas de un gañán o de un mozo de cuerda, podríamos darles la razón; pero hoy las cosas han cambiado, y el militar ignorante apenas puede ser cabo de escuadra..."

Más adelante, y en el mismo *Discurso* (2), plantea otro tema interesantísimo: el de las recompensas, al decir: "Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda, habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo."

Pudiera pensarse que Cervantes, como mutilado en el campo de batalla, habla por el despecho del no obtenido beneficio; pero hombre tan ajeno a la profesión militar como el Padre Mariana (3), dice al mismo respecto: "No se conceda ninguna *cruz de nobleza insigne* a nadie que, por lo menos, no haya servido dos años, agora en la milicia, agora en la Armada; y oblíguese al agraciado a pasar otro tanto tiempo en la milicia con un módico sueldo, que podía sacarse de las rentas de cualquier Orden Militar. Dénse premios militares a estos hombres en razón de sus merecimientos y según lo pidan los sucesos del tiempo; pero que las *recompensas* inventadas por nuestros mayores y por ellos destinadas a sujetos meritorios se repartan entre los cortesanos, hombres afeminados que no vieron nunca al enemigo, esto es un mal grande y una grandísima injusticia que debe a toda recuesta evitarse."

Por su parte, hombre tan poco sospechoso de militarismo como D. José Canalejas, escribía en 1893: "Los Estados que en su Constitución militar relegaron a términos secundarios la educación moral y el estímulo de la recompensa a sus institutos armados, labraron por ignorancia, o por error, su flaqueza y su apocamiento; y no ya por razones de egoísmo, sino por espíritu de justa proporción entre el servicio y el premio, parece natural ofrecer alicientes a una vida que —*según la expresión del gran Cervantes*—tan cercana está siempre a la muerte."

Enlazan estos conceptos con el de la necesidad de los ejércitos, al decir Cervantes: "A esto responden las Armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios..."

(1) *Art. e Hist.*, cap. XIII.
(2) Primera parte, cap. XXXVIII.
(3) *De rege et regis institutione*, libro III, cap. V.

La misma tesis que desarrolla el Padre Mariana (1) con las siguientes palabras: "Agora debemos tratar de la Arte a cuyo amparo descansan las santas leyes, todas las otras artes y los intereses todos, públicos y privados; ca no podía ser feliz por luengo tiempo la república sin el ayuda y protección de las armas, los presidios y las legiones. Dónde no difícil, si no imposible, sería tener a raya la audacia y temeridad de los hombres mal hallados, cuyo número es siempre grande en toda ciudad y provincia..."

Bien claro queda, por cuanto llevamos expuesto, que la preocupación principal de Cervantes es el destierro de la lectura de los libros de Caballería y su sustitución por los que hoy llamaríamos de Historia Militar. Y buena prueba de ello es la *Vida del cautivo* (2), en que en un "relato rigurosamente histórico"—en frase de D. Francisco Rodríguez Marín—va enlazando las hazañas, o mejor los hechos de guerra de D. Pedro de Aguilar, Zanoguera, Puertocarrero, Gabrio Cervellón y Pagán Doria, en la campaña de Túnez, llegando a insertar dos sonetos, que si son de endeble factura poética, no por ello tienen menos intención de glorificar a los heroicos defensores de La Goleta.

El tantas veces repetido tema de los libros de Caballería vuelve a aparecer en los discursos del canónigo (3) cuando conducen a Don Quijote en la jaula. De cuanto en ellos se afirma, lo que más nos interesa destacar es cuando dice: "De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de qué lo son, doy con el mejor dellos en la pared, y aún diera con él en el fuego si cerca o presente lo tuviera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído a términos..."

Y después de la diatriba, vuelve a recomendar a los discretos el estudio de la Historia Militar y a enumerar las virtudes que de ello han de derivarse, en general, para los profesionales de las armas, diciendo (1):

"¡Ea, Señor Don Quijote, duélase de sí mismo y redúzgase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra! Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiera leer libros de hazañas y de Caballería, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un Conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un Manuel de León, Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los *altos* ingenios que los leyesen. Esta sí es lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado de la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía, y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen."

Más ejemplos pudiéramos aducir de la intención militar del *Quijote*, pues sembradas están sus páginas de sentencias y argumentos en defensa de la profesión militar; pero renunciamos a hacerlo, por no alargar con exceso este artículo, modesto homenaje que hemos querido rendir al príncipe de los ingenios y glorioso mutilado de la más decisiva batalla de la Cristiandad en el cuarto centenario de su nacimiento en la sede de una de nuestras más gloriosas Universidades, como si su sino ya le hubiera marcado al nacer para aunar en su persona e inmortalizar en su nombre tanto a las armas como a las letras.

(1) *Obra cit.*, ídem íd.
(2) Primera parte, capítulos XXXIX, XL y XLI.
(3) Primera parte, capítulos XLVII, XLVIII y XLIX.

(1) Primera parte, cap. XLIX.

EL ALMA ESPAÑOLA

MIGUEL MARTIN NARANJO, Coronel de E. M.

ES Cervantes un genio universal de la literatura, porque universal es su obra fundamental, ya que todos sus personajes tienen un espíritu y una sangre humanos, que con más o menos generalidad se dan en todos los países del mundo, y, por tanto, a todos pertenece su figura; pero, al mismo tiempo, es también el escritor español más representativo, porque el Ingenioso Hidalgo es el estudio psicológico más completo de la complicada alma española, quizá no superado, en este solo aspecto, más que por el voluminoso conjunto de los "Episodios Nacionales", de Pérez Galdós.

Una faceta característica del español es la dualidad, el fuerte contraste; no cabe, pues, personificarle más que en un raro ejemplar humano, ya que las más contrapuestas tendencias e inclinaciones, idealistas y positivistas se amalgaman en su alma; así se nos describe a la vez como marciales y pendencieros, místicos y sensuales, altivos y hospitalarios, más amantes de la buena vida que de la riqueza, individualistas y abnegados, tan autoritarios como poco obedientes, dos tercios de Quijote y uno de Sancho, más inclinados a las prisas de la aventura que al método y la reflexión, temerarios y prudentes, sedientos de pompas y sencillos en el trato, avaros de estimaciones y generosos de los bienes, mitad caballeros y mitad frailes, orgullosos y amigos de las bromas extremadas, de gran ingenio para chistes y donaires, pero de excesiva credulidad y tan propensos a imponer nuestro criterio como refractarios a aceptar el contrario. Por ello, las figuras de don Quijote y Sancho vienen a ser como una gran síntesis de nuestra alma y el símbolo de la ley psicológica nacional.

Para algunos, como "Azorín", la cualidad fundamental de ese complicado laberinto anímico es la dignidad; pero en igual y primer plano se encuentran, en nuestra opinión, el apetito de mando, la credulidad y la espiritualidad cristiana, como si fueran cuatro grandes núcleos de atracción recíproca, de diferente fuerza en cada momento, a cuyo alrededor se agrupasen otras cualidades secundarias, y de cuya amalgama y choque surgieran las facetas intermedias. Por eso, si pudiéramos representar al alma española por un cuerpo geométrico, sería un multi-poliedro *de forma tetraédrica, cuyos cuatro vértices corresponderían a esas cuatro cualidades; pero que por estar en permanente movimiento giratorio, lento, irregular y oscilante, la cúspide o punto dominante del conjunto variaría con la época considerada.*

Estas cuatro cualidades resplandecen a cada paso en toda nuestra historia, en la literatura, en los casos concretos y hasta en los refranes como compendio de la sabiduría popular. Veámoslo:

DIGNIDAD O SENTIMIENTO DEL HONOR.—*Tan destacada es esta característica, que nuestro "orgullo" es tan conocido mundialmente como el "spleen" inglés o la "tenacidad" alemana; y no es orgullo, sino integridad, nativa dignidad, natural producto de nuestra agitada historia guerrera, que nos hace repeler el servilismo y la esclavitud, en cuyas escuelas no pueden formarse ni vivir los caballeros y, por tanto, los militares. Así, en los mismos balbuceos de nuestra historia, las mujeres cántabras, ante la poderosa y asombrada Roma, lanzaron para la raza hispana esta oración sublime, orientadora del futuro: "Madres de hijos muertos, sí; madres de hijos esclavos, no", dijeron, cuyo alto y fiero ejemplo ni hemos olvidado ni podemos olvidar, pues es de todos los tiempos la figura del español que trazó Calderón en aquella hermosa octava real que termina con estos versos:*

Todo lo sufren en cualquier asalto,
sólo no sufren que les hablen alto.

Celebrábase la batalla de Muret el 12 de septiembre de 1213, entre aragoneses y franceses. Dos caballeros de este último ejército habíanse juramentado para matar al monarca aragonés, y acometieron a un lujoso y bizarro jinete tomándolo por él; mas como se defendiese sin gran resolución, uno de ellos exclamó: "Este no es el Rey; don Pedro es mejor caballero"; el Rey, que le oyó, contestó con altivez: "Tenéis razón, el Rey soy yo", y acometió a sus enemigos hasta perder la vida en el campo de batalla.

Y el Conde de Benavente, que después de cumplimentar la orden del Emperador alojando al Condestable de Borbón en su palacio, lo incendia porque "una casa manchada con la presencia de un traidor no era ya digna de habitarse por un hombre de honor".

Y el guerrillero José Roméu Porras, que en 1812 operaba por las provincias valencianas, es sorprendido y prisionero en Sot de Chera el 8 de julio y llevado a Valencia; el General Saint Cyr le brinda la libertad si reconoce la dinastía francesa de José Bonaparte, y contesta: "Roméu es un español nacido en Sagunto." Se le condena a la horca y, ya en capilla, un mensajero francés le hace saber la

angustiosa situación de su mujer e hijos, que, perseguidos, se encuentran hambrientos por los montes de Cofrentes y que con una sola palabra puede salvarse y salvarlos, y responde: "Mi esposa y mis hijos tendrán un nuevo padre en cada español que sobreviva"; el enviado insiste y, admirado de su entereza, le insinúa que podía acceder a la exigencia del Mariscal, aunque en su interior sintiera lo contrario, y con altivez replica: "Antes morirá Roméu que mentir." Fué ejecutado; pero Sagunto, cuyo nombre evoca otras gestas patrias, le levantó en una de sus plazas una estatua como ejemplo vivo para el futuro y testimonio perenne de la dignidad española.

El Pedro Crespo de "El Alcalde de Zalamea"; el Blas Pérez de "El Zapatero y el Rey"; la voz de nuestras Cartas pueblas, la behetría, los Concejos, el silencio de "Fuenteovejuna", el tesón de los Procuradores de nuestras antiguas Cortes, la guerra de Liberación, todas son ramas del mismo recio roble, manifestaciones constantes de la dignidad española, siempre sedienta de superación.

¿Cómo, pues, habían de faltarles esta cualidad a don Quijote y a Sancho? En éste se manifiesta cuando deja el apetecido gobierno de la ínsula, pues comprende que no está a la altura de las funciones que había de ejercer; en aquél, cuando, vencido e inmovilizado por el caballero de la Blanca Luna, no quiere reconocer que pueda existir una mujer más hermosa que su amada y dice: "Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame con ella la vida, pues me has quitado la honra."

CREDULIDAD EXCESIVA.—*Cervantes nos pinta al Hidalgo cautivado por los libros de Caballería que lee y cuyos hechos y acciones sorprendentes cree a pie juntillas; olvida el aforismo senequiano de "que todo el que tiende a cautivar su juicio y no a elaborarlo, nunca raciocina y siempre cree", y sugestionado por lo que desea, sale en busca de aventuras, tomando en su exaltada imaginación las ventas por castillos, los molinos de viento por gigantes, las mozas de partido por princesas, los venteros por castellanos y los rebaños por ejércitos. Es tanta su buena fe, que llega hasta a liberar a los galeotes, que después le apedrean, maltratan y roban, porque cree que la maldad de esos hombres no es más que una consecuencia de la maldad de los demás. Y de esta credulidad participa Sancho, pues si bien muchas de las cosas que le comunica su señor no las cree, lo disimula, que, al fin y al cabo, menos molestias y sufrimientos le imponen las locuras de su amo que el esfuerzo que habría de realizar en su cotidiano trabajo campesino, tanto más cuanto que por dichas locuras podría llegarle la corona condal o, por lo menos, el anhelado gobierno, en cuyo ejercicio podría desquitarse; conducta que no es más que el fruto de una amalgama de su credulidad y pereza, estimuladas por la ambición.*

Y esta credulidad y esta pereza colectiva se ve en la España de siempre, donde el pueblo ha creído y cifrado su salvación en fórmulas maravillosas y en recursos de arbitristas ajenos a su propio esfuerzo, o en simples palabras mesiánicas y sonoras que, como la lluvia, habrían de venir de arriba: europeización, constitución, república, revolución etc.; es que somos la Nación de los grandes arranques y momentos, donde siempre surgirá un Primo de Rivera para un 13 de septiembre, un Sanjurjo para un 10 de agosto, un Franco para un 18 de julio; pero en la que, por regla general, no se ha encontrado, a partir del siglo XVII, ese tipo medio del ciudadano necesario para todos los días intermedios, en los que hay que vivir de esas virtudes menores que se llaman disciplina y jerarquía social, cumplimientos del deber, respeto hondo y sentido de la Autoridad, rendimiento en el trabajo. Por eso en las crisis que los pueblos padecen, se ha dicho, y con razón, que las dificultades más graves no son originadas por los hechos externos, sino que radican en los propios ciudadanos del país, porque es en el alma de un pueblo, mucho más que en los acontecimientos, donde hay que buscar las causas de su Destino.

AFAN DE MANDO.—*Es tan primordial esta cualidad en el español, que aun para los militares que ejercen permanentemente el mando dentro de una severa y reglamentada disciplina, las propias Ordenanzas consideraron preciso ponerle el freno de que sea* honrada *la ambición* de merecer *ascensos, distinguiéndola así de la simple pasión o deseo de mandar. Tanto don Quijote como su escudero se nos muestran llenos de este deseo primordial y acuciante; el Hidalgo se considera capaz de oscurecer la fama de Licurgo, Solón, Dracón y cuantos legisladores existieron en el mundo; está poseído de que sus leyes no dejarían ningún menesteroso sin amparo, ninguna desventura sin socorro, que en adelante no habría ningún entuerto que enderezar; llevado de esta rectitud del fin que se propone, no piensa con la cabeza, sino con el corazón, porque si no recordaría que esos deseos fundados en el amor y en la caridad fueron los que llevaron a la Cruz al Hijo de Dios, precisamente a petición de esos humildes y desvalidos, que fueron los que gritaron ¡crucifícale!, y habría pensado que ni aun la práctica de esa doctrina a través de los siglos había acabado con la existencia de humildes y de entuertos; cree, sin embargo, que si así ocurre, es por falta de leyes o, por lo menos, por falta de príncipes y de autoridades que las hagan cumplir; de aquí su deseo fijo de que sus aventuras le conduzcan a la conquista de una*

corona para poder dar leyes y hacerlas cumplir... a los demás; es el ¡trágala!, locura tan española de todos los tiempos. Sin embargo, este apetito de mando, estos propósitos de legislador, no tienen ni un átomo de avaricia ni aun de codicia, pues él puede practicar la fórmula de la felicidad o del modum ferva *de Cleóbulo, uno de los siete sabios de Grecia, porque tiene la suficiente para vivir y aun algo para lo superfluo, que emplea en comprar libros de Caballería, llegando incluso a vender parte de lo que tiene, para ir en busca de la corona de Emperador.*

En Sancho se ve también el afán de mando, pues cuando el Hidalgo le hace la proposición de seguirle, sostiene una lucha íntima entre el salario fijo que desea y la promesa de un gobierno, y ésta es la que le decide a acompañarle; pero este afán en Sancho está lleno de codicia, y si lucha entre el salario y la promesa es porque no sabe cuál será la que le satisfará más; olvida que uno y otra no le librarán de su condición servil; se decide por la promesa porque ésta puede proporcionarle el medio de huir para siempre del odiado trabajo manual y darle la satisfacción de comer en buenas vajillas, abrigarse con pieles, incluso facilitar buenos casamientos a su prole; mas como esto era un poco problemático, a fin de sostenerle en el cumplimiento de su compromiso, tiene buen cuidado Cervantes de ponerle como señuelo, en sus primeras aventuras, los cien escudos de la abandonada maleta hallada en Sierra Morena; ignora aquel otro aforismo de Séneca de que "el conseguir riquezas no acaba con los sufrimientos, sino que lleva consigo una mudanza de ellos"; quiere y desea mandar, no por pasión de mando, ni por avaricia de atesorar dinero, sino simplemente para no trabajar y darse buena vida.

Esta pasión de mando, tan bien discriminada por el doctor Marañón en su biografía del Conde Duque de Olivares, y esta falta de ambición materialista son las que nos han dado siempre nuestra fuerza individual, pero al mismo tiempo nuestra debilidad colectiva como entidad nacional: son las que han guiado y han producido una ingente cantidad de héroes en todas las épocas de nuestra Historia, pero son también las cualidades temperamentales que han impedido que conserváramos en el mundo la preponderancia que nuestras grandes epopeyas nos hicieron merecer. Y este apetito, lejos de disminuir con el tiempo y con la instrucción, adquirió un mayor desarrollo en el siglo pasado con el liberalismo, que hizo de la política la manera de vivir de muchos y en el que todos y cada uno desearon mandar y suspiraron por los gobiernos de ínsulas, desarrollando personalismos y zancadillas para alcanzar el poder, como si la gobernación de un Estado no requiriese una mayor estabilidad que cualquier otra empresa particular. Es que nuestro país requiere formas de gobierno, que otros pueblos ni

sienten ni comprenden, pero cuyas normas y procedimientos no pueden adaptarse al temperamento español.

SENTIMIENTO RELIGIOSO.—*Tampoco podía faltar en los protagonistas de la obra cervantina, cuya bondad natural resalta, pese a las alucinaciones del uno y de la socarronería desconfiada del otro, pero cuya profunda formación cristiana manifiestan, en la resignación con que Sancho deja su cargo de gobernador y en la retractación que de sus errores hace Alonso Quijano a la hora de su muerte*

Y es que este sentimiento religioso, la fe y la moral cristiana, presiden por doquier nuestra historia. Así es el lazo de unión entre la raza vencedora y la vencida en los períodos godo y romano: mantiene el espíritu y alienta la lucha contra los invasores en la Reconquista, en la guerra de la Independencia, en la propia guerra de Liberación; libra a nuestra Patria de elementos perjudiciales a la unidad étnica y espiritual (moriscos y hebreos), causa prima, quizás, de muchas otras luchas posteriores; inspira y preside la obra colonizadora de América y su legislación de Indias; es el que hace que mantengamos el Catolicismo en Europa; nutre el genio de nuestros grandes artistas y el de nuestras célebres Universidades de Salamanca y Alcalá; es el que da a todas nuestras gestas y hechos ese sello de espiritualidad, de idealidad que nos distingue de los demás pueblos, y es, en fin, el que en medio de la descomposición actual del mundo mantiene todavía en España la organización cristiana y tradicional de la familia, como el puntal más firme de la nación. Es que el sentimiento religioso constituye el resorte más poderoso de la voluntad y el motor más eficaz para la acción.

* * *

El mundo moderno, como consecuencia de las dos más grandes guerras de la humanidad, soportadas por una misma generación, parece como si hubiera vaciado al hombre del sentido moral que había sido acumulado durante siglos, entregándole a las granjerías de un materialismo absoluto; por fortuna, España es hoy la nación menos contagiada, pero debemos vigilar y pulir constantemente nuestra alma, porque el fundamento principal de la grandeza de un pueblo reside, más que en nada, en la fuerza de su carácter y en la permanencia de su acción en la Historia. Que el Quijote *sea siempre considerado, como lo calificaba su propio autor, de libro que "los niños lo manosean, los mozos lo leen, los hombres lo entienden y los viejos lo celebran", ayudándonos a practicar la máxima "Nosce te ipsum".*

BRM Cardenal Cisneros

LAS DOS MITADES DE *Miguel de Cervantes*

Capitán de Artillería JOSE MANUEL MARTINEZ BANDE

1 He aquí dos actitudes del hombre radicalmente distintas. El intelectual —se llame escritor, artista, investigador— vive en un mundo propio, coto cerrado que su espíritu le forja, donde se mueve más a gusto que en contacto con el aire de fuera. El guerrero pelea —o se prepara a pelear— frente al enemigo, un ente ajeno, que se puede contar y pesar, algo definible con líneas y colores, algo del mundo exterior. Dos actitudes tan opuestas parecen, a primera vista, irreconciliables. ¿Cómo el imaginativo, el hombre cuya más exacta estampa es la del pensador, quieta la figura, meditando, podrá aparearse dentro de sí mismo y entenderse con el que tiene por misión emprenderla a mandobles con medio mundo?

Y, sin embargo, la realidad dice que, con frecuencia, se han entendido y que no tienen por qué no entenderse. Raro es el que no lleva dentro algo que quedó frustrado. El hombre muchas veces quiere, de niño, una cosa, y luego la vida le lleva hacia otras playas: pasa el tiempo y los afanes y trabajos de cada día le ocupan por entero; ya no se acuerda de lo que quiso. Pero antes sintió su verdadera vocación. Este es el secreto de las extrañas admiraciones de muchos. ¿Quién no ha tenido su "violín de Ingres"? Si Federico de Prusia tocaba la flauta, Alfonso X hurtaba tiempo a su tarea de reinar para componer loores a la Virgen; véase en esta menuda historia de la intimidad de los destacados, huella de truncados afanes. No pudieron desarrollarlos: el cerco que la vida social, la educación, los amigos, los estudios, la propia Historia les puso, se lo impidió.

Abramos de par en par la vida de los grandes capitanes. Hay quien se los imagina eternamente dando voces, soltando "rayos y centellas", jurando de todo. Sin embargo, una mirada superficial nos dice cómo, por de pronto, fueron muchos de ellos magníficos gobernantes. Difícil deslindar política y milicia en Julio César, en Jaime *el Conquistador*, en Carlomagno; incluso en militares profesionales: el Gran Capitán, el Duque de Alba. Y la política es, generalmente, arte sutil, opuesto a la radical acción de las armas.

Doblemos la página. De vez en cuando las aguas se remueven. La Historia pasa de épocas tranquilas a los días turbulentos. Corre un cierzo violento que deja remolinos en todos los rincones; se

sienten altos ideales. Entonces los hombres de cualquier condición toman las armas. Y luego, muchos no regresan a su vida antigua.

He aquí una doble corriente: el hombre de armas remonta actividades distintas a la suya habitual y el hombre civil se hace soldado provisionalmente, y a veces esa provisionalidad se vuelve luego definitiva.

2 ¿Qué le lleva a este último a trocar el traje vulgar de su país, el traje "de paisano", por el uniforme? Varios pueden ser los motivos, pero yo sólo quiero fijarme en uno: la admiración por el heroísmo. El heroísmo, para ciertos ánimos, es un imán. Particularmente el tipo más vulgarizado y conocido de héroe, el héroe por temperamento, el que parece poseer una cierta predisposición a ser un elegido "de los dioses", como dirían los paganos.

Baltasar Gracián hablaba, a este efecto, del *natural imperio* del nacido héroe: "Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio. Tienen sus razones un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz... Sujétaseles la más orgullosa mente sin advertir el cómo, y ríndeseles el juicio más exento. Tienen mucho andado para leones en humanidad, pues participan de lo principal, que es señorío."

El heroísmo, encarnado en esos "leones en humanidad", lanza su lejana y poderosa voz sobre determinados espíritus: a su conjuro sienten estos, cómo les nacen alas a su corazón, cómo se les va el alma tras las historias heroicas, los hechos sin par, las gentes elegidas para entregar mensajes a "los otros", los hombres vulgares. Y quieren ellos también ser así. La vida la notan pequeña. Son gentes imaginativas, sensibles, de cuerpos débiles muchas veces; algo distinto del guerrero clásico perpetuado en bronces y frisos. Pero allá lejos está la Historia que forja héroes. Y si tienen suerte de nacer en un buen momento, esos héroes les son contemporáneos y conviven con ellos; pasan próximos, les rozan, notan su respirar.

¡Cómo resuena para algunos el acerado y radiante heroísmo!

3 Cervantes tuvo honrados pañales, pero pañales míseros. Su padre, cirujano torpe y despreciado, va de acá para allá. Desde pequeño se acostumbra Miguel a la vida trashumante del que no tiene hogar porque en todas partes le cierran las puertas. Juventud sin goces, posiblemente triste, o al menos amarga.

Los tiempos, sin embargo, son magníficos. España reluce en el mundo como un ascua de oro Primeros años de la segunda mitad del siglo XVI. Felipe II es amo del orbe. Aún no hemos sufrido derrotas. Y el temple español reúne la experiencia de los años de duro batallar para forjar la nacionalidad, las bondades de razas dispares que los siglos fundieron, la brillantez del mediodía, la capacidad práctica levantina, el buen sentido trabajador, casero y a la vez lírico, del hombre del norte y la aspereza casta y viril de la meseta, dureza española que ni quiebra ni se dobla.

En tal España maravillosa el soldado era uno de los goznes, era un pilar señero. Ya, sin embargo, ese soldado no tenía siempre que ver con el antiguo caballero medieval. En los tercios y compañías se *alistaban* pícaros, huídos de galeras, hombres con las manos manchadas en sangre, haraganes, y también es verdad que gente de pro. Mas, pese a esa extraña compostura del ejército español, todavía pervivía en las mentes de la mayoría aquel sentido noble de la milicia, que la convertía en una de las formas selectas de existencia. Aún sonaban frescas, a vivo, aquellas palabras de Raimundo Lulio (siglo XIII): "Son muchos los oficios que Dios ha establecido en el mundo para que los hombres le sirvan, pero los más nobles, más honrados y más semejantes son los de clérigo y caballero."

Miguel de Cervantes, de familia pobre, sin hidalguía, sin posibilidad de estudios, sin horizontes, debió de mirar acá y allá. Todo parece hostil, todo semeja estar cerrado. Sin embargo, los soldados se alistan un día y otro. Van a lejanas tierras. Mueren. O ascienden y son alféreces, capitanes; y más quizá. El vulgo cuenta sus hazañas. Les admira la prosaica gente. Se puede morir o llegar a héroe.

Entonces Cervantes se hace soldado.

4 Su vida militar es sencilla. 1570. Italia. Lepanto, "la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperen ver los venideros". Italia otra vez. Y en 1575 —al caer prisionero del pirata Arnaute Mami, *el Cojo*, renegado griego— termina su carrera militar.

Verdad es que en su cautiverio se porta como un hombre, como un verdadero soldado. Trata de evadirse hasta cuatro veces, y al fracasar, recaba siempre para sí toda la responsabilidad: "Ninguno de estos cristianos que aquí están —dice tras una evasión frustrada— tiene culpa de este negocio, porque yo sólo he sido el autor del y el que les ha inducido a que huyesen." Es el alma de los prisioneros, el que levanta su ánimo.

Y es cosa de ver como todas esas calamidades tienen su raíz en su afán de prosperar en la Milicia. Al caer bajo los piratas se dirigía a España, con cartas de recomendación para el católico Señor del mundo, Felipe II, escritas por Don Juan de Austria, general en Jefe en Lepanto, y el Duque de Sessa, Virrey de Nápoles; con ellas pretendía nada menos que ser nombrado capitán. ¿Nos imaginamos lo que esto significaba entonces?

La voz capitán había sido aplicada en la

Edad Media a los gobernadores de las fortalezas importantes y también a los caudillos o jefes principales de tropa. Este último significado es el que perdurará durante mucho tiempo, llamándose capitanes, en un sentido figurado y a modo de alias, a los grandes conductores de gente armada —*El Gran Capitán*, por ejemplo—. En tiempo de Cervantes, la voz conserva aún sus mejores timbres: capitán es el que manda la Capitanía, no simple compañía al modo de ahora, sino casi, en importancia y número de gente, el actual Regimiento. Ser capitán era, pues, el primer escalón importante del que quería llegar a las más altas cumbres: era empleo militar fundamental en la organización del Ejército y clave en las batallas.

Cervantes quiso ser capitán, y ello nos dice de su sueño, pero también del buen concepto que se llegó a tener de él; que por mucha que sea la fantasía, ningún soldado piensa en ser, de golpe y porrazo, jefe. Cervantes quiso ser capitán, pero su cautiverio le tumbó los proyectos. Cuando, ya libre, en 1580 quiere hacer valer sus planes, nadie se acuerda de él. Va a Portugal, donde de momento está la Corte, inútilmente. Y lo vemos paseando nervioso en largas antesalas, buscando gente de que hacerse oír.

En 1585 publica su novela pastoral *La Galatea*, y por entonces hace representar varias obras teatrales; el hombre de acción vuelve a ser el hombre imaginativo, intelectual.

5 ¿Comprendemos bien lo que esto significa? Durante diez años se ha ceñido el uniforme, se han ambicionado rosados sueños, se ha estado en contacto con el heroísmo. En Lepanto no cabe duda de cuál debió ser el buen comportamiento de Cervantes. Recordar aquellas palabras del que, enfermo y todo, pide un puesto de peligro: "Más vale pelear en servicio de Dios y de mi Rey que quedarme so cubierta." Y esta declaración hecha luego, a modo de resumen, y que no puede sonar a vanidoso por lo sincera: "En fin has respondido a ser soldado —antiguo y valeroso, cual lo muestra— la mano de que estás estropeado".

Se ha estado, sí, tocando el heroísmo y, de pronto, hay que dejarlo a un lado. La Historia presenta de vez en cuando ejemplos así. La mala suerte, la mutilación, la enfermedad, un incidente malaventurado separa de las Armas al que las sintió de lleno. Se trunca la misión de un hombre. En Cervantes fué, pues, primero la literatura; pues, cuando en 1570 se alista en el tercio de Don Miguel de Moncada, había ya dado amplio cultivo a la poesía; pero esto nos dice que la Milicia no fué para él un simple recurso, pues un hombre de espíritu no se da a la misma si sólo ve en ella un oficio servil.

¡Cómo le cambia la existencia! Ahora le esperan las pequeñas luchas, las pequeñas victorias y los pequeños reveses: hay que lidiar cada día con la necesidad. Se hace cobrador de contribuciones y recorre los pueblos de Andalucía entre números, papeleo, detalle.

Mirando a la vida desde éste rincón de la cotidiana prosa, ya no parecen tan distintos el soldado y el intelectual; antes bien, les vemos unidos por su falta de sentido práctico, en el comercio diario, perdidos cada cual en sus arrebatos, unos de heroísmo, otros de fantasía. Cervantes casa bien una y otra vocación en esta declaración, ingenua y a la vez profunda: "Yo señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte y sobre la otra mitad Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra y algunos otros, y los más maduros, en el de las letras".

Quiso los laureles de bronce y no pudo conseguirlos. Su misma imaginación desbocada, que luego creará sus mejores escritos, le llevaba a ello. Y su pluma cantará ya siempre, con temple, la admiración por el clima de altura de los espíritus esforzados.

6 Esa admiración por lo difícil fué siempre bien nuestra. Séneca había dicho: "No tiene Dios al hombre virtuoso entre placeres; lo prueba, lo endurece y lo prepara para sí." Y el padre Vi-

toria: "El varón fuerte se deleita en conseguir su fin, pues llena su deseo." Ahora bien; éste no rehuir la aspereza, antes muchas veces buscándola, es la más pura raíz del heroísmo. La admiración por lo difícil llega en algunos escogidos a pretender no ser influídos por la adversa suerte: "Muestre un mismo semblante en ambas fortunas", había aconsejado Saavedra Fajardo. Que luego esto sea posible en otra cuestión, pero aquí señalamos únicamente el anhelo español por recorrer los caminos ásperos, estrechos y pinos y el afán de no dar importancia a la excursión.

En Cervantes no es difícil encontrar a montones citas de este tenor. Su vida misma fué una constante dificultad. Llevado por su malaventura, ha de vivir casi siempre contra corriente de sus propios deseos. Ni el hogar ni la sociedad le son acogedores. El triunfo en las Letras no lo consigue realmente hasta la publicación de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo* (1605). Tiene ya entonces, con los 58 años, "las barbas de plata, que no hace veinte años fueron de oro". Está gastado el mutilado de Lepanto, el cautivo de Argel, el que quiso ser Capitán. Conoce bien la soledad, que siempre es triste, cuando la impone el abandono de la gente, y en la que, a pesar de todo, sabe hallar goce: "¡Oh soledad, alegre compañía de los tristes!"

Los éxitos tardíos de la pluma son dignos de la mayor admiración. El escritor ha tratado en vano, una y otra vez, de hacerse oír: escribe sin cesar y nadie le lee. Pasan los años, y él sabe que con cada uno, uno menos le queda de vida, esto es, de ocasión de triunfar. Pero no cesa. Es su temple. "En la porfía—encierra la victoria su alegría", dirá Cervantes.

Y aún después del triunfo le persiguen las desventuras. Sigue sin hogar, sin voces amigas; le parodia vilmente su *Quijote* el buen truán de Fernández de Avellaneda, "natural de la villa de Tordesillas"; se ve envuelto, sin su culpa, en un proceso criminal; y él se remite a lo que en cierta ocasión proclamara Don Quijote: "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo es imposible." ¿Seremos capaces de deslindar, en muchos aspectos, dónde empieza don Miguel de Cervantes y dónde termina don Alonso Quijano?

Y así siguen las cosas. Sus últimos años son de extraordinaria fecundidad literaria: *Novelas ejemplares*, *Comedias*, *Entremeses*, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, la segunda parte del *Quijote*. Se diría que tiene prisa por proclamar algo: "Mucho prometo con fuerzas tan pocas; pero ¿quién pondrá rienda a mis deseos?" Moribundo casi, exclamará: "El tiempo es breve, las ansias crecen." Y, sobre todo, que "el soldado mejor parece muerto en la batalla que libre en la fuga".

7 ¿Fué la Milicia la que le infundió ánimo tanto, o fué a la Milicia porque tal ánimo tenía? Su sentido militar —en el concepto del deber rígido, de austeridad moral, de altos afanes— bien probado lo dejó. Podríamos aquí reproducir algunos párrafos del *Quijote*, y a la cabeza el famoso "Discurso de las Armas y las Letras" sin olvidar otras obras como su *Numancia*, verdadera exaltación del heroísmo. Lo escribió todo la mano diestra, que quedara sana en homenaje a la siniestra, que un arcabuzazo mancó. Sus dos personalidades —hombre de fantasía y hombre de acción— parecen en esas manos encarnarse.

No debe, sin embargo, extrañarnos demasiado el caso de Cervantes. Por entonces, poco más o menos, si el valiente don Sancho de Londoño redactaba su *Discurso sobre la disciplia militar*, fueron soldados —y no a la fuerza sino orgullosos de serlo— gente tan ilustre como Alonso de Ercilla, Garcilaso de la Vega, Calderón de la Barca y tantos y tantos que la memoria olvida. Era una época en la que el sentido de lo heroico informaba el tono general de la vida. No existía la separación abismal que hoy día aisla unas y otras profesiones. Los bravos capitanes cultivaban las letras y las Letras confraternizaban con las Armas.

8 La figura acabada del héroe, según el concepto español y cristiano, está aún por dibujar. De dar la vida en Lepanto a morir como Dios manda, no hay un paso. "Si está decretado que haya de perder la vida, cúmplase la voluntad de los cielos", dice Cervantes en su lecho de muerte, como en la fragata *Marquesa* gritara un día su deseo de pelear "en servicio de Dios y de su Rey"; y el Rey era el católico Felipe II, que si mandaba su escuadra contra los turcos, era para defender la fe y la cultura del mundo occidental.

La sublimación del héroe griego y romano, figura que tiene algo de monstruosa, al querer fundir de mala manera la humanidad terrena con la divinidad, es obra del cristianismo, y en ella España ha tomado buena parte. "Ser héroes del mundo [al modo del tiempo pagano], poco o nada es; serlo del cielo [por una causa justa], es mucho", había dicho Gracián. Sólo dando a las luchas terrenas la brisa fresca de una razón más allá de lo natural dejan de ser peleas criminales.

Buceando en la vida y en el pensamiento de Cervantes, encontraremos anomalías, aparentes oposiciones entre su vocación de soldado y su vocación intelectual, para ir a dar en el héroe cristiano, que quiso ser y que en el fondo fué, aunque él no acertase seguramente a verlo. Murió, sin saber probablemente cuál había sido su verdadero papel en la vida. Quizá le dolió no ver entregado a los demás el mensaje que creyó recibir de lo alto. Pero no fué culpa suya si nosotros no acertamos a recogerlo.

El Quijote en la pintura moderna española. Cuadro de Sorolla

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

LA PROFESION DE LAS ARMAS EN LA OBRA CERVANTINA

JOSÉ JOAQUÍN AGUINAGA, Comandante de Artillería

HEMEROTECA

CUANDO se investigan las relaciones de Cervantes con la milicia, suele ser obligado recurrir a la batalla de Lepanto si se estudia la vida del escritor, y si se considera, en cambio, su obra, al llamado *Discurso de las Armas y de las Letras*, incluído en la segunda mitad del capítulo XXXVII y en todo el XXXVIII, ambos de la primera parte del *Quijote*. Sin embargo, la aportación de Cervantes a una literatura militar no termina con esto. A lo largo de sus obras trata repetidas veces de temas relacionados con la milicia, hasta el punto de que nuestro trabajo está inspirado en citas cervantinas, ninguna de las cuales corresponde al *Discurso* citado, que no hemos querido traer aquí por demasiado conocido.

* * *

El siglo XVI, en que trascurre la mayor parte de la vida de Cervantes, era todavía para España un siglo heroico, en el que —como observa Antonio Espina— "aún no cantaban los mozos que partían para Africa, para Italia o para los Países Bajos aquella canción escéptica que ya a principios del siglo XVII, cuando empiezan a llover los desengaños, se oía por los caminos de nuestra Patria: "A la guerra me lleva mi necesidad—si tuviera dineros no fuera, en verdad."

Y es lógico que quien vivió—y padeció—la jornada de Lepanto consagrase repetidas veces a ensalzar las virtudes castrenses una pluma apta para usarse

> "pintando en la palestra rigurosa
> las acciones de Marte o entre flores
> las de Venus, más blanda y amorosa" (1).

La pluma y la espada no se oponen. "Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza" (2). Misión del escritor es muchas veces la de procurar a las armas gloria perdurable:

> "Y fué muy justa prevención del Cielo
> que a un tiempo ejercitaras tú la espada
> y él su prudente y verdadera pluma;
> porque, rompiendo de la envidia el velo
> tu fama en sus escritos dilatada,
> ni olvido, o tiempo, o muerte la consuma" (3).

Tanto la una como la otra pueden borrar "la mancha que una honra lleva puesta" (4), y hasta tal punto no se oponen, que "no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen

un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece" (5).

* * *

Cervantes canta la guerra con extremos que sólo justifica la exaltación poética:

"Y aquel que no ha gustado de la guerra,
a do se aflige el cuerpo y la memoria,
parece Dios del Cielo le destierra" (6).

El se refiere, naturalmente, a aquella "guerra justa" que tanto estudiaron nuestros filósofos y moralistas, y que Cervantes define así en sus motivos: "Los varones prupentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey, en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta—que se puede contar por segunda—, es en defensa de su patria" (7).

Una guerra así concebida puede ser fuente de virtudes: "Fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos y, sobre todo, aprendí a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano" (8). También será manantial de gloria imperecedera, pues "ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama" (9), y "la honra que por ella se alcanza, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras" (10).

En procurar la justicia de las contiendas pondrán tanto interés las naciones como los individuos, pues

"quien lleva en el desafío
a la razón de su parte,
de hombre tierno se hace un Marte;
de flaco y torpe, con brío" (11).

Y por el contrario,

"la fuerza del ejército se acorta
cuando va sin arrimo de justicia,
aunque más le acompañen a montones
mil pintadas banderas y escuadrones" (12).

Por eso, cuando un pueblo tiene la razón de su parte, podrá también lanzar a los cuatro vientos, como el personaje de Cervantes:

"pues yo, en mi espada y mi verdad lo dejo
y en la sana intención de mi buen pecho" (13).

* * *

Entre las virtudes que caracterizan al soldado destaca, para Cervantes, el valor, porque "la guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes" (14).

Este valor no hemos de buscarlo fuera de nosotros,

"porque no se coronan en la gloria
si no es los capitanes valerosos,
que llevan en sí mismos la victoria" (15).

ni en las armaduras, pues hemos de ir "más que de hierro, de valor armados" (16), porque

"el cobarde está desnudo
aunque se vista de acero" (17).

Tampoco servirán de mucho las fortificaciones si falta el buen ánimo:

"donde el deseo de la fama se halla
las defensas se estiman en un cero
y a campo abierto salta a la batalla" (18),

si bien advierte Cervantes:

"quiero inferir que puede ser valiente
detrás de un muro un corazón medroso
cuando a sus lados que le animan siente" (19).

El valor será discreto y cumplirá con las obras tanto como promete con las palabras, ya que

"el vano blasonar no es admitido
de pecho valeroso, honrado y fuerte.
Templa las amenazas, Fabio, y calla,
y tu valor descubre en la batalla" (20).

Será igualmente comedido, pues "nunca dijo bien la crueldad con la valentía" (21), y no desdeñará ser regido por la prudencia, ya que "la valentía que entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza" (22), y "la que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo" (23). Este toque de situar el valor en su justo medio es delicado: "La valentía es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde" (24).

No cederá ante las adversidades, siguiendo el ejemplo de aquel que

"dijo: —Caí, paciencia; que algún día
será la nuestra, mi valor mediante" (25).

o de quien pensaba

"a la triste fortuna, alegre cara
debe mostrar el pecho generoso;
que a cualquier mal, buen ánimo repara" (26).

No ha de fundarse en vanas supersticiones:

"Menandro, al que es buen soldado
agüeros no le dan pena,
que pone la suerte buena
en el ánimo esforzado,
y esas vanas apariencias
nunca le turban el tino:
su brazo es su estrella o sino;
su valor, sus influencias" (27).

El valeroso tiene ya mucho adelantado para su éxito:

"El que, en el palenque puesto,
teme a su contrario, yerra,
y está el que animoso cierra
a la victoria dispuesto" (28).

Por el contrario, "la fuerza de los valientes, cuando caen, se pasa a la flaqueza de los que se levantan" (29).

El miedo a perder la vida no ha de ser causa de que el valor mengüe. A la frase de Marcela:

"la desventura mayor
más espantosa y temida,
es la de perder la vida.

contesta D. Antonio:

—Primero es la del honor" (30).

Y en otro punto se advierte: "El soldado

más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga" (31), y "las heridas que muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza" (32).

Solamente el cobarde

"quiere dar a sus pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene" (33).

Pero ya se señaló antes que ni el valor es la temeridad ni está reñido con la prudencia; "que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza" (34). O dicho de otro modo: "Tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo ¡Santiago y cierra, España!" (35).

* * *

En los versos que siguen se contiene un elogio de la disciplina:

"Si a militar concierto se reduce
cual que pequeño ejército que sea,
veréis que como sol claro reluce
y alcanza las victorias que desea;
pero si a flojedad él se conduce,
aunque abreviado el mundo en él se vea
en un momento quedará deshecho
por más reglada mano y fuerte pecho" (36).

Presupuesto de ella es la obediencia, deber y gloria del militar, pues, "a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su Capitán le manda que el mismo Capitán que se lo ordena" (37), y "tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia a sus Capitanes y a los que mandar le pueden" (38).

La vida y la disciplina castrenses exigen una austeridad que mal se compagina con las carnales satisfacciones:

"La blanda Venus con el duro Marte
jamás hacen durable ayuntamiento
y mal se aloja em las marciales tiendas
quien gusta de banquetes y meriendas" (39),

ni tampoco con un afeminado abandono:

"No me huela el soldado otros olores
que el olor de la pez y de resina" (40),

porque "al soldado mejor le está el olor a pólvora que a algalia" (41).

Se ha de advertir, sin embargo, que aquel siglo caballeroso y enamorado veía con buenos ojos que el amor sirviera de estímulo a las empresas guerreras: "Id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas; feliz fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes que esperaran que el premio de sus victorias había de ser gozar de sus amadas" (42).

Decir guerra es decir privaciones, "que las cosas a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando" (43). Estos inconvenientes no se han de olvidar por más que quiera rodearse aquélla de una aureola atrayente: "Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado..., pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas de este jaez, que algunos las toman y tienen por añadidura del peso de la soldadesca, y son la carga principal de ella" (44).

En alguna ocasión la incomodidad puede ser motivo de burla y alguien encontrará bienes donde otros sólo males perciben. Tal el que dice:

"Dura y detestable guerra,
por sólo aquesto eres buena:
que en pluma vuelves la arena,
y en blanda cama la tierra.
Tú ofreces, doquier que estás,
amplios y extendidos lechos" (45).

* * *

Cervantes no olvida señalar cuánto importa el prestigio del Jefe:

"Séte decir, Señor, que no hay soldado
que no te tema juntamente y ame
y piense hacer en tu servicio cosas
que pasen las hazañas fabulosas" (46).

He aquí cómo nos pinta un Capitán, "valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer" (47).

Al buen Jefe se exige un gran sentido de la oportunidad, porque

"si sucediere que el cabello ofrezca
la ligera ocasión, ha de tomarse,
antes que a espaldas vueltas desparezca;
que en la guerra, el perderse o el ganarse
suele estar en un punto que, si pasa,
vendrá el de estar quejoso y no vengarse" (48).

O como se señala en otro lugar: "En la guerra, la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa" (49).

Cuidará también el Jefe de economizar sus fuerzas:

"que los que fueron prácticos soldados
dirán que es de tener en mayor cuenta
la victoria que menos ensangrienta" (50).

* * *

En aquella época los combates tenían algo de empresa de la andante caballería, en que los corazones no chocaban con los artefactos y donde—como dice Crame—los soldados, en el momento trascendental del abordaje o del asalto—hacha o cuchillo en mano y el alma en un grito—, podían ser verdaderamente heroicos. El rojo, amarillo y verde que caracterizaban los uniformes de los Tercios (llamados por eso "papagayos") convertían las batallas en cuadros de vistosidad inigualable.

Véase la descripción que Cervantes hace de un Capitán: "Era Recaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venía armado de peto, espaldar, gola y brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecía en extremo bien a cuantos le miraban; no le cubría la cabeza morrión alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas a la valona; la espada, ancha; los tiros, ricos; las calzas a la esguízara; con este adorno y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon a Marte" (51). A la vista de este conjunto, no es raro que exclame una joven, deslumbrada por tanto brillo y colorido: "Ahora, Señora, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre las mujeres parecen bien los hombres armados" (52).

* * *

Cervantes reserva sus mejores elogios para cantar las virtudes de los soldados españoles, que ya en la gesta de Numancia se anunciaron espléndidas:

"Indicio ha dado esta no vista hazaña
del valor que en los siglos venideros
tendrán los hijos de la fuerte España,
hijos de tales padres herederos" (53).

Entre ellas se cuenta la arrogancia:

"Este español me atosiga,
que siempre aquesta nación
fué arrogante y porfiada" (54),

el brío

"—Carahoja, ¿este no es
español?
—¿Pues no está claro?
¿En su brío no lo ves?" (55),

y la tenacidad indomable:

"... Pues no te canses
que es español, y no podrán tus mañas,
tus iras, tus castigos, tus promesas,
a hacerle torcer de su propósito" (56).

Conociendo estas cualidades, ¿cómo no ha de exclamar otro de sus personajes esta frase que sintetiza todos los elogios?: "Llevando a un español a mi lado y tal como vos me parecéis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes" (57).

* * *

Tales fueron las cosas que pensaba y decía de la guerra y de los que la hacían el escritor soldado, "máximo ingenio de su siglo, cuyos servicios militares en las campañas más gloriosas de su tiempo fueron sellados con honrosas heridas y cicatrices y recomendadas por los más insignes caudillos, cuyos trabajos y arriesgadas empresas en el cautiverio le hicieron respetar aun de los mismos bárbaros y en cuyas obras y producciones literarias en la paz y en el retiro han sido y serán la gloria de su nación y las delicias del género humano" (FERNÁNDEZ DE NAVARRETE). Aquel Cervantes que mostraba en testimonio de su valor tan señaladas heridas y cicatrices como recibidas (según él confesaba) "en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros", y al que podríamos apostrofar, como él mismo lo hizo en su *Viaje del Parnaso:*

"Bien sé que en la naval, dura palestra,
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra."

NOTAS

(1) *Viaje del Parnaso.*
(2) *Quijote.*
(3) *Soneto en alabanza al Marqués de Santa Cruz.*
(4) *El laberinto de amor.*
(5) *Los trabajos de Persiles y Segismunda.*
(6) *Elegía al Cardenal D. Pedro de Espinosa.*
(7) *Quijote.*
(8) *Los trabajos...*
(9) *Quijote.*
(10) *Los trabajos...*
(11) *El laberinto de amor.*
(12) *El cerco de Numancia.*
(13) *El laberinto de amor.*
(14) *Los trabajos...*
(15) *Elegía al Cardenal...*
(16) *Canción a la Armada invencible.*
(17) *El gallardo español.*
(18) *El gallardo español.*
(19) *Idem íd.*
(20) *El cerco de Numancia.*
(21) *La española inglesa.*
(22) *Quijote.*
(23) *Idem.*
(24) *Idem.*
(25) *Viaje del Parnaso.*
(26) *El trato de Argel.*
(27) *El cerco de Numancia.*
(28) *El rufián dichoso.*
(29) *La española inglesa.*
(30) *La entretenida.*
(31) *Quijote.*
(32) *Idem.*
(33) *Epístola a Mateo Vázquez.*
(34) *Quijote.*
(35) *Idem.*
(36) *El cerco de Numancia.*
(37) *Quijote.*
(38) *Quijote.*
(39) *El cerco de Numancia.*
(40) *Idem íd.*
(41) *Quijote.*
(42) *La española inglesa.*
(43) *Quijote.*
(44) *El Licenciado Vidriera.*
(45) *La casa de los celos.*
(46) *El cerco de Numancia.*
(47) *Quijote.*
(48) *El gallardo español.*
(49) *Quijote.*
(50) *El cerco de Numancia.*
(51) *La española inglesa.*
(52) *Idem íd.*
(53) *El cerco de Numancia.*
(54) *La casa de los celos.*
(55) *Los baños de Argel.*
(56) *Idem íd.*
(57) *La señora Cornelia.*

ASI MURIERON DOS CABALLEROS ANDANTES

MANUEL LAMATA DESBERTRAND, Coronel Médico.

HEMEROTECA

CUANDO se ha leído varias veces el *Quijote*, se llega a sospechar que el primer plan de Cervantes no iba más allá de escribir en unos pocos capítulos la historia de un original loco. Algo así como la historia de ese otro loco, muy original también, llamado Tomás Rodaja, conocido por el Licenciado Vidriera, para el que bastaron las cortas páginas de una de las *Novelas ejemplares*. Pero ocurrió, sin duda, que el autor advirtió que el tema de un anacrónico caballero andante ambicioso de resucitar las fenecidas aventuras, desfaciendo entuertos, matando gigantes y castigando malandrines, todo ello por los pacíficos campos manchegos, exigía mayor desarrollo. Muchas páginas habrían de llenarse, en efecto, con lo que había de dar de sí el corazón de don Quijote; el corazón en su doble sentido de valor y de bondad. O dicho de otro modo: el hidalgo manchego, recién creado por la mente cervantina, se impuso al autor, en rasgo que más tarde otros seis personajes usarían con Pirandello, y le conminaría a no dejar la pluma, hasta que quedaran contados todos sus famosos hechos, y lo dejara, finalmente, tendido de largo a largo en la fosa donde para siempre habían de yacer los cansados y podridos huesos del valiente caballero.

Es más, a medida que la historia se dilataba sobre las cuartillas, don Quijote y Cervantes establecieron un nexo entre ellos, tal, que el futuro lector se habría de encontrar en la imposibilidad de discernir, en ocasiones, quién fuése el creador y quién la criatura, por no encontrar fisura o surco que los separara, ni hitos que limitaran sus fronteras, hasta el punto que bien pudiera hablarse de un don Quijote de Cervantes y Saavedra y de un don Miguel de Cervantes de la Mancha. Ya lo dice el autor al final de la segunda parte de la obra: *solos los dos somos para en uno.*

Ambos son esforzados y valientes. Del Ingenioso Hidalgo no hay que decir. Cide Hamete Benengeli nos detalla sus valerosos combates con el vizcaíno Don Sancho de Azpeitia, con el gigante Briareo, con los leones, con el caballero de los Espejos, con Alifanfarón de Trapobana y tantos otros. Cervantes, en los muchos años que fué soldado, demostró las mismas condiciones en Navarino, Túnez y La Goleta; en su largo cautiverio y, sobre todo, en la gloriosa gesta de Lepanto, en la que la tripartita escuadra española, veneciana y papal, bajo el mando supremo de Don Juan de Austria, abatió el poder del turco. Allí, a bordo de la galera Marquesa, luchó bravamente hasta resultar herido, mientras doce mil cautivos cristianos, que estaban al remo de los bajeles turcos, quedaban en libertad. Y dice Cervantes en su epístola a Mateo Vázquez:

> *A esta dulce sazón, yo, triste, estaba*
> *con la una mano de la espada asida,*
> *y sangre de la otra derramaba;*
> *el pecho mío de profunda herida*
> *sentía llagado, y la siniestra mano*
> *estaba por mil partes ya rompida*

Ambos tuvieron la virtud de la paciencia. El caballero de la Mancha, porque sabía que era el mejor bálsamo para las heridas y los no faustos sucesos; y así, en su réplica al canónigo que tenía por locura el ejercicio andantesco en aquellos tiempos, *soy*—le dice—*blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos* (I, 50). En cuanto a Cervantes, que allá por el año 1575 regresaba de Nápoles en la galera Sol, llena la cabeza de proyectos literarios, al ser abordada por los bajeles corsarios del renegado Arnaute Mami, fué llevado en cautividad a tierras de Africa, donde pasó aventuras que podemos deducir de la historia del cautivo Rui Pérez de Viedma (I, 37) y

de la referencia a un tal de Saavedra, que parece un sosia del autor (I, 40), de todo lo cual resume en el prólogo al lector de "Las Novelas Ejemplares" *que fué cinco años y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades.*

Los dos sufrieron prisiones. Don Quijote en una inmunda jaula tirada por perezosos bueyes, y Don Miguel *en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo ruido hace su habitación.* (Prólogo, 1.ª parte).

El hidalgo manchego es lector infatigable que se pasaba *las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio* sobre los libros (I, 1). Cervantes, aficionadísimo a leer, aunque fueran los papeles rotos de la calle (I, 9). Aquél era algo poeta y se preciaba de recitar algunas estancias de Ariosto: éste, gran enamorado de la poesía, que cultivaba de continuo. Resaltemos aquí un rasgo de su modestia. Cuenta en el prólogo de los *Entremeses* que al ir a vender a un librero los manuscritos de unas comedias, éste le dijo haber oído que de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada. Y Cervantes comenta con pueril ingenuidad: *y si se va a decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el oírlo.* Por eso dice en el *Vtaje del Parnaso* (cap. I):

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el Cielo...

Recordemos otro rasgo caracterológico que les es común. La consecuencia y constancia en sus opiniones. Cuando el caballero de la Triste Figura fué derrotado por el de la Blanca Luna (II, 64) éste, poniéndole la punta de la lanza en la cara, le intimó: *Vencido sois caballero, y aún muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.* Las cuales eran que el derrotado había de declarar que su dama era menos hermosa que la de su contrincante. Don Quijote, inerme en el suelo con voz que parecía salir de una tumba dijo estas lapidarias palabras:

DULCINEA DEL TOBOSO ES LA MÁS HERMOSA MUJER DEL MUNDO, Y YO EL MÁS DESDICHADO CABALLERO DE LA TIERRA, Y NO ES BIEN QUE LA FLAQUEZA DE MI BRAZO DEFRAUDE ESTA GRAN VERDAD. APRIETA, CABALLERO, LA LANZA, Y QUÍTAME LA VIDA, PUES ME HAS QUITADO LA HONRA.

Don Miguel de Cervantes, fiero de sus heridas y orgulloso de la acción en que fueron cobradas, rebosante de ideal, he aquí lo que responde al autor del falso *Quijote* que le motejó de manco y de viejo, como si su manquedad hubiese nacido en una taberna y no en la más grande ocasión que vieron los siglos pasados ni verán los venideros: *El soldado más bien parece muerto en el campo de batalla, que libre en la fuga; y esto es en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.* (Prólogo, II parte).

* * *

Pero esta asunción de la criatura a su creador aún va más allá, y más allá ya no puede ir. ¿Cuál es su actitud ante el enemigo incorpóreo e invencible, que está siempre en la extrema retaguardia de la vida y se presenta para ponerle el finiquito? ¿Cómo se comportan estos dos caballeros ante la espantable aventura de su propia muerte? Cara a cara saben mirarla, con el estoicismo de un Sócrates cristiano.

Don Quijote ya no levanta cabeza desde su derrota en Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna (que no era tal, sino el bachiller Sansón Carrasco), y lleno de melancolía llegó a su aldea, donde *se le arraigó una calentura* que le tuvo seis días en cama (II, 74). Cervantes, después del desaforado ataque de Alonso Fernández de Avellaneda (que tampoco era tal, aunque aún no haya sido identificado), también desasosegado e inquieto, se le recrudece su enfermedad, de la que sólo conocemos su síntoma, hidropesía, y poco a poco se retrae a su casa. Hidropesía, como la que describe en la altiva Vanagloria (Viaje del Parnaso, Cap. VI):

La enfermedad llamada hidropesía
así le hincha el vientre,
que todo el mar caber en él podría.

¿Qué médicos les asistieron? Del que estuvo a la cabecera del ingenioso hidalgo sólo sabemos que le tomó el pulso y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiera a la salud de su alma, pues la del cuerpo corría peligro. Del de

Don Miguel nada consta, pero presumimos que no sería una especie de doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, por las razones que se indican en el capítulo XLVII de la segunda parte del *Quijote*, sino alguno sabio, prudente y discreto, de los que Sancho Panza ponía sobre su cabeza y los honraba como a personas divinas. Alguien ha dicho que Cervantes nunca lleva sus sátiras e ironías más allá de lo que permite la recta justicia. Si se le presenta ocasión de zaherir a los médicos, lo hace, pero dejando a salvo a los discretos, prudentes y sabios. No como, por ejemplo, Quevedo y Molière que no se paran en barras ni exceptúan a nadie. ¡Que Dios se lo pague a Cervantes!

Se acerca, pues, la muerte para ambos. El caballero de la Mancha, desengañado del mundo, pero fortalecido por la fe cristiana, dice: *Vámonos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.* (II, 74). El manco de Lepanto tiene el mismo desaliento resignado. Cervantes es maestro inimitable en sus prólogos. Son insuperables los dos del *Quijote*, el de las *Novelas* y el de los *Entremeses*. Pero a noble emoción no gana a ninguno al que puso a su última obra *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Relélalo el lector. Sucedió, pues, que viajaba con unos amigos, de esos que hizo, como él dice, más con la bondad de su trato que con su ingenio, desde el famoso lugar de Esquivias a Madrid, cuando los alcanzó un estudiante. Trabada conversación, al descubrir el recién incorporado al grupo que estaba en presencia de Cervantes, se apeó de su cabalgadura y, asiéndole de la mano izquierda, le dice: *Si, sí; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las Musas.* A lo que se le respondió: *Yo, señor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las Musas ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra y caminemos en buena conversación lo poco que nos queda del camino.* Y aún dice luego: *¡Adiós, gracias; adiós, donaires, que yo me voy muriendo!...* Tampoco en los nidos de antaño cervantinos quedaba ningún pájaro.

Y ya cerca del momento de entregar el alma a Dios, ¡qué nobles palabras saben pronunciar!

Don Quijote de la Mancha (II, 74): *Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa; déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga el testamento; que en trance como éste no ha de burlar el hombre con el alma...* Y murió.

Don Miguel de Cervantes (dedicatoria del *Persiles*): *Puesto ya el pie en el estribo—y en las ansias de la muerte,—gran señor, ésta te escribo. Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las esperanzas menguan, y si está decretado que haya de perder la vida, cúmplase la voluntad de los cielos...* Y murió.

Esta estampa es una representación estilizada del Caballero de la Triste Figura: se aparta bastante del estilo tradicional.

(Dibujante español Miciano.)

BPM Cardenal Cisneros

Murió. Y hoy no sabemos dónde están sus cenizas. La raza hispana ha perdido el cadáver de su más pura gloria literaria. Pero, en cambio, de otro gran hombre de nuestra historia, Cristóbal Colón, tiene dos cadáveres: uno que descansa en la catedral de Santo Domingo (República Dominicana), y otro, en la de Sevilla. Y esto sí que es un maravilloso rasgo de la raza. Parece que cuando muere un hombre, debe existir un cadáver. Pues bien, entre nosotros no. O dos o ninguno. Nada de términos medios. Siempre por los extremos en alucinante oscilación pendular: o blanco o negro, o derecha o izquierda, o todo o nada, como en el lema de aquel otro español César Borja: *O César o nada;* nunca en el equilibrado reposo del centro, donde la vida puede ser fecunda por ser pacífica. ¡Oh España! ¿Te das cuenta de que estás viviendo ahora la oportunidad de centrar tu vida, huyendo de extremismos, inoculando a la ideal locura de don Quijote un poco del sentido práctico de Sancho?

Una versión muy original del ruso Alexeieff.

BPM Cardenal Cisneros

NOTA BIBLIOGRAFICA

Historia de la Segunda Guerra Mundial.—La campaña de Rusia, *por el Teniente General García-Valiño Marcén.*—Tomo VII.—Ediciones Idea.

Nos encontramos, como se dice arriba, ante el tomo VII de esta "Historia de la Segunda Guerra Mundial", especial esfuerzo de nuestra bibliografía militar sobre la última contienda, probablemente insuperado hasta la fecha. El Teniente General García-Valiño nos ha expuesto bien recientemente las modalidades y las incidencias de la primera parte de la gran batalla oriental: la guerra en Rusia de 1941 a 1942 (1). En este otro volumen, recién aparecido en la librería, la historia de aquella decisiva campaña se culmina con el relato cronológicamente restante. Y a decir verdad, el decisivo, no sólo dentro del marco de la batalla oriental, sino incluso en el de toda la guerra. He aquí el epígrafe de las distintas partes de este libro, por más de una razón sumamente estimable y elogiable: "Resumen crítico de las operaciones de 1942", "Las operaciones en el frente del Este el año 1943", "La ofensiva soviética del invierno de 1943-44", "La retirada general alemana en el año 1944", "De principios de 1945 al fin de la guerra en Europa" y "Resumen crítico de la campaña de Rusia". Tal es el cuestionario de este nuevo volumen de la "Historia de la Segunda Guerra Mundial", en el que afloran nuevamente, por parte del autor de la narración, idénticas brillantes cualidades a las advertidas en el tomo precedente: claridad, sobriedad, profundidad, justeza en el estilo. Se diría un relato clásico de un acontecimiento reciente. ¡Y qué acontecimiento! Para nosotros—permítanos el lector amigo el propio juicio—, Alemania pereció víctima de una ley inflexible política y estratégicamente: la guerra en los dos frentes. Prescindiendo de otras consideraciones más generales, la ley eterna proclamada por Federico, por Moltke y por el gran Estado Mayor se cumplió una vez más, inflexible; diríamos mejor que inexorablemente. En esta fase final de la guerra, la fase del derrumbamiento de la Gran Alemania, la batalla oriental jugó, creemos que más que un papel importante, un papel capital. El Teniente General García-Valiño señala sutilmente toda la realidad del derrumbamiento germánico, la magnitud del ataque ruso, su empeño, su modalidad, su trascendencia. El relato es tanto más interesante cuanto que esta parte de la campaña está llamada a permanecer oculta, como misteriosa. El vencido resultó aniquilado; el vencedor es hermético. El Teniente General García-Valiño escudriña, sin embargo, dentro de la magnitud y hermetismo a la vez del propio drama, toda la verdad. Con abundantes datos, amplia información de primer plano y, lo que vale aún más, sano y claro sentido crítico. Y aun acierta a exponer la verdad con esa galanura, ponderación y profundidad de las que nos dió prueba en su tomo anterior. Nos falta tiempo y espacio para un mayor análisis. Y lo sentimos, porque el libro merece más amplia crítica para juzgar. Henos aquí ante uno de esos libros que nos agradan tanto: en los que hay que pensar más aún que leer. Así debe ser la Historia militar. Tal como se ha dicho: un campo en donde filosofar. La ciencia aplicada nos habla del modo. Pero el modo es cambiable. La ciencia especulativa toma, al revés, campo de análisis en lo eterno, en lo invariable. Se ha dicho algunas veces, con fina ironía, que "los militares preparamos siempre la guerra... que pasó". No es siempre verdad. O, al menos, quede ello para los minuciosos investigadores de lo casuístico. Para nosotros—para el libro nuevo del Teniente General García-Valiño, y es ello lo que importa señalar—, la guerra es siempre un fenómeno eterno, que obedece también a leyes eternas. Unas leyes que el drama perenne de la Humanidad repite siempre. Pero que, a decir verdad, jamás se vieron tan amplia y profundamente reflejadas como en esa gran batalla del Este, que es a la postre la gran batalla continental de la guerra última y la más colosal batalla de todos los tiempos.

Debemos al Teniente General García-Valiño gratitud profunda por su tarea ingente y, a la par, plenamente afortunada. Nuestros compañeros de armas tienen aquí un libro donde estudiar y meditar—que ello importa harto más—la entraña de la guerra moderna. Un libro, digámoslo otra vez, sugestivo, recto en intención, pletórico de materia, en que hasta la puntuación es justa y precisa. "La campaña de Rusia", ambos tomos, nos parecen sencillamente las páginas más recomendables para nuestros camaradas profesionales. Una gran lección, una gran historia, una gran obra.

(1) El volumen primero de la "Campaña de Rusia" —VI de la "Historia de la Segunda Guerra Mundial"— comprende las siguientes partes: La política de Hitler y su "Biblia" del nacionalsocialismo. La revolución soviética y lá política rusa. Prolegómenos de la guerra germano-rusa. Ejército y partido en Alemania. El Ejército rojo. El teatro de operaciones. Las fuerzas en presencia. Segundo año de guerra en Rusia (1942). Véase EJÉRCITO, número 90, página 88.

Historia de las campañas de Marruecos, *por el Servicio Histórico Militar del Estado Mayor del Ejército.*—Tomo I; 609 páginas de 19 × 27 centímetros, con 86 láminas de retratos, fotografías, cuadros, grabados antiguos, más 11 planos aparte.—Madrid, Imprenta del Servicio Geográfico, 1947.

El alto interés que la política africana tiene para España, ha inducido al Servicio Histórico Militar, en primacía de urgencia, al estudio de nuestra acción en Marruecos. Conocidas son las obras primeras: "Iberos y bereberes", en que se prueba nuestra lejana identidad racial, y los dos tomos de la Descripción, tan extensa y completa como detallada, de nuestra zona de interés, avaloradas éstas por la autoridad de los Jefes (alguno de ellos, hoy General en eminente puesto) que aparecen como miembros de la Comisión de redacción. Ahora, y dentro del anonimato, presenta este primer tomo del estudio de las campañas de Marruecos, nuncio de otras posteriores muy próximas aún para su estudio crítico e imparcial, por vivir sus progenitores; comprende en tres partes las campañas anteriores a 1859, la llamada vulgarmente, por antonomasia, Guerra de Africa y la de Melilla de 1893.

Tratadas ligeramente, pero con exactitud histórica bien contrastada, las primeras, tan poco conocidas generalmente, no ocurre lo mismo con las de 1859-60, pues el "Diario de un testigo...", de Pedro Antonio Alarcón, tan ameno como preciso por las buenas amistades que el autor tenía en los Cuarteles Generales, la ha puesto en conocimiento de una masa enorme de lectores. Unase a esto que el Cuerpo de E. M. redactó el "Atlas histórico y topográfico de aquella guerra", con planos de una precisión raramente alcanzada, y unos apuntes a lápiz, verdaderos cuadros de Historia, de un alto valor artístico, y se comprenderá la dificultad de presentar nada nuevo en las 160 páginas de esta parte. Sin embargo, la compulsa de estos datos con el "Estudio histórico", de Martín Arúe; de la Crónica que en su día publicaba el diario "Las Novedades"; la documentación oficial archivada; los estudios críticos franceses de Joly y de Mordacq, y anglosajones de Schlagtin y Becker; y hasta testimonios del enemigo en la técnica militar, y los de Cánovas, Maura y Gamazo, Morayta y Ventosa en lo político, han permitido sentar con toda garantía de precisión la verdad de lo sucedido. Son interesantes los favorables juicios extranjeros sobre la conducción de la guerra, que, a pesar de su carácter africano, se llevó con toda la regularidad de una campaña europea.

De la campaña de Melilla, que para la masa se reduce a vagos recuerdos del "Reina Regente", del General Margallo y de las orejas del moro Amadi, ha resultado convenientísima la "Historia", que pone las cosas en su lugar.

Armamento de los Ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.—*Servicio Histórico Militar.*—58 páginas de 25 × 19 centímetros, con 19 láminas y 7 figuras intercaladas en el texto.—Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército.—Madrid, 1947.

Constituye la pintura no sólo una obra de arte para deleite del espíritu, sino una fuente de información histórica que, en el retrato, los buenos maestros supieron perpetuar, no ya en los rasgos físicos, sino hasta el carácter de los personajes históricos, y que en las llamadas pintura de batallas dejaron sus autores coetáneos, testimonio cierto y con todo detalle (amén de una información topográfica que corregida tan oportuna como frecuentemente de la exageración del relieve) cuanto se refiere a indumentaria, armamento, modos de usarlo, sistemas de fortificación, órdenes de batalla y detalles de táctica y campamentos.

La casa solariega de los señores de Uriz, en Navarra, presentó, hace poco, una Exposición de los valiosos cuadros referentes al siglo XVI, Exposición que dió lugar a que el ilustre crítico de arte Sr. Sánchez Cantón publicara en 1944 un folleto, "Las pinturas de Oriz y la guerra de Sajonia", en el que incitaba a los expertos en arte militar a terminar el estudio para el que se consideraba falto de fundamento suficiente, y eso ha venido a hacer dentro del anonimato el Servicio Histórico Militar.

Corresponde el momento a la lucha de Carlos V contra la liga luterana Smalkalda, de la que, para abreviar, se hace un diario sintético en apéndice al final, y en que el creciente poder de la Artillería paradójicamente aligera las corazas, que pierden eficacia, y hasta la Caballería se arma de arcabuces, y en que las antiguas levas toman el carácter de Ejércitos permanentes, profesiones de mercenarios voluntarios.

Estudia sucesivamente la Caballería, especialmente la ligera húngara; la Infantería de nuestros tercios, que dejan entonces el casco por el chambergo y la ballesta por el arcabuz; una notabilísima unificación de calibres en la Artillería, y el detalle de las armaduras de aquel tiempo. En poliorcética aparece la participación de paisanos, a fuer de sabios, como el célebre matemático Tartaglia (el tartaja o tartamudo), autor de un "Modo de reducir una plaza inexpugnable".

Completa la obra otros apéndices y una interesante nota bibliográfica.

SECCIÓN DE INFORMACIÓN INDUSTRIAL

I

CATALANA DE GAS Y ELECTRICIDAD, S. A.

Avenida Puerta del Angel, 22

BARCELONA

METALES Y PLATERIA RIBERA, S. A.

FABRICAS EN

BARCELONA Y SALLENT

INSTALADORA ELECTRICA DEL NORTE

Electricidad Industrial y Marítima-Alumbrado moderno-Servicio eléctrico permanente - Montajes y reparaciones - Proyectos y presupuestos.

MIRACRUZ, 7 SAN SEBASTIAN TELEF. 16824

SOCIEDAD GENERAL DE AGUAS BARCELONA

FERRETERIA VILASECA BAS, S. A.

Apartado 800 - Telegramas: JOTAVEBE

ALMACENES: Junta de Comercio, 13, 19 y 21 (antes Mendizábal) Teléfono 13141

OFICINAS: Junta de Comercio, 21 (antes Mendizábal) BARCELONA

PARA TODAS APLICACIONES
BATERÍAS
Tudor

PRODUCTOS VISER, S. L.
Azcárraga, 25 VALENCIA
(Proveedores del Ejército y Guardia Civil)

GRASAS-CREMAS SULFONADAS, únicos productos que logran triple duración en toda clase de cueros, especialmente suela y empeine del boto del soldado.

Pero además de la máxima conservación se logra un brillo perfecto.

He aquí por qué nuestros productos no sólo salen realmente gratuitos, sino que representan una fuente considerable de ahorro, y más hoy, que la suela ha adquirido unos precios tan elevadísimos.

Concesionarios exclusivos para la región Centro:

CURTIDOS MADRID, S. L.
Arrieta, 17 Teléfono 21-93-63
MADRID

FABRICA DE JABONES
A S L A Y
(NOMBRE COMERCIAL REGISTRADO)
Hijo de Aquilino Sánchez
Avenida Doctor Federico Rubio, 235 :-: Telf. 24-11-73
MADRID

SASTRERIA MILITAR Y CIVIL
Especialidad en uniformes militares.
DANIEL MARTIN
(SUC. DE CASA BRAVO)
MONTERA, 9 Teléfono 22-19-73
MADRID

Carlos Dal Ré
Maquinaria Industrial y Accesorios
Casa fundada en 1894
Barquillo, 11
Teléfono 21-04-24
MADRID

Alonso
ZAPATERIA MILITAR Y GUARNICIONERIA
Especialidad en botas de montar, tubos y polainas
CALLE MAYOR, 75
TELEF. 22-55-97 MADRID

MIGUEL SOLANA RIBERA
Obras públicas y montajes eléctricos.
Avenida de Menéndez Pelayo, 45 :-: Teléf. 26-32-01 :-: MADRID

MARCA REGISTRADA

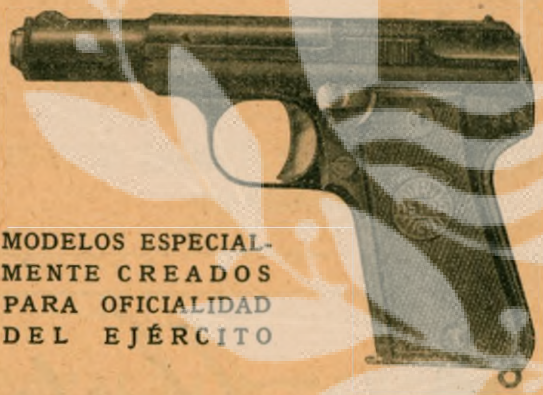
Sociedad Anónima
"JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA.-Fundadas en 1873

Acero Martín Siemens - Hierros comerciales - Alambres de todas clases (Gris, Brillante, Recocido, Cobrizo, Galvanizado, Estañado) - Puntas de París Tachuelas Simiente - Alcayatas Grapas - Espino Artificial - Enrejados Telas Metálicas - Cables de Acero - Muelles Resortes - Otras Manufacturas de Alambre

Apartado 139 **SANTANDER**

Pistolas "ASTRA"



MODELOS ESPECIALMENTE CREADOS PARA OFICIALIDAD DEL EJÉRCITO

Unceta y Compañía, S. A.
GUERNICA (Vizcaya)

Casa en Madrid: Av. José Antonio, 56, entlo.
Teléfono 22-49-05

ELECTROLISIS DEL COBRE, S. A.

BARCELONA - Batista, 3 - Tel. 56959
MADRID - Ferraz, 51 - Tel. 24-77-29
PALENCIA - Mayor Principal, 75

Ferretería, Material eléctrico y de Construcción
Almacenes "ORIVE" • Teléf. 17 • TRUBIA

EXPERIENCIAS INDUSTRIALES, S. A.

Aparatos de puntería para artillería. Proyectores y aparatos de señales. Aparatos de mando y maniobra para tracción eléctrica, generadores y motores. Cuchillería inoxidable.

Dirección y Talleres: ARANJUEZ
TELEFONO 54 (MADRID)

UNA MARCA DE GARANTIA

ALGODON HIDROFILO HARTMANN
GASA HIDROFILA HARTMANN
ESTERILIZADOS HARTMANN
VENDAJES HARTMANN

Fabricante: INDUSTRIAS SANITARIAS, S. A. - Av. José Antonio, 843-857 - Barcelona

FABRICA DE HILADOS, TEJIDOS Y TINTES

INDUSTRIAL MONTALFITA, S. A.

DESPACHO: Ronda San Pedro, 66 BARCELONA

WILD HEERBRUGG

Telémetro estereoscópico TM2S con base de 80 centímetros.

Telémetros de coincidencia.—Telémetros estereoscópicos.—Equipo telemétrico de base variable.—Goniómetros.—Teodolitos para la Artillería.—Anteojos de puntería.—Cámaras balísticas.—Cámaras aéreas militares.

S. A. de venta de los instrumentos de Geodesia Enrique Wild.
HEERBRUGG (SUIZA)

Representante:
PABLO WIDDER
Lope de Rueda, 46
Tel. 26-31-21.- MADRID

motor
GEAL
GENERAL ELECTRICA ESPAÑOLA
BILBAO MADRID BARCELONA ZARAGOZA

MAQUINARIA

TRANSFORMADORES - GRUPOS CONVERTIDORES - GENERADORES - TRACCION ELECTRICA - AUTOMATICOS ALTA Y BAJA TENSION - APARELLAJE PARA TODOS USOS Y TENSIONES

ALUMBRADO

SISTEMA PATENTADO "CRISTALIT" REFLECTORES PARA FAROS DE FFCC. TRANVIAS, METRO, TROLEBUSES ETC - PROYECTORES PARA ALUMBRADO Y BALIZAMIENTO DE AEROPUERTOS, ESTACIONES FERROVIARIAS ETC.

MATERIAL BLINDADO PARA CONSTRUCCIONES NAVALES

ALMACENES MARIANO ZUGASTI S.L.

REPRESENTACIONES Y EXCLUSIVAS DE VENTA DE FABRICAS NACIONALES DE MAQUINARIA Y MATERIALES ELECTRICOS

APARATOS DE LUZ FLUORESCENTE EN BAJA TENSION

HERNAN CORTES 13 MADRID TLNO. 26483

PORCELANA

AISLADORES PARA ELECTRIFICACION DE FERROCARRILES - PORCELANAS DE TODOS TIPOS PARA ALTA Y BAJA TENSION

CONDUCTORES

HILOS Y CABLES DE USO CORRIENTE EXTRAFLEXIBLES - CABLES DE MANIOBRA - TIPOS ESPECIALES

PUBLICITAS

MAS DE 40 AÑOS DE EXPERIENCIA

en la fabricación de

TODA CLASE DE ARTICULOS Y CORREAS DE GOMA

FABRICA DE CURTIDOS

KLEIN S.A.

Apartado 24 Segovia.

Standard Eléctrica, S.A.

FABRICAS ESPAÑOLAS DE APARATOS Y CABLES PARA LAS COMUNICACIONES ELECTRICAS

Telefonía Aparatos de abonado, interfonos, centrales manuales y automáticas, conmutadores urbanos e interurbanos, equipos de repetidores, sistemas de telefonía en alta frecuencia, sistemas selectivos sobre circuito común, aparatos y centrales especiales para usos militares, operales para reconocimiento de líneas, etc.

Radio Estaciones transmisoras receptoras telegráficas y telefónicas emisoras, radiogoniómetros, receptores telegráficos y telefónicos para toda clase de servicios, válvulas termoiónicas, amplificadores de sonido, etc.

Cables Cables con aislamiento de aire seco o materiales textiles para transmisión telegráfica, telefónica o señales hasta de 2.400 pares de conductores, bajo plomo o armados, cordones flexibles, cables para instalaciones interiores, cajas de enlace y distribución, protectores, etc.

MADRID RAMIREZ DE PRADO, 7 TELEFONO 73000

BARCELONA VIA LAYETANA, 166 TELEFONO 83460

MALIAÑO (SANTANDER) TELEFONO 3865

Blass, S. A. Tipográfica.-Núñez de Balboa, 27.-Madrid

UNION ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS, S. A.

PROVEEDORES DE LOS MINISTERIOS DE LA GUERRA Y MARINA

Capital: 300.000.000 de pesetas.

Pólvoras negras. - Pólvoras sin humo de nitrocelulosa y nitroglicerina. - Explosivos militares reglamentarios. Trinitrotolueno. -Tetranitrometilanilina. - Mezclas explosivas de todas clases para proyectiles de alto explosivo. - Cargas, multiplicadores y cebos para bombas de aviación, granadas de mano y de mortero. Armas y municiones.

Fulminato de mercurio. - Nitruro de plomo. Cápsulas fulminantes, cebos y cargas iniciadoras. - Mechas, detonadores y cebos especiales para todos los servicios. - Explosivos para minas, canteras y servicios militares. - Cartuchería para pistolas y revólver. - Pólvoras de caza y mina.

DOMICILIO SOCIAL:

Avenida del Generalísimo, 20

Teléfono 25-38-24

MADRID

Acidos sulfúrico, clorhídrico, nítrico. - Oleum. - Abonos y productos químicos. - Superfosfatos y abonos compuestos, minerales y orgánicos. - Nitratos y cloruros de potasa y sosa.-Sulfato de amoníaco y de potasa. - Sal común. Carburo de calcio.

DIRECCIÓN POSTAL:

APARTADO número 66

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA Y TELEFÓNICA:

«EXPLOSIVOS»

EDUARDO K. L. EARLE

Gran fábrica de metales no-férricos de

LEJONA (VIZCAYA)

Gran Premio y Medalla de Oro en la Exposición Internacional de Barcelona 1929

Cobre - Latón - Alpaca - Aluminio

en todas sus aleaciones

Aleaciones ligeras de Aluminio de alta resistencia marca **EARLUMIN**

CHAPAS ◆ ROLLOS ◆ TUBOS SIN SOLDADURA ◆ PERFILES
MOLDURAS ◆ BARRAS ◆ ALAMBRES ◆ DISCOS ◆ PLETINAS
TUBOS LABRADOS ◆ TUBOS DE HIERRO Y CHAPEADOS DE LATÓN
LATÓN MILITAR PARA CARTUCHERÍA DE MÁUSER Y DE OBÚS, etc., etc.

Telegramas: EARLE-BILBAO • Dirección postal: Apartado 60.-BILBAO • Teléfonos 17993-17994-17995

HEMEROTECA

ejercito

revista ilustrada
de las armas y servicios

número 93

Octubre 1947

suscripción: 4,50 pesetas
número suelto: 7 pesetas.

Edición de este número: 23.000 ejemplares.

Blass S. A.